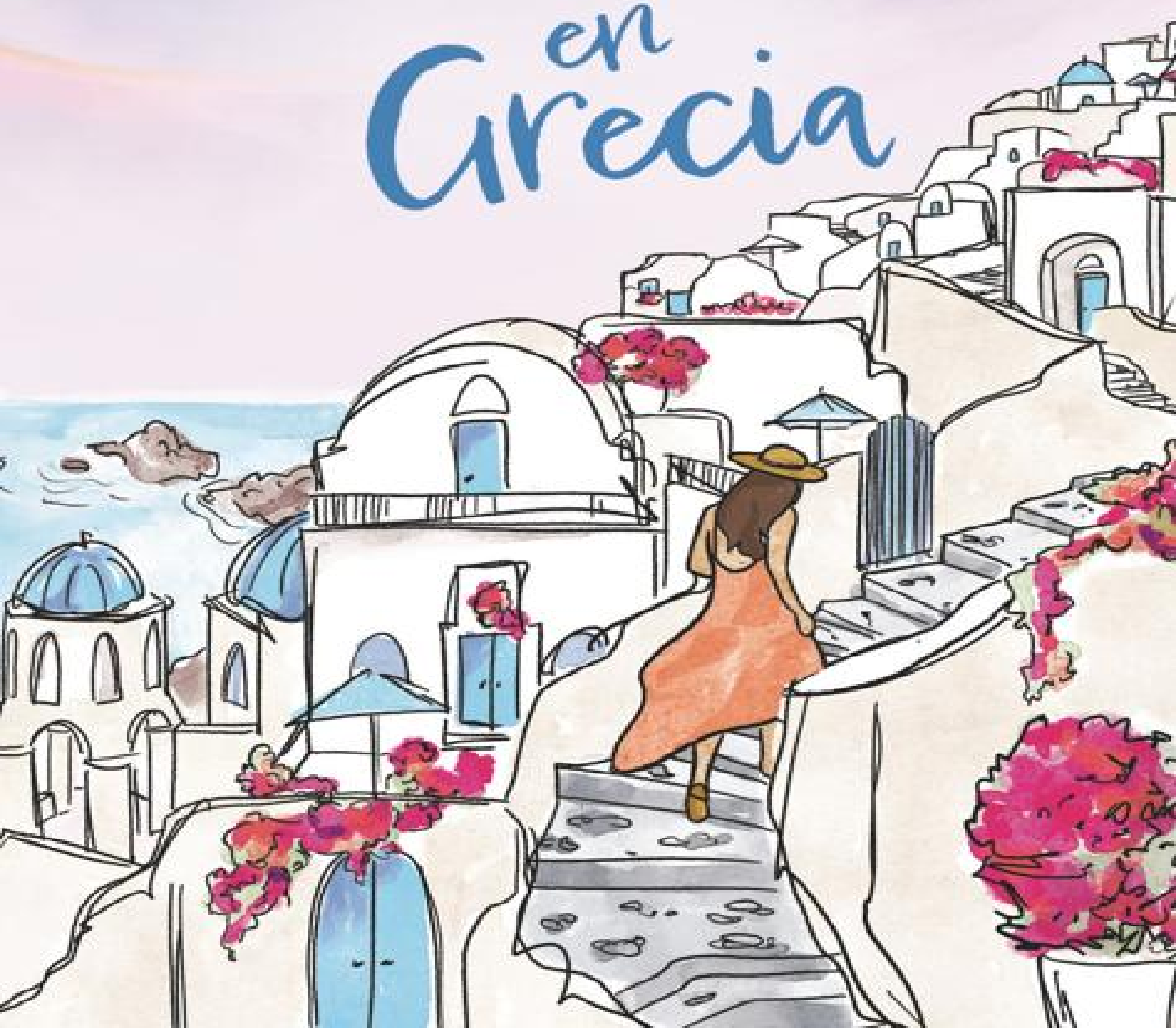
HQN™

AUTORA *BEST SELLER* DE *USA TODAY*

SARAH MORGAN

Una villa en Grecia



Portadilla

SARAH MORGAN

Una villa en Grecia

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
https://www.harlequiniberica.com/

© 2023, Sarah Morgan
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Una villa en Grecia, n.º 311 - junio 2025
Título original: The Island Villa
Publicada originalmente por Canary Street Press

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Enterprises Ltd.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Ilustración de cubierta: Peggy Dean
Dirección de arte: Erin Craig

ISBN: 9788410744318

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Dedicatoria
Prólogo
Primera parte
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Segunda parte
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Agradecimientos

Dedicatoria

A mi familia, por todos los felices recuerdos de las vacaciones en Corfú, y a los lugareños que nos acogieron.

Prólogo

Por primera vez en su vida, planeaba matar a alguien.

Jamás se habría creído capaz de hacer algo así. ¡Era una escritora de novela romántica! Las novelistas de ese género no mataban a la gente, pero ahora se veía obligada a plantearse la inquietante posibilidad de que quizás no se conociera a sí misma tan bien como creía. Tal vez no era, después de todo, una persona de carácter amable y gentil. Siempre se había considerado así, y sin embargo, ahí estaba, escribiendo en el buscador una serie de preguntas que nada tenían que ver con la amabilidad y sintiendo una emoción de interés. Sus dedos temblaban sobre el teclado.

Cómo matar a alguien sin dejar rastro.
La mejor manera de matar a alguien.
Asesinatos que permanecen sin resolver.

Había decidido que tenía que parecer un accidente. La gente estaría triste y probablemente conmocionada, porque la muerte siempre es impactante, incluso cuando se espera. Pero nadie sospecharía, porque ella iba a ser inteligente. Lo calificarían como «muerte accidental». Ninguna persona conocería la verdad.

Pero ¿era la verdad tan mala? ¿Era tan incorrecto cuando ella estaba impartiendo justicia?

Después de todo, ese hombre se lo merecía.

De hecho, si realmente le estuviera dando su merecido, su búsqueda sería: *Cómo matar a alguien de la manera más dolorosa posible*.

Miró por la ventana el calmado mar Mediterráneo, con sus múltiples tonos de azul, deslumbrante bajo el sol. Hacía tiempo que había decidido que la isla de Corfú era su paraíso. Olivares bañados por el sol, arena suave, olas del océano, días pausados, sueños lentos y deliciosos… Esos eran, sin duda, los ingredientes para una vida perfecta. Era un lugar donde los problemas quedaban en suspenso; un lugar para la felicidad, para el relax, para que solo ocurrieran cosas buenas. Pero esperar solo cosas buenas era una fantasía. Ahora lo sabía, al igual que sabía que la luz y la oscuridad podían coexistir. La oscuridad a menudo permanecía oculta, latente bajo la superficie, lista para morder a los incautos, a los confiados, a aquellos que creían en los finales felices. Ella había sido esa persona. Había cometido tantos errores…

Absorta en la vista y en sus propios pensamientos, no lo oyó entrar. No fue consciente de su presencia hasta que sintió su mano en el hombro y el sonido de su voz.

—¿Catherine?

Dio un respingo y cerró la tapa del portátil de golpe. Su corazón martilleaba como un puño contra un saco de boxeo.

¿Cuánto habría visto? Se sintió molesta consigo misma por no haber tenido la previsión de cerrar la puerta con llave. Había estado tan absorta en sus pensamientos que no lo había oído entrar en la habitación.

«Debo ser más precavida».

Necesitaba esforzarse más si de verdad quería hacerlo. Necesitaba pensar como una asesina. Necesitaba ser inescrutable y no revelar nada.

Catherine se giró con una sonrisa (¿los asesinos sonreían alguna vez? No tenía ni idea).

—No sabía que estabas despierto. Es temprano.

—No quería sorprenderte. Sé que odias que te molesten cuando trabajas, pero me desperté y te eché de menos. Vine a ofrecerte un

café bien cargado. —Le acarició la mandíbula con los dedos—. Pareces tensa. ¿Va todo bien?

Aquello iba a ser difícil.

No estaba hecha para la vida delictiva. Por fortuna, no se estaba planteando un cambio de vida, solo se trataba de ese diminuto asesinato. Eso era todo. No tenía expectativas de disfrutarlo ni pretendía que se convirtiera en un hábito.

—No pasa nada. —Ni siquiera podía mentir sin sentirse culpable, lo cual no auguraba nada bueno.

Lo compartían todo —bueno, casi todo—, pero no había forma de que compartiera aquello. Aún no. Algún día, tal vez, si realmente lo llevaba a cabo. Si todo salía según lo planeado, entonces, por supuesto, él se enteraría, pero hasta entonces tenía que guardar silencio. Aquello era algo que tenía que hacer por sí misma.

¿Qué diría si supiera lo que de verdad pasaba por su cabeza?

¿Intentaría disuadirla? ¿Le diría que su plan era una locura y peligroso? ¿O le aconsejaría que aceptara las cosas y lo dejara pasar? Que esa no era la respuesta. Probablemente le diría que siguiera adelante.

Y eso era lo que estaba haciendo, por supuesto.

Aquella era su forma de seguir adelante. Y ya era hora.

Él se inclinó para besarla.

—Te amo, Catherine Swift.

Sintió el roce de sus labios y el calor recorriendo su cuerpo.

Resultaba chocante pasar de la muerte al amor, pero así era la vida, ¿no? Brutal en sus extremos. Y los asesinos también eran personas. Se les permitía tener vida amorosa.

Por primera vez en semanas, se sintió optimista y esperanzada. Había estado envuelta en una oscura nube de pesimismo, alimentada por un amargo resentimiento. Se había sentido como una fracasada por dejar que las cosas llegaran a ese punto. No había podido ver una salida, pero ahora sí.

El futuro se le presentaba claro. Todo lo que necesitaba era valor.

Era hora de empezar de nuevo. De dejar el pasado atrás y reinventarse.

Era una lástima que alguien tuviera que morir.

Primera parte

Capítulo 1

ADELINE

Adeline Swift estaba hablando por teléfono con la editora de la sección de reportajes de *Woman Now* cuando deslizaron la carta por debajo de la puerta de su apartamento.

—El asunto es —decía Erin— que tu columna de consejos tiene el mayor número de lectores de todas las secciones de la revista. La gente parece conectar de verdad con ella. Contigo. El estudio de mercado que hicimos hace poco indica que el setenta por ciento de las personas preferiría pedirte consejo a ti antes que a su mejor amigo. ¿Puedes creerlo?

Sí, podía creerlo. Pocas personas llegaban a la edad adulta sin sufrir algún tipo de resaca emocional del pasado. Dolor. Resentimiento. Vergüenza. Decepción. Pena. Arrepentimiento. La vida dejaba cicatrices y había que encontrar la manera de vivir con ellas. Algunas personas elegían la negación como estrategia. Ignorarlo. Dejarlo en el pasado. Seguir adelante. Otras se enfrentaban a esas emociones y pasaban horas en terapia intentando entender cómo el pasado afectaba al presente, con la esperanza de llegar a un punto de aceptación. La mayoría simplemente luchaba por su cuenta, avanzando y tropezando de vez en cuando, manejando los altibajos de la vida lo mejor que podía. Después de unas copas de más, tal vez se desahogaran con un amigo, pero la mayoría de las veces guardaban silencio porque revelar esos secretos y miedos profundos, esas partes más

personales de uno mismo, era un riesgo. Equivalía a decir «esta es la persona que soy en realidad», en vez de «esta es la que finjo ser».

Eran esas personas, a solas con sus miedos, las que a menudo escribían a Adeline.

Estimada doctora Swift…

Le exponían sus problemas con la esperanza de que, con unas pocas palabras bien elegidas, les ayudara a resolver su crisis o, al menos, a sentirse mejor con su situación.

Adeline ofrecía un análisis sereno, compasión y alguna que otra charla motivadora. Empleaba una mezcla de empatía, experiencia y sinceridad al elaborar sus respuestas. Era una combinación que funcionaba para la gente. Desempeñaba el papel de una desconocida comprensiva, alguien que escuchaba sin juzgar y respetaba el anonimato. Pero ese papel significaba que ella existía en un mundo de problemas. En su jornada laboral, se veía sacudida por los desafíos de la vida, empapada por el dolor ajeno, obligada a reflexionar largo y tendido sobre todo, desde la infidelidad hasta el desempleo. Cuando le preguntaban cómo lo soportaba, señalaba que era fácil lidiar con un drama que no era el suyo.

¿Cuando el drama era suyo? Eso era diferente.

Se quedó mirando el sobre. Descansaba en el suelo de manera inocente. El blanco deslumbrante destacaba contra las anchas tablas de roble. Incluso sin recogerlo, podía ver que el papel era de alta calidad y estaba grabado en relieve. Su nombre y dirección estaban escritos con una letra en negrita que se leía perfectamente a pesar de la distancia.

Su corazón latió un poco más rápido. Las emociones la invadieron, sacudiéndola como una ráfaga de viento. Colocó la mano sobre el diafragma y se obligó a respirar lentamente. Era una adulta con su propia vida, una buena vida. Sin embargo, ese pequeño objeto inanimado había arruinado la calma de su día.

Y ni siquiera lo había abierto todavía.

Su primer impulso fue romperlo sin abrirlo, pero eso sería inmaduro, y ella se esforzaba mucho por no ser inmadura y por

ejercer siempre el autocontrol.

Intentaba ser la persona que fingía ser en su columna de consejos.

—¿Adeline? —La voz de Erin se coló en su conciencia—. ¿Sigues ahí?

—Sí. Sigo aquí. Te escucho. —Pero su atención no estaba en Erin.

Debería abrir el sobre sin más dilación. O simplemente podría tirarlo al reciclaje sin abrirlo. Imaginó lo que la doctora Swift diría sobre ese enfoque.

«Evasión».

Con un suspiro, lo tomó. Podría dejarlo a un lado y abrirlo más tarde, pero entonces estaría pensando en ello toda la tarde. Si estuviera aconsejando a alguien en una situación como esa, le diría que nunca sale nada bueno de retrasar lo inevitable y que la anticipación suele ser peor que la realidad. Que sin importar lo que hubiera dentro del sobre, tenía las herramientas y la fortaleza mental para manejarlo.

¿Las tenía?

Aún con el sobre en la mano, cruzó el apartamento, abrió las puertas francesas y salió a su pequeño balcón. La tensión en su cuello y hombros se disipó. Respiró el intenso aroma de la madreselva, la dulzura del jazmín. Las abejas zumbaban alrededor de las esbeltas espigas de lavanda púrpura. El espacio era pequeño, pero había elegido las plantas cuidadosamente y el resultado final había sido una explosión de flores y color que se sentía como un oasis de calma en la bulliciosa y ruidosa ciudad que consideraba su hogar. Le encantaba Londres, pero apreciaba poder retirarse del estruendo de las bocinas de los coches, el gentío y el ritmo frenético. A veces le parecía que todo el mundo vivía sus vidas en cámara rápida.

Al crear su jardín en el balcón, había seguido el consejo que le había dado a una lectora que se había mudado a la ciudad desde una zona rural y estaba luchando contra la ansiedad como resultado.

Adeline había entrevistado a un horticultor y había elaborado su respuesta en consecuencia.

Querida Triste en la City, puede que no vivas en el campo, pero aún puedes dar la bienvenida a la naturaleza en tu vida. Unas pocas plantas de interior bien elegidas pueden aportar calma al espacio vital más pequeño, y una maceta de hierbas aromáticas cultivadas en un alféizar soleado traerá un toque del Mediterráneo a tu hogar y a tu cocina.

Después de terminar de investigar su respuesta, salió y compró plantas para sí misma, siguiendo el consejo que acababa de dar a su lectora. También había escrito dos artículos para otras publicaciones sobre el mismo tema. Así se ganaba la vida.

Se había formado como psicóloga clínica y llevaba seis meses ejerciendo cuando un encuentro fortuito con un periodista dio lugar a una petición para dar una entrevista en un programa matutino sobre cómo manejar el estrés en el trabajo. Esa entrevista condujo a más solicitudes, que a su vez la llevaron a una carrera como escritora que disfrutaba más que ejerciendo como psicóloga. Escribir le permitía mantener un nivel de distanciamiento que le faltaba cuando atendía a los pacientes cara a cara.

Adeline prefería mantenerse distante.

Dejó el sobre en la mesita y se obligó a concentrarse en la conversación.

—Me alegro de que la columna de consejos esté funcionando bien, Erin.

Se alegraba, y no solo porque la columna mantenía alto su perfil y le proporcionaba más trabajo del que podía manejar. La popularidad de la columna la complacía. Era gratificante saber que la gente la encontraba útil.

Sabía lo que se sentía al estar perdida y confundida. Sabía lo que se sentía al luchar con emociones demasiado feas e incómodas para mostrarlas en público. Sabía lo que se sentía al estar sola, ahogándose sin un salvavidas a la vista, cayendo sin un cojín que amortiguara el golpe.

Si las habilidades que había aprendido para ayudarse a sí misma podían usarse para ayudar a otra persona, entonces, estaba satisfecha. Cuando escribía su columna, no se consideraba una

psicóloga, sino una mejor amiga de confianza. Alguien que te diría la verdad.

La única verdad que nunca compartía era que había algunas heridas que ningún terapeuta del mundo podía curar. Ese conocimiento se lo guardaba para sí misma. La gente asumía que ella tenía su propia vida resuelta, y no tenía intención de destruir esa imagen. Difícilmente inspiraría confianza a la gente si supieran que estaba lidiando con sus propios problemas.

—¿Bien? Es mejor que bien. —Erin estaba exultante, eufórica, orgullosa, porque ella era quien había tenido la idea de la columna *La doctora Swift dice*—. Eres un éxito, Adeline. Los jefes quieren darte más espacio.

Adeline quitó las flores marchitas de un geranio y eliminó un par de hojas secas.

—¿Más espacio?

—Sí. En lugar de responder una pregunta en profundidad, pensábamos en cuatro.

Adeline frunció el ceño.

—Es importante dar una respuesta completa. Si alguien está desesperado, necesita empatía y una respuesta detallada. No necesita que lo despachen con unas pocas líneas de tópicos.

—Tú no serías capaz de dar una respuesta que no fuera empática. Es tu don. Escribes tan maravillosamente… Supongo que en eso te pareces a tu madre.

Adeline apretó el puño alrededor de las hojas.

—No me parezco en nada a mi madre.

—No, claro que no. Lo que tú escribes es totalmente diferente. Pero, Adeline, esto es grandioso. No necesito decirte lo que está pasando con los periodistas independientes hoy en día. Todos se pelean por una porción de un pastel cada vez más pequeño, y ahí estás tú, con la oportunidad de tener tu propia porción grande y jugosa. Te pagarán, como es obvio.

No se parecía en nada a su madre. En nada. La vida de su madre era una gran fantasía romántica, mientras que la suya estaba arraigada con firmeza a la realidad.

Y tener más trabajo era una buena dosis de realidad.

¿Quería hacerlo? El dinero era importante hasta cierto punto, pero también lo era el equilibrio entre el trabajo y la vida personal. Aunque trabajaba principalmente desde casa, establecía límites claros. La primera mitad de la semana se centraba en su columna de consejos. Los jueves los reservaba para su trabajo independiente. Los viernes por la mañana los dedicaba a ponerse al día con la administración, y luego, a las dos en punto, apagaba su portátil y se iba a nadar. Nadaba exactamente cien largos, relajando sus músculos y deshaciéndose de la tensión de la semana. Después, caminaba hasta el mercado local y compraba fruta y verdura fresca para el fin de semana.

El sábado y el domingo eran completamente suyos. Tenía la intención de mantenerlo así.

Y tal vez su vida no fuera emocionante, pero sí estable y predecible, y así era como le gustaba.

¿Tenía tiempo para ampliar la columna? Sí. ¿Quería ampliar la columna? Tal vez.

—Querría tener control editorial total. —Se inclinó y comprobó la humedad de la tierra en una de las macetas—. No quiero que editen mis respuestas.

—Mientras mantengas la página dentro del límite de palabras, eso no será un problema.

—Yo elijo las cartas que respondo.

—Eso ni se discute.

—Lo pensaré. Gracias. Que tengas un buen fin de semana, Erin.

Terminó la llamada y finalmente se enfrentó a la única carta que le importaba en ese momento.

La tomó y abrió el sobre con cuidado. En aquellos tiempos de correos electrónicos y mensajes, solo su madre le escribía cartas. Adeline la imaginó sentada en su escritorio de cristal en la villa, tomando su pluma favorita. La tinta tenía que ser exactamente del tono correcto de azul.

Sacó las páginas y las alisó.

Queridísima Adeline…

Hizo una mueca. Todo en su madre era exagerado, florido, hiperbólico. El cariñoso saludo tenía tanto significado como uno de esos ridículos besos al aire que la gente se daba.

Te escribo porque tengo una noticia emocionante que quería compartir contigo. Me voy a casar otra vez.

Adeline leyó las palabras, y luego las volvió a leer. «¿Casarse?». ¿Su madre se iba a casar por cuarta vez?

¿Por qué? Si has fracasado repetidamente en algo, ¿por qué lo harías de nuevo? Así no era como se suponía que funcionaban las relaciones. Su madre trataba el matrimonio como un concurso televisivo o una lotería. Parecía creer que, si hacía algo las veces suficientes, tal vez una de ellas funcionaría.

Quería gritar, un sentimiento que solo experimentaba en relación con su madre. Afortunadamente para sus vecinos, se había entrenado para mantener la frustración en su interior.

Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y respiró lento. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar.

¿Cómo podía alguien pensar que ella era remotamente parecida a su madre?

El mundo lo vería como algo romántico, por supuesto. Catherine Swift, escritora de novela romántica y superventas mundial, una vez más, se arriesgaba por amor.

«Dame un respiro».

¿Y con quién pensaba casarse?

Adeline abrió los ojos con espanto mientras seguía leyendo la carta. Su madre la invitaba a pasar dos semanas de julio en la isla de Corfú. La sola idea le revolvió el estómago; no podía imaginar un plan más terrible. Todo estaría arreglado para ella, sin limitaciones de presupuesto. Claro, pensó con amargura, porque si algo le sobraba a su madre era precisamente dinero.

Continuaba hablándole sobre el jardín, y lo hermosa que estaba la villa ahora y lo bueno que sería para Adeline pasar un tiempo relajándose porque trabajaba muy duro. Mencionaba que Maria, la mujer que administraba la villa para ella, estaba bien. Que seguía

cocinando tan bien como siempre, y que ya había planeado un delicioso menú para la boda. También mencionaba que su hijo Stefanos había regresado a la isla para dirigir el negocio familiar de barcos, y que estaba segura de que disfrutaría poniéndose al día con él, ya que una vez fueron tan buenos amigos.

«¿En serio?».

Era un comentario típico de su madre, que lograba crear escenarios románticos en los lugares más improbables.

Adeline recordaba muy bien cuándo había visto a Stefanos por última vez. Ella tenía diez años. Él era un par de años mayor. Durante un tiempo, había sido su mejor amigo, y ella la de él.

Habían pasado dos décadas desde que se vieron por última vez. ¿De qué iban a ponerse al día exactamente? ¿De toda su vida?

Sobre la persona con la que pretendía casarse no había ni rastro de información, que era lo que a Adeline más le importaba saber.

No había mención de un hombre en ninguna parte de la carta. Adeline revisó y luego volvió a revisar. Ojeó las páginas. Nada. Ni una pista.

Se había olvidado de mencionar el nombre del hombre con quien iba a casarse. Increíble.

Soltó una risa histérica. ¿Su madre se habría acordado de invitarlo a la boda?

Tal vez no había novio. Tal vez su madre se casaba consigo misma. Después de todo, era su mayor admiradora.

—Mis libros son mis bebés —había ronroneado una vez a la cámara durante una entrevista en horario de máxima audiencia en televisión—. Los amo como amo a mis propios hijos.

«Probablemente más», pensó Adeline con fiereza mientras dejaba caer la carta de vuelta sobre la mesa. De hecho, mucho más. Tenía diez años cuando descubrió esa dolorosa verdad.

—Vas a vivir con tu padre, Adeline.

El dolor en su pecho creció. Viejas heridas se abrieron. Pero aquello no se trataba solo de ella. No era la única con heridas.

¿Cómo le afectaría a su padre?

¿Ya lo sabría? ¿Su madre se lo habría dicho?

Con las manos temblorosas y el estómago encogido por el temor, tomó su teléfono y marcó su número. Eran poco más de las seis de la mañana en Cape Cod, pero sabía que su padre ya estaría despierto. Se levantaba temprano y a menudo se le encontraba en la playa al amanecer, tomando fotografías o haciendo bocetos, ansioso por aprovechar al máximo la luz de la mañana y la soledad. Una vez que otras personas empezaban a aparecer, regresaba a su pequeña casa de playa de madera escondida detrás de las dunas, preparaba uno de los cafés más fuertes conocidos por el hombre y se dirigía a su estudio para pintar. Aunque también había días que se iba a la ciudad para enseñar a artistas aspirantes.

Su padre había cambiado su vida después del divorcio. Había dejado su trabajo en la ciudad y pasaba sus días centrado en Adeline y su pasatiempo, la pintura. Había convertido una de las habitaciones de la casa en un estudio y pasaba todo el día salpicando pintura en lienzos mientras ella estaba en la escuela. Adeline no sabía mucho sobre arte, pero esas pinturas siempre le habían parecido llenas de enfado. Una parte de ella envidiaba el hecho de que su padre tuviera una salida para su miseria. Había sido una época terrible.

Originario de Boston, su padre se había quedado en Londres durante toda la infancia de Adeline, pero en el momento en que ella se fue a la universidad, vendió la casa familiar y, con lo obtenido, compró un pequeño apartamento para que tuvieran una base en Londres y una casa de playa en Cape Cod. Él había hecho de ese su hogar.

Había sido una infancia extraña e inestable, pero a pesar de todo ello nunca había dudado del amor de su padre. Había sido él quien la había ayudado con los deberes, quien la había animado en los días de juegos escolares y quien había intentado hacerle un disfraz para una fiesta de Halloween. Su padre era la única constante en su vida y, aunque ya no vivían en la misma casa, ni siquiera en el mismo país, siempre se sentía cerca de él.

A diferencia de su madre, él nunca se había vuelto a casar, y eso la entristecía. Deseaba que encontrara a alguien especial, alguien

que lo mereciera. Pero él había decidido permanecer soltero, y no podía culparlo.

Estar casado con Catherine Swift seguramente era suficiente para que un hombre se alejara del matrimonio de por vida.

Aun así, odiaba la idea de que nunca se hubiera recuperado de su relación con su madre.

Esa era la razón por la que no quería hacer esa llamada. Sin importar cómo lo expresara, aquella noticia le iba a molestar. Estaba a punto de abrir un agujero en la vida que él había cosido cuidadosamente de nuevo.

Esperó, conteniendo la respiración, y casi se sintió aliviada cuando él no respondió, porque no tenía ni idea de qué iba a decirle.

¿Cómo iba a contarle que su madre se casaba otra vez?

¿Cómo podría darle la noticia de un modo que no le causara dolor?

Llevaba más de dos décadas divorciado de Catherine, pero Adeline sabía que aún sentía el dolor con intensidad. Todavía hablaba de su madre. Cada vez que veía uno de sus libros en una librería, se detenía, lo tomaba y leía la contraportada.

—No puedes encender y apagar el amor como si fuera un interruptor, Addy —le había dicho una vez cuando ella le preguntó cómo era posible que aún tuviera sentimientos por una mujer que lo había tratado tan mal.

Adeline nunca le dijo que Catherine no parecía tener problemas para apagarlo.

Y ahí tenía otra prueba más que lo confirmaba. Otra boda. Otra víctima.

Terminó la llamada sin dejar mensaje. Por impulso, agarró la carta de la mesa, volvió a entrar en su apartamento y la tiró a la basura sobre un montón de peladuras de patata y el envase vacío del yogur del día anterior.

Una de las ventajas de ser adulta era que podía tomar sus propias decisiones. Y ya había tomado la suya.

No iría a la boda.

Se negaba a pasar dos preciosas semanas de su verano viendo a su madre cometer otro gran error. Sería demasiado difícil.

Desenredaría todo lo que mantenía enrollado con fuerza en su interior. Y lo último que necesitaba en su vida era otro padrastro.

Enviaría una nota de disculpa y sus mejores deseos a los novios, aunque ni siquiera supiera el nombre de él.

Su identidad no importaba.

Quienquiera que fuese el hombre con quien Catherine Swift se casaba esa vez, lo compadecía.

Capítulo 2

CASSIE

—Dos capuchinos, un americano y un chocolate caliente italiano. —Cassie entregó el pedido al ruidoso grupo que se había apropiado de la mesa junto a la ventana.

No podía dejar de sonreír, y eso se debía al sobre que llevaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Su madre iba a casarse de nuevo, ¿no era emocionante? Era una verdadera inspiración. Cassie no paraba de sacar la carta del bolsillo para leerla.

Querida Cassie:

Te escribo porque tengo una noticia emocionante que quiero compartir contigo. Voy a casarme de nuevo.

El hecho de que no mencionara con quién iba a casarse lo hacía aún más romántico y misterioso. ¿Por qué no le había dicho nada? Hablaban de todo, así que, ¿por qué su madre no le había contado que estaba saliendo con alguien? Tal vez había sido un flechazo repentino. En cualquier caso, estaba feliz por ella y no podía esperar a conocer los detalles.

«Adelante, mamá», pensó Cassie mientras apartaba una guía turística para colocar uno de los capuchinos frente al grupo.

En el momento en que entraron, pensó que eran turistas, y a juzgar por cómo estudiaban los mapas en sus teléfonos, estaba en lo

cierto. En la mesa contigua había una guía que ofrecía consejos sobre cómo aprovechar al máximo Oxford en veinticuatro horas.

«No se puede», habría dicho Cassie si alguno de ellos le hubiera pedido su opinión al respecto, pero no lo hicieron, así que simplemente entregó sus bebidas y las dos porciones de pastel de limón (con cuatro tenedores, lo que significaba que estaban cuidando las calorías o el dinero) y regresó al mostrador, donde su compañera Felicia se entretenía creando el corazón perfecto de espuma en la superficie de un capuchino. Felicia era de Roma y llevaba dos años estudiando en Oxford. Ella y Cassie se habían hecho amigas el verano anterior cuando trabajaron juntas en la cafetería.

—Se te da cada vez mejor —afirmó Cassie mientras guardaba la bandeja y servía a un cliente que esperaba una porción de *brownie* de chocolate.

La cafetería The Tasty Bite estaba escondida en una calle empedrada en el centro de Oxford, no muy lejos de la Biblioteca Bodleiana. Su clientela consistía en una interesante mezcla de lugareños, turistas y estudiantes. Los turistas eran los clientes más queridos porque se sentían atraídos por el encanto inglés del lugar y solían pedir de más. Los estudiantes, en cambio, no tanto, ya que compraban un café y lo hacían durar todo el día.

Cassie era comprensiva. Después de todo, ella había sido estudiante. Había completado su licenciatura en Clásicas, pasando cuatro años leyendo, traduciendo y analizando textos. Cuando no estaba en tutorías o estudiando en la biblioteca, pasaba horas sentada en esa misma mesa junto a la ventana, actualmente ocupada por los turistas, garabateando en su cuaderno y observando el mundo pasar. Había pasado tanto tiempo en la cafetería que Rhonda, la dueña, le había ofrecido un trabajo, y Cassie lo había aceptado con gusto. No solo porque agradecía el dinero, sino porque le daba infinitas oportunidades de observar a la gente, y no había nada en el mundo que Cassie disfrutara más que estudiar a las personas.

Como la pareja sentada lado a lado en el hueco cerca de las escaleras. Sus piernas estaban entrelazadas bajo la mesa y sus

hombros se rozaban mientras se inclinaban sobre un folleto que anunciaba una representación al aire libre de *El sueño de una noche de verano* en uno de los jardines universitarios. Cassie ya había reservado entradas.

—¿Qué opinas? ¿Casados? —Felicia miró hacia la pareja mientras añadía dos chocolates calientes con nata a la bandeja ya cargada con una cesta de cruasanes recién salidos del horno.

Cassie echó un vistazo disimulado a la pareja.

—Sí, pero no entre ellos. —Era un juego al que solían jugar, inventar historias sobre la gente.

Esperó mientras Felicia entregaba el pedido y regresaba con la bandeja vacía.

—Ni siquiera se dieron cuenta de que estaba allí.

—Ella lleva casada con el mismo hombre una década y nunca ha hecho algo así antes. Han pasado la noche juntos por primera vez.

Felicia arqueó una ceja.

—¿Y tu evidencia para eso es…?

—No pueden dejar de tocarse, y acaban de pedir un montón de carbohidratos. Necesitan reponer calorías. Ambos están hambrientos porque han estado teniendo sexo toda la noche.

Felicia soltó una carcajada.

—Tu imaginación es un arma letal. Por cierto, ¿puedes cubrir mi turno el sábado? Matteo ha planeado una sorpresa para nuestro aniversario de seis meses.

—¡Qué romántico! —Cassie sintió una punzada de envidia. Felicia y Matteo formaban la pareja perfecta—. Sí, claro que te cubriré el sábado. El tiempo va a ser espléndido.

—¿No tienes planes?

—Nada especial. —Había planeado tumbarse en la orilla del río sobre la hierba y leer su desgastada copia de *La Odisea* por enésima vez.

—Gracias. Pensé que tal vez querrías preparar solicitudes de trabajo. ¿Ya has decidido qué vas a hacer?

—¿Hacer?

—Con tu vida. Tu futuro. Has terminado tu carrera. ¿Y ahora qué?

—Aún no estoy segura. —Era su pregunta menos favorita, porque responder honestamente significaría revelar su secreto más profundo y no estaba lista para hacerlo. Había sido una estudiante estrella, y la mayoría de la gente había asumido que se quedaría en Oxford y seguiría una carrera académica, analizando textos antiguos y estimulando los cerebros de jóvenes estudiantes entusiastas. Pero eso no era lo que Cassie quería.

¿Qué diría Felicia si le dijera la verdad?

«Quiero ser escritora».

Y no solo escritora, sino una escritora publicada. Esa era la parte difícil. El sueño imposible compartido por muchos. Todos con los que hablaba querían escribir un libro algún día. Cassie no compartía que ya había escrito uno y había empezado otro.

Temía que si se lo contaba a la gente tentaría al destino, y ese sería el fin de su sueño. Probablemente se reirían o, peor aún, le dirían que era una fantasía y enumerarían razones para apoyar esa teoría, pinchando así tanto sus sueños como su confianza. Le dirían que consiguiera un trabajo de verdad, fuera lo que fuera eso. Cassie necesitaba algo que no absorbiera demasiado tiempo ni energía emocional. Algo predecible, sin estrés, que le dejara tiempo para centrarse en su verdadera pasión. Por eso, al menos de momento, estaba trabajando horas extras en The Tasty Bite.

Cada día iba en bicicleta desde la pequeña casa victoriana que compartía con su amigo Oliver. El trayecto duraba ocho minutos y pasaba por The Lamb and Flag, que llevaba cuatrocientos cincuenta años sirviendo cerveza a literatos, por callejones estrechos y edificios de piedra color miel. Todo le parecía tan bonito bañado por los rayos del sol e impregnado de historia que pensaba: «Quizá me quede aquí para siempre».

¿Sería algo tan malo?

Le encantaba Oxford, con su serpenteante río y sus famosas facultades. Le encantaba trabajar en la cafetería, que le proporcionaba una inspiración infinita y no le exigía nada en su tiempo privado. No se llevaba trabajo a casa. Su cerebro no estaba abarrotado de cosas que tenía que hacer al día siguiente. Podía pensar. Podía soñar, y a nadie le importaba.

—Tierra llamando a Cassie. —Rhonda salió de la pequeña cocina en la parte trasera de la cafetería y chasqueó los dedos—. Deja de soñar. A Ted le vendría bien algo de ayuda aquí atrás.

Cassie esbozó una sonrisa de culpabilidad. Tal vez a la gente sí le importaba ocasionalmente cuando la encontraban mirando al vacío o garabateando en su cuaderno, pero en general era un trabajo que se ajustaba muy bien a sus circunstancias. Y le permitía escuchar a escondidas conversaciones y observar el comportamiento humano, lo que le parecía fascinante.

Se dirigió a la cocina, donde Ted estaba ocupado preparando ensaladas.

Él era un estudiante de Arqueología. Originario de San Francisco, recientemente había aceptado un trabajo en la cafetería para ayudar a financiar la excavación a la que se uniría en agosto.

—¿Qué necesitas que haga? —preguntó Cassie mientras se lavaba las manos.

—Va a ser otro día de calor sofocante, así que apuesto a que habrá más demanda de ensaladas que de *panini* tostados. Y olvídate de la sopa. —Se pasó el brazo por la frente—. Hace calor aquí. O tal vez es que he pasado demasiado tiempo en una biblioteca climatizada.

—No busques compasión en Cassie. —Rhonda volvió a entrar en la habitación con una cesta de productos para ensalada que había recogido en el mercado—. A ella le encanta el calor. Pasó la mayor parte de su infancia en Grecia.

Ted pareció interesado.

—¿En serio?

—Mi madre tiene una casa en la isla de Corfú. —Cassie agarró un tomate y se lo acercó a la nariz. El aroma le indicó que estaba recién cogido y lleno de sabor—. Es mi lugar favorito en el mundo. —Agarró más tomates y los enjuagó.

—Espera. ¿Por eso te llamas Cassie? Cassandra, ¿verdad? La princesa troyana.

—A mi madre le encantan los mitos griegos.

Él sonrió.

—Así que estás destinada a que nunca te crean. Aunque pensándolo bien, también podría haberte llamado Helena, la mujer cuya belleza desató una guerra y lanzó mil barcos a la batalla.

Ella estaba contenta con su aspecto, pero dudaba que su rostro hubiera lanzado un remolcador o un kayak al mar, y mucho menos mil barcos.

—Tuve suerte.

—Entonces, ¿por qué estás atrapada aquí en lugar de pasar tu verano en Grecia? Es donde yo estaría si tuviera la oportunidad. —Ted empezó a cortar el pepino en trozos irregulares.

—De hecho, iré el mes que viene. Mi madre se casa. —Sonriendo para sí misma, Cassie sacó queso feta de la nevera—. Iré a su boda. ¿Quieres que haga la ensalada griega? *Horiatiki*. Es mi especialidad.

—Claro. Sería genial. ¿La boda de tu madre? Vaya. —Ted metió una bandeja de filetes de salmón en el horno—. ¿No es incómodo? ¿Qué dice tu padre al respecto?

—Mi padre está muerto. —Cassie vio cómo su rostro se ponía rojo y sintió lástima por él. Se molestó consigo misma por soltar aquello sin pensar—. No te sientas mal. Yo tenía tres años. No tengo recuerdos reales de él. —Solo los que había hilado en su cabeza a partir de las muchas historias que su madre había compartido con ella. «Deja que te cuente sobre la noche en que conocí a tu padre…».

Había memorizado cada detalle, hasta que se volvieron tan claros que se hicieron reales, hasta que pudo imaginar perfectamente el momento en que su padre entró en aquel bar y vio a su madre por primera vez. «Entré en ese bar a tomar una copa y salí con el amor de mi vida».

Su madre le había contado esa historia tantas veces, pero Cassie nunca se cansaba de oírla. Repetía la historia a las personas que le decían que el amor no existía. Que el romance era una fantasía.

Cassie sabía que no era una fantasía. El hecho de que ella estuviera allí de pie era la prueba de ello.

Algún día, se prometió a sí misma, encontraría un amor y una gran pasión como la que sus padres habían compartido. Era trágico que su padre hubiera muerto tan joven, pero al menos él y su madre

habían conocido el amor verdadero, aunque solo fuera por un breve tiempo. En ese sentido, habían tenido suerte. Cassie no se conformaría con menos. En cada cita, se preguntaba: «¿Querría seguir a este hombre hasta el fin del mundo?». La respuesta siempre era no. En su mayoría, no quería seguirlos ni hasta la Biblioteca Bodleiana, lo cual era deprimente porque estaba muy cerca. El único hombre que era una constante en su vida era Oliver, pero eso no contaba. Él era su mejor amigo, y si lo seguía a alguna parte, tenían garantizado perderse porque Oliver tenía un pésimo sentido de la orientación, razón por la cual ella siempre estaba a cargo de la ruta cuando salían juntos. Se habían conocido el primer día del curso, durante la foto obligatoria de la universidad. Hubo mucho movimiento para que todos cupieran y Cassie, al ser menuda, había sido colocada justo al frente. Oliver estaba de pie detrás de ella y se había inclinado para susurrarle un chiste al oído justo cuando tomaron la fotografía. La había hecho reír. Cuatro años después, aún lo seguía haciendo. Era consciente de que no salía tanto como debería. Las citas le resultaban estresantes y era más fácil y divertido pasar el rato con Oliver.

Pensar en su compañero le recordó que había tenido otra cita con Suzy la noche anterior y no había sabido de él desde entonces.

Sintió que algo se movía en su interior. Si Oliver se enamoraba, ¿cambiarían las cosas? Era inevitable. Incluso si la chica de sus sueños era lo suficientemente civilizada como para aceptar que él tuviera una mejor amiga, no tendría tanto tiempo para pasarlo con ella. Se acabarían los paseos por los museos juntos. Se acabarían los pícnics a la orilla del río, el intercambio de libros y los largos desayunos. Se acabarían las conversaciones que empezaban con «no te imaginas lo que me pasó ayer».

—Vaya, qué duro lo de tu padre —comentó Ted, sin dejar de trocear lechuga.

—Más duro para mi madre. —Cassie apartó su mente de cómo sería su vida cuando Oliver se enamorara—. La suya fue una verdadera historia de amor. Un romance para acabar con todos los romances.

Ted observó cómo Cassie tomaba la botella de aceite de oliva.

—¿Ha sido viuda todo este tiempo?

—No, se volvió a casar, pero ella y Gordon —ni siquiera consideraba a Gordon Pelling su padrastro— se divorciaron hace un par de años. No funcionó.

Al menos lo había intentado, y estaba a punto de intentarlo de nuevo. El valor de su madre en asuntos del corazón era inspirador y Cassie se alegraba por ella. No podía esperar para celebrarlo en persona.

—Vaya. Entonces este es su… —Ted hizo una pausa, calculando—. ¿Su tercer matrimonio?

—En realidad es el cuarto. Estuvo casada antes de conocer a mi padre. —Cassie pensó en su hermanastra Adeline y sintió una punzada de culpa, como siempre.

Felicia entró en ese momento llevando una bandeja con tazas y platos sucios. Captó el final de la conversación.

—Obviamente, no sabes quién es la madre de Cassie.

—¿Por qué debería conocer a la madre de Cassie? —Ted miró a Cassie—. ¿Qué me estoy perdiendo?

Felicia cargó las tazas en el lavavajillas. Su piel estaba bronceada, su cabello cortado al ras.

—Supongo que has oído hablar de Catherine Swift.

—No. —Ted frunció el ceño—. Espera…, ¿te refieres a la escritora de novelas románticas? ¿La que produce sin parar todas esas novelas de playa cursis? ¿Ella es tu madre?

Cassie pensó en las horas que su madre pasaba en su escritorio, con el pelo recogido en un moño despeinado, totalmente concentrada mientras perfeccionaba su oficio, escribiendo y reescribiendo hasta quedar exhausta. La insinuación de que lanzaba cualquier basura lo más rápido posible como una especie de explotación comercial del pobre público desprevenido le daba ganas de romper algo.

Ted pareció darse cuenta de que pisaba terreno peligroso porque levantó las manos a modo de disculpa.

—Sin ánimo de ofender, Cassie.

—Decir «sin ánimo de ofender» no borra la ofensa, Ted —espetó Felicia antes de que Cassie pudiera abrir la boca—. Y esas novelas

playeras de mala calidad se venden por cientos de millones por una razón. Aborda temas importantes para las mujeres. Gracias a ella, dejé a mi último novio. Me estaba tomando el pelo y una mañana me desperté y pensé: «Una heroína de Catherine Swift no permitiría que la trataran así». Y eso fue todo. Pasó a la historia.

Ted tragó saliva y dio un paso atrás.

—Vaya. Bueno, eso es… algo inquietante, en realidad. Quiero decir, yo no leo un libro de crímenes y luego asesino a alguien. Pero a todos nos gustan cosas diferentes.

—Cierto. Pero ¿has leído alguna vez un libro de Catherine Swift?

—No. —El sudor en la frente de Ted no se debía solo al calor de la cocina—. No es lo mío.

—Pero si no has leído ninguno —dijo Felicia con dulzura—, ¿cómo sabes que no es lo tuyo? Eres un académico. Se supone que debes buscar pruebas que respalden tus opiniones, ¿no?

—Sí, tienes razón. —Se frotó la nuca y le lanzó una mirada mortificada—. Lo siento, Cassie. He sido grosero e insensible.

—Sí, un poco —dijo Cassie, pero la verdad era que estaba acostumbrada. Se había entrenado para no darle importancia. Y la mayor parte del tiempo no se la daba. Al menos, no por ella misma. Le importaba mucho por su madre, que era inteligente e increíblemente trabajadora y se había construido una vida desde cero. En opinión de Cassie, eso merecía respeto. Estaba muy orgullosa de su madre.

Probablemente ni siquiera se habría planteado la idea de ganarse la vida escribiendo novelas si no hubiera crecido con una madre que hacía precisamente eso. El trabajo de Catherine Swift consistía en sentarse frente a un portátil, o a veces un cuaderno, e inventar cosas. ¡Qué genial era eso!

Ella quería hacer lo mismo, pero sabía que era un objetivo poco realista. Las posibilidades de ganarse bien la vida escribiendo ficción eran minúsculas. Tal éxito como el de su madre era algo excepcional.

Cassie encontraba ese éxito inspirador, pero también abrumador y desalentador, razón por la cual no le había dicho a nadie, excepto a Oliver, que lo que realmente quería era ser escritora, igual que su

madre. Bueno, no exactamente igual que ella. No esperaba tener ni una pequeña fracción de su éxito. Lo único que quería era que alguien pensara que su trabajo era lo bastante bueno como para ser publicado. Eso sería suficiente.

No le había mencionado su sueño a su madre, a pesar de que hablaban de todo lo demás. Pero no podía hablarle de eso. ¿Y si su madre quería leer algo que Cassie hubiera escrito? ¿Y si lo odiaba? Sería muy incómodo. Y en el improbable caso de que a ella le gustara lo que había escrito, podría querer mostrárselo a Daphne, su agente, y Cassie no podía pensar en nada más vergonzoso que eso. La gente pensaría que estaba intentando aprovecharse del nombre de su madre como una forma de entrar en el mundo editorial, y por esa razón había enviado su manuscrito a un agente diferente sin mencionarla.

Había decidido que necesitaba hacer aquello a su manera o nunca creería en sí misma.

Eso había sido hacía dos meses y todavía no había recibido respuesta, lo cual no era una buena señal.

Al principio, actualizaba su correo electrónico cada diez minutos, con el corazón acelerado, mientras escenarios de cuento de hadas pasaban por su mente. Iba a recibir un correo, tal vez incluso una llamada. El suyo iba a ser el manuscrito que habían estado esperando.

Cuando vio que nada de eso ocurría, se obligó a limitar la actualización de su correo electrónico a una vez por hora. Ahora se había rendido. La página web del agente decía que intentaban responder en un plazo de ocho semanas y ya habían pasado, lo que significaba, en la mente de Cassie, que odiaban lo que ella les había enviado. Era tan malo que ni siquiera se molestaban en rechazarla.

Pero seguiría adelante, por supuesto, aunque su confianza se marchitaba como una planta en una ola de calor.

Ted esbozó una sonrisa incómoda.

—Sí, bueno, lo siento de nuevo. Debería ir a hablar con Rhonda sobre los planes para el fin de semana. —Se lavó las manos y salió de la cocina tan rápido que chocó contra la encimera.

Felicia lo miró alejarse y luego negó con la cabeza.

—No sé qué pensar de él.

—No me ha dicho nada que no haya oído antes —afirmó Cassie—. Acabas acostumbrándote.

—Ignóralo. Tu madre es una leyenda. —Felicia tomó un trozo de queso feta—. Me enseñó todo lo que sé sobre el amor y las relaciones saludables. También sobre la resiliencia. Sus personajes siempre encuentran una salida, sin importar lo difícil que sea la vida.

Cassie sintió una calidez interior.

—Gracias, Felicia.

—Oye, es la verdad. Si quieres conseguirme una copia firmada de su último libro, no diré que no. En italiano o en inglés, no soy exigente. —Felicia se metió el queso en la boca y sonrió—. Debe de ser genial tener una madre famosa.

—La mayoría de las veces no se lo digo a la gente. Solo te lo conté aquella vez porque te vi leyendo uno de sus libros el primer verano que trabajamos juntas aquí.

—Así que otra boda —dijo Felicia, apoyándose contra el frigorífico —. ¿Irá tu hermanastra?

El estómago de Cassie dio un vuelco.

—Yo… no lo sé. —No se había permitido pensar en esa parte. Era la única nube negra que se cernía sobre un verano por lo demás soleado—. Para ser honesta, espero que no. ¿Eso me convierte en una persona horrible?

—¿Por qué lo haría? —Felicia se encogió de hombros—. No es que tengáis una relación muy cercana.

«¿Cercana?». Cassie reprimió una risa histérica. Los días en que soñaba en secreto con estar cerca de su *hermana mayor* habían quedado atrás. Eso, pensó, era una fantasía más grande que ser una escritora de éxito. Era más probable que llegara a la lista de los más vendidos de *The Sunday Times* que ganarse una sonrisa o unas palabras cálidas de Adeline. Y no tenía expectativas de llegar nunca a la lista de los más vendidos de *The Sunday Times*.

La invadió la melancolía, junto con cierto nivel de aprensión, del tipo que uno podría sentir antes de una visita al dentista. La presencia de su hermana no arruinaría la boda, pero sería suficiente para hacer mella en el disfrute y la celebración de Cassie. Y, peor

aún, molestaría a su madre, y si había un día en que una persona no debería estar molesta en absoluto, ese era el día de su boda.

Tal vez Adeline no se presentara. En la última boda de su madre, ella se había negado en rotundo a ser dama de honor, por lo que Cassie había tenido que cumplir ese papel ella sola. Se había preocupado por su madre, había lanzado flores e intentado hacerla sonreír lo suficiente por dos personas para compensar la expresión pétrea de Adeline. Era evidente que ella había odiado cada minuto de la ceremonia, así que, quizás, si Cassie tenía mucha suerte, al final decidiera no volver a pasar por eso.

Tampoco es que fuera romántica. De hecho, Cassie nunca había visto a su hermana mostrar una sola emoción. Adeline era tan fría y serena que resultaba inquietante. Era lo opuesto a Cassie, que esparcía sus emociones libremente. La verdad era que encontraba a su hermana intimidante y un poco fría. ¿En qué momento uno decide rendirse y dejar de intentarlo?

Durante toda su adolescencia, cuando Adeline pasaba esas angustiosas semanas de verano en Corfú, Cassie había sido amable. En parte porque era su naturaleza, pero también porque deseaba con desesperación un acercamiento con ella. Todos los libros que había devorado sugerían que tener una hermana era un regalo. Un beneficio definitivo en la vida. Una hermana mayor era un beneficio aún mayor, ya que ofrecía acceso a una sabiduría superior y un nivel de protección junto con la garantía de una amistad de por vida inquebrantable por los temblores que tan a menudo causaban grietas en relaciones menos sólidas.

Deseosa de cultivar y explotar esa relación especial, Cassie se había esforzado por establecer una conexión con Adeline. Le daba vergüenza recordar cuánto se había esforzado para que su hermanastra la quisiera, pero había sido una causa perdida. Había sido como una comediante tratando desesperadamente de arrancar una risa a un público poco receptivo. Un cachorro intentando ganarse el afecto de alguien que detestaba a los perros. Si acaso, sus esfuerzos por acercarlas las había distanciado aún más. Cuanto más se acercaba ella, más se alejaba Adeline. Herida, con el orgullo y la confianza mellados, Cassie finalmente también se había

apartado y se había obligado a aceptar que nunca tendría una relación con su hermana. Nunca la llamaría cuando estuviera estresada por un chico o preocupada por sus exámenes. Nunca podría compartir ninguna de sus preocupaciones o miedos porque a Adeline no le interesaba, lo cual era doloroso dado que ella parecía haber dedicado su vida a ayudar a otras personas a lidiar con sentimientos incómodos. Le gustaba ayudar a la gente, pero no a Cassie. Daba acceso a su sabiduría a los extraños, pero no a Cassie.

Su falta de interés era personal. Era como si Adeline no pudiera soportar estar cerca de ella, lo cual era molesto porque Cassie pensaba que su hermanastra era una persona genial.

Adeline era una adulta de verdad, mientras que Cassie sentía la mayor parte del tiempo que, aunque se esforzaba por ser adulta, fracasaba estrepitosamente. Ella era una soñadora, mientras que su hermana era centrada y práctica. Adeline era psicóloga clínica, y no había nada más adulto que eso. La doctora Swift. Dispensaba consejos y comprensión a personas como Cassie que no podían arreglar sus vidas por sí mismas.

Adeline era serena y digna en todo momento, y también autosuficiente e independiente. Cassie necesitaba gente en su vida. No sabía dónde estaría sin su madre y sus amigos. Adeline, al parecer, no necesitaba a nadie.

Ella estaba segura de sí misma y de sus elecciones, mientras que Cassie no estaba segura de nada. Definitivamente, no estaba segura sobre el futuro. ¿Cuántas veces permitiría que rechazaran sus escritos antes de aceptar que no podría ganarse la vida de esa manera? ¿Cuándo debería rendirse y conseguir un «trabajo de verdad»?

Se preguntó por un momento qué diría Adeline si supiera que quería ser escritora. Estaba bastante segura de que pensaría que su sueño era, como mínimo, poco aconsejable.

—Deseaba que tuviéramos una relación más cercana, pero he renunciado a eso —le dijo a Felicia—. Adeline es ocho años mayor que yo, así que, hay bastante diferencia de edad. Después del divorcio, eligió vivir con su padre. Creo que casi destruyó a mi madre. Así que no nos vimos mucho mientras crecíamos. —No veía

razón para maquillar la verdad y no era muy buena ocultando información. En opinión de Cassie, los secretos eran geniales en la ficción, incluso necesarios, pero en la vida real complicaban las cosas.

Tal vez Adeline rechazara la invitación de su madre.

«¡Por favor, por favor, que la rechace!».

Era una boda, después de todo, y estaba claro por los consejos que daba en su columna que Adeline no tenía ni un solo hueso romántico en su cuerpo. Por supuesto que no. Para ser romántica, había que sentir algo, y Cassie a veces se preguntaba si su hermana sentía algo en absoluto.

Adeline parecía descartar la noción del amor romántico como algo transitorio y una base poco fiable para una relación a largo plazo.

Y Cassie se había esforzado por ser comprensiva y ver la situación desde el punto de vista de Adeline. Su madre se había enamorado del padre de Cassie. Habían tenido una aventura, y Cassie había sido el resultado. Adeline tenía ocho años cuando sus padres se divorciaron, y eso debió de ser muy duro. Su familia se había roto. Adeline había culpado a su madre.

Desde su propio punto de vista, Cassie era capaz de ver las cosas con un poco más de objetividad. ¿Habría ocurrido la aventura si Catherine hubiera sido feliz en su primer matrimonio? No. Algunas relaciones funcionaban y otras no. Algunas eran felices por un tiempo y luego terminaban. Y eso era triste, pero también era la vida. La gente cambiaba. Las relaciones cambiaban. Cassie lamentaba el daño que su madre había causado a Adeline y a su primer marido, pero, en su opinión, había mostrado honestidad emocional y había hecho lo valiente. Catherine ya no estaba enamorada del padre de Adeline. Se había acabado. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Quedarse infeliz el resto de su vida a su lado? ¿Cómo podía ser eso bueno para alguien? Si algo estaba mal, entonces estaba mal. Así de simple.

Cassie creía que Catherine había hecho bien en seguir su pasión (y si no lo hubiera hecho, Cassie no existiría, así que tenía que admitir que no era imparcial), pero Adeline no estaba de acuerdo.

Cassie había pasado largas horas estudiando las columnas de consejos de su hermanastra, tratando de entenderla.

Analizaba cada palabra, examinando cada detalle, sintiendo que cada respuesta le daba una visión de su alma. En ocasiones había pensado en escribirle ella misma.

«Mi hermanastra me odia y, aunque algunas personas podrían pensar que tiene motivos, en realidad no es por mi culpa. ¿Cómo puedo ayudarla a dejar de lado su ira y amargura para que tengamos la oportunidad de forjar una relación?».

Felicia le pasó el frasco de orégano.

—¿No te preocupa que tu madre se case de nuevo?

Cassie sonrió, agradecida por ser apartada de sus pensamientos sobre Adeline.

—En absoluto.

¿Por qué habría de preocuparle? Jamás le negaría la felicidad a su madre. Y confiaba en su buen juicio. Había escrito más de sesenta novelas románticas y vendido cientos de millones de ejemplares. Esa era toda la prueba que alguien necesitaba para demostrar que Catherine Swift sabía todo lo que había que saber sobre el amor.

No te casabas por cuarta vez porque fueras un fracaso, lo hacías porque eras optimista. No porque te arrepintieras del pasado, sino porque tenías esperanza en el futuro.

Cassie no sabía con quién se casaba su madre, y la idea de que fuera un secreto la emocionaba. No necesitaba saberlo todavía. Sin duda, lo descubriría una vez que llegara a la isla para la celebración.

Obviamente, su madre quería que fuera una gran sorpresa, y no podía haber nada más romántico que eso.

Cassie suspiró mientras preparaba ensaladas griegas y las metía en el frigorífico.

Con suerte, Adeline decidiría no ir a la boda.

«Por favor, por favor, que decida no ir».

Capítulo 3

CATHERINE

Catherine Swift había nacido con un don.

No hubo un momento concreto en el que se percatara de su existencia. Era tan parte de ella como su rebelde cabello rubio y su falta de coordinación. Había crecido con ella hasta adquirir vida propia. No recordaba una época en la que no tuviera historias y personajes corriendo por su cabeza. Pero sí recordaba con claridad la primera vez que escribió esas historias.

Tenía doce años y su madre la había dejado en Clifton House, un internado en pleno corazón de la campiña inglesa. Sus padres estaban en medio de un divorcio complicado y su madre había decidido de manera unilateral que sería menos traumático para Catherine ser expulsada del hogar familiar y vivir entre extraños que presenciar el penoso declive de un matrimonio. Esa era la versión oficial. Extraoficialmente, después de una botella de *sauvignon blanc* que su madre había alegado que era para fines medicinales, le había confesado a Catherine que por el bien de su estilo de vida necesitaba encontrar otro marido y no podía hacerlo con una hija de por medio. Complicaría demasiado las cosas. Encontrar marido era como solicitar un empleo. Había que concentrarse y prestarle toda la atención.

—Te lo pasarás bien —le había dicho mientras arrastraba la única maleta de Catherine por pasillos sin alma—. Harás muchos amigos. Te sentirás como en casa.

Pero Catherine no había disfrutado nada, no había hecho ningún amigo y no se había sentido en absoluto como en casa. Tampoco es que su verdadero hogar fuera un lugar acogedor. Ni mucho menos. No habría hecho falta mucho para que el colegio hubiera sido la mejor opción. Y, que no lo fuera, decía mucho sobre la calidad del lugar que su madre había elegido.

Por lo que Catherine podía ver, había cambiado un tipo de trauma por otro.

El colegio era un gran edificio de ladrillo marrón con ventanas que parecían dar a todas partes excepto a los lugares donde se congregaban los acosadores. No hubo testigos cuando tres chicas decidieron meterle la cabeza en el inodoro, ni nadie que interviniera cuando se descubrió que su largo cabello era una útil cuerda con la que arrastrarla por un pasillo.

Sin embargo, había reglas. Más de las que Catherine podía contar, y no tenían sentido. ¿Por qué tenía que caminar por el lado izquierdo del pasillo? ¿Era tan grave desviarse hacia la derecha? ¿Por qué había que apagar las luces a las nueve en punto, incluso si no habías terminado el capítulo del libro que estabas leyendo? ¿Por qué no podía cortarse el pelo si decidía que el pelo corto era una opción más segura?

Su *hogar* era una cama estrecha y dura en una habitación con otras diez chicas. Ninguna de ellas le dio la bienvenida a su llegada al considerarla una intrusa. Catherine no era guay, no tenía coordinación y no iba a ser una valiosa adición a ningún equipo deportivo. Para las otras chicas, crueles en su evaluación de los demás, era un blanco fácil. Lamentablemente, no era una experiencia nueva. Su padre, un ávido deportista, se había desesperado con ella. Por mucho que se esforzara, él seguía gritándole. Le decía con frecuencia que no valía nada, y no tenía motivos para no creerle, dado que tantos parecían estar de acuerdo.

Por fortuna, la escuela tenía una biblioteca y Catherine se había refugiado allí siempre que había podido, acurrucándose entre altas estanterías y libros polvorientos, imaginándose como Jane Eyre: sola, rechazada, maltratada. Se sumergía en historias, pero ninguna

palabra ajena le proporcionaba la evasión que le brindaban las suyas propias.

En casa, había sobrevivido desconectándose, viviendo en su cabeza, alejada de la realidad del presente. No había finales felices en su vida, así que los inventaba. Su imaginación hilaba historias de relaciones que no terminaban como la de sus padres, conversaciones que no acababan en porcelana rota, miembros fracturados o corazones destrozados. Era feliz habitando cualquier mundo, siempre que no fuera el suyo.

En la escuela había hecho lo mismo. Le frustraba que ella, que amaba las palabras, nunca encontrara las adecuadas cuando se enfrentaba a un acosador. Había decidido que probablemente era porque en el fondo estaba de acuerdo con ellos. Era todas esas cosas que le llamaban, así que, ¿cómo podía defenderse? Sin embargo, pasaba horas por la noche reproduciendo el escenario en su cabeza e ideando la réplica perfecta con ella como vencedora.

Los personajes vivían en su mente, distrayéndola durante las clases. Le hacían compañía cuando se sentía sola y permanecían a su lado cuando el acoso se volvía casi insoportable. La única asignatura que realmente disfrutaba era la de Literatura Inglesa, y la primera vez que le pidieron en clase que escribiera un relato corto fue el día más feliz de su vida. Por fin iba a poder dar vida a esos personajes. Por fin confiaba en que podría destacar en algo.

Escribía con facilidad, con fluidez, las palabras fluyendo de su cerebro a su pluma y al papel.

Cuando terminó, escribió su nombre con decisión en la parte superior de la página y entregó el trabajo con orgullo y una emoción apenas contenida. Casi no había dormido esa noche, imaginando el momento en que la profesora le devolvería su trabajo. La señorita Barrett era alta, de labios finos, nariz afilada y un sentido del humor escaso. Era difícil de complacer y se había esforzado considerablemente en hacer de la Literatura Inglesa la asignatura menos popular de la escuela. Leían *Anna Karenina* y *Cumbres borrascosas*, *Madame Bovary* y *Romeo y Julieta*, y Catherine se había preguntado si había un subtexto en esas clases, si la señorita Barrett les enseñaba simultáneamente literatura mientras les

advertía sobre las locuras de la pasión descontrolada. Estudiaban tragedia tras tragedia, historias de amor empapadas de infelicidad. «Todas vamos a morir solteras», pensaba Catherine, lo que le parecía un desenlace más feliz que morir por amor.

¿Por qué el amor tenía que acabar trágicamente?

Pero ella lo había solucionado. Para su tarea, había escrito una historia llena de pasión descontrolada, pero sin acabar en tragedia.

No podía esperar a que la señorita Barrett la leyera y ya imaginaba la respuesta: «¡Catherine, no tenía ni idea de que tuvieras tanto talento!».

Imaginaba a las otras chicas mirándola fijamente, sus rostros mostrando envidia en lugar de desprecio mientras cambiaban su opinión sobre ella, deseando poseer también su don. Tal vez sus habilidades con la pelota fueran deficientes y su coordinación menos que impresionante, pero podía escribir. Sería, si no popular, al menos tolerada. Quizás le pedirían ayuda con sus deberes. «Catherine, eres tan brillante en Literatura Inglesa…».

Como tantas veces ocurría en la vida, las cosas no salieron como ella había imaginado.

La señorita Barrett devolvió los trabajos a cada alumna sin comentarios, racionando los elogios como si conllevaran graves consecuencias para la salud.

Catherine esperó, preparada para su turno. Podía ver la nota de la chica que tenía al lado, garabateada en tinta roja en la parte superior de la página: *B+. ¡Bien!*

Ella era la última. ¿Tendría eso algún significado?

—Catherine —había dicho la señorita Barrett mientras regresaba a su escritorio tras sonar la campana del recreo—. Quédate un momento.

Las cabezas se giraron. Todas la miraron, curiosas, oliendo la posibilidad de problemas.

Pero Catherine sabía que no estaba en apuros. Al contrario. La estaban distinguiendo por un motivo diferente.

Sintió que se sonrojaba de placer anticipado. Algún día, cuando publicara su primer libro, recordaría ese momento. Incluso podría atribuir a su profesora de Literatura Inglesa el mérito de haberla

inspirado a escribir ficción edificante. Libros que no te hicieran querer tirarte bajo un tren o tragar arsénico.

Incluso había pensado que tal vez dedicaría su primer libro a su profesora. *A la señorita Barrett, que lo inició todo.*

La profesora había esperado hasta que se cerró la puerta y luego le había entregado a Catherine su trabajo.

Ella se había quedado mirando las palabras garabateadas en la parte superior de la página: *D. Suspenso. ¡Ven a verme!*

¿Suspenso? ¿Cómo podía ser un suspenso? Había escrito desde el corazón, había volcado sus sentimientos en la página. Era la primera vez que escribía una historia y la primera vez que mostraba su trabajo a alguien. Le había encantado. Escribirla le había producido una euforia que nunca antes había sentido. «¿Suspenso?».

El placer se convirtió en dolor. Cada parte de su cuerpo ardía de humillación. Era como si la sumergieran en ácido. Le temblaban las manos sobre el papel.

—No lo entiendo.

—¿Qué te llevó a escribir una historia así? —le había preguntado la señorita Barrett, que se había puesto roja como un tomate.

¿Cómo se suponía que debía responder a eso?

—¿Así cómo?

Había escrito un romance. La palabra clave de la temática había sido «juntos», y su historia le había parecido apropiada. La chica sentada a su lado había escrito sobre un gato y un ratón, pero Catherine no veía cómo eso podía dar lugar a una historia interesante.

—Es… —La señorita Barrett se aclaró la garganta y cruzó las piernas—. Quiero saber por qué escribiste esta historia en particular. ¿Habéis estado viendo algo las chicas? ¿Leyendo algo que no deberíais?

—No. —Catherine, a quien le gustaba anticipar los problemas para poder evitarlos, no tenía ni idea de cómo acabaría aquella conversación.

—Entonces, ¿de dónde salió la idea?

—De mi cerebro.

—Pero ¿qué o quién te metió semejante cosa en el cerebro?

¿Le estaba preguntando de dónde venían las historias y los personajes? Catherine no tenía ni idea. Aparecían completamente formados y vivían sus vidas dentro de su cabeza. Había supuesto que era algo que le pasaba a todo el mundo, pero a juzgar por la forma en que la señorita Barrett la miraba, era evidente que no.

—Me gusta inventar historias.

La boca de la señorita Barrett se apretó en una fina línea.

—No tienes talento para ello, Catherine. Esto —había dicho agitando en una mano la ofensiva historia de Catherine— es basura. No vale nada. Lo que sea que estés imaginando, es mejor que se quede dentro de tu cabeza. Nunca serás escritora. Ríndete ahora, es inútil.

«Inútil». Tanta gente había usado esa palabra para referirse a ella que tenía que ser cierta.

Su confianza había muerto aquel día. Había ido danto tumbos de un lado a otro durante el resto de la tarde hasta que, horas después, devastada y humillada, se había escabullido de vuelta a la residencia de estudiantes. Allí se había encontrado a todas las chicas sentadas en su cama, esperándola. Una de ellas, Jane, la cabecilla del grupo, sostenía su ensayo en la mano.

Las palabras de la señorita Barrett aún resonaban en su cabeza. «Esto es basura. Nunca serás escritora».

Catherine sabía que nunca olvidaría esas palabras, pero se había consolado con el conocimiento de que nadie más que ella y la profesora lo sabrían jamás.

Se había equivocado en eso tanto como en todo lo demás.

De alguna manera, las otras chicas habían conseguido su historia y la habían leído, lo que demostraba que incluso cuando pensabas que habías tocado fondo, siempre podías hundirte más. Cuando se burlaban de ella por fallar siempre la pelota, se decía a sí misma que no importaba. Cuando llegaba última en una carrera o cantaba desafinada, se decía que tampoco importaba.

Pero ¿escribir? ¿Sus historias? Eso sí importaba. Lo era todo. El mundo dentro de su cabeza lo era todo, y había quedado expuesto a la burla total de los demás.

Dio por hecho que habían encontrado una nueva forma de torturarla. Y que sería peor que tirarle del pelo, o que aquella vez que arrojaron sus libros al inodoro, porque era algo personal. Su escritura era personal. Nunca debería haberla compartido.

Jane se había autonombrado portavoz.

—Catherine Swift, ¿quién lo hubiera pensado?

Demasiado hundida como para responder, Catherine se había quedado quieta a la espera de que se rieran, consolándose con el hecho de que no podían lastimarla más de lo que ya estaba herida. Se había sentido pequeña, herida e insignificante.

Jane había hojeado las páginas.

—Entonces, ¿quién es él?

—¿Quién es quién?

—El chico. El chico del que no nos has hablado.

¿Chico? Le había llevado un momento entender que hablaban del personaje de su historia. ¿Habían creído que era real?

—La idea surgió de mi cabeza —les había dicho lo mismo que a la señorita Barrett.

—¿Estás diciendo que te lo inventaste todo? —había preguntado Jane entornando los ojos.

—Sí. Es una historia. —Catherine se había preguntado por qué no podían entenderlo. Tenían imaginación, ¿no?

Se había hecho un silencio y luego Jane había esbozado una lenta sonrisa.

—Genial. Entonces, si de verdad te lo inventaste, puedes darnos otro capítulo.

—¿Otro capítulo?

—Queremos saber qué hace el chico guapo después. ¿Qué hacen después de escaparse de la casa? —Jane se había puesto de pie y había dejado caer las páginas sobre el estrecho catre de Catherine —. Cuéntanos un cuento para dormir, Catherine.

Había sido una orden, no una petición, pero por una vez a Catherine no le había importado.

Hizo exactamente lo que le pidieron. Cada noche después del apagón, se tumbaba en la oscuridad y contaba otra de las historias que tenía en la cabeza. Al principio solo escuchaban unas pocas

chicas, pero luego lo hicieron todas. Y Catherine seguía contando las historias, terminando cada noche con un momento de suspense, manteniendo a su audiencia cautivada. Era como Sherezade, hilando cuentos que hacían que sus oyentes quisieran más.

El acoso cesó y Catherine dejó que le creciera el pelo. Y entonces las acosadoras se convirtieron en amigas, y esas mismas amigas la instaron a escribir esas historias y enviarlas.

La madre de alguien trabajaba en una editorial. El libro de Catherine fue enviado y rechazado. Pero no con las duras palabras que había usado la señorita Barrett. Nadie dijo que fuera basura. Nadie dijo que no supiera escribir. La palabra «inútil» nunca se mencionó. Nadie le dijo que se rindiera. Al contrario, el editor la felicitó por su narrativa cautivadora y sus personajes creíbles. La palabra comercial apareció en algún momento, aunque Catherine no entendía qué significaba. Lo que sí entendió fue que el editor le estaba diciendo que perseverara.

Era todo el estímulo que Catherine necesitaba.

Reescribió esa historia tres veces, luego decidió que todo era un desastre y la desechó para empezar de nuevo con algo diferente. Esa vez se mantuvo firme. Abandonó la idea de que, si la historia dejaba de fluir, significaba que no era la correcta. Escribió desde el corazón y editó con el cerebro. Si se topaba con un problema, retrocedía y analizaba dónde se había equivocado con la historia. Escribió y luego reescribió, y luego volvió a reescribir. No escribía para el editor, escribía para sí misma y para las chicas de su dormitorio que siempre querían otro capítulo. Pensó que, si el libro hacía que su corazón latiera más rápido, si la hacía sonreír, si la hacía preocuparse, entonces también tendría ese efecto en los demás.

Finalmente, lo envió de vuelta al mismo editor y, después de una larga espera, recibió la llamada. «Queremos comprar tu libro».

Esa llamada seguía siendo uno de los mejores momentos de su vida. Se había sentido eufórica, sin aliento, exultante. A veces miraba atrás y deseaba poder capturar ese vertiginoso momento de esperanza. ¡Era escritora! Sin importar lo que dijera la señorita

Barrett, era una escritora real. En ese momento estaba al comienzo de algo, con todo por ganar.

En cambio, ahora tenía todo que perder.

Catherine estaba sentada a la sombra en su terraza. Tenía los pies descalzos y podía sentir el calor de las baldosas calentando su piel. Ignorando el bloc de notas y el bolígrafo sobre la mesa frente a ella, contemplaba el exuberante jardín lleno de olivares y naranjos cargados de frutos. Sus dos gatos, Ajax y Aquiles, estaban tumbados cerca de ella, adormilados bajo un rayo de sol. Los habían abandonado siendo gatitos y ella los encontró, con pocos días de vida y al borde de la muerte. Se los llevó a casa y los cuidó hasta que pasaron de estar escuálidos a fuertes. Recordar el terrible estado en que los había rescatado le producía satisfacción al verlos ahora tan contentos.

El éxito le había permitido comprar una villa en Corfú, y no pasaba un día sin que apreciara su buena fortuna. La gente se maravillaba de que sus libros siguieran vendiéndose, los autores envidiaban su carrera y querían conocer su secreto.

Catherine sabía que el secreto, si podía llamarse así, eran sus lectores. Los críticos la detestaban, pero los lectores la adoraban. Las reseñas mordaces, o la ausencia total de reseñas, no tenían impacto en sus ventas porque a sus lectores no les importaban esas cosas. La leían no porque se lo hubieran aconsejado, no porque hubiera ganado premios literarios (no los había ganado), sino porque amaban sus libros y los habían amado durante mucho tiempo. La querían porque les ofrecía una buena historia. Porque les brindaba emociones sinceras y auténticas. Entendía sus vidas y los problemas a los que se enfrentaban. Al leer sus libros, se sentían comprendidos. Les encantaba el hecho de que un libro de Catherine Swift les garantizara unas horas de evasión cuando soportaban la brutalidad de la quimioterapia, traumas sentimentales o la soledad del duelo, y ella lo entendía porque sus personajes siempre le habían proporcionado una vía de escape a ella también. Sus lectores la querían por muchas razones, pero sobre todo la querían porque, al final, sin importar lo accidentado del viaje, les daba un final feliz. Y se tomaba esa responsabilidad en serio. Había personas que la

habían seguido con lealtad inquebrantable desde la publicación de su primer libro. Los lectores que la habían descubierto más tarde, inmediatamente devoraban toda su obra anterior.

Mientras otros libros se desvanecían y morían, una nueva novela de Catherine Swift siempre había sido un éxito de ventas garantizado.

Hasta ahora.

Se levantó y miró hacia la bahía. Un sendero corto descendía empinado desde su villa hasta la playa de abajo. La pequeña media luna de arena era perfecta para nadar, y un estrecho embarcadero se adentraba en el mar.

Andrew había salido temprano con el barco y aún no había regresado. La había invitado, pero ella había preferido no ir. Quería estar sola cuando recibiera la llamada. Necesitaba darse tiempo para asimilar la noticia. Para recomponerse. Para decidir qué iba a hacer. Tenía un plan, pero no estaba segura de querer ponerlo en marcha.

Estaba preparada para recibir malas noticias, por eso, cuando sonó su teléfono, no respondió de inmediato, como si al no contestar pudiera cambiar el resultado.

La pantalla mostraba el nombre de *Daphne*.

Daphne Elliot, superagente y maga literaria. Había sido la agente de Catherine durante toda su carrera, una asociación que había resultado fructífera para ambas.

Catherine se imaginó a Daphne en su escritorio de Manhattan, rodeada de pilas de libros más altas que ella. Tenía una oficina en la esquina con vistas al bullicio de la Quinta Avenida y probablemente habría pasado la mañana corriendo de una reunión a otra, con un descanso para almorzar en un restaurante elegante. ¿Cuántas copas de champán habían brindado juntas a lo largo de los años? ¿Cuántos almuerzos de celebración habían compartido?

Pero sin importar cuántos momentos álgidos y celebraciones hubieran tenido, para Catherine quedaban eclipsados por los momentos bajos.

Y estaba a punto de tener uno ellos.

Con un suspiro, contestó la llamada.

—Hola, Daphne. ¿Cómo van las cosas? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta. Las cosas no iban bien, y sabía que Daphne se habría estado preparando para hacer esa llamada.

—¡Catherine! Me alegro de oír tu voz. —Hubo una pausa—. Bueno…, tengo noticias.

No noticias increíbles ni asombrosas. Solo noticias.

Catherine se dejó caer en la silla. ¿Cómo era posible sentirse tan mal después de una carrera tan larga y exitosa?

Pero se sentía mal. Se sentía terrible. El corazón le latía con fuerza. Se sentía enferma, aunque aún no había escuchado las palabras.

Y cuando llegaron, solo oyó algunas de ellas: «… mercado difícil…», «… problemas en la cadena de suministro…», «… factores fuera de nuestro control…», «… mala suerte que el último libro de Miranda Patterson se hubiera publicado exactamente al mismo tiempo…», «… está en racha ahora mismo y ha alcanzado ese codiciado primer puesto en la lista…».

«Odio a Miranda», pensó Catherine, y luego se sintió terrible porque había conocido a Miranda varias veces en diversos eventos literarios y le caía bien como persona (no sus libros. Odiaba sus libros porque las protagonistas siempre morían trágicamente). Incluso si no le hubiera caído bien, se habría sentido igualmente terrible porque Miranda estaba en su segunda ronda de tratamiento contra el cáncer de mama y todo el mundo sabía que cuando una parte de tu vida estaba jodida, te merecías que el resto te fuera bien. Miranda se merecía ese primer puesto. Esa era la ley del universo. Si Catherine necesitaba pruebas para respaldar esa teoría, solo tenía que mirarse a sí misma.

Después de años de agitación y trauma en su vida personal, las cosas por fin eran perfectas. Estaba enamorada de un hombre que la amaba y la entendía. En cuestión de semanas, se casaría allí mismo, en el lugar que más amaba. Su querida Cassie se uniría a ellos, y también Adeline. Y aunque sabía que no sería un encuentro fácil, Catherine deseaba que su hija mayor acudiera. Por fin arreglaría su relación y se liberaría de la terrible culpa que sentía al

saber que, mientras había sido una buena madre para Cassie, había sido una horrible para Adeline.

A veces se preguntaba si habría sido más fácil lidiar con su culpa si hubiera sido una madre terrible en general. Podría haberse dicho a sí misma que algunas mujeres simplemente no estaban destinadas a ser madres, y aunque eso no habría hecho que sus deficiencias fueran más aceptables, al menos sus fallos habrían sido coherentes. En cambio, tenía que vivir con el incómodo conocimiento de que era una buena madre para una hija mientras era la peor para la otra. Era algo que durante años no había podido rectificar, pero finalmente estaba segura de que podría hacerlo, si tan solo Adeline fuera a su boda.

Era irónico que, cuando su vida personal por fin era casi perfecta, su carrera se estuviera desmoronando. Una vez más, el universo había demostrado su capacidad para restarle fuerza a cualquier celebración, haciendo imposible volverse complaciente o demasiado egocéntrico. La vida tenía una manera de diluir las buenas noticias con malas noticias. «¿Todo va bien durante cinco minutos? Vamos a arruinarlo por ti…».

Algunos de los momentos más bajos de Catherine en sus relaciones habían coincidido con los puntos más altos de su carrera.

Daphne era reconfortante. Sí, las ventas del último libro de Catherine habían sido más bajas de lo esperado, pero decepcionante no era la palabra que usaría. (Catherine usaría muchas palabras, y todas ellas serían señaladas por un corrector de estilo con anotaciones del tipo: «Considera no usar lenguaje que pueda ofender a tu lector»). Daphne le aseguró que eran cosas que pasaban. Un reflejo de un mercado difícil.

Catherine intentaba asimilar la idea de ser la número dos —«segunda»— cuando Daphne le dio la noticia de que un escritor de *thrillers* había conseguido el segundo puesto. Por primera vez en décadas, Catherine Swift era la número tres. «¡Tercera!». Quizá hubiera podido lidiar con ser la número dos (aunque en realidad sabía que no habría podido), pero ¿la número tres? El tercer puesto no era decepcionante. Era un fracaso. Un desastre. Era el principio del fin.

Sintió que su confianza se marchitaba y se encogía.

Sus inseguridades, mantenidas a raya durante años por la sólida barrera del éxito, comenzaron a resurgir.

El tercer puesto era algo personal, ¿acaso Daphne no lo veía? De nada servía decirse a sí misma que había escrito el mejor libro posible y que el resto estaba fuera de su control. La verdad era que el público lector había elegido una historia de amor que terminaba en tragedia y una historia de crimen que comenzaba con tragedia (mujeres muertas, montones de mujeres muertas…) por encima de una edificante historia de Catherine Swift. Habían elegido el final infeliz y, al hacerlo, le habían dado un final infeliz a Catherine.

Sus lectores habían hablado.

Se le pasó por la cabeza arrojar su teléfono a la piscina, como si al sumergirlo pudiera ahogar las malas noticias.

Allí estaba, finalmente, la prueba de que había pasado su mejor momento. Su carrera iba cuesta abajo.

Se encontraba en el paraíso, pero no sentía más que dolor y pánico.

Abajo, podía ver a Andrew amarrando el barco al embarcadero. En unos minutos, subiría por el sendero lleno de energía y ansioso por celebrar otro número uno de Catherine Swift. Escucharía la noticia e inmediatamente se prepararía para ser positivo. Intentaría convencerla de que aún había mucho que celebrar, que su boda estaba a solo unas semanas. Ella fingiría que eso era lo único que importaba. Que era suficiente.

Tomó aire y caminó de un lado a otro de la terraza. Se reprendió con severidad. Era afortunada. Tenía todas las cosas que importaban. Aún tenía una carrera, aunque hubiera dado un giro brusco. Tenía dos hijas sanas, aunque una de ellas la detestara. Y lo más importante de todo, tenía a Andrew. Él la entendía. Todo eso debería ser suficiente.

Pero no lo era.

Se odiaba a sí misma por sentirse así. ¿Qué le pasaba? No era como si necesitara el dinero, aunque su infancia insegura le había hecho sentir la necesidad de ser económicamente independiente.

Tampoco necesitaba la adulación de extraños. Era amada. Verdaderamente amada por un buen hombre, y eso era algo que no había esperado encontrar a su edad. No después de todo lo que había pasado.

Tres matrimonios, y cada vez había estado segura. ¿Qué decía eso de ella? Podía ser generosa y decirse a sí misma que eso indicaba que era una optimista con una gran capacidad para amar. Que era una persona que nunca se rendía, incluso cuando la vida la golpeaba hasta tirarla al suelo. O podía ser dura y admitir que era mala juzgando el carácter de las personas. Que su cerebro creativo no se desconectaba cuando dejaba de escribir y de alguna manera moldeaba su visión para que viera lo que quería ver y no lo que realmente existía. Que se había enamorado de su idea de quién era alguien en lugar de quién era realmente.

Pero su verdadero defecto, si realmente era un defecto, era su deseo de ser amada. Tal vez fuera resultado de la falta de seguridad emocional en su infancia, o tal vez fuera algo dentro de ella. (¿Era algo natural o consecuencia de su crianza? Era una pregunta que se hacía constantemente cuando creaba sus personajes). Pero fuera cual fuera la causa, era un hecho. Quería ser amada. Verdaderamente amada, por sí misma. Y no solo amor romántico, sino también el amor de los amigos. Y no porque fuera conocida o rica, sino por quién era como persona.

Y eso era difícil, porque nunca sabías si el repentino deseo de alguien de pasar tiempo contigo provenía del hecho de que eras una compañía brillante, o del hecho de que una amistad con Catherine Swift iba acompañada de las mismas ventajas que esperarías de un hotel de cinco estrellas.

Cada vez más, se encontraba envidiando a sus personajes que eran amados incondicionalmente, aunque, a decir verdad, después de superar desafíos tan significativos y en ocasiones desgarradores que Catherine a menudo se sentía culpable por hacer sus vidas tan difíciles.

Ella había soportado lo desgarrador y lo difícil, pero no había acabado con el amor incondicional. Hasta ahora.

Tenía mucho por lo que estar agradecida.

Respiró el aroma del azahar y fijó su mirada en la buganvilla rosa pálido que se derramaba sobre la terracota.

«Soy afortunada, soy afortunada».

Lo repetía con la esperanza de empezar a sentirlo.

Pero en lo que pensaba mientras estaba allí de pie no era en su vida personal, sino en su carrera. Y no en los éxitos, sino en los fracasos. No pensaba en las cientos de veces que había estado en el primer puesto, pensaba en esa vez que estaba en el tercer lugar. No pensaba en todos sus lectores felices, pensaba en la gente que odiaba sus libros. Todas esas personas que se burlaban de su escritura, que se maravillaban del hecho de que hubiera vendido un ejemplar, y no digamos cientos de millones. Pensaba que, si ya no podía vivir en el mundo que había creado en su cabeza, ¿dónde viviría?

Pensaba en la señorita Barrett. «No tienes talento».

¿Por qué, después de una carrera como escritora que había superado sus sueños más salvajes, estaba pensando en la señorita Barrett? No podía recordar lo que había hecho la semana anterior, pero aún podía recordar las palabras que esa profesora le había dicho. Nunca consideraría hacerse un estiramiento de cejas, o una abdominoplastia, o una liposucción, pero si un cirujano pudiera haber eliminado esas palabras de su cerebro, habría entregado su tarjeta de crédito y se habría tumbado en su mesa de operaciones sin dudarlo.

No tenía sentido que le molestara tanto, pero las emociones, como Catherine sabía, no siempre tenían sentido.

Su imaginación, tanto su don como su maldición, tejió para ella un futuro que parecía sombrío y oscuro. No más brillo ni champán. No más celebraciones. No más lectores adoradores. No más manto de amor. Solo una carrera desvaneciéndose, hasta que un día alguien preguntara, ¿Catherine qué?

Aquello era lo que hacía. Quien era. Ella era una narradora, pero ¿qué le pasaba a la narradora cuando la gente ya no quería escuchar sus historias?

En su escritura, siempre había preferido los comienzos a los finales, y sentía lo mismo en la vida real.

Si alguien le hubiera dicho que ese era un caso de «una puerta se cierra y otra se abre», Catherine les habría cerrado esa puerta abierta en la cara.

Pero tal vez había un elemento de verdad en eso.

Frunció el ceño mientras pensaba en el secreto que guardaba.

Después de terminar con cada uno de sus matrimonios, había empezado de nuevo. Se había negado a dejar que las dificultades y los fracasos del pasado le impidieran forjar un buen futuro. ¿Por qué no podía hacer lo mismo con su carrera?

Cuando Andrew se acercó, tomó una decisión.

Era el momento. El momento de dar el salto y compartir el secreto que había estado guardando. El momento de decirle la verdad a Andrew.

Capítulo 4

ADELINE

—¿Así que vas a ir a la boda? —Mia estaba sentada en la pequeña mesa del diminuto balcón de Adeline, observando a las abejas revolotear cerca de la lavanda—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Mi padre quiere que vaya. —Y esa petición la había puesto en una situación imposible. Si anteponía sus propias necesidades y se negaba a ir a la boda, lo lastimaría. Ella jamás lastimaría de manera intencionada a su padre, y no solo porque supiera que él ya estaba sufriendo ante la idea de otra boda de Catherine Swift. Adeline lo adoraba. Era la única persona en su vida que nunca la había decepcionado. Siempre había estado ahí para ella, por eso, después de calmarse, había recuperado la carta de debajo de las peladuras de patatas y la había colocado en la encimera de la cocina. Había permanecido allí desde entonces, su presencia la llenaba de resentimiento y temor cada vez que hervía agua para el té o abría la nevera.

La carta era responsable de la incómoda agitación en su interior y del hecho de que no durmiera bien. Mantenía una rutina estricta. Nada de cafeína después del mediodía, nada de alcohol entre semana, ejercicio cinco veces por semana. No comía alimentos salados ni picantes por la noche. Practicaba yoga y meditación, y aun así estaba despierta a las dos de la madrugada, mirando al techo mientras pensamientos oscuros usaban su cerebro como pista

de carreras. Y no había duda sobre la fuente de ese indeseado ataque nocturno.

Su madre.

La idea de la boda la llenaba de pavor, pero los sentimientos de su padre tenían prioridad. Si él quería que fuera, iría, sin importar el efecto en sus niveles de estrés y patrón de sueño.

—Vas a necesitar algo que ponerte —dijo Mia, tratando de ser positiva—. Si tienes que hacer algo que no quieres, lo mínimo es que te veas y te sientas bien mientras lo haces.

—No importa lo que me ponga, no me voy a sentir bien. —Adeline no quería perder más tiempo pensando en la boda. Era fin de semana. Ese era el tiempo que dedicaba a relajarse. Quería disfrutar de su sábado y de la compañía de su amiga.

—Tal vez no sea tan malo, aunque admito que no soy objetiva porque me encantan las bodas. —Mia tomó su vaso y el hielo tintineó contra los lados—. Las bodas son nuevos comienzos, ¿no? Son esperanzadoras.

—Dado que este es el cuarto intento de mi madre, creo que podemos decir con seguridad que dejamos atrás lo esperanzador hace mucho tiempo. Hemos llegado a lo desesperado. Y ha tenido tantos finales como comienzos. No sabe estar sola. —Había visto a muchas personas como su madre, personas que saltaban de una relación a otra, buscando algo que les faltaba en su interior.

—Tienes sentimientos encontrados. Y eso es comprensible. —Mia se inclinó hacia adelante—. Pero es tu madre.

Mia no conocía todos los incómodos detalles de su relación, por supuesto, porque Adeline no los había compartido. No los había compartido con nadie, y no solo porque había un tipo particular de humillación involucrada cuando tu propia madre no te quería mucho.

—Estuve en sus dos últimas bodas. Siento que ya he cumplido con mi deber. —Adeline suspiró, aceptando lo inevitable. Si no iba, se sentiría mal. Si iba, se sentiría mal. Estaba destinada a sentirse mal de cualquier manera. Si iba, al menos eso mantendría feliz a su padre—. Me pondré lo que usé en su última boda.

—¿Dónde está la diversión en eso? —Mia trabajaba para una revista de moda, y la ropa era su trabajo y su obsesión.

—No hay nada divertido en que mi madre se case de nuevo. —Adeline tomó sus gafas de sol. Una ola de calor se extendía por Europa. Corfú sería abrasador en julio. Se freiría, y mantener su cabello liso sería imposible—. Quizás tengas razón. Sí necesito ropa. No tengo nada adecuado para holgazanear en la playa. Necesito un sombrero grande para ocultar el pelo encrespado por la humedad, y necesito trajes de baño. Trajes de baño elegantes, para que, si decido ahogarme, al menos me vea bien.

La perspectiva de comprar para un viaje que no quería hacer la llenaba de pesimismo.

—Adeline, no puedes ir sintiéndote así. —Mia dejó su copa de vino —. ¿No puedes explicárselo a tu padre?

—No, porque entonces parecería mezquina. Me gusta fingir que soy mejor que eso, aunque no lo sea. Y ya sabes cómo es mi padre. Perdonar y olvidar. El pasado es el pasado. No guardes rencores. —Rio ante la ironía—. Yo soy la psicóloga, pero resulta que él es el más evolucionado emocionalmente de los dos.

Mia inclinó su rostro hacia el sol.

—Uno pensaría que tu padre estaría amargado y resentido, dada la forma en que tu madre lo trató. Aunque eso fue hace veinte años. Supongo que ya es agua pasada.

—Tal vez, pero no se mostró amargado ni siquiera cuando sucedió. Solo herido. La amaba profundamente. —Y ese momento en que había entrado en la habitación y encontrado a su padre de rodillas sollozando se había quedado con ella—. En fin, probablemente yo albergue amargura y resentimiento por los dos. —Era lo bastante honesta para admitir que la niña herida y enfadada que había sido entonces aún vivía dentro de ella, junto con las palabras que su madre había pronunciado en aquella mañana de verano cuando toda su vida cambió.

«Vas a tener un nuevo padre, Adeline, y una hermanita».

—Eres muy dura contigo misma —dijo Mia—. Tenías ocho años. Debió de ser una época horrible.

Horrible ni siquiera comenzaba a describirlo.

—He tenido mucho tiempo para superarlo. Debería haberlo hecho ya. Pensé que lo había superado, y entonces esa carta llegó a mi

apartamento y ¡zas!, de vuelta al mismo sitio. —Era más de lo que normalmente admitiría ante nadie, pero estaba frustrada por no estar llevándolo mejor. Daba tantos consejos, tratando de ayudar a otros, pero parecía que era incapaz de ayudarse a sí misma.

Mia le dirigió una mirada comprensiva.

—No sé cómo se supone que debes superar el hecho de que tu madre te enviara lejos cuando tuvo su nueva familia. ¿Qué edad tenías? ¿Nueve?

—Diez cuando eso sucedió. —Adeline se sintió incómoda. No podía creer que le hubiera contado eso a Mia. No era propio de ella—. Y vivir con mi padre fue definitivamente lo mejor para mí, así que no sé por qué me molesta.

Sabía por qué le molestaba.

Su madre la había entregado sin luchar. Había querido centrarse en Cassie.

—Date un respiro, Adeline. Eres un ser humano con sentimientos. Y te has labrado una buena vida. —Mia señaló el soleado balcón y el pequeño pero encantador apartamento de Adeline—. Vives en la mejor ciudad del mundo. Tienes tu propio lugar, un gran trabajo, un círculo de amigos brillantes. Yo soy la más brillante, por supuesto.

Eso hizo sonreír a Adeline.

—Por supuesto.

—Podría ir contigo como apoyo moral. Podría ser tu acompañante. No me opondría a dos semanas en Grecia. Podría ser un escudo entre la egoísta de tu madre y tú. —Mia se inclinó hacia adelante, su corto vestido deslizándose sobre sus piernas bronceadas y desnudas. Llevaba joyas llamativas y lápiz labial rojo, y era el tipo de persona que nunca pasaba desapercibida al entrar en una habitación.

Se habían conocido cinco años antes, cuando Mia encargó a Adeline escribir un artículo sobre cómo vestirse con confianza, y desde entonces habían sido amigas íntimas. Al menos, tanto como Adeline se permitía ser con alguien. Le contaba a Mia lo suficiente para formar un vínculo de amistad (sabía cómo funcionaban esas cosas), pero no demasiado. Había cosas en su pasado que sabía que nunca revelaría a nadie.

La doctora Swift animaba a la gente a «contarlo todo», pero no había ninguna regla que dijera que ella tuviera que hacer lo mismo.

—Ojalá pudiera llevarte. Desafortunadamente, solo me ha invitado a mí. No mencionaba nada de un acompañante. —Y se sentía aliviada por ello. Era una maestra ocultando sus sentimientos. Lo describiría como su superpoder, pero ese poder se veía desafiado en presencia de su madre y no quería el estrés adicional de tener a gente conocida a su alrededor.

—¿Y Mark? —Mia rellenó su copa de vino—. ¿Tu madre no lo ha invitado?

—No sabe nada de Mark. No la he visto desde que fuimos a almorzar hace un año cuando estuvo aquí en una gira de firma de libros. —La asistente de su madre había programado la reunión como siempre hacía. Almuerzo en su hotel favorito en Mayfair. De 13:00 a 14:30, y bajo ninguna circunstancia podía alargarse la reunión. Eso no molestaba a Adeline, que normalmente no podía esperar a que terminara el almuerzo. No es que su conversación fuera profunda y significativa. Su madre prefería los mundos de ficción a la realidad. A Adeline le frustraba que su forma de lidiar con la vida fuera escapar de ella. Adeline adoptaba el enfoque opuesto. Se enfrentaba a la realidad y lidiaba con ella. Como resultado, no había conexión emocional entre ellas y no la había habido durante años. No había forma de cruzar ese abismo que se había creado en la infancia.

Sabía que mucha gente tenía relaciones familiares disfuncionales, pero eso no cambiaba el hecho de que todo el asunto se sintiera antinatural. Quizás habría sido más fácil de aceptar si no fuera por aquellos recuerdos tempranos anidados en lo profundo de su cerebro. Recuerdos de acurrucarse junto a su madre mientras le leía, de recoger flores del jardín juntas para disfrutar de una sesión de pintura, de estar enferma y sentir la mano fresca de su madre en su frente. Seguridad. Podía recordar cuando su vida se sentía segura y verdadera.

Pero entonces llegó Cassie, y todo cambió.

Adeline sintió algo en su pecho al pensar en su hermana pequeña.

Apartó esos pensamientos.

Algunos recuerdos era mejor olvidarlos. Pero el único recuerdo que nunca había podido olvidar era el día en que la enviaron a vivir con su padre.

La vida destrozada de Adeline se hizo añicos aún más. Fue el rechazo definitivo.

Su madre ya no la quería cerca. Tenía un nuevo marido y un nuevo bebé. Adeline era un inconveniente. Un rasguño en la superficie lisa de su brillante nueva vida. Un recordatorio permanente de un matrimonio que no había funcionado.

Fue el momento en que descubrió que el amor no era permanente. Que podía terminar sin previo aviso. Arrebatado. Retirado.

Había aprendido por las malas lo importante que era ser independiente emocionalmente. Mantener siempre una parte de ti misma en reserva.

Adeline adoraba a su padre, pero en aquellos primeros años, no tenía ninguna confianza en que su amor fuera más fiable y duradero que el de su madre. Le parecía, mientras veía a su padre encogerse ante sus ojos, que el amor era un juego de ganadores y perdedores que nadie remotamente sensato elegiría jugar.

Y entonces, el nuevo marido de su madre, Rob Dunn, murió en un accidente. La prensa lo consideró una tragedia. La historia de amor de la década, truncada. La pequeña Cassie tenía solo tres años.

Por entonces, el padre de Adeline se tomaba el arte en serio y se había apuntado a un retiro artístico de dos semanas en verano. Adeline no podía quedarse sola, así que se decidió que pasaría unas semanas con su madre y su hermanastra en la isla de Corfú, donde Catherine vivía ahora de manera permanente.

Adeline había protestado. Había suplicado, pero al final no le habían dado opción. Su padre, normalmente tan tranquilo y razonable, no cedió. Insistió en que era el momento perfecto para que conociera a su pequeña hermanastra y limara asperezas con su madre.

Pero Adeline ya no confiaba en su madre y había llegado a la isla griega malhumorada y recelosa.

Su sensación de aislamiento y rechazo se había profundizado con cada momento que pasaba. El carácter alegre de Cassie atraía a todos y ganaba corazones dondequiera que fuera. Era una niña contenta y de buen carácter que parecía no verse afectada por el escándalo y la tragedia que habían ensombrecido su vida. Ayudaba que fuera demasiado joven para recordar, pero también tenía a Catherine, que era una madre cariñosa y protectora, un hecho que hacía que Adeline se sintiera peor. Podría haber sido más fácil de manejar si hubiera podido admitir que algunas mujeres simplemente no estaban hechas para ser madres, pero Catherine era una excelente madre para Cassie.

Lo cual hacía que todo fuera personal.

Después de eso, había pasado unas semanas cada verano en Corfú con su madre y su hermanastra, y cuando llegó su decimoctavo cumpleaños, su madre se había casado por tercera vez y Adeline tenía edad suficiente para decidir por sí misma dónde quería pasar el verano. Y no era con su madre y Cassie. Había pasado los siguientes veranos recorriendo Europa con sus amigos de la universidad o quedándose en la casa de su padre en Cape Cod.

Hacía años que no iba a Corfú, y le daba miedo volver.

—No puedo creer que no te deje llevar a alguien —dijo Mia—. ¿Y si de repente hubieras decidido casarte?

—Ella sabe que no hay posibilidad de eso. Tenerla como madre me quitó las ganas de casarme. Es una decisión muy importante, y una que no tengo intención de tomar.

Mia arqueó una ceja.

—¿Mark el robot sabe que te sientes así?

—No lo llames así.

—Lo siento, pero juro que nunca lo he visto mostrar una emoción. Es inquietante. ¿Habláis de cosas reales entre vosotros? ¿Lo conoces bien en realidad?

—Llevamos juntos un año. —Eligió ignorar el comentario sobre las emociones—. Mark sabe cómo me siento respecto al matrimonio. No le importa. Tampoco es romántico. Es la razón por la que estamos bien juntos. Ambos somos seres humanos racionales. Abordamos nuestra relación con lógica y razonamiento.

Mia puso los ojos en blanco.

—Qué emocionante.

—Para ya —pidió Adeline con una sonrisa—. ¿Qué es el romance, de todos modos? Una ilusión soñadora que está en la mente. Esperar que otra persona cumpla deseos no expresados es absurdo.

—¿Lo es? —Mia se quitó una hoja de la falda—. ¿No es eso la intimidad? ¿Conocer a alguien? Lo que describes suena más a un acuerdo comercial que a amor.

—Una buena relación es como un acuerdo comercial. Debes compartir creencias similares, apoyar los objetivos del otro, animarse a crecer. Nuestra relación funciona bien para nosotros, probablemente porque ambos tenemos expectativas realistas. Los dos entendemos que la emoción y la impulsividad proporcionan una base poco fiable para una asociación a largo plazo. —Era lo único de lo que estaba segura. Aunque simpatizaba con la angustia de su padre, para ella había sido obvio durante años que él y su madre eran incompatibles—. En eso es donde tanta gente se equivoca. Esperan romance y grandes gestos, y cuando todo eso termina, como inevitablemente ocurre, no pueden manejar la realidad cotidiana de una relación. Mark y yo sabemos lo que queremos.

—¿Aburrirse mutuamente hasta la rigidez? —Mia alzó las manos—. Lo siento, pero odio verte conformándote con una relación tan…

—¿Tan?

—No sé. Aburrida. Seca.

—No me he conformado. He tomado una decisión.

—Has tomado la decisión de mantenerte a salvo. Has elegido a un hombre del que no puedes enamorarte. ¿Qué tiene de malo el romance? ¿Qué tienen de malo los grandes gestos? ¿Las flores? ¿Los bombones? ¿Unas entradas para el teatro?

—Si quiero flores, me las compraré yo misma. Si quiero un día de *spa*, me lo regalaré yo. —Era ridículo sugerir que había elegido a un hombre del que no podía enamorarse. Había elegido a Mark porque era el adecuado para ella. Decidió cambiar de tema—: Hablando de teatro, tengo entradas para ver *Mucho ruido y pocas nueces* en el Globe el mes que viene si te interesa.

—¿Que si me interesa? ¡Claro que me interesa! —Mia se enderezó, momentáneamente distraída—. Esas entradas son imposibles de conseguir.

—Entrevisté a uno de los actores para un artículo. Me enviaron entradas.

—¿Y no quieres llevar a Mark?

Adeline se preguntó por qué Mia seguía volviendo al tema de Mark.

—No le gusta Shakespeare, y yo respeto eso, igual que él respeta el hecho de que a mí me aburre el tenis. No espera que me una a él en las pistas, o en las gradas como espectadora. Tiene su propio grupo de amigos para eso.

Mia ladeó la cabeza.

—Como dato curioso, ¿qué hacéis juntos?

—Muchas cosas. Ayer mismo reservó una clase de elaboración de pan de masa madre para los dos.

—Una clase de elaboración de pan de masa madre —repitió Mia las palabras. Lentamente, como si no pudiera entenderlas del todo —. Vais a hacer pan juntos. Es lo más triste que he oído nunca.

—Lo estoy deseando.

—Eso es lo segundo más triste que he oído nunca —afirmó Mia—. ¿Por qué no te lleva a bailar salsa o te rapta para un fin de semana espontáneo en París o Roma?

—Somos personas ocupadas, así que lo espontáneo no funciona para ninguno de los dos. Y yo no bailo.

—¡Pero deberías bailar! —Mia se inclinó hacia delante—. ¿Cuándo fue la última vez que te dejaste llevar?

—No entiendo la pregunta.

Mia agitó la mano.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo imprudente e impulsivo? ¿Algo que no hayas planeado con seis semanas de antelación? ¿Cuándo fue la última vez que perdiste el control, te acostaste con un hombre que acabas de conocer o fuiste a trabajar con el mismo vestido con el que estuviste de fiesta hasta el amanecer?

Adeline frunció el ceño.

—Todas esas sugerencias suenan horribles. Aunque, si lo dices por experiencia, estaré encantada de escuchar los detalles.

Mia suspiró.

—Te explotaría la cabeza, me temo. ¿De verdad lo amas, Adeline?

—¿Qué quieres decir?

—¿Amas a Mark? Ya sabes, eso de contar las horas hasta volver a verlo, que se te acelere el corazón cuando entra por la puerta, no querer estar nunca con nadie más porque estar con él te hace sentir genial, ese tipo de cosas.

«Esa es la razón por la que tantas relaciones no funcionan», pensó Adeline.

¿Cómo podrían funcionar, si la gente tomaba decisiones de vida basándose en sentimientos pasajeros?

—No es su trabajo hacerme sentir genial. No es su trabajo satisfacer mis necesidades emocionales. No espero que otra persona me haga feliz. Yo soy responsable de mis sentimientos.

—Suenas como un libro de texto. —Mia lo intentó de nuevo—: ¿Es tu alma gemela? ¿Es el elegido?

La conversación empezaba a incomodar a Adeline.

—No creo en las almas gemelas. Y no creo que haya solo una persona para cada uno de nosotros. ¿Cómo podría ser así? Estadísticamente, sería imposible encontrar a una persona destinada para ti. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Y si la única persona para mí vive en Perú y yo estoy en Londres? ¿Y cómo se supone que nos identificaríamos? La idea es ridícula. Hay muchas personas con las que cada uno podría ser feliz.

Mia le lanzó una mirada penetrante.

—Y aun así odias el hecho de que tu madre vaya a por su cuarto matrimonio.

—Que haya muchas personas compatibles ahí fuera no significa que siempre se tome la decisión correcta. Mi madre se guía por impulsos. Tiene estas ideas románticas descabelladas y piensa con el corazón, no con la cabeza.

—Un rasgo que la ha hecho extremadamente exitosa —dijo Mia con sequedad—. Sigo sin entender qué obtienes de Mark. ¿Es el sexo? ¿O también te ocupas tú misma de eso?

Adeline sintió que sus mejillas se acaloraban.

—Nuestra vida sexual está bien, gracias.

—¿Bien? ¿Te estás escuchando? —Mia golpeó su vaso sobre la mesa—. ¿Qué me dices de la pasión? ¿Qué hay de esa sensación de corazón acelerado al cruzar miradas en una habitación llena de gente? Hablo del tipo de química y del tipo de sexo que no está programado para los martes y jueves, o cuando sea que tú y Mark paséis tiempo juntos.

—Martes y viernes —aclaró Adeline sin emoción—. Tengo mi clase de yoga los jueves y Mark tiene…

—Vale, basta. Para. Me estás matando. —Mia echó la cabeza hacia atrás y luego suspiró—. Si eso es lo que describes como una buena relación, no me interesa. ¿Hornear pan de masa madre? Me quedo con volver a casa de madrugada llevando el vestido con el que bailé la noche anterior.

Adeline no se ofendió. Sabía que la mayoría de la población soñaba con el amor romántico. Era la razón por la que la tasa de divorcios era tan alta. Le resultaba exasperante.

—Cambiemos de tema —pidió Adeline—. Nunca nos pondremos de acuerdo en esto.

—Quizás. Pero eso no significa que yo no tenga razón. —Mia la estudió con cara pensativa—. ¿Sabes qué va a pasar? Un día vas a conocer a alguien y vas a tener que replantearte todo lo que crees sobre las relaciones. Y cuando eso suceda, me llamarás para contármelo, y te prometo que no te diré «te lo dije».

—Es bueno saberlo, porque lo último que quiero es una amiga presumida. —A Adeline le resultó fácil reír porque sabía que eso nunca iba a suceder. También sabía cuándo dejar un tema. Podía respetar el hecho de que tuvieran opiniones diferentes.

Pero Mia no parecía tener prisa por dejar aquella conversación.

—Entiendo que tengas miedo, pero…

—¿Miedo? No estoy asustada. Si fuera a comprar un apartamento, tendría una lista de cosas importantes para mí. Buena luz, techos altos, un balcón porque aprecio el espacio exterior. Una relación no es diferente. Lo que quiero decir es que es esencial identificar los elementos fundamentales que son importantes para ti y no

desviarte. Si te guías por el instinto o la emoción, te garantizas un futuro de arrepentimiento.

—¿Básicamente estás diciendo que es mejor elegir lo seguro y aburrido sobre la emoción?

«Es fascinante cómo los seres humanos pueden ver los mismos hechos e interpretarlos de manera tan diferente», pensó Adeline.

—Miro la historia romántica de mi madre y no veo emoción. Veo una carnicería.

—No estamos hablando de tu madre. No estamos hablando de sus múltiples bodas, ni de ninguna de esas cosas. Estamos hablando de ti. Tienes treinta años, Adeline. Deberías estar bailando hasta que te duelan los pies y tambaleándote de vuelta a casa desde un bar con un hombre sexi y totalmente inadecuado.

—Eso no suena divertido en absoluto. Además de parecerme muy inseguro.

—Prométeme una cosa —pidió Mia, inclinándose hacia adelante.

Adeline frunció el ceño.

—Eso sería imprudente. Necesito saber qué estoy prometiendo.

—Déjame elegir tu ropa para Grecia. Será mi regalo para ti.

—No, pero gracias.

—¿Estás cuestionando mi gusto?

—No. —Adeline negó con la cabeza—. Tu gusto es impecable. Estoy cuestionando tus motivos. Me enviarás ropa transparente, sexi e inadecuada que no es de mi estilo, y me sentiré demasiado cohibida para usarla.

—No haría eso. Te enviaré ropa que te haga lucir lo mejor posible. Es lo que hago. Sé que odias ir de compras.

Era cierto, odiaba ir de compras, y comprar ropa para una boda a la que no quería asistir no era una experiencia que le entusiasmara.

—De acuerdo. Te dejaré elegir. Gracias. Envíame la factura.

—Entre las muestras y mi descuento, no habrá mucha factura. Será mi regalo para ti. Entonces… —Mia bajó sus gafas de sol y estudió a Adeline—, necesitamos trajes de baño, ropa de playa, algunos vestidos vaporosos para las noches calurosas y algo para una boda. ¿No estás emocionada? Yo haría cualquier cosa por pasar un par de semanas en una isla griega.

—No es la isla griega el problema. Son todas las cosas emocionales. Y no puedo dejar de preocuparme por mi padre. Estoy acostumbrada a que no se comunique cuando está pintando, pero está peor que de costumbre. Nunca contesta al teléfono.

—Es un hombre. —Mia estiró las piernas y levantó el rostro hacia el sol—. Prefiere el mundo real a la tecnología. Tu padre es la última persona en el planeta que no tiene un teléfono inteligente. Pasa su tiempo contemplando el paisaje en lugar de una pantalla. Y bien por él. Es una inspiración para todos nosotros.

—Me hubiera gustado tener una conversación real con él.

—Probablemente se está enterrando en su arte y en su enseñanza para no tener que pensar en tu madre.

—Eso es cierto. —El dolor en su pecho había vuelto—. Se mantiene ocupado. —Había hecho lo mismo después de que su madre se fuera. A su manera, era tan malo como su madre, prefería escapar de la realidad en lugar de aceptarla.

Mia movió su silla a la sombra.

—¿Qué hay de tu media hermana? ¿Va a ir? ¿Has estado en contacto?

—No recientemente. Y estoy segura de que irá. Cassie es la romántica.

La culpa la apuñaló, como siempre lo hacía cuando pensaba en ella.

Su media hermana había perdido a su padre de manera trágica, pero su pérdida estaba tan entrelazada con la pérdida de Adeline que era imposible desenredar los hilos. Sus propias emociones cuando se trataba de su media hermana eran demasiado complicadas y dolorosas de procesar, así que las encerraba. No se veían, así que no era algo en lo que pensara día a día, pero ocasionalmente el recuerdo de todo eso aparecía en su mente y oscurecía sus pensamientos.

Mia se incorporó y rellenó su copa de vino.

—Sé que no te cae particularmente bien tu hermana…

No era eso.

El corazón de Adeline comenzó a acelerarse y tenía la boca seca. Le sorprendió la intensidad de su respuesta emocional, dado el

tiempo que había pasado.

—No es que no me caiga bien. En realidad, no la conozco. Hace años que no la veo. —Y eso era culpa suya. La verdad era que le resultaba difícil estar cerca de Cassie—. Nada de esto fue culpa de Cassie.

—Tampoco fue culpa tuya. —Mia apartó suavemente una abeja de su pierna—. ¿Qué está haciendo ahora?

—Acaba de terminar sus estudios en Oxford. No tengo ni idea de qué hará después. No hemos estado en contacto. —La culpa volvió a invadirla, de una forma más aguda en esa ocasión. Eso también era culpa suya.

—Quizá por fin logréis conectar.

Eso no iba a suceder.

—No creo que ella tenga más ganas de verme de las que yo tengo de verla a ella.

Su madre y Cassie.

Iba a ser una boda para recordar. Por las razones equivocadas.

Capítulo 5

CASSIE

—¿Qué te parece este? ¿Demasiado atrevido para una boda? Tiene una abertura hasta el muslo, pero a menos que haya una brisa fuerte, solo se notará cuando camine. He pensado que, como es en Grecia, podría permitirme mostrar algo de piel.

Cassie salió del probador y dio una vuelta, casi perdiendo el equilibrio en el proceso. Siempre le sorprendía el efecto que la ropa podía tener en el estado de ánimo. La ropa cambiaba la forma en que una persona se sentía consigo misma, una observación que ella se aseguraba de utilizar en sus escritos. El personaje sobre el que escribía actualmente se vestía para pasar desapercibido. Nunca se habría puesto el vestido que Cassie se estaba probando.

—Creo que este podría ser el elegido. Transmite feminidad. Despreocupación. Verano.

No parecía transmitir nada en absoluto a Oliver, que estaba absorto en su teléfono.

La intensidad del momento se perdió y chasqueó los dedos.

—¡Hola! ¿Tierra llamando a Oliver?

—¿Qué? —Él levantó la mirada con una expresión vaga que mostraba que su mente estaba en otra parte.

—¡Concéntrate! Se supone que has venido a ayudarme a encontrar el vestido perfecto.

—Eso fue hace tres horas, Cassie. Mi concentración se esfumó hace un rato.

Lo observó más de cerca y se dio cuenta de que parecía cansado. ¿Sería porque Suzy lo mantenía despierto por las noches? ¿O por algo más?

—Es cierto que esto ha llevado un poco más de tiempo del que planeé inicialmente, pero es importante encontrar el vestido adecuado para la ocasión, por eso necesitaba que estuvieras aquí. La ropa puede decir mucho sobre una persona.

—Treinta y dos vestidos en tres horas me dicen que eres indecisa. Cómpralo y podremos ir a casa a investigar técnicas antienvejecimiento para borrar el daño de las últimas horas.

Fue un alivio oírlo sonar más como él mismo. Se había estado comportando de forma extraña desde que se encontraron para desayunar.

—Si no te lo tomas en serio, pondré un anuncio buscando nuevo mejor amigo. —Le quitó el teléfono de la mano—. Necesito tu opinión y la necesito ahora mismo, preferiblemente antes de que decidan que he llevado este vestido tanto tiempo que ahora soy su propietaria legal.

Él suspiró, la estudió con una paciencia exagerada y luego se encogió de hombros.

—Te queda genial, pero también te quedaban geniales los treinta y un vestidos que te probaste antes. Un vestido es un vestido.

Eso, evidentemente, no era cierto, pero era su mejor amigo y estaba allí con ella a pesar de su limitado interés por la moda y una dosis de falta de sueño, así que se sintió llena de buena voluntad. Y tenía que admitir que no era lo más fácil para él opinar. Si le hubiera dicho que se veía horrible, habría herido sus sentimientos. Debería hacer una pregunta más específica.

—¿Cuál fue tu primer pensamiento cuando me miraste?

Él arqueó una ceja.

—Por favor, que elija este para que podamos irnos a casa antes del próximo siglo. Con suerte, espero que sea el caso del vestido número treinta y dos.

—Eres muy poco solidario.

—¿Cómo que poco solidario? Te he dado mi opinión sobre cada uno de los treinta y dos vestidos que te has probado.

—No es verdad. ¡Siempre dices lo mismo! Siempre dices que estoy estupenda.

Él extendió las manos.

—Y lo estás.

—¡Ja! No estaba estupenda con ese espanto amarillo con el lazo raro en la cadera.

—No estoy de acuerdo. Te queda bien todo. Pero, si no te gustaba, debería estar en el montón de los descartes. No necesitas mi opinión, Cassie. Por lo general, no dudas de ti misma cuando se trata de ropa, así que, ¿qué está pasando?

«Si él pensaba que le quedaba bien todo, entonces quizá no necesitaba su opinión, porque era evidente que no le estaba prestando suficiente atención a esa tarea».

—No creo que entiendas la importancia de este conjunto. Es posiblemente la prenda más importante que he comprado desde que te conocí aquel primer día en Oxford cuando intentaba causar buena impresión. Necesito que sea perfecto.

—Lo sé. —Le quitó el teléfono de la mano—. Sé que la boda es importante, Cassie. No has hablado de otra cosa desde que llegó su carta.

—La boda es importante, pero no es esa la razón por la que me cuesta elegir el vestido adecuado. No me preocupa la boda. Me preocupa ver a Adeline. —Se giró de lado y se estudió en el espejo. Si de verdad quería causar buena impresión, era importante mirar el conjunto desde todos los ángulos.

—¿No decías que no iba a ir?

Por fin parecía tener toda su atención.

—Dije que esperaba que no fuera. Por desgracia, hay una brecha entre la esperanza y la realidad, y acabo de caer en ella. Hablé con mi madre anoche, cuando tú estabas fuera con Suzy. Me dijo que Adeline estará allí. —Se sintió mal solo de pensarlo—. No sé por qué. Es obvio que odia las bodas. O quizá solo odia las bodas de nuestra madre. No lo entiendo.

—¿Así que esto… —agitó la mano señalando la pila de conjuntos que había rechazado— es todo por tu hermanastra?

—Mi hermana. La considero mi hermana. No soy el tipo de persona que hace las cosas a medias. —Volvió a girarse y torció la cabeza todo lo que pudo, intentando verse la espalda—. Hace siglos que no la veo. Así que es importante lo que lleve puesto.

—¿Por qué? —Oliver se apoyó contra la pared, olvidando por un momento el teléfono—. Intentas impresionarla. Quieres gustarle, aunque dijiste que habías terminado con todo eso.

—Sé lo que dije. No intento impresionarla. Es más bien que me estoy dando confianza. —Se ajustó uno de los tirantes del vestido—. Me estoy metiendo en una situación estresante y necesito tener el aspecto adecuado. Quiero parecer tranquila y bajo control, lo que significa que no puedo ser yo porque ambos sabemos que tiendo a lo emocional en mi respuesta a las cosas.

—¿Tiendes? —Sonrió Oliver—. Te zambulles de cabeza en lo emocional, Cass. Eres un drama con patas.

—Exacto. Así que estaré interpretando un papel, y tener el aspecto adecuado me ayudará a interpretarlo. No espero que lo entiendas. ¿Puedes hacerme una foto por detrás? Quiero comprobar que no se me marque nada por ninguna parte. —Estaba segura de que a Adeline no se le marcaría nada inapropiado. Por lo que Cassie sabía de ella, su hermana era una mujer que mostraba un control férreo en todo, y eso incluía la comida y el ejercicio.

Comprobaba con regularidad las publicaciones de Adeline en las redes sociales, aunque lo hacía con cuidado para que ella no se diera cuenta. No quería que su hermana pensara que era una acosadora.

Oliver tomó una fotografía y le entregó el teléfono.

—No entiendo por qué estás tan estresada con esto y quiero entenderlo. Dime.

Y por cosas como esa era su mejor amigo.

No le dijo: «Estás siendo ridícula». O: «Contrólate, Cassandra».

Le dijo: «Quiero entenderlo».

—Adeline es una persona que intimida. Asusta lo impresionante que es. No quiero sentirme inferior. —Comprobó la fotografía y se tranquilizó al ver que el vestido quedaba bien desde todos los ángulos.

—¿Por qué ibas a sentirte inferior? Eres brillante, Cassie. Lista, divertida, cálida… —Se detuvo—. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

Porque no solían decirse ese tipo de cosas. Sus conversaciones consistían en bromas, insultos y alguna que otra confesión emocional (al menos por su parte). Rara vez eran educados entre ellos o se hacían cumplidos.

Sus miradas se encontraron por un momento y, por primera vez en su amistad, se sintió extraña e incómoda.

—Lo dices porque sabes que tu estatus de mejor amigo está bajo revisión. —Cassie optó por ser desenfadada.

Y él, tras dudar un momento, hizo lo mismo:

—Exacto. Además, no había terminado. Iba a añadir que también llegas tarde a todas partes, eres patológicamente desordenada, estás permanentemente hambrienta, no puedes atravesar una puerta sin chocarte con ella y tienes la irritante costumbre de interrumpir una conversación para escribir una línea de diálogo o una idea que se te acaba de ocurrir para tu libro. A veces pienso que solo soy una fuente de inspiración para ti.

Cassie se relajó. Aquello le resultaba mucho más familiar y cómodo.

—Esas ideas son muy valiosas —dijo ella—. Y si no las anoto inmediatamente se me olvidan.

—Como ya he dicho: eres irritante. No entiendo por qué te importa tanto lo que piense Adeline. Es prácticamente una desconocida.

—Quizá, pero sigue siendo mi hermana. Y me importa lo que piensa porque me importa lo que piensa todo el mundo. Es mi mayor defecto, aunque te lo hayas dejado fuera de la lista.

«¿De verdad pensaba que era lista, cálida y divertida?».

—Preocuparte demasiado por lo que piensa la gente te arruinará el día.

—Lo sé. He intentado no preocuparme, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. Y hay algo en Adeline que me intimida. Es que lo tiene todo tan controlado. ¿Crees que necesito una chaqueta o un chal o algo? No es que me preocupe el tiempo, pero tal vez debería arreglarlo un poco. Parecer más formal.

—Una boda en una isla griega no me parece algo formal.

—No, pero es mejor estar preparada para todo. ¿Puedes pasarme esa chaquetita rosa, por favor?

Oliver localizó la chaqueta, comprobó la talla y se la entregó.

—¿Por qué te intimida?

—No lo sé. Porque es competente. Una adulta de verdad, mientras que yo sigo fingiendo serlo. Además, es serena, tranquila, responsable y todo lo que yo no soy. —Cassie se puso la chaqueta y se detuvo, admitiendo algo que nunca habría admitido a nadie excepto a Oliver—: Y porque en el fondo me siento culpable de que fuera el romance de mis padres lo que rompió el matrimonio de los suyos. Si es que eso tiene algún sentido.

—No lo tiene. —La mirada de él se suavizó—. ¿Cómo puedes sentirte culpable por algo que no fue tu culpa?

—Bienvenido a mi mundo. ¿Tacones o planos? —Levantó el dobladillo del vestido hasta media pantorrilla y luego dejó caer la tela respondiendo a su propia pregunta—: Ni una cosa ni otra. Deportivas.

—¿Deportivas? ¿Quieres poder huir de ella?

La hizo sonreír incluso cuando estaba estresada.

—No. Necesito poder concentrarme, y no puedo si me duelen los pies. Vale, me llevo la chaqueta y el vestido. Decisión tomada. —Se quitó la chaqueta y él la tomó, reprimiendo un bostezo.

—¿Por qué crees que ha decidido ir a la boda?

—No lo sé. Probablemente para castigarme. Quiere arruinar mi vida como cree que yo arruiné la suya. Es broma. Sospecho que intenta no pensar en mí. Cuando pasábamos esas tortuosas semanas juntas cada verano, me ignoraba. Era como un mosquito que apartar. Una avispa molesta, pero sin aguijón.

—Vuelves al drama, Cass. Además, eso fue hace más de diez años. Tu hermana era una adolescente.

—Lo sé. —Lo miró—. Pareces destrozado. ¿Suzy y tú dormisteis algo anoche? Me alegro de que os vaya bien.

—No va bien. No vamos a vernos más.

—¿Qué? —Una emoción la atravesó, tan fugaz que no pudo identificarla de inmediato—. ¿Hablas en serio?

—Sí.

—¡Oh, Oliver! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Arrepentida, olvidó el vestido que llevaba puesto y lo abrazó—. Lo siento. Yo hablando de vestidos cuando tú tienes el corazón roto. ¿Tienes el corazón roto? Has estado con ella dos meses. Es mucho tiempo para ti. Voy a seguir abrazándote hasta que me digas que te suelte. —Mantuvo los brazos alrededor de su compañero y sintió la firme presión de su cuerpo contra el suyo. Tenía los hombros anchos y estaba fuerte, y respiró su aroma familiar. Oliver. Su mejor amigo. Apretó más el abrazo—. No lo soporto. No soporto pensar que estés triste.

—Estoy bien. —Su voz sonaba ronca—. Mi corazón está bien. Y no dije nada porque no quiero hablar de ello. Es… complicado. Ya puedes soltarme. —Se apartó suavemente, evitando su mirada.

Ella sabía que estaba dolido. Lo conocía. Cuando Oliver procesaba algo importante, se retraía un poco, incluso con ella. Su manera de lidiar con los problemas era hablar de ellos, pero él prefería resolverlos internamente. Aunque siempre acababa contándoselo. Cuando sus padres anunciaron su divorcio después de treinta años de matrimonio, Oliver había llamado a su puerta a las tres de la madrugada. Cuando su hermana fue llevada de urgencia al hospital por una posible apendicitis, pasaron toda la noche bebiendo té juntos en un frío pasillo del hospital.

Tenía esa misma expresión ahora. Y no lo había notado porque había estado parloteando sobre vestidos estúpidos.

—Bueno, solo puedo decir que Suzy no puede ser tan lista como dicen si ha roto contigo. —Sintiéndose ferozmente protectora, Cassie resistió la tentación de tomar su teléfono y enviarle sus pensamientos sin filtrar a Suzy—. Si me bajas la cremallera, lo compraré y podremos salir de aquí a ahogar nuestras penas en café. Podemos atiborrarnos de carbohidratos. Comprar dos de esos pasteles de la pastelería de Broad Street que están cubiertos de azúcar, rellenos de nata y son más grandes que tu cabeza. —Se dio la vuelta y se levantó el pelo.

Hubo una breve pausa y luego notó sus manos en la cremallera, bajándola.

Sintió que la tela del vestido se aflojaba y lo agarró.

—Genial. Gracias. Me cambiaré. Háblame a través de la puerta. ¿Por qué rompió contigo? ¿Qué excusa usó?

—Ella no rompió conmigo —aclaró él—. Yo rompí con ella.

—¡Oh! —Eso no se lo esperaba. Se quitó el vestido, lo colocó en la percha y se puso rápidamente los vaqueros y la blusa—. ¿Por qué? Tienes que darme tu opinión, ya que fui yo quien la eligió en esa aplicación de citas. Pensé que tenía potencial, aunque no se puede decir mucho por una fotografía. Pero tenía buenos dientes. Se puede saber mucho de una persona por sus dientes. Suponiendo que fueran realmente sus dientes en la foto. ¿Lo eran? —Tomó el vestido y abrió la puerta.

Oliver parecía tenso.

—¿Crees que llevaba los dientes de otra persona?

—No seas asqueroso. Hablo de Photoshop.

—Eran sus dientes. Pero, aun así, no volveré a verla.

—¿Por qué no? —Le entregó el vestido y la chaqueta mientras se agachaba a atarse los cordones—. ¿Fue porque no te hizo reír? Podría ser porque tienes un sentido del humor extraño. Lo he dicho un millón de veces. —Se enderezó y sonrió, esperando que él también sonriera. Pero no lo hizo.

—No había nada malo en ella. —Su voz sonaba extraña. Tensa.

—Pero no era la elegida. Lo entiendo. Si necesitas mucho tiempo para pensarlo, entonces no es la adecuada. —Tomó su bolso y colocó la ropa sobre el brazo—. ¿Cuántas parejas conoces que salen durante diez años y luego, ¡zas!, uno de ellos conoce a alguien y se casa en un mes?

—No conozco a nadie así. —Oliver agarró la chaqueta antes de que se cayera al suelo.

—Yo tampoco, pero he oído muchas historias. —Cassie sacó su tarjeta de crédito—. Y demuestra algo muy obvio, que, si conoces a alguien desde hace años y todavía no lo tienes claro, entonces la cosa no va bien. Falta algo.

—Quizá. O quizá hay otras razones. Tal vez algunas personas necesitan tiempo para darse cuenta de lo que sienten el uno por el otro.

—Excusas. Para mis padres fue instantáneo. Se miraron y simplemente lo supieron.

Oliver la miró fijamente.

—¿Cómo?

—No lo sé. No todo puede explicarse con facilidad. El amor es un sentimiento que desafía la lógica. —Lo que probablemente explicaba por qué Adeline no era fan de las bodas y seguía soltera. Por lo que sabía, su hermana no era muy dada a los sentimientos y las emociones—. Vamos. Voy a agotar mi tarjeta de crédito con esta ropa y luego nos daremos un atracón de azúcar. —Iba a centrarse en animar a Oliver y eso evitaría que pensara en su hermana.

Pero Oliver miraba otra vez su teléfono.

Cassie esperó.

—¿Y ahora qué? ¿Te ha enviado un mensaje? No contestes. Sé fuerte. Bórrala de tus contactos para no enviarle mensajes por accidente estando borracho.

—No me ha enviado ningún mensaje. —Levantó la vista—. ¿Le escribiste a tu hermana?

—No. ¿Por qué iba a escribir a mi hermana? Oh… —Se detuvo, horrorizada—. ¿Te refieres a si le escribí a la doctora Swift? —Sintió que se le encendía la cara—. Puede. Es decir, sí. Lo hice aquella noche cuando estabas en el cine con Suzy. ¿Por qué?

—Porque ha contestado a tu carta.

—Por favor, dime que estás bromeando. —Cassie le arrebató el teléfono—. ¡No, no, no! Eso no es posible.

—¿Por qué no es posible?

—Porque leí en alguna parte que recibe cientos, o quizá eran miles de cartas y correos electrónicos —se lamentó Cassie—, y el mío debería haber pasado desapercibido. —¿Por qué era tan impulsiva? ¿Por qué había pulsado Enviar? Debería haber escrito el correo y guardarlo en borradores. Eso es lo que habría hecho una persona normal.

—Si querías pasar desapercibida, ¿por qué lo enviaste?

—Porque fue el sábado por la noche cuando mi madre llamó para decir que mi hermana iría a la boda y todo el asunto me estresó y me puso ansiosa. Además, puede que me hubiera tomado una o dos

copas bastante grandes de ese*pinot noir* que habíamos abierto juntos la noche anterior.

Oliver arqueó una ceja.

—Me dijiste que habías derramado la botella.

—Mentí. No quería que me juzgaras. En fin, eso bajó mis inhibiciones naturales.

—¿Tú tienes inhibiciones? ¿Desde cuándo?

—Para. Esto es terrible. ¿Y si adivina que soy yo? Oh, esto es humillante. No puedo arriesgarme a ir a la boda ahora, y acabo de pasar horas eligiendo un vestido.

—Eh, tranquila. Estás haciendo esa cosa de escritora de ver drama y catástrofe en cada situación —trató de mantener la calma Oliver—. Si recibe cientos y miles de cartas, difícilmente va a adivinar que es tuya, ¿no?

—Tú lo adivinaste.

—Sí, pero yo te conozco. Ella no. Y no es como si hubieras puesto tu nombre real. La carta que enviaste era anónima.

—Sí. —Cassie examinó el teléfono. Allí estaba. La pregunta que había enviado. ¿Qué la había poseído?

La leyó en voz alta:

Querida doctora Swift:

Mi hermana y yo estamos distanciadas y últimamente me resulta cada vez más difícil sobrellevarlo. Cuando era joven, intenté en muchas ocasiones tender puentes, pero ella dejó claro que quiere vivir su vida sin mí. Quizás debería dejar que lo haga así, pero de alguna manera no puedo dejarlo pasar. Es doloroso. No creo ser mala persona y no entiendo por qué se comporta de esa manera. Nuestra madre se casa de nuevo este verano y nos encontraremos en la boda. ¿Debería intentar una vez más sanar la brecha entre nosotras, o debería rendirme y aceptar que los lazos familiares pueden, de hecho, romperse?

Atentamente,

Rechazada.

Cassie sintió que todo su cuerpo se estremecía de pánico. Enviar la carta había sido un acto impulsivo y temerario, pero en ese momento estaba triste y frustrada y ni por un instante pensó que Adeline elegiría responder a su carta. Oliver tenía razón. Recibía cientos de cartas, pero por alguna razón había elegido la suya. ¿Por qué?

¿Habría adivinado que era de Cassie? ¿O era un tema cercano al corazón de su hermana?

No, eso era darle demasiadas vueltas.

—¿Qué dice? Lee su respuesta —dijo Oliver—. Quiero oírla.

Casi tenía demasiado miedo para mirar. Nerviosa, leyó en voz alta la respuesta de Adeline:

Querida Rechazada:

Estar distanciada de un hermano es una pérdida particularmente dolorosa. No solo echas de menos a esa persona, sino que la realidad a menudo choca con nuestra visión de lo que debería ser una relación de sangre. Tienes dos opciones. Aceptar las cosas como son o trabajar para cambiarlas.

Cassie levantó la vista.

—Eso es obvio. Lo que quiero saber es cómo cambiarla.

—Sigue leyendo.

Cassie suspiró.

Tu hermana también puede estar sufriendo. Puede tener sus propias razones para mantener la distancia. Todas las relaciones cambian con el tiempo, pero puede ser útil intentar analizar cuándo se torció todo. ¿Qué sucedió?

—Ya sé qué sucedió —dijo Cassie—. Nací yo. Suficiente.

Oliver puso los ojos en blanco.

—¡Lee su respuesta!

—Estoy leyendo. «¿Has abordado alguna vez el problema directamente con tu hermana?». —Cassie volvió a levantar la vista —. ¿Qué se supone que debo decir? ¿Lo siento porque mi padre se

enamoró de tu madre y ella lo correspondió? ¿Lo siento porque seas tan rencorosa e incapaz de perdonar? Y, por cierto, han pasado dos décadas, ¿podrías superarlo ya? Además, no creo que esté sufriendo. —Le devolvió el teléfono—. Voy a dejar de leer su columna. Eso es todo.

—Buen plan. ¿Y estás segura de que quieres ese vestido? ¿Te va a hacer sentir bien?

—Sí. —Le entregó el vestido a la dependienta, junto con la chaqueta y su tarjeta de crédito.

No era exactamente cierto. Su hermana iba a ir a la boda, y ningún vestido en el mundo haría que se sintiera bien por eso.

Capítulo 6

CATHERINE

Andrew se unió a ella en la terraza, donde había estado bebiendo un café griego fuerte e intentando mantener la calma.

—¿Y bien? —preguntó Catherine, sin perder de vista el rostro de su futuro marido y con el corazón latiendo con fuerza.

Él se sentó frente a ella y le dirigió una mirada que no supo interpretar.

—Todas esas noches hasta tarde y madrugones en tu despacho. Esas veces que te negabas a hablar de tu libro, aunque siempre hablas de tu libro. ¿Esto es lo que me has estado ocultando?

—Sí. —Se sentía expuesta y vulnerable. La gente no entendía lo aterrador que era ofrecer un trabajo creativo al juicio de otra persona. Incluso ahora, después de tantos éxitos, después de haberse probado a sí misma, seguía aterrorizada cuando enviaba su último libro a su editor. A veces tenía que mirar fijamente los libros que ya había escrito, alineados ordenadamente en sus estanterías, para recordarse que lo había hecho antes y podía hacerlo de nuevo —. ¿Lo odias?

—¿Odiarlo? No. Es brillante. No pude parar de leer.

El aire salió de sus pulmones de golpe.

—¿De verdad?

—Sí. —Andrew dejó las páginas sobre la mesa—. Esto da mucho miedo, Catherine. ¿De dónde demonios ha salido?

—No lo sé. De mi cerebro. —Sintió que su estado de ánimo se elevaba y se disparaba, como un pájaro atrapando una corriente de aire—. ¿Te asustaste cuando lo leíste?

—Me quedé aterrorizado. No tenía ni idea de que tuvieras algo así dentro. Esa escena del principio donde él está encerrado en esa habitación y la oye fuera. El toc, toc de sus tacones en las escaleras del sótano. El hecho de que él sabe que ella se acerca… Sentí su miedo…

—Estaba cansada de que la mujer siempre fuera la víctima.

—Me quedó claro ese mensaje —dijo Andrew, secándose la frente.

—Siempre es una mujer asustada atrapada en el sótano, nunca un hombre, así que pensé…

—Leí lo que pensaste. Esa parte donde él empieza a gritar y ella… —Se estremeció, soltó un suspiro y miró hacia el mar—. Necesito luz solar y vida real durante cinco minutos para volver a la realidad. Háblame de algo aburrido y normal, te lo ruego. De lo que vamos a cenar. Del tiempo.

Estaba encantada con su reacción.

—El libro te ha inquietado.

—¿Inquietarme? —Él soltó una risotada—. Me ha dado escalofríos, Catherine. Me da miedo volver a estar a solas contigo en una habitación.

Sintió una oleada de triunfo, pero su mente creativa inmediatamente la aplastó. Aunque era halagador que le hubiera gustado, su opinión no era la que importaba. Además, ¿estaría él diciéndole la verdad? Los hombres decían cosas que no sentían todo el tiempo. Y las mujeres, mujeres como ella, les creían. Andrew estaba a punto de casarse con ella. No querría herir sus sentimientos.

—Si no te hubiera gustado, no me lo dirías.

Su mirada se encontró con la suya. Sabía lo que estaba pensando.

—Te lo diría. Honestidad, ¿recuerdas? Eso es lo que acordamos. Y es brillante. Brutal, pero brillante. —Él alcanzó el café que ella le había servido y luego dudó—. Pero no es un Catherine Swift.

—Lo sé.

Catherine Swift escribía ficción edificante con finales felices. Quizá Catherine Swift, la escritora, estuviera muerta. Aunque no podía estarlo, porque Catherine Swift era su nombre real.

En ese momento deseó haber usado un seudónimo al inicio de su carrera. Habría sido mucho más fácil reinventarse. También habría evitado momentos incómodos cuando entregaba su tarjeta de crédito en las tiendas y la gente preguntaba si era la Catherine Swift de las novelas. A veces respondía: «No, soy la otra», y se marchaba mientras aún intentaban entenderlo.

—¿Se lo has enseñado a Daphne?

—Todavía no. —No tenía ni idea de lo que diría su agente. Había pasado décadas construyendo una base de lectores fieles que amaban sus libros. Sus fans no iban a amar aquel libro. Corrían a las librerías para hacerse con lo último de Catherine Swift porque sabían que les daría lo que querían, y nunca los había decepcionado. Sus libros garantizaban una protagonista fuerte, un mensaje potente y un final feliz. Podían morderse las uñas con la tensión emocional, reír y llorar con los personajes, con la seguridad de que, cuando cerraran el libro, todo se quedaría en un buen lugar. Se sentirían edificados y quizá un poco inspirados.

Aquel libro tenía una protagonista fuerte y un mensaje contundente: cuando un hombre te manipula y te controla, considera el asesinato como una opción. Pero no había risas ni tampoco un final feliz. Aunque la protagonista seguía con vida al final, que eso era más de lo que se podía esperar de la mayoría de la ficción criminal. Lo consideraba un guiño a su antigua forma de escribir.

—¿Cuánto tiempo has estado trabajando en esto? ¿Y por qué no me lo dijiste?

—No sabía si podría hacerlo. —La gente moría en sus libros, por supuesto. Pero sus personajes no causaban la muerte de otros. Cuando tomaban un cuchillo de cocina era probable que cortaran una cebolla, no que contemplaran el asesinato. Sus personajes tenían problemas, pero no eran psicópatas. Aquello era una ruptura para ella.

—Me asombra que encontraras tiempo. Ya tienes un calendario completo con los libros contratados con tu editorial.

—Me sentí inspirada. Pero nunca había escrito nada así antes. Nunca había matado a nadie. —Evitó su mirada, temerosa de que pudiera ver algo que no quería que viera—. Fue más fácil de lo que pensaba.

—Ahora sí que me estás asustando. —Pero lo dijo con una sonrisa mientras se inclinaba y le tomaba la mano—. Eres magnífica. Me asombra tu talento. Creo firmemente que no hay nada que no puedas hacer, Catherine Swift.

No era cierto. No sabía cantar, nunca había podido correr rápido, no podía atrapar una pelota… Pero el hecho de que él creyera en ella significaba mucho porque, a pesar de todo, nunca había podido creer en sí misma.

—¿No crees que soy una tonta?

—¿Por escribir algo diferente? No, claro que no.

—No puedo escribir ambas cosas. No tengo tiempo. —Hizo una pausa—. Y tampoco querría. Creo que he terminado con el romance.

—Así que lo que dices es que tienes intención de pasarte al crimen. —Sonrió Andrew—. Podría ser divertido. Siempre que lo hagas por las razones correctas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sé que te molestó no llegar al número uno.

No iba a negarlo. Y no iba a fingir que lo había superado y había llegado a un punto de aceptación. Le dolía. Todavía se despertaba por la noche y pensaba en ello. La número tres. La inseguridad dentro de ella era un monstruo. Intentaba encerrarla. Intentaba ignorarla. Pero la acechaba, siempre lista para atacar.

—El problema de estar siempre en el número uno es que solo hay una dirección posible —afirmó Catherine.

—Sé que te importa, pero desearía que pudieras separarlo de quién eres. No eres tus ventas de libros, Catherine. No eres tus aceptaciones o tus rechazos. No eres tus reseñas ni tus premios. Todo eso son solo cosas que suceden a tu alrededor. No eres tu escritura.

No era cierto. No la parte sobre las ventas, aceptaciones, rechazos y reseñas. Eso era todo verdad (aunque él lo hacía sonar como si fuera fácil de ignorar y ciertamente no lo era). Pero ¿su escritura? Ella era su escritura, o más bien su escritura era parte de ella. Tanto como su pelo o su nariz. Escribir era su forma de interpretar el mundo, de dar sentido a las cosas.

Pero no se había sentido atraída por el crimen debido a sus menguantes ventas, había sido por una razón diferente. Últimamente, había cuestionado sus tramas. Sí, ponía desafíos a sus personajes, pero ¿estaba menospreciando a las mujeres? ¿Estaba dando la impresión de que todo siempre saldría bien al final? Porque ese no era el caso. O tal vez lo era a veces, pero la vida solía ser mucho más desordenada. La vida era injusta, y a menudo seguía siéndolo. Había decidido que lo que una persona necesitaba de verdad era la capacidad de vivir cómodamente junto a la incertidumbre, porque la vida estaba llena de ella. Celebrar lo bueno incluso en presencia de lo malo. Encontrar consuelo en las pequeñas cosas incluso cuando las grandes te abrumaban.

Le resultaba cada vez más difícil dar a sus lectores ese final feliz simple que esperaban. La vida real no se presentaba con los cabos atados en un bonito lazo.

Así que con aquel libro había mirado un lado diferente de la vida. Un lado más oscuro, pero no menos válido. Había hecho su investigación. Había leído varios casos de asesinato que la habían mantenido despierta durante semanas, y luego los había usado como inspiración para su historia.

—Voy a enviárselo a Daphne y ver qué dice.

Sabía lo que Daphne diría. Le diría que se mantuviera en lo que conocía. Le diría que estaba bien ser número tres. Le recordaría que algunas mujeres encontraban un final feliz en sus vidas, y no había razón para centrarse en las que no.

Pero Catherine estaba lista para algo diferente. Cada vez tenía más ganas de escribir una historia para todas las mujeres cuyas vidas no terminaban con su futuro atado en un bonito lazo.

—Una nueva dirección en tu carrera y una boda. —Andrew le apretó la mano—. Esto es un nuevo comienzo.

«No realmente», pensó Catherine. «Nunca empiezas de nuevo del todo, porque hagas lo que hagas, siempre tienes que arrastrar el pasado contigo».

—No puedo creer que la boda sea solo dentro de dos semanas. Y las chicas llegarán en unos días.

—Lo sé. —Andrew observó cómo un pequeño pájaro se zambullía y rozaba la superficie de la piscina—. ¿Estás segura de que no quieres hablarles sobre mí antes de que lleguen?

—No hasta que estén en la isla. Algunas cosas es mejor tratarlas cara a cara.

Él se inclinó y tomó su mano.

—¿Por qué tienes tanto miedo de contárselo?

—No tengo miedo. Creo que las chicas te van a adorar. —Catherine se inclinó para besarlo—. Todo va a salir bien.

¿Iba a salir bien? Eso esperaba.

Andrew no parecía convencido.

—Todavía pueden marcharse, ¿sabes?

—Cassie no se marcharía. —Pensó en su hija menor, siempre tan cálida, cariñosa y comprensiva. «Eres la mejor madre del planeta. Te quiero».

—¿Pero crees que Adeline podría?

¿Adeline? «Eres la peor madre del planeta. Te odio».

—Creo que, cuando te conozca, estará encantada.

Esperaba tener razón. Esperaba que ese matrimonio cambiara todo para mejor. Que finalmente uniera a su familia.

Era lo que más deseaba. Incluso más que reiniciar su carrera.

Quería arreglar las cosas con Adeline.

Capítulo 7

ADELINE

Adeline colocó su ropa cuidadosamente doblada en la maleta.

El miedo se retorcía como una bola apretada en su estómago.

—No quiero hacer esto.

Mark levantó la vista de su teléfono, impaciente.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

Su respuesta la disgustó, posiblemente porque ella se había estado haciendo la misma pregunta.

—Un poco de comprensión no vendría mal.

—¿Comprensión por qué? —Mark parecía desconcertado—. No entiendo por qué esperas comprensión por algo que te estás infligiendo a ti misma. Has tomado una decisión. Si no quieres ir, toma una decisión diferente. Dile que no. Necesitas establecer límites, Adeline. Es bastante simple.

No era nada simple, y le frustraba que él no pudiera verlo.

No dependía de él emocionalmente —no dependía emocionalmente de nadie—, pero eso no significaba que no hubiera agradecido un poco de empatía.

—Es mi madre.

—¿Y qué? No hay ninguna regla que diga que tengas que pasar tiempo con una persona en particular, sea familiar o amigo. Yo corté el contacto con mis padres cuando tenía dieciocho años, ya lo sabes. No devuelvo sus llamadas y no abro sus tarjetas de Navidad. —

Había cortado a su familia de su vida, como un cirujano extirpando una parte enferma del cuerpo.

Y ella no tenía idea de por qué.

Las palabras de Mia resonaron en su cabeza: «¿Lo conoces bien en realidad?».

Ese comentario le daba vueltas en la mente.

—Nunca me has contado qué pasó.

—Y no pienso hacerlo.

—Pero…

—Está en el pasado, Adeline. —Mark no disimuló su impaciencia—. El pasado no tiene relevancia en el presente. Es como pensar en un apartamento en el que ya no vives. ¿Qué sentido tiene? Familia o no, la gente tiene que ganarse un lugar en tu vida. Tienen que valer la inversión de tiempo que supone mantener una relación.

Lo hacía sonar como si estuviera comprando acciones y bonos.

Se lo imaginó estudiando un gráfico que mostraba su inversión en su relación, decidiendo si debería diversificar su riesgo.

—¿Yo valgo la inversión?

—Por supuesto. No estaría aquí si no lo creyera. —Él frunció el ceño y bajó el teléfono—. Te estás comportando de manera extraña.

Quizás no estaba siendo justa con él, esperando que entendiera cuando no le había dado los datos.

—Se remonta a mi infancia…

—No necesitas explicarme nada. —Mark guardó el teléfono en su bolsillo—. Como dije, el pasado no tiene relevancia en el presente. Y estoy seguro de que eres consciente, Adeline, de que centrarte en algo que sucedió en tu infancia cuando tienes treinta años no es precisamente una muestra de comportamiento emocionalmente saludable.

En otras palabras, no quería que se lo explicara. No le interesaba. No quería oírlo.

«El pasado no tiene relevancia en el presente».

Como psicóloga, sabía que eso no era cierto. También sabía que examinar el pasado podía ser un comportamiento emocionalmente saludable, pero no tenía energía para discutir con él. Y quizá no estaba siendo del todo justa al juzgarlo. Ambos habían acordado que

no iban a arrastrar sus traumas pasados a su relación actual, así que difícilmente podía culparlo por no querer cambiar esos parámetros. Eso era lo que ella quería. Esa era la relación con la que se sentía cómoda.

Tratando de seguir adelante, Adeline tomó la gran caja que había llegado esa mañana y la metió en su maleta.

Mark la observaba, cauteloso, como si no estuviera seguro de qué diría a continuación.

—¿Qué es eso?

—Un regalo de Mia. Ropa para mi viaje. Llegó esta mañana.

Él se quedó mirando la caja.

—¿Y ni siquiera vas a abrirla para echar un vistazo?

—Me hizo prometerle que no lo haría. La abriré cuando llegue a Grecia. Es una sorpresa.

—¿Es sensato? Conociendo a Mia, tal vez deberías comprobar lo que te ha enviado.

—¿Qué quieres decir con eso? —Adeline sintió una necesidad inmediata de defender a su amiga—. Tiene un gran sentido del estilo. —Sabía que a Mark no le gustaba Mia tanto como a Mia no le gustaba Mark. «Es un robot, Adeline». Pero eso no le preocupaba demasiado, aunque a veces deseaba que las dos personas que más le gustaban fueran un poco más tolerantes entre sí. Se recordó que no importaba si a su amiga le gustaba su novio. Solo importaba que a ella le gustara.

—El estilo es subjetivo. Su apariencia es un poco llamativa y busca demasiado la atención para mi gusto, pero entiendo que pueda gustar a algunos. —Mark vio cómo cambiaba su expresión y suspiró —. Y ahora te he ofendido, y esa no era mi intención. Solo quería decir que tú y Mia no tenéis el mismo gusto. Eres más conservadora que ella, gracias a Dios, así que sería prudente comprobar lo que ha preparado para ti.

¿Era conservadora?

¿Era «conservadora» otra forma de decir «aburrida»? ¿Y por qué era un alivio para él? ¿Quería que fuera aburrida?

Se miró en el espejo. El tiempo estaba nublado y sombrío, y había elegido llevar una camisa blanca entallada con unos vaqueros.

Llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca. Tenía que admitir que su aspecto no era emocionante. Nadie iba a pararla en la calle para decirle «me encanta tu vestido», como una mujer le había dicho a Mia la última vez que habían salido juntas. Todo en ella decía «prudente». Algunas mujeres destacaban y otras eran del montón. Ella era del montón.

¿Y qué había de malo en eso? Así era como lo quería.

Miró la caja en su maleta. Tal vez Mark tenía razón. Tal vez debería abrirla. Al menos así sabría si necesitaba complementar su vestuario.

—Si no lo compruebas —dijo Mark—, te encontrarás en Grecia sin nada que ponerte que no sea revelador o indecente.

Había muchas posibilidades de que tuviera razón, pero aun así sus comentarios empezaban a irritarla y molestarla. Parecía ajeno al hecho de que aquello era mucho más que simplemente decidir qué meter en la maleta. No eran unas vacaciones. No era un viaje que esperara con ilusión. Lo temía. Él sabía que lo temía. Entonces, ¿por qué no podía decirle: «Pobre, debe de ser muy difícil para ti»? O tal vez darle un abrazo reconfortante y asegurarle que todo iría bien.

—No soy una niña, Mark. Puedo tomar mis propias decisiones sobre mi vestuario. —¿Cuándo se había vuelto tan crítico? Quizás siempre había sido así y no lo había notado.

O tal vez había algo más detrás de sus palabras.

Estaba a punto de pasar dos semanas en una isla griega en verano, y él no iba con ella.

Tal vez eso le molestaba, pero no quería decirlo por los límites que habían establecido.

Cerró la maleta y le sonrió.

—¿Te molesta que me vaya?

—¿Por qué habría de molestarme?

—Porque el tiempo libre es valioso, y podríamos pasar esas dos semanas juntos. Puedo preguntarle a mi madre si puedes acompañarme. —No estaba segura de por qué había dicho eso. ¿Realmente quería que la acompañara? No podía imaginar a Mark en Grecia.

Era difícil saber cuál de los dos estaba más sorprendido por la pregunta.

Él la miraba como si le hubiera pedido saltar de un avión sin paracaídas.

—¿Por qué harías eso? ¿Por qué iría yo contigo?

—Porque es Grecia, y Corfú es un lugar especial. —Era cierto que la isla le despertaba sentimientos incómodos y recuerdos, pero eso no significaba que no pudiera reconocer su belleza—. Podríamos pasar el tiempo relajándonos. Nadando. Leyendo en la playa.

Él hizo una mueca.

—Las vacaciones en la playa no son lo mío. Sabes que prefiero las escapadas urbanas. Museos. Galerías. Algo más intelectual. Es lo que a ti también te gusta, otra razón por la que no entiendo por qué haces esto. Tú tampoco eres una persona de playa.

Pensó en su infancia. Hubo un tiempo en el que ella había sido una persona de playa. No había nada que le gustara más que nadar en el mar.

Adeline frunció el ceño.

—Pensé que podría ser algo divertido para hacer juntos. Ambos hemos estado tan ocupados últimamente.

—Dos semanas es mucho tiempo, y no necesitamos vivir pegados el uno al otro, Adeline. Pensé que ambos estábamos de acuerdo en eso. Es saludable tener vidas separadas.

¿Lo era? ¿No era el punto principal de una relación que sus vidas estuvieran entrelazadas?

Intentó bloquear esos pensamientos. Normalmente, ni siquiera se habría planteado esa pregunta. Entonces, ¿por qué lo hacía ahora? Por su madre. Desde que había llegado la carta invitándola a la boda, se había sentido inquieta.

Pero aun así… ¿Mark estaba diciendo que dos semanas era mucho tiempo para unas vacaciones en la playa o que no podría soportar dos semanas con ella?

—Es una boda familiar. —Adeline se aclaró la garganta—. Mi familia. Y pensé que tal vez era hora de que tú…

—¿Hora de qué? ¿Por qué iría yo a la boda de tu familia? Ni siquiera entiendo por qué vas tú. Tu relación con tu madre es

disfuncional, por decir algo, y no entiendo por qué elegirías continuarla. Eres una mujer joven madura y evolucionada. Has estudiado el comportamiento humano, y aun así permites que te manipule.

Sus palabras fueron como una bofetada.

¿De verdad había esperado recibir consuelo?

Aquella conversación la estaba haciendo sentir peor, no mejor.

—No estoy permitiendo que me manipule.

—¿No? Entonces, ¿por qué vas a volar a Corfú para pasar dos semanas con personas que te causan estrés? ¿Por qué te molestas en mantener una relación con tu madre cuando es tan difícil? Lo adulto sería cortar lazos.

¿Era eso lo adulto? ¿O lo adulto sería dejar las hostilidades y aceptar que todas las familias tenían sus complicaciones?

—Eso disgustaría a mi padre.

—Él también es adulto. No debería usar la culpa como palanca.

—No es tan simple…

—Podría ser así de simple, Adeline. —Hizo un gesto impaciente—. Tú eres quien lo complica todo creando una imagen en tu cabeza que no coincide con la realidad. Supongo que es de esperar, teniendo en cuenta quién es tu madre.

—¿Perdona? ¿Qué se supone que significa eso? —No tenía ni idea de cómo, o por qué, la conversación se había deteriorado tan rápido.

—¿Necesito deletreártelo? Tu madre vive en un mundo de ficción. Inventa historias sobre el romance. Tú haces lo mismo con la familia. Admítelo, en el fondo sigues esperando que se convierta en el tipo de madre que te gustaría tener. Como las que lees en los libros. El tipo de libros que ella escribe.

Adeline tragó saliva. Ella no hacía eso. ¿O sí? Tal vez sí.

—¿Por qué te comportas así?

—¿Así cómo? Siempre hemos sido honestos. Siempre has sido honesta con todo excepto con esto. Por alguna razón que no he podido descifrar, te las arreglas para mentirte a ti misma sobre tu familia. Te estás inventando una fantasía, Adeline, si esperas que esta boda sea algo más que estresante. Y quizás puedas mentirte a ti misma, pero no esperes que yo te mienta porque no lo haré.

—Basta. Para. —La nuca le sudaba. Su apartamento de repente se sentía sin aire y opresivo—. Esta conversación me está resultando molesta e hiriente. Quería un poco de consuelo. Un abrazo. No una conferencia.

—Estás siendo demasiado sensible. Ocurre cada vez que tu madre sale en la conversación. —Suspiró—. Pero estoy de acuerdo en que deberíamos parar. Estás alterada, lo cual entiendo, y eso te hace parecer necesitada, algo que no es propio de ti.

—¿Necesitada? —Ella se humedeció los labios—. ¿Crees que estoy necesitada?

—¿Querer que te consuele por una decisión que fue enteramente tuya? ¿Invitarme a la boda porque necesitas apoyo moral? ¿Preguntarme si me importa que vayas? Entiendo lo que está pasando aquí. Quieres la seguridad de una relación estable porque ahora mismo estás volviendo a la infancia. Eres como una niña en su primer día en el patio de recreo. Te sientes inquieta, pero todo fue tu elección, Adeline. Tú eres quien decidió pasar por esto. —Mark miró su reloj—. Deberíamos irnos. La mesa está reservada para las siete y media.

¿Volviendo a la infancia? ¿De verdad pensaba que eso era lo que estaba pasando?

No la entendía en absoluto. Peor aún, no tenía ningún interés en entenderla.

—No tengo hambre —dijo ella. Se sentó en el borde de la cama y él la miró con exasperación.

—¿Tienes idea de lo difícil que fue conseguir esa reserva? Reservé la mesa hace dos meses. Hay lista de espera. El chef hace los mejores fideos de Londres.

—Ve sin mí.

—Adeline… —Mark parecía a punto de decir algo más, pero tomó aire profundamente—. Bien. Llevaré a otra persona, pero necesitas pensar seriamente en lo que de verdad quieres en la vida. Y si vas a persistir con todo este asunto tóxico de la familia, entonces no quiero ser parte de ello.

No sabía qué quería, pero sabía que no quería fideos.

Y en ese momento, tampoco quería a Mark.

—Bien —dijo ella—. Terminemos. Disfruta de tus fideos.
Él se detuvo.
—Estás histérica…
—No, no lo estoy.
—No sabes lo que quieres ahora mismo.
Sí lo sabía.
Ya no quería estar con Mark, y quería que esa boda quedara atrás.

Segunda parte

Capítulo 8

CASSIE

—Hola, Adeline, me alegro de verte. ¿Qué tal todo? —ensayaba Cassie su discurso mientras conducía desde la villa para recoger a su hermana del aeropuerto.

Conocía bien la carretera, después de haber pasado gran parte de su infancia viviendo allí. Le resultaba tan familiar como las calles empedradas de Oxford.

—No, no puedo decir eso. No es probable que me cuente cómo le va porque es mi hermana, y mi hermana no es precisamente comunicativa. Su respuesta será «bien» y luego habrá un silencio incómodo. Una pesadilla. —Pisó el acelerador y el pequeño Jeep subió la empinada colina—. Podría decir: «Hola, ¿qué tal el vuelo?». —Frenó y cambió de marcha al acercarse a una curva cerrada—. Pero la respuesta a eso también podría ser «bien». Dios mío, me dirijo al viaje en coche más incómodo de mi vida. Quizás debería poner la música alta. Llenar el silencio de esa manera.

Un coche pasó a toda velocidad, rozando su retrovisor. Un local, sin duda, porque solo los locales conducían así. Los turistas eran más cautelosos, recelosos de las carreteras estrechas y las caídas vertiginosas. Cassie gritó algo en griego y luego sonrió. Resultaba agradable estar en casa y, para ella, la isla de Corfú era su hogar.

Su madre había comprado la villa hacía más de dos décadas, y todo gracias a un libro llamado *Estrella de verano*. Ese libro en particular había sido un punto de inflexión y la había catapultado a

lo más alto de las listas de ventas. Lo siguiente fue un importante acuerdo cinematográfico y el estreno de la película, que batió récords de taquilla, provocando otro aumento en las ventas de libros. Catherine Swift siempre decía que *Estrella de verano* era el libro que había cambiado su vida, así que quizás no era sorprendente que, cuando encontró la villa perfecta en la impresionante costa norte de Corfú, la llamara Estrella de verano.

Fue en la isla de Corfú donde Catherine conoció a Rob Dunn y se enamoró.

Cassie sonrió al pensarlo.

Era la historia de amor definitiva, y resultó que no era la única que lo pensaba. Hacía una semana, por fin había recibido la llamada que nunca creyó que llegaría. «Nos encanta tu libro».

¡A una agente le encantaba su libro! Y no solo *una* agente, sino *su* agente, porque estaba oficialmente representada por Madeleine Ellwood. Cassie todavía no podía creerlo. No había dejado de sonreír durante la última semana. Y, por supuesto, eso aún no significaba que una editorial fuera a comprar su libro, pero a Madeleine le encantaba lo que había escrito (¡incluso había llorado!), no quería hacer ningún cambio y de momento eso era suficiente. Cassie había firmado un contrato con la agencia, y el siguiente paso era que Madeleine se acercara a las editoriales. Parecía particularmente interesada en el hecho de que la historia se hubiera inspirado en la relación de los padres de Cassie. ¿Estaría ella dispuesta a hablar de eso? «La parte humana sería una gran publicidad».

No había nada que Cassie amara más que hablar sobre la historia de amor de sus padres a cualquiera que quisiera escucharla, así que estaba más que feliz de aceptar eso.

Intentaba no emocionarse demasiado. El hecho de que a Madeleine le encantara su libro no significaba que a una editorial también le fuera a gustar, y Madeleine le había advertido que el proceso podría llevar algún tiempo porque los editores de todas partes estaban sobrecargados, agotados y exhaustos. Pero sentía que el libro de Cassie era oportuno. Su historia no tenía un final feliz, por supuesto, pero sí un final esperanzador y a Madeleine le había encantado que estuviera ambientada en Corfú. Era obvio que Cassie

lo conocía bien. Había elogiado su capacidad de transmitir la sensación de estar en el lugar.

Para Cassie había sido fácil adaptarse al entorno porque prácticamente se había criado en la isla. Sus primeros pasos los había dado en la suave arena bajo la villa, había aprendido a nadar en el océano, asistido a la escuela local y aprendido griego junto con el inglés.

La carretera ascendía y, en el mirador de la cima, se detuvo y saltó del Jeep.

Tenía tiempo, y era mejor parar allí unos minutos y disfrutar de la fabulosa vista que esperar sentada en el sofocante y polvoriento aparcamiento del aeropuerto.

El sol calentaba y levantó el rostro hacia él un momento, disfrutando del calor en su piel. Después tomó una botella de agua de su bolso y caminó hasta el borde de la carretera, que tenía uno de los mejores miradores de la isla. El terreno caía en pronunciada pendiente, verde intenso y exuberante. Esbeltos cipreses sobresalían de densos olivares y más allá el mar, una sábana de interminable azul brillante que se extendía en la distancia.

Era uno de sus lugares favoritos y, tanto si conducía al aeropuerto como al supermercado, siempre paraba allí.

Bebió un sorbo de agua y revisó su teléfono. Parecía que el vuelo de Adeline iba en hora, nada que ver con el suyo. Su vuelo desde Londres el día anterior se había retrasado varias horas. Cuando finalmente aterrizó en Corfú, ya era última hora de la tarde.

Deslizó el teléfono de vuelta al bolsillo de sus *shorts*, recordando su llegada el día anterior.

Su madre la esperaba con los brazos extendidos y Cassie había caminado directamente hacia ellos. Aquel era su hogar. Le encantaba todo: los aromas, el interminable cielo azul, la sensación del sol ardiente en su piel, los intensos sabores de la comida y el ritmo relajado de vida. Solo tenía recuerdos felices de vivir allí con su madre. Esperaba pasar tiempo juntas, a pesar de que quizá los preparativos de la boda interferirían con sus habituales charlas reconfortantes. Aunque la conversación en el coche del día anterior no fue nada reconfortante.

Frunció el ceño al recordarlo.

Como siempre, su madre había conducido demasiado rápido, quitando ambas manos del volante en algunas ocasiones para gesticular a otro conductor o enfatizar algo que estaba diciendo. Cassie, que solo se ponía nerviosa como pasajera cuando iba en un vehículo conducido por su madre, se había ofrecido a conducir, pero su madre no quiso oír hablar de ello. «¡Acabas de bajar de un vuelo!». «¡Estarás cansada!». «¡Deja que tu madre te mime!».

Así que Cassie se había aferrado al asiento, respirado y esperado que ambas vivieran lo suficiente para seguir adelante con la boda. Realmente debería estar acostumbrada después de todos esos años. Había perdido la cuenta de las veces que su madre había frenado de repente y hecho una parada de emergencia, arriesgándose a causar latigazos cervicales a sus pasajeros. «He tenido una idea para mi libro», solía decir, ignorando los insultos de otros conductores y buscando frenéticamente algo donde escribir. Cassie había tomado la costumbre de guardar un bolígrafo y un bloc en el coche, y también en su bolso por si acaso. Se había criado sabiendo que las ideas debían atesorarse y plasmarse inmediatamente en papel antes de que se esfumaran y se perdieran, algo que había acabado entendiendo al haberse convertido en escritora ella también.

Pero esa vez su madre no había frenado para capturar una idea, ni había hablado de su libro actual —lo cual era inusual—, sino que había bombardeado a Cassie con preguntas, queriendo saber cómo estaba y qué planes tenía. Era casi como si no quisiera hablar de sí misma.

Cassie estuvo a punto de confesarle que tenía una agente (cada vez que pensaba en ello, empezaba a sonreír), pero algo la había detenido. ¿Y si Madeleine no conseguía vender el libro? Además, aquella era la celebración de su madre, y no quería ser egoísta y acapararla con sus noticias.

Así que, en su lugar, había hablado un poco sobre la cafetería y sobre Oliver, y luego había intentado preguntarle a su madre sobre el hombre con el que se iba a casar. Parecía una pregunta razonable, pero su madre se había mostrado evasiva. Lo único que había dicho era que estaba segura de que Adeline y Cassie lo adorarían.

Cassie estaba intrigada y al mismo tiempo le parecía divertido tanto secretismo.

Su madre parecía nerviosa, pero no podía entender por qué. Aquella era su casa y estaba a punto de casarse con el hombre que amaba. ¿Por qué estaría nerviosa? Era casi como si tuviera miedo de que Cassie no lo aprobara, pero no podía pensar eso. Ella nunca se había peleado con su madre por nada. Era totalmente imparcial. La adoraba y respetaba todas sus decisiones. Solo quería que fuera feliz. Si se había enamorado de nuevo, eso era estupendo. Tenía menos fe en la capacidad de Adeline para aceptar una nueva presencia masculina en sus vidas.

Tal vez esa era la parte que ponía nerviosa a su madre. Adeline.

Por millonésima vez, Cassie pensó lo mucho más fácil que habría sido para todos si su hermana hubiera decidido no ir, y luego se sintió culpable por pensarlo. Adeline era de la familia. Merecía estar allí. *Debería* estar allí. Pero solo si era capaz de celebrar la felicidad de su madre. ¿Lo era? Cassie no tenía idea, pero pasara lo que pasara, haría que funcionara. Planeaba ser lo suficientemente entusiasta por las dos. Tenía experiencia compensando a Adeline en las bodas de su madre; lo había hecho en la anterior. Había vitoreado y lanzado su ramo de dama de honor con tanto entusiasmo que casi dejó inconsciente a un invitado.

Pensar en Adeline la hizo revisar la hora otra vez.

Decidiendo que no podía postergar más el momento, volvió a subir al coche y guardó su botella de agua en el bolso.

Descendió la montaña, con el viento agitando su cabello y el sol quemándole la cara.

La siguiente hora sería más o menos tensa al ir en el coche con su hermana. Pero aún le quedaba la noche para ilusionarse. Cenarían en la terraza y por fin conocerían al hombre con quien se casaría su madre. Iba a ser estupendo.

A medida que se acercaba a la ciudad de Corfú, el tráfico se volvía progresivamente más denso y el paisaje rural se transformaba en un entorno urbano.

Giró hacia la carretera principal y vio el océano y el puerto donde atracaban los ferris para llevar a los viajeros a otras islas. Allí era

donde se reunían los turistas. Salían de los cruceros y ferris con sus guías en la mano, las bolsas de playa y el protector solar. Visitaban la Antigua Fortaleza y se congregaban en las cafeterías con sombra que había alrededor de la Spianada, la gran plaza abierta.

Cassie amaba el Casco Antiguo, con su laberinto de estrechas calles soleadas. Los antiguos edificios con balcones se fundían unos con otros en tonos café, rosa pálido y amarillo mantequilla, y sus paredes estaban adornadas por preciosas buganvillas. Un paseo revelaba jardines ocultos, una iglesia histórica, una bonita plaza donde se reunían los lugareños y las golondrinas se lanzaban volando desde sus nidos en los tejados. Incluso después de años explorando aquellas calles, seguía topándose con algún restaurante que no sabía que existía, atraída por los aromas de hierbas silvestres y ajo chisporroteando en aceite de oliva.

Intentando no pensar en todas las cosas más entretenidas que podría estar haciendo, Cassie tomó un atajo y se detuvo para comprar una hogaza de pan crujiente de su panadería favorita. Normalmente, se habría detenido a disfrutar de un café en una de las mesas sombreadas, o quizás un helado. Habría tenido que comérselo a toda prisa para que no se derritiera y goteara chocolate y vainilla sobre sus dedos. Pero ese día estaba demasiado tensa para permitirse cualquiera de esos placeres.

Llegó al aeropuerto veinte minutos después de que el vuelo de Adeline hubiera aterrizado, y vio a su hermana de inmediato. No era difícil distinguirla. Llevaba un traje de color claro, combinado con una camisa blanca reluciente. Su cabello, del color del roble pulido, estaba recogido y asegurado firmemente en la parte posterior de su cabeza. Parecía lista para presidir una reunión de negocios o defender a un cliente en el juzgado, no para dirigirse a una villa en la playa. Rodeada de turistas vestidos con una variedad de coloridos *shorts* y vestidos veraniegos que solo veían la luz del día durante las vacaciones de verano, destacaba como una cebra en un campo de maíz. Pero lo que realmente la distinguía era su forma de comportarse. Mientras todos a su alrededor sonreían y estaban emocionados de estar en la isla, Adeline tenía el aire martirizado de una prisionera a punto de ser encerrada por un crimen que no había

cometido. Cualquier duda que Cassie pudiera haber tenido sobre su deseo de estar allí se desvaneció al instante.

Estaba dispuesta a apostar que su hermana preferiría haber estado en cualquier otro lugar.

¿Cómo diablos había pasado los controles del aeropuerto tan rápido? Probablemente había asustado a los funcionarios con su implacable eficiencia.

Cassie suspiró, cerró las ventanas y encendió el aire acondicionado. Su hermana no iba a apreciar las ventanas abiertas y la brisa intentando despeinar su cabello perfecto.

«Por favor, que no sea tan malo como creo que va a ser», pensó Cassie y luego tocó el claxon para llamar la atención de su hermana.

Adeline giró la cabeza con un movimiento grácil, vio a Cassie y se dirigió hacia el coche con largos pasos atléticos.

En breve empezaría la parte incómoda. ¿Cómo debería saludarla? Ella era de dar abrazos, pero Adeline era tan cariñosa como un cactus. ¿Tal vez estrechándole la mano? No, eran hermanas, no socias comerciales. Cassie se negó a caer tan bajo.

Todavía estaba sopesando sus opciones cuando el conductor al que estaba bloqueando se asomó por su ventana y le gritó en griego, sin dejarle otra opción que actuar.

—Hola, tenemos que movernos rápido antes de que el hombre detrás de nosotras sufra un ataque al corazón. ¿Qué tal tu vuelo? Al menos llegaste a tiempo, que es más de lo que yo hice. —Cassie estaba divagando. Necesitaba dejar de hacerlo.

—Gracias por venir a buscarme. —Adeline era escrupulosamente educada, pero tan distante como siempre. Era como si hubiera un muro entre ella y el mundo.

—Por supuesto. Es un placer. —Sabía que de placentero no tendría nada, pero no estaba dispuesta a perder la esperanza.

Adeline se quitó la chaqueta y se deslizó en el asiento del pasajero. Si estaba estresada por ese encuentro, no había señales visibles de ello.

Cassie sintió una punzada de envidia. Aspiraba a estar así de tranquila con todo, a enfrentar los desafíos de la vida con serena confianza (también aspiraba a poder vestir de blanco sin mancharse

inmediatamente de comida, pero algunas ambiciones nunca estaban destinadas a cumplirse).

Había pasado horas preocupándose por ese momento, sobre todo a las dos de la madrugada, cuando debería estar durmiendo. Le había dado vueltas una y otra vez en su cabeza, imaginando diferentes escenarios. Había evocado conversaciones enteras y luego se había estresado por ellas, aunque solo hubieran ocurrido en su mente. «Cerebro de escritora», lo llamaba Oliver, y tal vez lo era, pero deseaba poder apagar esa parte de sí misma cuando no estaba trabajando. Odiaba cómo su mente podía tomar un escenario perfectamente benigno y convertirlo en una crisis. Pasaba de cero a desastre en menos de dos segundos.

Había llegado el momento que tanto había temido. Sin embargo, Adeline estaba actuando con cortesía. Quizá no era muy cálida, pero sí cortés.

Era su naturaleza ser reservada. Podría ser así su personalidad, o podría ser el resultado de sus antecedentes, reflexionó Cassie. El sentido de seguridad de Adeline se había visto amenazado a una edad impresionable. Los cimientos de su vida se habían sacudido. La experiencia probablemente la había vuelto cautelosa.

Cassie había examinado las posibilidades en detalle. Sabía que, para entender cómo se comportaba una persona en el presente, a menudo había que mirar su pasado. Era algo que hacía todo el tiempo cuando creaba personajes. Se preguntaba por qué una persona tomaría las decisiones que tomaba. Por qué se comportaría de cierta manera. ¿Qué les había sucedido?

Adeline dobló su chaqueta con sumo cuidado y Cassie fue consciente de que ella iba con unos *shorts* arrugados y las piernas desnudas. Su pelo se rizaba salvajemente debido a la humedad, y su nariz estaba rosada porque había tardado en aplicarse protector solar el día anterior. Había elegido usar *shorts* y una camiseta porque no había podido soportar la idea de un viaje en coche vestida con ropa incómoda que se pegara a su piel. Se sentía hecha un desastre al lado de su inmaculada hermana.

Se recordó a sí misma que aquella isla era un lugar para relajarse.

—Fui a nadar esta mañana antes de venir a buscarte al aeropuerto. Tendrás tiempo de instalarte y darte un baño antes de la cena si te apetece.

Adeline se abrochó el cinturón de seguridad.

—Tengo trabajo que hacer.

—¿Trabajo? Pero estás de vacaciones.

Adeline se ajustó las gafas de sol.

—Mañana tengo una fecha límite. Y esto no son vacaciones. Es una boda familiar.

Boda familiar. Lo hacía sonar como un deber. Y eso era exactamente para Adeline.

Cassie se incorporó al tráfico, preguntándose qué consideraría su hermana como vacaciones.

—¿Estás trabajando en respuestas para tu columna? Me gustó la respuesta que le diste a ese hombre que no sabía cómo decirle a su madre que era gay.

Adeline giró la cabeza.

—¿Lees mi columna?

—A… a veces. Es decir, no siempre… —titubeó Cassie, recordando la carta que ella misma había enviado. Su rostro se acaloró. ¿Habría adivinado su hermana que era de ella? No. Por supuesto que no. Pero ¿y si lo había hecho?—. Tus respuestas siempre son sabias.

—Gracias.

—¿Cómo eliges qué cartas responder? Siempre me lo he preguntado.

—Intento cubrir una variedad de temas. Y si alguien escribe sobre un problema que sé que afectará a mucha gente, suelo priorizarlo —respondió Adeline, colocando las manos en su regazo. Sus uñas estaban impecables, su esmalte era de un tono suave y discreto—. ¿Y tú? ¿Has decidido qué quieres hacer ahora que te has graduado?

—Todavía no. —Aún no estaba lista para liberar su secreto al mundo. ¿Y si Madeleine no podía vender su libro? Podría no suceder nunca y no quería tentar al destino—. Me estoy tomando este verano para resolver algunas cosas. Por el momento, trabajo en una cafetería. Me gusta observar a la gente y tengo tarta gratis. Podría ser mi trabajo soñado.

Era una respuesta fácil, pero no honesta. Era escritora, lo sabía con certeza. Ya había completado más de la mitad de su siguiente libro. Las palabras no dejaban de fluir y no quería que se detuvieran. Nada en su vida había sido tan vertiginosamente satisfactorio como escribir. Con suerte, habría terminado un borrador antes de dejar Corfú. La noche anterior se había quedado hasta tarde, garabateando un plan para su siguiente capítulo en su cuaderno mientras estaba acostada en una de las tumbonas.

Le gustaría hacer lo mismo esa noche, pero compartiría la casa con Adeline, así que tal vez no fuera buena idea. Aunque quizás podría decir que estaba escribiendo un diario.

Cassie tomó la carretera que salía del aeropuerto, condujo hasta que el mar apareció frente a ella y luego giró a la izquierda por el paseo marítimo. Conocía tan bien la ruta que no tenía que pensar en ella. La Antigua Fortaleza se agazapaba en una colina mientras que todo alrededor era mar; tonos turquesa y verde bajo un cielo azul sin nubes.

«Oh, cómo me gustaría estar nadando en lugar de estar encerrada en un coche con alguien que no quiere estar aquí».

Buscó en su mente un tema seguro de conversación. No la boda, porque eso inevitablemente sería controvertido. Necesitaba mantener las cosas neutrales.

—Un coche se estrelló contra el muro ayer —dijo Cassie, señalando los escombros que todavía estaban apilados al lado de la carretera—. Mamá y yo estuvimos atascadas aquí durante una hora.

Adeline se volvió para mirarla.

—¿Fue a recogerte al aeropuerto?

Demasiado tarde, Cassie se dio cuenta de repente cómo debía parecer y sentirse eso. Su madre había estado esperando bajo el calor abrasador a que Cassie llegara el día anterior, pero no se había ofrecido a hacer el viaje al aeropuerto para recoger a Adeline. Había dejado eso a su hermana.

Y ahora conocía el verdadero significado de la palabra *incomodidad*.

—Tenía que ir a la ciudad de todos modos. Iba a ver a su abogado. —Era la verdad, pero ambas sabían que no era toda la

verdad y Adeline no respondió.

Cassie se removió en su asiento. La culpa se asentaba como una piedra en su estómago. Si no tuviera esa necesidad casi imparable de llenar cada silencio, no habría dicho nada. Deseaba que su madre no hubiera ido en persona a recibirla. O que hubiera insistido en recibir también a Adeline. Tal vez Cassie debería haberlo sugerido, pero su madre estaba encorvada sobre su portátil, tecleando de manera frenética, y todos los que conocían a Catherine Swift sabían que era mejor no molestarla cuando sus dedos se movían y sus ojos estaban en la pantalla.

Sabía que su madre y Adeline no tenían una relación cercana. Era algo que había aceptado sin más. Era una de esas cosas. Algo que pasaba. Era comprensible. Había asumido que a Adeline no le importaba, pero ahora se preguntaba si era así. ¿Y si le importaba? ¿Y si estaba herida? Le molestaba no tener idea de cómo se sentía su hermana.

Cassie la miró brevemente, pero Adeline había girado la cabeza y miraba por la ventana, dejando a Cassie con una vista de la parte posterior de su cabeza.

¿Qué significaba eso? ¿Estaba admirando la vista o escondiendo sus emociones?

Adeline no era una persona emocional.

¿O sí lo era?

Cassie decidió que debería aprobarse una ley que obligara a la gente a dar al menos una pista sobre sus emociones. Si no sabías cómo se sentía alguien, ¿cómo podías decir lo correcto? Y ella estaba desesperada por decir lo correcto. En su mente, imaginaba un escenario donde Adeline le decía: «Gracias, hablar contigo me ha ayudado mucho». Y luego se abrazaban.

Casi se rio de sí misma.

Abrazos. Como si eso fuera a suceder. Cassie no recordaba una sola vez en que su hermana la hubiera abrazado.

Miró fijamente la carretera e intentó imaginar cómo se sentiría si fuera Adeline.

No había vuelto a Corfú desde la última boda de su madre, cinco años atrás, así que estaba claro que no le apetecía estar allí. No veía

ese lugar como su hogar, como lo veía Cassie.

¿Y por qué habría de hacerlo? Allí era donde el matrimonio de sus padres se había desintegrado. Se había ido a vivir con su padre cuando tenía diez años.

Cassie quería decir algo. Quería reconocer que aquello era difícil, para que Adeline no se sintiera sola. Quería decirle: «Siento que esto sea duro».

La culpa la invadió. Una pequeña parte de ella sentía que había arruinado la vida de su hermana, y no importaba cuántas veces se dijera que no era responsable de haber nacido, aun así, se sentía mal.

Miró a su hermana otra vez.

Adeline seguía mirando por la ventana.

Cassie tomó aire.

—¿Estás bien? —Se lanzó a hablar antes de poder cambiar de opinión, como una nadadora zambulléndose en agua fría. Por supuesto, nada estaba bien. Pero no conocía lo suficiente a su hermana como para saber cómo manejar la situación. Eran familia, y sin embargo no lo eran. Eran como piezas del mismo rompecabezas que simplemente no encajaban.

Adeline no respondió y Cassie le echó otro vistazo rápido, notando cómo se le movía la garganta.

¿Estaba llorando? «Mierda, mierda».

Cassie sintió un dolor en el pecho y, con una suave maldición, giró el volante bruscamente y se detuvo en un espacio vacío junto a la carretera. Las bocinas sonaron en protesta y agitó una mano a modo de disculpa. Tal vez tenía más de su madre de lo que pensaba.

Nada estaba bien y fingir que lo estaba e intentar ser normal era agotador. Era hora de ser honesta.

—Adeline…

—¿Qué? ¿Por qué nos hemos detenido? —La voz de Adeline sonaba ronca, como si hubiera tragado polvo.

Cassie miró a su hermana. Intentó buscar pistas, pero sus gafas de sol hacían imposible verle los ojos.

—Esto debe de ser muy difícil para ti.

—No es difícil. ¿Por qué nos hemos detenido? ¿Tenemos problemas con el coche?

—No, pero…

—¿Te sientes mal?

—¿Yo? Estoy bien. —Cassie vaciló. Tal vez se había imaginado la emoción en la voz de Adeline, porque en ese momento no había ninguna. O quizás Adeline estaba intentando desesperadamente ocultar cómo se sentía frente a Cassie. No tenían una relación cercana. Pero quería tenerla. Quería decirle a Adeline que la entendía. Pero ¿realmente lo hacía?

—Entonces, ¿por qué te has detenido?

Era como intentar exprimir zumo de una piedra.

—Mira, sé que el hecho de que nuestra madre —quiso recordarle a su hermana que Catherine era madre de ambas— se case de nuevo probablemente sea un poco estresante para ti.

—¿Por qué sería estresante para mí? Ella es responsable de sus propias decisiones. Esas decisiones no tienen ningún impacto en mí.

«Sí lo tienen», pensó Cassie. «Porque no estarías aquí si ella no fuera a casarse».

Pero era como si su hermana estuviera detrás de un cristal. Podía verla y oírla, pero no podía tocarla.

—Solo quería que supieras que estoy aquí si necesitas hablar con alguien.

—No necesitaré hablar con nadie. —Hubo una pausa—. Pero gracias.

Era como estar a ambos lados de un abismo gigante.

Cassie se había prometido que dejaría de intentar cruzar ese abismo, y allí estaba, intentándolo de nuevo. Podía imaginar a Oliver poniendo los ojos en blanco. «¡Ríndete, Cass!».

Y debería rendirse. Se había equivocado al pensar que su hermana estaba disgustada. Era obvio que no sentía nada en absoluto. Si no supiera que estaba hecha de carne y hueso, habría pensado que alguien la había programado.

Dolida y horrorizada al descubrir que era ella quien tenía un nudo en la garganta, metió la marcha y se incorporó al tráfico.

Quizás debería escribir un libro de fantasía donde la protagonista pareciera humana, pero no lo fuera.

—La villa está preciosa en este momento, especialmente el jardín. La buganvilla es una maravilla. Será el escenario perfecto para una boda. —Si no iban a hablar de nada significativo, entonces se limitaría a hablar de cosas cotidianas sin tocar nada emocional.

Hubo un silencio.

—¿Cómo es él?

—¿Quién? Ah, te refieres a nuestro futuro padrastro. No lo sé. No le conozco aún. —Y tenía que admitir que había algo extraño en eso —. Ayer llegué tarde y él se había ido a Atenas por algo. No pregunté por qué.

—¿No le conoces? —Había algo en la voz de Adeline. ¿Sorpresa? ¿Alivio?

Cassie se sintió animada al descubrir que era capaz de tener una reacción emocional.

—Aún no. Pero vamos a conocerlo esta noche. Parece que es una persona ocupada.

—¿Ocupada haciendo qué? ¿A qué se dedica?

—No lo sé. —Podía sentir la mirada de Adeline sobre ella.

—¿No te ha contado nada sobre él?

—Nada. Ni siquiera su nombre. —Lo cual también era extraño. Cuando se enamorara, estaba segura de que mencionaría el nombre del chico en cada conversación—. Supongo que quiere sorprendernos. Ya sabes cómo es. En cada cumpleaños te compra algo que nunca habrías pensado, pero que te encanta.

—A mí me da dinero —dijo Adeline, y Cassie se preguntó si no debería simplemente conducir el coche hasta arrojarlo al mar y acabar con todo.

Una conversación con Adeline era como caminar por una carretera llena de baches con los ojos vendados.

—Estoy segura de que, quien sea, es un gran tipo. Debe serlo, si ella quiere casarse con él.

Hubo otro silencio.

—O tal vez sea un estafador convincente, intentando aprovecharse de su dinero, como el último hombre con quien se casó.

El matrimonio de su madre con Gordon Pelling, el marido número tres, fue breve y terminó de mala manera cuando Catherine descubrió su adicción secreta al juego y ella se negó a proporcionar apoyo financiero para esa adicción en particular.

—Eso fue un error desafortunado. Es muy confiada. Y estoy totalmente segura de que no cometería ese mismo error de nuevo. —¿O sí? La idea no se le había pasado por la cabeza. Pero, de repente, allí estaba, penetrando en su cerebro—. No, seguramente no. Ella detectaría a un farsante.

Adeline no dijo nada, pero no hacía falta.

Era su cuarto matrimonio.

Cassie pisó el acelerador y salió del pueblo.

—Estoy segura de que esta vez no es un farsante —afirmó Cassie. Tanto para convencerse a sí misma como a su hermana—. Regresará esta noche y cenaremos todos juntos para conocernos mejor. No hay ningún secreto ni sorpresa. Solo es cuestión de tiempo, nada más. Tengo ganas de que llegue el momento.

Adeline seguía sin decir nada. Seguramente eso significaba que ella no tenía ganas.

Y ahora Cassie también empezaba a sentirse inquieta. ¿Por qué su madre no les había contado nada sobre él?

Condujo el Jeep por la empinada carretera que serpenteaba hasta la cima de la montaña, siguiendo la misma ruta que había tomado a la ida.

Al llegar arriba, miró de nuevo a su hermana porque era imposible que alguien no se conmoviera ante aquellas impresionantes vistas.

Adeline no dijo nada, así que Cassie hizo lo que siempre hacía: llenar el silencio:

—¿Sabías que hay alrededor de cuatro millones de olivos en Corfú? —Los olivares se extendían a lo lejos, descendiendo hasta las calas rocosas y las aguas cristalinas que brillaban como el escaparate de una joyería. Salpicando el paisaje había grupos de casitas en tonos pastel y alguna que otra iglesia antigua—. Cada vez que veo estas vistas, me replanteo mi vida. Me digo que voy a dejar Oxford y empezar de nuevo aquí, pero de alguna manera, cuando vuelvo a la rutina, ese impulso se desvanece.

Quizá resultaba tan atractivo porque era un sueño.

Cuando visitaba la isla, básicamente se alejaba de su vida durante un tiempo. Eso eran las vacaciones, ¿no? Un descanso de la vida real. Si aquello se convirtiera en su vida real, si lo hiciera permanente, ¿sentiría también la necesidad de escapar? ¿Sería diferente?

No podía imaginarse queriendo escapar de allí. Aquel era su lugar; lo sentía en los huesos.

Echó un vistazo furtivo a su hermana, pero Adeline miraba por la ventana con una expresión impasible. No había sonrisa, ni un «¡vaya, mira qué vistas!», ni señal alguna de que aquello no fuera otra cosa que una experiencia dolorosa que había que soportar.

¿Estaría traumatizada por aquel lugar?

Renunciando a intentar averiguar qué pensaba su hermana, Cassie puso rumbo a casa. Quienquiera que fuese el nuevo marido de su madre, esperaba que fuera hablador; de lo contrario, la cena iba a ser una experiencia dolorosa para todos los presentes.

Capítulo 9

CATHERINE

Catherine contemplaba las vistas a través de las puertas abiertas de su despacho. Desde su escritorio, apenas podía ver el tejado de la casa de invitados que se encontraba al final de su propiedad. ¿Qué estarían haciendo las chicas? ¿Estarían charlando? ¿Poniéndose al día? ¿Preguntándose con quién se casaría su madre esa vez?

Habían llegado hacía unas horas. Había oído el chirrido del portal al abrirse, los neumáticos sobre la grava y luego el golpe de las puertas del coche. Dos puertas, lo que significaba que Adeline no había cambiado de opinión en el último momento sobre su visita.

El alivio fue intenso.

Solo en ese momento reconocía lo nerviosa que había estado ante la posibilidad de que Adeline no apareciera. Temía que la idea de que su madre se casara una vez más la repeliera hasta el punto de no querer formar parte de ello. Y si eso hubiera ocurrido, entonces Catherine habría perdido la oportunidad de arreglar la brecha que había entre ellas.

Porque iban a arreglarla.

Catherine estaba segura de que esa vez su hija aprobaría su elección.

¿Cómo podría su hija no amar a Andrew? No podía. Era imposible. Estaba tan segura que no se había permitido plantearse otra alternativa.

Esa noche sería un nuevo comienzo. Lo había planeado todo con sumo cuidado, y aunque Andrew no había estado de acuerdo con su decisión de no contarles a las chicas nada sobre él hasta que estuvieran en la isla, había accedido porque la amaba.

Porque la amaba.

Solo pensarlo le producía un escalofrío. En esa etapa de su vida, después de todo lo que había pasado, todo lo que quedaba atrás, se sentía como un milagro. Y quizás era codiciosa, porque quería un segundo milagro. Quería sanar su relación con su hija. Y si tan solo esa parte de su vida funcionara como ella deseaba, nunca volvería a quejarse de nada.

A su lado, en el suelo embaldosado, con su lealtad inquebrantable, estaba Ajax. Se estiraba en un rayo de sol, disfrutando del calor. Ella se inclinó para acariciarlo, ganándose un profundo ronroneo de apreciación.

Complacer a los gatos era sencillo. «Si las relaciones con los humanos fueran tan simples».

Sabía que debería haber ido a saludar a Adeline en el momento en que llegó, pero se había quedado pegada a su silla, diciéndose que tenía trabajo que hacer, aunque ese trabajo no le había impedido darse un baño por la mañana temprano y pasar una hora contemplando su jardín. Era una cobarde cuando se trataba de conflictos emocionales. No tenía problema en hacer pasar a sus personajes por traumas emocionales, pero cuando se trataba de su propia vida hacía todo lo posible por evitarlos. Estaba haciendo lo que siempre hacía cuando estaba ansiosa o asustada: refugiarse en un mundo ficticio. Un mundo donde ella estaba al mando y podía controlar el resultado. Un mundo donde se sentía segura.

Era ridículo sentirse ansiosa por encontrarse con su propia hija, pero había tal abismo entre ellas que a veces era difícil ver más allá.

Adeline siempre se mostraba tan serena, tan madura, tan distante. No era descortés, no estaba enfadada ni resentida. No mostraba emoción alguna. Se comportaba con su madre como lo haría con una desconocida que acabara de conocer.

Había excluido a Catherine de su vida. No la trataba como a una madre. Y eso, pensaba Catherine, era el golpe más doloroso de

todos. Pero era algo que entendía, porque ella había hecho lo mismo. Desde el día en que su madre la dejó en el internado, había encontrado la manera de existir y sobrevivir sin apoyo maternal. Se había dicho a sí misma que no necesitaba a su madre, y se había esforzado para hacer de ese objetivo una realidad. Si no la necesitaba, si no le importaba, entonces no podían herirla. Su red familiar había quedado tan lejos de sus expectativas y sueños que había inventado mejores versiones en su cabeza. Y había jurado que, si alguna vez se convertía en madre, lo haría mejor.

No lo había hecho mejor.

El remordimiento la inundó. Le había llevado mucho tiempo entender que las relaciones eran mucho más complicadas de lo que una vez pensó. Había perdido la oportunidad de hacer las paces con su propia madre, que había fallecido hacía una década, pero estaba decidida a arreglar las cosas con su hija.

Y aunque era cierto que Adeline tenía treinta años y podría argumentarse que hacía mucho que había pasado la edad de necesitar a su madre, Catherine aún esperaba que esa boda les ayudara a forjar una nueva relación.

A pesar del trastorno emocional de su infancia (Catherine no podía soportar pensar en su papel en ello porque la culpa sería insoportable), Adeline había construido una buena vida para sí misma. Era una profesional respetada. En sus días más optimistas, a Catherine le gustaba convencerse de que Adeline había elegido ese camino precisamente por sus propias experiencias, así que se podría suponer que algo bueno había salido de lo malo.

Catherine cerró su portátil. No había logrado avanzar en su trabajo desde que había oído llegar el coche. Distraída, había cometido el error de perder el tiempo navegando por las redes sociales y revisando algunas de las reseñas de su último libro. Se había propuesto no leer nunca sus reseñas, pero en ese momento era como si no pudiera evitar castigarse. Había muchas reseñas con cinco estrellas: *Leo todo lo que escribe Catherine Swift, Catherine Swift en su mejor momento, la mujer es una genio*; pero también muchas de tres estrellas (el tres no era su número favorito…): *No es su mejor obra, parece que lo escribió con prisa, ¿esta mujer tiene*

siquiera editor? La mayoría de los lectores no pensaban en el papel del editor, así que asumió que esa la había dejado un escritor. Y también había una buena cantidad de una y dos estrellas: *Basura, ha perdido el toque, esto lo escribió un ordenador* (en un ordenador, pensó Catherine, pero no por un ordenador), *hay una errata en la página 49*. Ignoró las reseñas que se quejaban de que la portada estaba rota. ¿Qué culpa tenía Catherine de eso? Tendía a culparse por todo, pero incluso ella se negaba a asumir la culpa por una portada rota o una entrega con retraso.

Se dijo a sí misma que debía endurecerse y se dio el mismo consejo que habría dado a escritores menos experimentados: que no todos los lectores podían disfrutar de cada libro por mucho que ella quisiera. Lo único que podía hacer era escribir el mejor libro posible. Después de eso, estaba fuera de sus manos.

Necesitaba dejar todo atrás. El libro, las ventas, las reseñas. El número tres. Esa parte de su carrera había terminado. Catherine Swift, la novelista romántica, era historia. Estaba avanzando.

Después de su baño matutino, había estado puliendo su novela de crimen. Y había disfrutado de cada momento. Se había sentido energizada y emocionada. Había sentido las ganas de escribir, y sentir eso era una sensación excelente. Hacía tiempo que no se sentía así. La gente no entendía que «el trabajo de tus sueños» acababa convirtiéndose en solo un trabajo con el paso del tiempo. La parte de los sueños desaparecía en cuanto se convertía en realidad. Pensar en algo era mucho menos trabajo que hacerlo realmente, por eso tantas personas decían que querían ser escritores, pero luego nunca lograban atarse al teclado el tiempo necesario para producir un libro. Podías vivir el sueño, pero Catherine sabía que, una vez que lo vivías, dejaba de serlo.

Catherine ya no podía mirar por la ventana y esperar a que la inspiración la golpeara; tenía plazos que cumplir y personas que dependían de ella.

Había expectativas, y nada daba tanto miedo como las expectativas. Había días en que la presión amenazaba con aplastarla. Cuando el sueño casi se convertía en pesadilla. Sentía una infinita compasión por los escritores menos exitosos que ella,

que se esforzaban en su trabajo solo para ver cómo desaparecía de las estanterías (si es que llegaba a ellas) a las pocas semanas de su lanzamiento. Debían de sentirse como Sísifo empujando la roca cuesta arriba.

El estrés eclipsaba la alegría con facilidad, pero últimamente había vuelto a encontrar el placer. La transportaba al principio, cuando escribía por la pura emoción adictiva de crear, cuando la única presión provenía de sí misma, de las historias que se desarrollaban en su mente. Lo tomaba como una señal de que estaba haciendo lo correcto al realizar aquel cambio.

No era que tuviera que hacerlo. Quería hacerlo.

Se levantó y se estiró para sacudirse la rigidez. Había colocado su escritorio frente al jardín, una decisión que encontraba tanto estimulante como una distracción. Dos paredes de su despacho eran estanterías del suelo al techo, hogar de una copia de todo lo que había escrito, junto con las traducciones. Las contempló. Todos esos lomos, todas esas palabras. Todo ese trabajo. El trabajo de su vida. Su propósito. Los mantenía allí no para alimentar su ego, sino para aplastar la inseguridad que nunca la abandonaba, sin importar cuántos libros llevaran su nombre. Sesenta novelas románticas. Y sabía que ya no volvería a escribir ninguna más. Su historia de amor con el romance había terminado.

Cerró la puerta de su despacho y se dirigió a su dormitorio para cambiarse.

Su teléfono sonó con un mensaje de Cassie:

¡No puedo esperar para conocer a mi futuro padrastro! Nos vemos en media hora. Besos.

Sintió una oleada de calidez y gratitud (su querida Cassie era tan sencilla, tan cariñosa, tan comprensiva) seguida por un temblor de nervios. Aquella sería una noche importante. La más importante que había tenido en mucho tiempo. Catherine se alegraba de que Cassie fuera a estar allí. Siempre apoyaba todo lo que su madre hacía.

Respondió al mensaje:

Me estoy cambiando. Nos vemos en la terraza.

Se quitó su ropa cómoda de escribir y se puso el atuendo que había elegido para la ocasión, un vestido cruzado de un azul pálido,

discreto y elegante. Se aplicó un poco de maquillaje y, cuando estaba seleccionando unos pendientes grandes para darle un toque especial a su atuendo, Andrew entró en la habitación.

—Perdón por llegar tarde. Me llevó más tiempo del esperado. —Se inclinó y la besó en el cuello—. Mmm, hueles bien. ¿Ya están aquí?

—Sí, pero aún no las he visto. Estoy a punto de reunirme con ellas en la terraza.

—De acuerdo. —Andrew se enderezó—. Me daré una ducha y estaré listo en quince minutos.

—No te apresures. Será bueno tener algo de tiempo a solas con ellas antes de que aparezcas, y necesito revisar la comida con Maria.

Maria trabajaba para ella desde que había comprado la villa. Se ocupaba de la casa, y su marido, Kostas, se había encargado de las piscinas y el jardín hasta su prematura muerte hacía un año.

Dos veces al año, cuando Catherine iba de gira promocional al Reino Unido y Estados Unidos, Maria se mudaba a la casa de huéspedes de la villa para que el lugar no se quedara vacío. Fue ella quien le enseñó griego cuando llegó por primera vez. Quien la ayudó con la pequeña Cassie cuando estaba en su peor momento. Quien la rescató aquella terrible noche que intentaba no recordar.

Las imágenes aparecieron en su mente. Su propia historia de terror de la vida real, pero afortunadamente era una historia a la que nadie más tenía acceso.

Excepto Maria.

Ella era una de las pocas personas que lo sabía todo sobre Catherine.

Eso debería hacerla sentir vulnerable, pero no era así.

Aquella mujer era su familia, de una manera que su propia familia nunca lo había sido, y aquel lugar era su hogar como ningún otro lo había sido jamás.

Maria había pasado la mañana en la cocina preparando varios platos griegos, y allí seguía, dando los últimos toques a la comida. Catherine se había unido a ella durante unas horas y habían cocinado juntas mientras hablaban de todo y de nada. Cocinar la tranquilizaba, y juntas habían preparado el plato favorito de Cassie, *spanakopita*, el clásico plato griego de verduras y queso feta

aromatizado con eneldo y envuelto en una masa crujiente y dorada. Habían asado cordero a fuego lento con hierbas cultivadas en los jardines de la villa y preparado cuencos de cremoso humus. Maria ya había hecho un viaje al pequeño puerto para comprar pescado fresco directamente de un barco. Estaba en la nevera, esperando ser sazonado con aceite de oliva, limones de sus propios árboles y hierbas cultivadas en sus propios jardines. Luego se cocinaría en la parrilla, con la piel ligeramente chamuscada y la carne jugosa.

Catherine lo había planeado todo. Cada bocado sería perfecto. Toda la velada sería perfecta. Le gustaba pensar que en los años venideros recordarían esa noche. Todos se reirían. Iba a ser uno de esos momentos que se recuerdan para siempre.

Incluso Adeline no podría evitar sentirse complacida con lo que les esperaba, estaba segura de ello.

Se preguntaba si las chicas se estarían llevando bien.

Uno de sus muchos remordimientos era que no tuvieran una relación más cercana, y esa fue una de las razones por las que las había alojado a ambas en la casa de huéspedes. Esperaba que la proximidad ayudara. Que esa visita pudiera ser un nuevo comienzo para todos. La casa tenía dos dormitorios, cada uno con puertas que se abrían a la pequeña terraza y la piscina ovalada. Sería una gran oportunidad para que las hermanas pasaran tiempo juntas. Catherine las imaginaba yendo a una taberna local para cenar alguna noche, o tal vez disfrutando de una velada agradable acostadas en las tumbonas fuera de la casa. Una copa de vino, el calor y los aromas del verano, el incesante chirrido de las cigarras… ¿Qué podría ser mejor?

Se adentró en los jardines y Ajax la siguió como un guardaespaldas felino.

Los jardines que rodeaban la villa eran su orgullo y alegría. A un lado se extendía un olivar que cubría docenas de acres, denso de árboles, muchos de los cuales tenían cientos de años. Se habían mantenido firmes bajo el sol y las tormentas, con sus troncos nudosos y retorcidos y sus hojas de un verde plateado. La gente que compraba una botella de aceite de oliva en el supermercado raramente tenía idea del trabajo que conllevaba producirlo. Cada

año, la comunidad local se reunía para cosechar las aceitunas en Estrella de verano. Y Catherine se remangaba para ayudar todos los años. Usaban métodos tradicionales, colocando redes alrededor de los árboles para atrapar las aceitunas y luego rastrillando las ramas. Prensaban y producían su propio aceite de oliva, que ella guardaba para su consumo personal y regalaba a sus huéspedes favoritos.

El jardín ofrecía algo diferente según los meses. En ese momento, los parterres brillaban con girasoles, sus rostros dorados resplandeciendo hacia el sol. Las buganvillas se derramaban desde macetas de terracota, proporcionando un destello de color en los senderos soleados que serpenteaban por el jardín hasta el mar.

El jardín la calmaba, algo que necesitaba, porque al acercarse a la terraza pudo ver que las chicas ya estaban allí. Estaban de pie a cierta distancia la una de la otra, como dos extrañas en una fiesta que se han quedado sin temas de conversación.

Cassie llevaba un bonito vestido de tirantes en un tono rosa brillante que terminaba a medio muslo. Tenía un toque de quemadura solar en la nariz y los hombros, y su pelo rubio corto había sido secado rápidamente y caía en suaves ondas alrededor de su rostro.

Adeline también llevaba un vestido, pero el suyo era uno recto y más formal. Azul marino, estructurado y entallado en la cintura.

—*Kalispera!* —las saludó Catherine en griego, y la sonrisa de Cassie se mostró tan resplandeciente como sus girasoles.

—¡Mamá! —Prácticamente saltó a través de la terraza, como si no hubieran pasado ya el día anterior juntas hablando de todo (excepto de Andrew, por supuesto. También de escribir. Pero Catherine se dio cuenta en ese momento de que había bastantes cosas de las que no habían hablado), y la envolvió en un cálido abrazo.

Catherine agradeció ese abrazo, pero no calmó la ansiedad que se había despertado en su interior. Había estado imaginando aquel momento durante semanas, meses. Y finalmente estaba pasando.

Se apartó de Cassie y extendió sus manos hacia Adeline. Su corazón dio un salto.

—Adeline…

Hubo un momento angustioso en el que Catherine pensó que podría negarse a tomar sus manos, pero entonces ella dio un paso adelante y apretó las manos de su madre. A pesar del calor, sus dedos estaban fríos. Su sonrisa era reservada y cautelosa.

—Te veo bien —dijo Adeline de manera educada. Su tono bordeaba la calidez sin llegar a alcanzarla.

«Es mi culpa», pensó Catherine. La infancia de Adeline la había hecho así, y ella era responsable de esa infancia.

—Estoy genial. Nunca he estado mejor. Es por estar aquí, por supuesto. El clima me sienta bien. No solo el clima, todo el lugar. La gente. Esta villa. El mar. —«Oh, deja de parlotear, Catherine. Es ridículo estar nerviosa por encontrarte con tu propia hija»—. ¿Qué tal tu vuelo?

—Bien, gracias.

Si hubiera escrito aquella escena en un libro, la habría eliminado. «Aburrida». «Que pase algo».

Y algo estaba a punto de suceder, por supuesto, pero no hasta que Andrew apareciera. Empezaba a arrepentirse de haber sugerido que llegara un poco después que ella. Podría haber necesitado su apoyo desde el principio, pero había pensado que sería mejor ir poco a poco.

—Maria ha preparado una comida maravillosa. Ha hecho *spanakopita*, tu comida favorita, Cassie. También ese plato de cordero con hierbas y…

—¡Para! —dijo Cassie, sonriendo mientras tomaba a Ajax en brazos y lo besaba en la cabeza—. Basta de hablar de vuelos y comida. ¿Dónde está? ¡Tu nuevo hombre! Me muero por conocerlo. Adeline también. La intriga nos está matando.

—Se unirá a nosotros pronto.

Catherine miró a Adeline y no vio más que una sonrisa educada.

Si sentía, aunque fuera un destello de interés o anticipación, lo ocultaba bien.

¿Cómo ella, la más emocional de las criaturas, había producido una hija tan tranquila y fría? Incluso de niña, Adeline había sido más como su padre. Reflexiva. Callada. Feliz en su propia compañía. Y luego estaba Cassie, que era tan parecida a Catherine que resultaba

inquietante. Era impulsiva, romántica y de gran corazón, todos ellos rasgos que la hacían vulnerable a cometer los mismos errores que su madre.

El pensamiento la heló.

—Háblanos de tus planes para la boda —pidió Cassie, dejando a Ajax en el suelo y acariciándolo detrás de las orejas—. ¿Cuánta gente irá?

—Solo nosotros. Y Daphne. Ella vendrá desde Nueva York. Y Maria, por supuesto. Ah, y Stefanos.

Cassie se enderezó.

—¿Stefanos? Pensaba que vivía en Toronto.

—Así era. Trabajaba en tecnología… No sé exactamente qué hacía, pero sé que era un buen trabajo. Viajaba por todo el mundo. Pero lo dejó cuando murió su padre y volvió a casa.

—¿Y se quedó? ¿Por qué? —Cassie siempre se mostraba curiosa. De niña había sido igual. «Por qué, por qué, por qué». Otra cosa en la que se parecía a su madre, aunque Catherine no podía quejarse. Ese rasgo en particular le había permitido escribir sesenta novelas.

—Quería estar aquí por su familia. —Y sabía que Maria se preocupaba por él. ¿Acaso era posible ser madre sin preocuparse? Le parecía que los hijos nacían junto con una vida de ansiedad. La preocupación no desaparecía conforme el niño crecía, tan solo cambiaba. Primero, estaban las preocupaciones del bebé: «¿Estará durmiendo?», «¿Estará comiendo?». Luego las preocupaciones del niño pequeño: «No te caigas a la piscina», «No cruces la calle corriendo». Y las preocupaciones de adolescente: «No tomes drogas», «No arriesgues tu vida haciendo cosas que tu cerebro adolescente te dice que son seguras pero que son evidentemente peligrosas».

Catherine se preguntaba a menudo si habría tenido hijos de haber sabido de antemano la ansiedad que eso le causaría.

—¿Vive en casa ahora? —preguntó Adeline.

—Por Dios, no. Compró un terreno en la costa. Ha estado renovando una villa allí durante el invierno. Estaba en ruinas, pero ya no. Y ha estado dedicándose al negocio de los barcos de su padre, lo cual es útil. Ha prometido echarle un vistazo al nuestro,

que nos ha dado algún pequeño susto últimamente. —En realidad, Catherine no estaba pensando en Stefanos. Su boca formaba palabras, pero pensaba en Andrew. Y en cómo cambiaría el ambiente en cuanto él llegara. Cómo sus vidas iban a cambiar.

Tenía miedo, pero también se sentía emocionada.

Se avecinaba un nuevo comienzo, y deseaba que empezara ya. No quería esperar ni un minuto más. Y no tuvo que hacerlo porque, justo en ese momento, oyó el sonido de unos pasos acercándose. Andrew apareció ante ellas, luciendo relajado, familiar y tan apuesto (¿por qué el cabello plateado hacía que un hombre pareciera distinguido y atractivo, y no solo viejo? La vida era tan injusta) que le quitó el aliento. Su corazón dio un vuelco y pensó que, aunque la vida podía ser injusta, a veces también podía ser milagrosa.

Probablemente no merecía aquello, pero iba a aceptar su buena fortuna de todos modos.

—¡Aquí está! Sé que esto será una sorpresa, chicas, pero espero que sea una buena. —Sintiéndose tan nerviosa como una adolescente presentando a su cita a sus padres por primera vez (aunque tenía que imaginarse cómo sería eso, porque sus padres nunca se habían interesado en ninguna parte de su vida), caminó hacia él y tomó su mano.

Catherine se preparó para una explosión de alegría y deleite, pero, en su lugar, se encontró con un silencio atónito.

Miró primero a su hija pequeña. A Cassie, a quien siempre podía recurrir por su energía positiva, entusiasmo y apoyo en todo lo que hacía.

Pero Cassie no sonreía. Sus ojos eran dos grandes charcos azules, su boca formaba un círculo silencioso mientras intentaba hablar, pero no lograba emitir palabra alguna.

Fue Adeline quien finalmente rompió el silencio, pero solo después de tomar varias bocanadas de aire.

—¿Papá? —Su tono oscilaba entre la incredulidad y el asombro—. ¿Qué haces aquí?

Capítulo 10

ADELINE

Adeline sintió que se mareaba. El calor la oprimía y la atmósfera se tornó repentinamente asfixiante.

¿Su padre?

¿En Grecia?

Se sentía desorientada. Nunca se le había ocurrido que su padre asistiría a la boda de su madre. La conmoción se transformó en alegría. Había ido desde tan lejos para apoyarla. Probablemente se sentía culpable porque él la había instado a asistir, aunque sabía que ella no quería.

La gratitud surgió dentro de ella como las burbujas en una copa de champán. No podría haberlo amado más, aunque lo hubiera intentado, y estaba emocionada de verlo. Era como divisar un bote salvavidas acercándose cuando estabas a punto de ahogarte en un mar tempestuoso.

Por primera vez desde que había pisado el ardiente asfalto del aeropuerto, pensó que quizás, solo quizás, todo iba a ir bien. Que tal vez sobreviviría a aquello.

—¡Papá! —Adeline cruzó la terraza y abrazó a su padre con fuerza. Sintió una sensación de paz y calma como siempre que estaba con él. Era lo opuesto a su madre. Su vida era tranquila, reflexiva y sin dramas. Era *su papá*. La única persona en el mundo que nunca la había decepcionado. La única persona que siempre había estado ahí para ella. La única persona en quien confiaba.

—Hola, Addy. —Él correspondió a su abrazo con la misma calidez y afecto.

—¿Qué haces aquí? —Ella dio un paso atrás para poder mirarlo—. ¿Por qué no me dijiste que venías? Podrías haberte quedado conmigo en Londres al menos una noche. Y podríamos haber ido a cenar a ese restaurante que tanto te gusta. También podríamos haber viajado juntos.

«Podríamos habernos dado apoyo moral mutuamente».

Logró no decir esa última parte en voz alta. Su padre no toleraba una mala palabra sobre su madre, lo cual era loable, por supuesto, y maduro, pero también exasperante en ocasiones.

Esperaba una explicación. Vio a su madre tomar la mano de su padre y le pareció inapropiado por su parte, aunque hacía tiempo que había renunciado a intentar entender a su madre.

También esperaba que su padre se soltara suavemente del agarre de Catherine, pero no lo hizo. En cambio, sus dedos se entrelazaron con los de ella de manera protectora.

Adeline pensó que había días en que tampoco entendía a su padre, pero suponía que sería por la influencia de su madre.

Dio otro paso atrás, incómoda con la muestra física de afecto entre dos personas que llevaban divorciadas más de dos décadas y tenían una historia turbulenta.

Estaba bien que hubieran logrado mantener una relación medianamente amistosa, pero tomarse de las manos iba demasiado lejos en su opinión.

Y quizás él sabía lo que ella estaba pensando, porque el rostro de su padre adquirió un extraño tono rosado y le mostró lo que solo podría describirse como una sonrisa tímida.

—Sé que esto puede pareceros un poco sorprendente…

Aquella forma tranquila de hablar era típica de su padre y casi la hizo sonreír.

—Me alegro de verte, papá. Pero no entiendo por qué no me dijiste que ibas a venir. —Intentó no sonar acusadora. Intentó recordarse que su padre era un adulto, que no le debía explicaciones sobre sus movimientos—. ¿Cuándo llegaste?

—¿A Corfú? —Parecía incómodo—. He estado aquí los últimos dos meses.

¿Dos meses? ¿Cómo era posible?

Si antes estaba desconcertada, ahora estaba completamente confundida.

—Hablé contigo hace seis semanas y estabas en la cabaña de Cape Cod.

—Nunca dije que estuviera en la cabaña, Addy. Tú lo asumiste.

Por supuesto que lo había asumido. ¿Por qué no habría de hacerlo? Era donde él vivía, y no le había dado ninguna razón para pensar que se alojaba en otro lugar.

—No lo entiendo. ¿Por qué no me dijiste que estabas aquí?

Sentimientos que habían permanecido dormidos durante mucho tiempo despertaron. Un leve atisbo de pánico. Su relación con su padre nunca había sido complicada. No guardaban secretos. Ambos decían lo que pensaban y se respetaban mutuamente. Los dos llevaban vidas seguras, tranquilas y predecibles. No había nada del drama y teatro que asociaba con su madre. Si la vida de su madre era una obra en tres actos, la de su padre era un tranquilo soneto.

O eso había pensado siempre. Pero parecía que se había equivocado.

El hecho de que no le hubiera dicho la verdad le dolía terriblemente.

Había estado muy preocupada por él. Había perdido el sueño imaginándolo estresado y triste pensando en la inminente boda de su exesposa (aunque, ciertamente, tenía bastante experiencia en ese terreno). ¿Y resulta que había estado en Corfú todo ese tiempo y no se lo había dicho?

—No te lo dijo porque yo se lo pedí. —Su madre seguía aferrada a la mano de su padre.

—¿Y por qué le pediste eso?

—Pensé que era mejor decíroslo a ti y a Cassie en persona. Quería que estuviéramos juntos y lo celebráramos en familia.

¿En familia? La capacidad de su madre para convertir la vida real en ficción nunca dejaba de asombrarla. Si eran una familia, era en el sentido más amplio de la palabra. Incluso las empresas decían eso,

¿no? Decían «somos una familia», pero eso no les impedía echarte por la puerta cuando les convenía.

Y era cierto que su padre era el hombre más indulgente y civilizado del planeta y que parecía albergar poco rencor hacia su madre. Pero, aun así, la idea de que aceptara una invitación a la boda y accediera a quedarse tanto tiempo antes de las celebraciones le parecía pasarse de civilizado. Eso rayaba en lo antinatural, ¿verdad? Se preguntó qué tendría que decir el futuro marido de su madre sobre todo eso. Entonces, se dio cuenta de que su madre miraba a su padre con una mirada soñadora y que él le devolvía la mirada con el mismo nivel de intimidad…

—¡No! —La palabra salió disparada de su boca antes de que pudiera detenerla. Y quizás no la hubiera detenido aunque pudiera porque ¿qué otra reacción podía tener ante lo que estaba viendo? Esa mirada que intercambiaban solo podía significar una cosa. No solo estaban juntos, estaban profundamente conectados—. Tiene que ser una broma.

Adeline dio varios pasos hacia atrás y, si Cassie no la hubiera agarrado a tiempo, se habría caído a la piscina.

Aquello no podía estar pasando. No podían hablar en serio. No podían estar pensando en hacer aquello. Era inconcebible, por eso le había llevado unos minutos darse cuenta de lo que estaba pasando. Su padre no era un invitado…, era el novio.

Y todo cobró sentido de repente. Era como un *thriller* donde las pistas habían sido expuestas, pero no tenían sentido hasta la gran revelación final. La razón por la que su madre no había mencionado el nombre del hombre con quien se iba a casar no había sido un lapsus de memoria ni un descuido, ni tampoco había sido por un impulso romántico de sorprender a todos. Había sido una decisión calculada y diseñada para reducir las posibilidades de interferencia externa. Había querido decírselo a sus hijas cara a cara porque sabía que Adeline jamás hubiera aceptado ser testigo de semejante desastre.

Se oyó el zumbido de una abeja entre las flores cercanas, y una pequeña lagartija se escabulló del sol a la sombra.

Pero Adeline no podía percibir los pequeños detalles de la vida que ocurrían a su alrededor.

Pensaba que ya nada de lo que su madre hiciera o dijera podía sorprenderla. Que ya no le importaba. Pero aquello también involucraba a su padre, y eso sí que le importaba.

Tenía muchos ejemplos de malas decisiones de su madre, pero su padre solo se había equivocado una vez (cuando se casó con su madre). ¿Y pensaba repetir el error? Era como un niño pequeño que se quema con una placa caliente y luego extiende la mano para hacer lo mismo otra vez.

Y se suponía que ella debía formar parte de ese circo. Se suponía que debía celebrarlo, estar encantada y…

No podía respirar. Su corazón latía tan rápido que pensó que podría desmayarse allí mismo en la terraza.

Era una experta en manejar situaciones estresantes, enseñaba a otros a hacerlo, pero todos sus conocimientos para mantener el control se habían esfumado.

Sus emociones estaban alborotadas. Su visión se nubló. Sentía como si alguien hubiera activado un interruptor en su interior.

—Adeline. —Su padre se acercó a ella con las manos extendidas —. Sé que esto es un *shock*, cariño, pero todo va a ir bien. Necesitamos sentarnos y hablar, pero lo único que necesitas saber es que tu madre y yo nos amamos. Queremos pasar el resto de nuestras vidas juntos. Espero que nos desees lo mejor.

La pura ingenuidad de esa declaración liberó las palabras que habían estado atrapadas dentro de ella:

—¿Desearte lo mejor? ¡Te rompió el corazón, papá! —No podía soportarlo. No podía soportar la idea de que su padre, amable y gentil, se expusiera a ese dolor de nuevo—. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué? —Se enorgullecía de no reaccionar nunca de manera emocional. Era racional y mesurada en todo momento, pero podía sentir cómo el control se le escapaba de las manos.

—Adeline…

—No puedo creer que estés haciendo esto. No puedo creer que te expongas a esto por segunda vez. ¡Te engañó! Tuvo una aventura. Se quedó embarazada y tuvo un bebé. —Oyó un sonido ahogado a

su lado y recordó demasiado tarde que ese bebé estaba justo a su lado.

Se había olvidado de Cassie. Desde el momento en que su padre había aparecido en la terraza, no había sido consciente de nada más que de él. Pero aquello no solo la afectaba a ella, también afectaba a su hermana. Y poco a poco se dio cuenta de que Cassie no había dicho ni una palabra desde que su padre había aparecido. Ni una sola.

Su media hermana, que hablaba de manera incesante sobre cualquier cosa y tenía una capacidad casi antinatural para sacar el lado positivo a cualquier situación, aún no había abierto la boca.

Una ráfaga del perfume de Cassie impregnó el aire, pero ni siquiera eso pudo endulzar la atmósfera.

Angustiada, Adeline se volvió para mirar a su hermana, pero antes de que pudiera decir algo —y no tenía ni idea de qué habría dicho—, Cassie se alejó tambaleándose por la terraza, chocando con la mesa a su paso. Un cuenco de aceitunas cayó al suelo, provocando que Ajax saliera huyendo hacia los arbustos, pero Cassie no se detuvo. Su huida fue salvaje y descoordinada. Se dirigió hacia el sendero, tropezó de nuevo y luego desapareció de la vista de todos.

Adeline, que consideraba el uso del lenguaje soez como la máxima pérdida de control, contuvo la palabrota que flotaba en sus labios.

La culpa la apuñaló con fuerza en las costillas.

«Se quedó embarazada y tuvo un bebé».

Si pudiera retirar esas palabras, lo haría. No por su madre, sino por su hermana. Había sido un comentario irreflexivo y se avergonzaba de lo que había dicho.

Sintió una oleada de frustración.

Estar cerca de su madre solía provocarle eso. La convertía en una versión de sí misma que no reconocía y que detestaba. Le gustaba la calma y el orden en su vida, pero allá donde fuera su madre, había drama, desorden y caos.

—Eso ha sido muy cruel, Adeline. —Su madre le lanzó una mirada herida—. Me has lastimado, has lastimado a tu padre y has lastimado a Cassie.

Adeline sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Y también notó una extraña presión en el pecho.

No tenía intención de herir a Cassie y era algo que quería resolver. Por otro lado, no le pasó desapercibido que a su madre le importaban los sentimientos de todos menos los suyos.

—No podéis casaros de nuevo —se dirigió a su padre—. ¿Por qué queréis hacerlo? No tiene ningún sentido.

—Oh, Adeline, por favor, detente —pidió su madre. Luego se volvió hacia él con cara de desesperación—. Di algo, Andrew. Ella te escucha. Siempre has podido razonar con ella.

Como si Adeline fuera el problema.

—No intentéis manipularme. —Se clavó las uñas con fuerza en las palmas—. No tenéis ni idea de cómo me siento ahora mismo.

—Sé lo difícil que ha sido —dijo su madre—. Sé que ha sido duro, lo ha sido para mí también, pero quiero dejar atrás el pasado. Quiero que empecemos de nuevo, desde este momento. Pensé que te sentirías feliz por nosotros. —Los ojos de Catherine brillaban emocionados mientras que los de Adeline ardían en llamas. Porque pocas cosas eran tan frustrantes como que tus sentimientos fueran ignorados. Era como si te dijeran que no eres importante. O, quizás peor, que lo que sientes no importa.

Tragó saliva a pesar de la sequedad de su garganta y lo intentó de nuevo:

—No podéis ignorar el pasado sin más.

—Por supuesto que se puede. Es una elección. Esta es una gran oportunidad para que sanemos como familia, pero te niegas a encontrarte conmigo a medio camino y ahora has molestado a Cassie. —La angustia de su madre era visible y Adeline sintió que su propio rostro se humedecía con lágrimas.

Enterrarlo, ignorarlo, fingir que nunca había sucedido. Así era como su madre lidiaba con los momentos más difíciles de la vida.

Sintió el impulso de comportarse como una niña insegura y lanzarse a los brazos de su padre en busca de consuelo. Pero, en ese momento, su padre, forzado a elegir entre las mujeres de su vida, le envió una mirada de disculpa atormentada y atrajo a Catherine a sus brazos.

—Ya está. Todo está bien. Todo va a ir bien.

Adeline observó con incredulidad cómo sostenía y consolaba a su madre.

Él había hecho una elección, y no la había elegido a ella.

Se dijo a sí misma que no importaba. Que era más que capaz de consolarse a sí misma. Después de todo, había tenido mucha práctica. Era lo suficientemente mayor como para no necesitar un abrazo de su padre cuando las cosas iban mal.

Y no estaba pensando en sí misma, estaba pensando en él.

—Papá, nada está bien…

—Parece complicado. Lo entiendo, y tal vez esta no haya sido la mejor manera de manejarlo, pero creo que no había una manera fácil de hacerlo. Hablaremos de ello, lo prometo, como siempre lo hacemos, pero no ahora. —Sostuvo a Catherine contra él. Protector. Fuerte.

Adeline lo miró con desesperación.

—Pero no puedes…

—Te pido que confíes en mí, Adeline, como siempre hemos confiado el uno en el otro.

—¿Cómo voy a confiar en ti? No me dijiste que vosotros dos estabais juntos de nuevo. No me dijiste que estabas aquí. —Aunque intentaba no juzgarlos sin conocer todos los hechos, le resultaba imposible no imaginarlos juntos, riendo por el secreto que compartían. Porque estaba claro que en algún momento habían decidido no contárselo a su hija—. No decírmelo no fue un accidente ni un descuido, fue una elección. Y fue una elección hiriente.

El dolor era como mil pequeños cuchillos clavándose en todas sus partes sensibles.

¿Había algo peor que una traición a la confianza? No lo creía.

Se quedó sola y aislada, preocupada por su padre y por su hermana. Cassie no estaba bien. Y se sentía culpable, porque era su culpa.

—Debería ir a ver cómo está Cassie —dijo su madre, apartándose del agarre de Andrew para sonarse la nariz—. Ella es muy sensible y emocional. Querrá hablar de ello.

«Yo también soy sensible», pensó Adeline. «Yo también quiero hablar de ello».

—Quizás deberías darle algo de tiempo —sugirió su padre, sin quitar el brazo alrededor de Catherine.

—Quiero que esto funcione —respondió ella, dirigiéndole una mirada desesperada—. Esto tiene que funcionar. Y Maria está a punto de servir la comida. Ha estado en la cocina todo el día. El champán está frío…

—Necesitamos una pausa, cariño —insistió Andrew—. Las chicas están un poco conmocionadas. Necesitan tiempo para digerir la noticia.

—Cassie estaría bien si no hubiera sido por Adeline, estoy segura.

—¿Estás diciendo que todo esto es mi culpa? —Adeline notó cómo se le elevaba la voz—. ¿De verdad no puedes ver por qué podríamos estar molestas?

—Puedo verlo. Sé que es difícil —afirmó su madre—, pero esperaba que pudiéramos sentarnos todos juntos a cenar y hablarlo.

—Catherine… —Andrew habló con firmeza—, les hemos soltado esto de repente. Tienen que asimilarlo.

¿Asimilarlo? A Adeline, que se ganaba la vida encontrando las palabras correctas en situaciones estresantes, no se le ocurría nada que decir. Era como si la hubieran golpeado en la cabeza con un objeto duro. Su cerebro estaba aturdido. No tenía nada.

—No entiendo qué hay que asimilar. Pensé que estarían encantadas. Sobre todo tú, Adeline. —Catherine miró a Adeline, perpleja—. Te quedaste desolada cuando tu padre y yo nos divorciamos. Durante meses, llorabas hasta quedarte dormida. Te aferrabas a mí y nos suplicabas que volviéramos a estar juntos.

—Basta. —Cada palabra que pronunciaba su madre hacía que su pulso se acelerara más. Se sentía como una niña de nuevo, presenciando cómo su vida segura se desmoronaba—. Te lo suplico, para.

¿Por qué había ido? ¿Qué la había poseído para ir? Mark tenía razón, ella había elegido hacer aquello. Podría haberse mantenido alejada. Podría haberse protegido.

—¡Lo único que digo es que esto es lo que tú querías! —Su madre estaba a la defensiva, como si le hubiera dado a Adeline el chocolate que había pedido y ahora hubiera cambiado de opinión y pidiera un pastel.

—¡Era lo que quería cuando tenía ocho años! —Todas las emociones que había estado reprimiendo desde la llegada de la carta de su madre salieron a la superficie—. No puedes dar marcha atrás al reloj y fingir que nada del pasado ha sucedido. ¡Esto no es uno de tus libros! No puedes simplemente editar las partes que no te gustan. No puedes borrar un capítulo y olvidarte de él. Sucedió, y todos estamos viviendo las consecuencias de eso. Y seguir adelante no significa cerrar la puerta como si fuera la habitación desordenada de un niño que estás tratando de ignorar…

—Adeline… —Su padre dio un paso hacia ella y, por primera vez en su vida, ella retrocedió.

—No. —Adeline alzó las manos para mantenerlo a distancia—. No puedo creer que no me lo dijeras. Tú más que nadie deberías saber que me sentiría herida y conmocionada, y aun así permitiste que me metiera en esta situación sin advertirme.

—Tu madre quería que fuera así.

—Sé que pensabas en mi madre, pero antes solías pensar en mí. Mis sentimientos solían importarte.

Al complacer a Catherine, había herido a su hija y ella lo sentía como una profunda traición. Su padre era la única persona en el mundo a quien se había permitido amar incondicionalmente. Siempre había estado ahí para ella, y Adeline había estado a su lado para mitigar todo el dolor que Catherine le había causado. Cuando él decía sin parar «la he fastidiado, Adeline, la he fastidiado», ella era quien lo tranquilizaba asegurándole que no era su culpa. Habían creado un vínculo estrecho que se había mantenido firme a lo largo de los años. Estaban el uno para el otro. Eran un equipo.

Pero aparentemente ya no.

Siempre se había sentido protectora con él y, a pesar de todo, aún se sentía así. Quería apartarlo de su madre y preguntarle qué creía que estaba haciendo. Quería sentarlo y tratar de entender cómo

habían llegado a ese punto. Qué le había dicho su madre para hacerle pensar que aquello era una buena idea.

No podía pensar con claridad y sus padres también parecían atascados sin saber qué decir a continuación.

—Necesito ver a Cassie —dijo Catherine con voz débil—. Necesito disculparme por las palabras de Adeline.

Adeline sentía todo el cuerpo entumecido.

—Pediré mis propias disculpas.

—Bien. —Su madre pareció relajarse un poco—. Te perdonará, lo sé, porque es ese tipo de persona. Es cálida y generosa. Estoy segura de que cuando se calme un poco, se dará cuenta de que no pretendías herirla. No es rencorosa. Tal vez regrese en un momento, y entonces todos podremos dejar esto atrás y brindar por los nuevos comienzos.

Se suponía que debían sentarse y brindar para celebrar lo que, en opinión de Adeline, era la peor decisión que sus padres habían tomado. ¿Y querían que fingiera que estaba feliz? ¿De verdad pensaban que Cassie volvería para unirse a ellos? Era como protagonizar una fantasía y darse cuenta de que el reparto estaba leyendo guiones diferentes.

No le extrañaba que su hermana hubiera decidido salir corriendo de aquella situación.

Ella necesitaba hacer lo mismo. Y sí, necesitaba disculparse con Cassie.

Adeline nunca había visto a su media hermana así de angustiada antes. Si ella era la causa de esa angustia, entonces, arreglarlo debía ser su prioridad.

—Vosotros dos deberíais comer y brindar por lo que queráis celebrar —dijo Adeline mientras se iba en la misma dirección que su hermana, esquivando a su madre cuando intentó agarrarla del brazo.

—¡Adeline! ¿Adónde vas?

—A buscar a Cassie.

—Oh, bien. —Su madre dejó caer la mano—. Espero que la convenzas de volver contigo enseguida.

—No volveré. Por favor, transmitidle mis disculpas a Maria.

—Pero… —Su madre se volvió hacia su padre—. Andrew, di algo. ¡Haz algo! Podemos hablar de esto. Se suponía que sería una noche memorable.

Y sin duda lo era.

Adeline siguió caminando y, para su sorpresa, su padre negó con la cabeza y retuvo a su madre.

—Las chicas necesitan espacio, Cathy. Estoy seguro de que querrán hacernos preguntas, pero necesitamos darles tiempo.

Adeline casi se detuvo. Nadie llamaba a su madre «Cathy». Ni siquiera su padre la llamaba así. O eso creía. Parecía que había mucho que no sabía sobre Andrew.

Y sus padres tampoco la conocían a ella.

«Cassie es muy sensible y emocional».

¿Qué pensaban que era ella? ¿Una roca? ¿De verdad pensaban que no sentía nada?

En ese momento estaba sintiendo más emociones de las que sabía manejar, lo que podría haberles sorprendido si hubieran conseguido desviar la mirada el tiempo suficiente para notarlo.

Y sí, tenía preguntas. Tenía una maldita lista completa de preguntas y en algún momento las haría.

Pero primero iba a ver cómo estaba su hermana.

Capítulo 11

CASSIE

Cassie estaba sentada en la penumbra de la playa que había al lado de la villa. A lo lejos, podía ver el resplandor de las luces del pueblo pesquero en la costa y el destello de algún yate anclado en la bahía. El cielo estaba negro como la tinta y salpicado de estrellas. Había abandonado sus zapatos en algún lugar del camino y podía sentir la arena, granulada y fresca, bajo sus pies descalzos. No era así como esperaba pasar la noche.

Se había emocionado ante la idea de conocer al hombre del que su madre se había enamorado. No le importaba no saber nada sobre él. Le había parecido romántico y estaba preparada para querer a cualquiera que su madre amara.

¿Pero Andrew? ¿El padre de Adeline? ¿El primer marido de su madre? Ese era un giro argumental que no había visto venir.

Su madre había dejado a Andrew cuando se enamoró del padre de Cassie porque el suyo era un amor tan inmenso y abrumador que nada, ninguna fuerza en la Tierra, iba a detenerlo. Ella era el producto de ese amor. Había crecido sabiéndolo. La historia de la relación de sus padres había sustentado todo lo que creía sobre el amor. Para ella tenía todo el sentido.

Hasta entonces. En ese momento, ya no tenía ningún sentido.

La brisa le refrescaba la piel y se estremeció frotándose los brazos. A pesar de la oscuridad, el aire aún palpitaba de calor. No había

razón para que tuviera frío, pero lo tenía. El frío venía de dentro, y emergía a través de esa nueva grieta en el tejido de su pasado.

Su madre había vuelto con Andrew. ¿Qué decía eso sobre todo lo que había ocurrido antes? ¿Que había sido una equivocación romper con él? ¿Que la historia de amor con su padre había sido un error? ¿Que ella misma era un error? Si su madre no se hubiera quedado embarazada, ¿qué habría pasado? ¿Habrían arreglado las cosas Andrew y ella, se habrían quedado juntos? No, seguramente no. Porque sus padres habían estado enamorados. ¿O no?

Se cubrió los oídos con las manos, tratando de silenciar los pensamientos que luchaban por tener su atención dentro de su cabeza. Todo lo que Cassie había creído alguna vez sobre la relación de sus padres estaba ahora en entredicho.

Seguía oyendo la voz de Adeline: «Tuvo una aventura». «Tuvo un bebé».

Ese bebé era ella. Y Cassie se sintió horrible al escuchar aquellas palabras de los labios de su hermana, allí de pie, en la terraza, delante de todos. Se sintió como una intrusa. Aquella era su casa, pero, por primera vez en su vida, se sentía como si no perteneciera a aquel lugar. Y por muy ilógico que fuera echarse la culpa, se sentía al menos parcialmente responsable. Andrew, Adeline y su madre habían sido una familia tiempo atrás. Y en breve volverían a serlo de nuevo. La gente siempre decía que no se podía dar marcha atrás al reloj, pero parecía que Catherine y Andrew iban a hacerlo. Entonces, ¿dónde la dejaba eso a ella? Su parte de la historia sería borrada. Convirtiéndola en un error.

Sus ojos ardían con lágrimas y sentía una nostalgia profunda por Oxford. Lo cual era ridículo porque Corfú era su lugar favorito en el mundo. Era su hogar. Cuando estaba allí, nunca quería irse. Pero en ese momento, de haber contado con una manera fácil de dejar la isla, no habría dudado en tomarla.

Lo único que quería era estar de vuelta en la pequeña casa adosada que compartía con Oliver.

Para calmarse, se concentró en eso. ¿Qué estarían haciendo si ella estuviera en Oxford con su compañero en ese momento? Probablemente estarían en el jardín, tumbados en una manta de

pícnic sobre el césped, resguardados de miradas indiscretas por los árboles y el denso follaje que lo bordeaba. Oliver saltaría para agarrar alguna hoja seca de las plantas o se pondría a arrancar malas hierbas. Ella se burlaba de él por ser tan minucioso con el jardín, pero en el fondo le encantaba y estaba más que feliz de disfrutar de los frutos de su trabajo. Incluso había colgado farolillos solares entre los árboles, y había convertido el jardín en un acogedor santuario tanto por la noche como durante el día.

Siempre que ella estaba disgustada, él le preparaba una gran taza de té y se sentaba a escucharla, prestándole toda su atención, olvidándose de las plantas. Se le daba muy bien escuchar y siempre conseguía hacer que se sintiera mejor. Y, en ese momento, ella necesitaba con urgencia que alguien la animara.

Tomó su teléfono y le envió un mensaje, pero no hubo respuesta. Se lo imaginó en un bar ruidoso donde las vibraciones de su celular pasarían desapercibidas. O quizás estaba en una cita tan cautivadora que ni siquiera había mirado su teléfono desde que salió. Y aunque viera su mensaje, era poco probable que abandonara su cita solo porque su mejor amiga le escribió. Las citas tenían prioridad sobre las amistades.

Gimoteó y se pasó la mano por la cara. Necesitaba a Oliver.

Algunas personas preferían estar solas cuando su mundo se derrumbaba, pero ella no era una de esas. Era una persona sociable. Necesitaba amigos como necesitaba el aire.

Podría llamar a Felicia, pero, aunque era una buena amiga, no era Oliver. La amistad, había descubierto, era algo complicado. Tenía tendencia a idealizarla y a esperar demasiado de la gente (ella misma se esforzaba por ser una amiga brillante, siempre dispuesta para la diversión o el consuelo, según se requiriera). Con el tiempo había aprendido a moderar sus expectativas. Se recordaba constantemente que un amigo no tenía que valer para todo. Había amigos divertidos que eran geniales para salir de noche y para cualquiera cosa superficial, pero que nunca aparecían en una crisis. También los que llegaban armados con pañuelos y una botella de vino cuando algo iba mal, pero nunca parecían estar cerca en los

buenos momentos. Amigos de yoga, amigos de los libros y amigos que eran magníficos compañeros de compras.

Felicia era el tipo de amiga sin tonterías que te decía la verdad y siempre trataba de arreglar las cosas. Le diría lo que ella haría en su lugar (que no era en absoluto lo que Cassie haría), y en ese momento Cassie no necesitaba eso. Felicia no entendería cómo se sentía. La única persona que lo haría sería Oliver. Él era divertido, cariñoso, bueno en las crisis, amaba los libros y no era tan terrible como compañero de compras. Era raro encontrar todo lo que necesitabas en una persona, pero Oliver era esa persona. Él lo era todo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba siendo patética y dependiente. En realidad, era una suerte que él no respondiera al teléfono.

¿Por qué no podía ser más como su hermana? Distante. Autosuficiente. Segura.

En días como ese, deseaba un trasplante de personalidad. Siempre había tenido grandes expectativas, y el problema era que luego siempre había una gran distancia de caída hasta toparse con la realidad. Te lastimabas menos si no esperabas mucho de la vida.

Parpadeó para alejar las lágrimas y revisó su teléfono. Seguía sin respuesta.

«¿Dónde estás Oliver?».

Nunca se había sentido más sola en su vida.

La otra persona con quien podría haber hablado en una crisis era su madre, pero ¿cómo podría hacerlo cuando su madre era la causa de la crisis?

Y eso también la disgustaba. ¿Cómo no la había avisado? Hablaban de todo. Su madre siempre decía que eran más amigas que madre e hija, y Cassie habría estado de acuerdo. Pero estaba claro que aquello llevaba ocurriendo mucho tiempo, y su madre no le había dicho ni una palabra. Charlaban casi todos los días, y ni una sola vez había mencionado: «Por cierto, ¿adivina quién se está quedando conmigo?».

Podría haber sido una escena sacada de una de las novelas de su madre, de esas en las que hacía pasar un infierno a la protagonista.

Excepto porque el personaje no era ficticio, y que las cosas no se iban a arreglar al final. Probablemente debería tomar un bolígrafo y anotar cómo se sentía para usarlo en alguna historia, pero estaba demasiado afectada para hacerlo.

—¿Cassie?

Oyó la voz de Adeline cerca de la casa. Se encogió, esperando fundirse con la oscuridad, pero no había pensado en camuflarse cuando se vistió para la noche. No había posibilidad de volverse invisible, lo cual era una lástima. No quería hablar con Adeline, quien, a pesar de toda su formación y habilidades profesionales, era tan reconfortante emocionalmente como cubrirse con una manta mojada.

Se quedó quieta y no dijo nada, esperando que Adeline no fuera a buscarla (seguramente no se esforzaría tanto, ¿verdad?), pero parecía que el mundo la odiaba porque oyó pasos en el sendero y luego su nombre otra vez. La única forma de evitar a su hermana era correr hacia el mar, pero entonces arruinaría su vestido. Era irónico que hubiera pasado años anhelando tener una conversación sincera con su hermana, y que ahora, en ese preciso instante, lo que más deseara fuera evitarla por completo.

—¿Cassie? Ahí estás —La voz de Adeline surgió de las sombras al borde de la playa. Tiempo atrás, el sendero no había sido más que un camino empinado y polvoriento que serpenteaba entre la vegetación silvestre. Llegar a la playa requería valor, tropiezos y arañazos, pero ahora el camino estaba pavimentado e iluminado por pequeñas luces.

Adeline se detuvo bajo esas luces, indecisa, en el punto donde el sendero se encontraba con la arena.

—Te estaba buscando.

¿Para qué? ¿Para hacerla sentir peor aún?

—Preferiría estar sola si no te importa —dijo Cassie, rodeando sus rodillas con los brazos y apretándolas contra su pecho. Unas palabras que nunca antes había pronunciado en su vida. Oliver se habría preocupado si la hubiera oído porque, si había algo que odiaba, era estar sola cuando estaba disgustada. Era el tipo de persona que pensaba que un problema compartido era un problema

reducido a la mitad, pero no en esa ocasión. No quería compartir sus sentimientos con alguien que no daba nada a cambio y no parecía experimentar emociones humanas normales, así que guardaría el problema para sí misma.

En lugar de dar media vuelta, Adeline pisó la arena y cruzó la pequeña playa. Todavía llevaba sus sandalias de cuña. Cualquier otra persona se las habría quitado en el momento en que sus pies tocaran la arena, pero Adeline no. Y aun así conseguía mantener el equilibrio y la elegancia.

—No te culpo por sentirte así. Necesito disculparme. Siento lo que dije. De verdad que lo siento. Fue desconsiderado por mi parte.

—Está bien. Solo estabas exponiendo los hechos.

—No, estaba disgustada y pensando en mis padres y en mí misma, no en ti. Fue imperdonable.

Adeline dudó, pero luego se sentó en la arena junto a ella.

—La arena está húmeda —afirmó Cassie, apartándose un poco, instintivamente cautelosa—. Arruinarás tu vestido. Apuesto a que es de limpieza en seco.

—Solo es un vestido. —Adeline se acomodó, alisándose la ropa sobre los muslos, manteniendo su habitual elegancia—. ¿Cómo te sientes?

Cassie se sentía terriblemente mal.

Sus emociones estaban tan a flor de piel que casi las dejó escapar, pero entonces recordó que era Adeline quien le preguntaba y que ellas no compartían confidencias.

—Estoy bien. —Esa respuesta debería ser suficiente. Cuando la gente preguntaba «¿cómo estás?», normalmente solo estaban siendo educados. No querían oír cómo estabas realmente.

Adeline permaneció a su lado, mirando la oscuridad.

—Las dos sabemos que no es así.

—¿Y qué? Es la respuesta que tú me diste cuando te pregunté lo mismo en el coche. Y tampoco creo que tú estuvieras bien. —No era propio de Cassie encararse, pero no se sentía como ella misma.

—Tienes razón, no lo estaba —admitió Adeline—, pero la mayoría de las veces, cuando la gente pregunta cómo estás, realmente no quieren saber la respuesta.

Cassie se rio por dentro, porque sus pensamientos habían ido en la misma dirección.

—Eso es cierto. Pero yo sí. —Se volvió para mirar a su hermana—. Te pregunté porque quería saberlo.

—Y te agradezco que preguntaras. Pero cuando estoy estresada tiendo a no hablar de ello. —Adeline se sacudió la arena de las piernas—. No era por ti, era por mí. No me resulta fácil hablar de mis sentimientos.

El hecho de que su hermana tuviera sentimientos era una novedad.

—¿Por qué?

Adeline lo pensó antes de responder:

—Supongo que es un poco como desnudarse en público. Hay algunas partes de mí que no quiero que otros vean.

Cassie se preguntó qué decía de ella el hecho de que no tuviera problemas para compartir libremente sus emociones. Quizás era una exhibicionista.

Aun así, fue un alivio saber que no había perdido por completo su capacidad para leer a la gente.

—¿Así que estabas estresada? Pensé que quizás me estaba imaginando cosas y que estar aquí no te molestaba.

—Me molesta muchísimo. Me molestaba antes de que mi padre apareciera inesperadamente. ¿Y ahora? No encuentro una palabra para describirlo.

Cassie sintió que el nudo apretado en su pecho se aflojaba. Se había prometido que no iba a hablar de nada personal con Adeline, pero eso fue antes de descubrir que su hermana podría ser humana, después de todo.

—¿De verdad no sabías que tu padre estaba aquí?

—No lo sabía. —Su voz estaba teñida de dolor y amargura, y Cassie reconoció ambas emociones porque ella misma las sentía.

—Fue impactante. Y lo manejé mal.

—Creo que tu reacción fue completamente humana.

—Tal vez. Pero debería haber estado tranquila. En lugar de salir corriendo y casi atropellar al pobre Ajax, debería haberles felicitado levantado una copa. Lo que probablemente hiciste tú después de

que me fuera. Pero yo no soy tú. —Cassie sintió que se le espesaba la garganta y una oleada de frustración hacia sí misma. Sus emociones eran tan difíciles de contener como una camada de cachorros. Desearía no sentir nada, o al menos poder fingir que no sentía nada—. A diferencia de ti, soy terrible ocultando mis sentimientos.

—Bueno, resulta que yo también lo soy en ciertas situaciones, y esa fue una de ellas. Quizás no te fijaste en mi reacción, pero no levanté ninguna copa. Tampoco les felicité. Supongo que la capacidad de ocultar los sentimientos depende de las circunstancias. —Adeline rodeó sus piernas con los brazos—. No creo que lo manejaras mal, Cassie. Dadas las circunstancias, creo que fuiste contenida.

—¿De verdad?

—Sí. —Adeline volvió la cabeza—. Tú tampoco lo sabías, ¿verdad?

—¿Que tu padre era el hombre con quien se iba a casar? No. Por supuesto que no.

—Ha debido de dolerte que no te lo dijera. Sé que estás muy unida a ella.

—Por lo visto, no tanto como creía. —Cassie sintió que la emoción la embargaba—. Y tú estás muy unida a tu padre.

—Por lo visto, no tanto como creía… Y sí, duele. Esto es… —Adeline se interrumpió y tomó varias bocanadas de aire—. Es difícil, ¿verdad?

—Sí. —Las palabras eran escuetas y parcas, insuficientes para abarcar la profundidad de las emociones que yacían debajo, pero no importaba porque ambas sabían lo que sentían.

Hubo un largo silencio que Adeline finalmente rompió:

—Tenemos que resolverlo.

—Supongo que sí. —Le gustó cómo sonaba ese «tenemos». Pero ¿qué había que resolver? No es que su madre les hubiera dado opción. Aquello iba a suceder, les gustara o no. Su estómago emitió un fuerte rugido y Cassie rio avergonzada—. Lo siento. A mi estómago no le importa el drama. Solo sabe que estaba deseando probar la comida de Maria.

Adeline se levantó de un salto y se sacudió la arena del vestido.

—Espera aquí.

—¿Adónde vas?

—Hay cosas que no se pueden arreglar, pero otras sí. Mi primera regla cuando estoy estresada o ansiosa es asegurarme de que no estoy cansada, sedienta o hambrienta. Te perdiste el almuerzo por ir a recogerme al aeropuerto. No es de extrañar que tengas hambre. No podemos hacer mucho con el cansancio, pero podemos solucionar el hambre y la sed.

—Si estás pensando en unirte a ellos para cenar…

—No lo estoy. Y la última vez que miré, ni siquiera estaban allí. —Se ajustó el vestido, como si fuera a entrar en una reunión importante donde necesitara causar buena impresión—. Prométeme que no te irás a ninguna parte.

—Lo prometo. —¿Adónde iba a ir? ¿Y era realmente su hermana mayor quien le suplicaba que no se fuera?

Estaba desconcertada por ese giro de los acontecimientos. Había pensado que tal vez su madre iría a buscarla (¿por qué no lo había hecho?), pero no esperaba a su hermana. Y el hecho de que Adeline hubiera admitido que encontraba la situación difícil era casi tan sorprendente como descubrir que su madre tenía intención de volver a casarse con su primer marido.

Adeline regresó menos de cinco minutos después con una botella bajo el brazo, copas y un gran plato cargado de comida. Se abrió paso por la arena.

«¿Por qué no se quita los zapatos?».

—He asaltado la cocina y he puesto toda la comida que he podido en este plato para poder llevarlo. Espero que no tengas alergias.

Adeline se sentó a su lado sin soltar las cosas. Cassie la miró fijamente.

—¿Cómo has podido hacer eso sin usar las manos y sin caerte?

—Pilates. Tengo una excelente fuerza central. ¿Tienes alergias?

—No tengo alergias. —Ese era el tipo de cosas que las hermanas deberían saber la una de la otra, ¿no?

Y otra vez lo estaba haciendo. Romantizando e idealizando las relaciones.

Cassie se centró en la comida. Adeline había elegido bien. Había lonchas de cordero asado a fuego lento con ajo y orégano, aceitunas brillantes y jugosas de sus propios olivos, cremoso *tzatziki* y *spanakopita*.

Le rugió el estómago.

—¿Los has visto?

—No. Ni rastro de nadie. Y ahora no vamos a pensar en ellos. Come. Luego hablaremos y haremos un plan. Toma. —Adeline sacó dos servilletas dobladas de los bolsillos de su vestido.

—¿Has traído servilletas?

—Pensé que serían útiles. Me encantan los vestidos con bolsillos, ¿a ti no?

—Sí. Y gracias. —Cassie tomó una servilleta y la extendió sobre sus rodillas.

Media hora antes, jamás habría imaginado que estaría sentada allí, junto a su hermana, compartiendo un plato de comida. Por un momento, podrían haber sido solo dos personas disfrutando de un pícnic en la playa. El aire salado. El suave sonido de las olas rompiendo en la arena.

—¿Quieres beber? —preguntó Adeline, sacando una botella de debajo del brazo.

Cassie la miró fijamente.

—¿Champán? ¿Estás de broma? No estamos celebrando nada.

—Lo sé, pero no encontré el agua.

Era algo tan práctico, tan típico de Adeline, que Cassie rio.

—Eso tiene gracia.

—Esperemos seguir pensando lo mismo por la mañana. ¿Puedes sujetar las copas? —Adeline se las pasó—. Pensé que el plástico sería más seguro por si nos apetece romperlas en un ataque de furia. No queremos tener los pies llenos de cortes.

—¿Has roto algo alguna vez en un ataque de furia?

—Nunca, pero empiezo a pensar que podría ser catártico. —Adeline sacó el corcho de la botella y dio un respingo cuando hizo pop. El champán se derramó sobre su vestido—. Ups. No se me da muy bien esto.

—La botella está abierta. Te doy un sobresaliente. —Cassie sostuvo las copas para que su hermana las llenara—. Me enfada que no hayan venido a buscarnos, pero también me alivia porque no me veo capaz de hablar con ellos. ¿Suena raro?

—No, suena lógico. Yo tampoco me veo capaz de hablar con ellos. Probablemente porque no tiene mucho sentido. Y no tenemos que hacerlo. Esta noche no. Eso es un problema para mañana. Y no vamos a preocuparnos hoy por el mañana —dijo Adeline clavando la botella en la arena.

—Yo siempre me preocupo hoy por el mañana. —Cassie eligió un trozo de cordero y se lo metió en la boca. Estaba tierno y jugoso, con los bordes chamuscados por la parrilla. Podía saborear las hierbas que crecían silvestres en las laderas que las rodeaban—. ¿Qué pasará después? ¿Te vas a quedar para la boda?

—No he pensado tanto. Intento no tomar decisiones cuando estoy afectada emocionalmente.

Era una novedad para ella que su hermana se sintiera así alguna vez.

—Yo tomo todas mis decisiones cuando estoy afectada.

—¿Y cómo te funciona eso? —preguntó Adeline, mirándola de reojo.

—Casi siempre mal —admitió Cassie. Se sirvió una porción de *spanakopita* y gimió cuando el sabor explotó en su boca—. Está delicioso. Maria me envió la receta hace tiempo e intenté hacerla en casa. Pero fue un desastre. Ahora la compro en la tienda de *delicatessen* cerca de mi casa, aunque no es lo mismo. ¿Crees que es solo porque la comida griega sabe mejor en Grecia?

—Tal vez. —Adeline eligió una aceituna—. Pero creo que es sobre todo porque Maria cocina como los ángeles.

—Cierto. Y me siento mal. Ha estado trabajando todo el día preparando esta velada y yo la he estropeado. —La culpa casi le quitó el apetito, pero no del todo. Tomó otro trozo de cordero.

—No has estropeado nada.

—Me fui hecha una furia.

—Y yo me quedé y grité. —Adeline tomó un pequeño sorbo de champán—. Diría que, de las dos, tú lo manejaste de una manera

mucho más racional.

—¿Gritaste? No puedo imaginarlo.

Adeline bajó la copa y miró hacia el mar.

—Me sorprende que no me oyeras.

—No oí nada. —Cassie se quedó en silencio unos segundos—. No hubo nada racional en el hecho de que huyera. No sabía qué hacer. Fue un impulso.

—Un impulso que te dio espacio y tiempo para pensar. Como te alejaste de la situación, no dijiste cosas de las que podrías arrepentirte después. Fue una decisión sensata. Tu copa está vacía.

—Eso tiene fácil arreglo. —Cassie tomó la botella y rellenó su copa. Sintió una punzada de culpabilidad—. Se suponía que esto era para la celebración.

—Bueno, ahora es para ahogar nuestras penas. Nuestra madre nos debe al menos eso después de sorprendernos así.

El estómago de Cassie dio un vuelco al recordar que el problema no había desaparecido.

—¿Por qué no nos avisó al menos?

—No lo sé. Posiblemente porque es nuestra madre y esperaba que estuviéramos encantadas.

—Pero ¿cómo pudo pensar que estaríamos encantadas? —preguntó Cassie, tomando una aceituna del plato.

—Es lo que hace siempre. Es su forma de pensar. Ya la conoces. Moldea la vida como ella quiere que sea. Probablemente ni se le ocurrió que nos quedaríamos conmocionadas y horrorizadas. Trata la vida real como si fuera ficción. Cree que somos sus personajes y que reaccionaremos como ella quiere que reaccionemos. Escribió la historia de esta noche en su cabeza.

—Tienes razón, siempre hace eso.

—Aunque hay otra explicación. —Adeline hizo una pausa mientras masticaba—. Es posible que tuviera miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que no viniéramos si nos lo decía.

—Pero ¿qué diferencia hay entre decírnoslo antes de llegar y decírnoslo cuando ya estamos en la isla? No cambia la noticia.

—No, pero ahora ya estamos aquí. Y no es que estemos atrapadas, pero no es fácil irse de la isla. Es posible que supiera que nos disgustaríamos y pensara que, al estar aquí, habría más posibilidades de que tuviéramos tiempo de calmarnos y pensarlo bien.

—Eres muy lista, Adeline. Yo nunca habría pensado en eso.

—Bueno, mi trabajo consiste en pensar por qué la gente hace las cosas que hace.

Cassie hacía lo mismo, solo que Adeline trataba con personas reales y ella con personajes de ficción.

—Nunca me pareciste el tipo de persona que ahoga sus penas —dijo Cassie, rellenando la copa de su hermana—. Pensaba que siempre eras racional y tranquila.

—Yo también lo pensaba hasta esta noche. —Adeline tomó un sorbo y luego dejó la copa en su regazo—. Resulta que me equivocaba.

—¿Dijiste cosas de las que ahora te arrepientes?

—Dije cosas. Hasta ahora no me arrepiento, pero te avisaré si eso cambia por la mañana. —Agarró un trozo de cordero—. En realidad, eso no es cierto. Me arrepiento de una cosa, de recordarle a mi madre que tuvo una aventura y se quedó embarazada.

—La prueba del delito está sentada justo aquí.

Cassie vació su copa de un trago y Adeline la miró.

—Lo siento. Fue terrible decir eso.

—Era la verdad. Tuvo una aventura. Y luego me tuvo a mí.

—Lo que intentaba explicarle a mi padre es que ella ya había arruinado la relación antes, así que, ¿por qué confiar en que no volverá a hacerlo? —Adeline se limpió los dedos con una servilleta—. Si estuvo mal la última vez, ¿por qué de repente está bien?

Cassie se había estado haciendo la misma pregunta y, por más vueltas que le daba, no encontraba nada bueno.

Expresó el pensamiento que llevaba tiempo bullendo en su interior:

—Si abandonar a tu padre fue un error, entonces tenerme a mí también lo fue.

—No creo que esas dos cosas estén relacionadas —discrepó Adeline, sirviendo más champán en la copa de Cassie.

—Pero quizás lo estén. Y lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

—Si yo no hubiera nacido, quizás tus padres no se habrían separado.

—No puedes hablar en serio. —Adeline soltó una risa de asombro —. La gente suele responsabilizarse de cosas que no son su culpa, pero nunca había oído a nadie culparse por haber nacido.

—Sé que es ridículo, pero es lo que siento.

—Pues no deberías. —Adeline dejó la botella en la arena—. La verdad es que esto no tiene nada que ver con nosotras. Es sobre ellos. Pensaban en sí mismos, y nosotras fuimos daños colaterales.

—Entonces, ¿no te alegras? —Cassie notó que se sonrojaba—. Quiero decir, son tus padres. Podría entender que te alegraras.

—¿Alegrarme? —Adeline le lanzó una mirada de incredulidad—. Llevan divorciados más de dos décadas. Decidieron que su matrimonio fue un error. Que no estaban destinados a estar juntos. Pero a pesar de eso, a pesar de veinte años funcionando perfectamente por separado, parecen empeñados en querer cometer ese error otra vez. Es desconcertante y perturbador.

Resultaba reconfortante saber que su hermana pensaba lo mismo que ella.

—Nunca te había visto así. A veces parece que no sientes nada.

—¿Eso parece? —Adeline frunció el ceño—. Siento muchas cosas, pero he aprendido a ocultarlo.

—Yo no puedo ocultar lo que siento. Ojalá pudiera.

El teléfono de Cassie sonó y ella lo miró. Un mensaje de Oliver apareció en la pantalla:

¿Estás bien, Cass?

Si le hubiera preguntado una hora antes, la respuesta habría sido que no. Pero ¿en ese momento?

Dudó unos segundos y luego escribió su respuesta:

Sí, gracias. Solo quería saludar.

—¿Quién era? —Adeline comió otro trozo de cordero—. Si necesitas hacer una llamada, adelante. Pero te advierto que podría

terminarme el cordero mientras estás distraída. Está buenísimo.

—Lo sé, aunque probablemente elegiría la *spanakopita* como mi última comida en la Tierra. No necesito hacer ninguna llamada. Solo era Oliver.

—¿Tu novio?

—No. Mi mejor amigo. Vivimos juntos. Quiero decir, no juntos en sentido romántico. Compartimos una casa en Oxford. —Hacía poco había deseado desesperadamente volver allí, pero en ese momento se alegraba de estar justo donde estaba—. ¿Y tú? ¿Estás con alguien?

—Lo estaba —respondió Adeline, mirando hacia el mar—. Se llama Mark.

—¿Estabas?

—No terminamos de la mejor forma. Rompí con él hace poco.

—Lo siento. —Cassie terminó su bebida—. No debería haber preguntado.

—¿Por qué no? Yo te pregunté por Oliver.

—Pero Oliver es solo un amigo, es diferente. ¿Estabas enamorada de Mark?

—No lo sé. Creo que no —confesó Adeline—. No se ha puesto en contacto conmigo desde aquella noche, y no me importa. Eso no puede ser buena señal, ¿verdad?

Cassie intentó imaginar a su hermana locamente enamorada. Riendo. Apasionada.

—¿Estuvisteis juntos mucho tiempo?

—Un año.

—Eso es muchísimo. Así que no podía ser el indicado. Es decir, cuando alguien es el adecuado, lo sabes, ¿no crees?

—No creo en el amor verdadero —dijo Adeline frunciendo el ceño.

Cassie no supo qué decir a eso. Si hubieran tenido esa conversación la semana anterior, habría dicho que creía absolutamente en «el elegido» porque solo había que ver a sus padres, pero en esas nuevas circunstancias ya no sabía qué pensar. Si su padre había sido el amor de la vida de su madre, ¿dónde encajaba el padre de Adeline? ¿Cómo podía haber sido la persona equivocada si había vuelto a escena? Era muy confuso.

Su cerebro no podía descifrarlo, así que se centró en su hermana.

—Dijiste que Mark y tú no os separasteis de la mejor forma. ¿Tuvisteis una pelea?

—No fue una pelea exactamente. Más bien un desacuerdo. —Adeline terminó su champán y dejó la copa en la arena, junto a la botella—. Dijo que estaba muy preocupado por mi criterio.

—¿De verdad te dijo eso? —En su mente, Cassie intentó poner esas palabras en boca del personaje sobre el que estaba escribiendo para encontrarle algún sentido, pero no lo consiguió.

—Fue por venir aquí, a la cuarta boda de mi madre. Él tenía razón. Y si no hubiera sido por mi padre, probablemente yo no hubiera venido. —Adeline se rio sin humor—. Papá quería que estuviera aquí. Y lo admiraba por comportarse de forma tan civilizada con alguien que le rompió el corazón hace tantos años. No se me ocurrió que hubiera algo más.

—¿Por qué iba a ocurrírsenos? ¿Por qué íbamos a pensarlo ninguna de las dos? —Cassie se dio cuenta de que Adeline se sentía tan traicionada como ella.

—Siempre es un *shock* descubrir que no conoces a alguien tan bien como creías.

—No sé qué hacer ahora. —Cassie arrugó la servilleta en su regazo—. No sé qué decirle a nuestra madre.

—Yo tampoco lo sé.

—Pero tú eres psicóloga. Estás preparada para cosas así.

—No es más fácil cuando eres tú quien está en medio de todo.

Cassie no sabía si eso era reconfortante o alarmante.

—¿Te vas a ir?

—¿Dejar la isla? No lo sé.

Cassie pensó en cómo se sentiría si Adeline se marchara y su corazón dio un vuelco.

—Por favor, no te vayas. —De repente se sintió incómoda y deseó poder retirar esas palabras. No tenía derecho a decirlas. No tenían sentido, ni siquiera para ella. Hasta ese día, había estado deseando que Adeline no apareciera. Y ahora esperaba que no se fuera—. Debes hacer lo que sea mejor para ti, por supuesto. Ignórame.

—¿Por qué iba a ignorarte? Estamos juntas en esto. Lo resolveremos las dos.

Adeline se acercó más a su hermana. Sus brazos se rozaron y Cassie sintió un pequeño destello de calidez. Nunca antes habían estado juntas en nada.

Era agradable.

Capítulo 12

CATHERINE

Catherine estaba sentada en la tumbona en la oscuridad. Frente a ella, la piscina se extendía vacía y apacible, una franja de turquesa luminoso, iluminada desde abajo por pequeñas luces. Eran las tres de la madrugada y había renunciado a dormir.

¿Cuándo iba a aprender que la vida real no era como la ficción?

Nunca se podía predecir cómo iba a reaccionar la gente.

Si aquello fuera una escena de su libro, la habría eliminado (siempre una experiencia dolorosa, pero en ocasiones necesaria. Una vez, había eliminado treinta mil palabras y tuvo que acostarse durante un día entero para recuperarse). Habría cortado esas palabras y empezado de nuevo porque todo el asunto no estaba funcionando como debería.

Contempló la piscina. El aire era opresivamente cálido y dulcemente perfumado por las flores que se desbordaban de las macetas de terracota alrededor de la terraza. Aparte del canto rítmico de las cigarras y el sonido del mar, todo a su alrededor estaba quieto y silencioso. En su interior, las emociones se agitaban como el océano en medio de una tormenta.

Andrew dormía profundamente en su habitación (era una de las muchas injusticias de la vida que, sin importar las crisis, los hombres siempre parecían poder dormir), pero la mente de Catherine había estado tan activa como un atleta de élite en una sesión de

entrenamiento. Sabía por experiencia que las posibilidades de dormir eran nulas, así que había optado por levantarse.

No tenía idea de por qué su cerebro siempre elegía estar activo por la noche, pero en el momento en que cerraba los ojos, su mente se aceleraba. Los pensamientos oscuros empujaban su cerebro, negándose a permitirle descansar. Durante el día, lograba mantener la realidad a distancia, pero por la noche descendía, fea y sin disfraces, presionando su consciencia. «Evítame si quieres, pero eso no significa que no esté aquí».

La velada no había salido según lo planeado, lo cual no debería haberla sorprendido. ¿Acaso la vida alguna vez seguía un plan? Pero esa vez no podía culpar al destino. La culpa, si esa era la palabra correcta, era enteramente suya. Su debilidad siempre había sido su tendencia a remodelar la realidad en algo que encontraba aceptable. Había tenido una imagen clara de cómo transcurriría la velada y solo ahora podía ver lo ingenua que había sido. Había ido directamente al final feliz e intentado saltarse todo el conflicto y las cosas difíciles que venían antes.

Adeline se lo había dicho una vez: «¡Toda tu vida es ficción!». Y tal vez fuera cierto. Cuando no le gustaba lo que estaba sucediendo, su cerebro imaginaba una realidad diferente. Veía las cosas como quería que fueran en lugar de como eran. Era la razón por la que estaba a punto de embarcarse en su cuarto matrimonio, y la razón por la que sus hijas no estaban riendo juntas y disfrutando de su segunda o tercera copa de champán mientras celebraban la feliz noticia.

En lugar de considerar la posibilidad de que su hija se molestara al enterarse de que sus padres planeaban volver a casarse, había imaginado a Adeline emocionada. Había pensado que su hija mayor estaría encantada. Ella y su padre tenían una buena relación. Había esperado que el amor incondicional de Adeline por su padre pudiera derramarse y caer sobre ella, acercándolas. Había imaginado que Adeline pensaría: «Si mi padre la perdona, entonces, yo también la perdono».

Pero eso no era lo que había sucedido.

La voz de Adeline resonaba en su cabeza: «No puedo creer que te expongas a esto por segunda vez. ¡Te engañó! Tuvo una aventura. Se quedó embarazada y tuvo un bebé».

Catherine se estremeció al recordar esas palabras. Todas eran ciertas y, cuando lo reducías a unos hechos concretos, sonaba horrible. Pero la vida era siempre más que unos pocos hechos concretos, así como un cuerpo humano era más que un esqueleto. Carne, sangre, errores. Esas eran las cosas que hacían humana a una persona. Ella había cometido más errores que la mayoría.

Era vergonzoso admitir que no era buena en las relaciones, dado que se ganaba la vida escribiendo sobre ellas, pero escribir sobre ellas te daba la oportunidad de eliminar escenas y cambiar el pasado. Eso no era una opción en la vida real.

Tres, pronto serían cuatro matrimonios y dos hijas, ninguna de las cuales le hablaba actualmente. Ni siquiera su cerebro podía remodelar eso en un escenario donde ella fuera una víctima inocente.

En retrospectiva, quizás había sido demasiado optimista por su parte suponer que Adeline estaría encantada. Tal vez no era tan sorprendente que no hubiera resultado así.

Aun así, deseaba que su hija hubiera elegido sus palabras con más cuidado.

Era evidente que Cassie se había sentido muy herida por el arrebato irreflexivo de su hermana, o no se habría marchado corriendo.

Catherine había querido ir tras ella, pero tenía que lidiar con Adeline, y cuando ella también se marchó furiosa, Andrew había insistido en dar tiempo a ambas chicas para que se calmaran y asimilaran la noticia antes de continuar la conversación.

Le había costado la vida pensar en Cassie sola con su angustia, pero sabía que con tiempo aceptaría la situación. A ella siempre le parecía bien todo. Había sido la hija más fácil y parecía encontrar felicidad y esperanza en cada situación.

Adeline era más difícil.

Catherine sintió una punzada de culpa porque sabía que la razón de la fuerte reacción de su hija se remontaba a la infancia.

Ella era responsable de la agitación que Adeline había experimentado a una edad temprana. Pero ¿durante cuánto tiempo iba a castigarse por hacer lo que había tenido que hacer? No había tenido elección, al menos ninguna que ella hubiera podido ver. Y esa única decisión había afectado tanto a su vida como a la de su hija.

Por su culpa, Adeline recelaba de las relaciones. De las suyas propias y, según parecía, también de las de su madre.

Adeline no lo entendía, por supuesto, y Cassie tampoco. No solo los hijos rara vez ven a sus padres como personas con sus propias vidas complicadas y defectos (en su caso, tantos defectos), sino que era natural formar juicios basados en los hechos disponibles, y ella no les había dado todos los hechos ni tenía intención de hacerlo. Y los que les había dado ni siquiera insinuaban el panorama completo.

Afortunadamente, la mayoría de la gente no se molestaba en buscar más. No se preguntaban: «¿Qué más podría estar pasando aquí?». Era algo en lo que pensaba todo el tiempo cuando escribía, el hecho de que las acciones de una persona casi siempre estaban motivadas por algo más grande que el momento. Que detrás de cada acción había una cadena de eventos que podía extenderse hasta muy atrás. Siempre había algo más. Cuando una mujer le gritaba a un colega, podían tacharla de malhumorada, pero tal vez se debía a que las cosas le iban mal en casa, que su adolescente no le hablaba, que cuidaba de padres ancianos o que estaba tan oprimida por las presiones de su vida que había días en que apenas podía respirar. Y entonces llegaba a la oficina estresada por su vida, emocionalmente estirada hasta el punto de romperse, incapaz de manejar una cosa más, y un colega le preguntaba cuándo iba a terminar un trabajo porque el plazo era ayer, y eso era todo. Estallaba. No se trataba del plazo ni del colega. Eran todas las cosas que habían sucedido antes. Pero la gente con la que trabajaba no lo sabía. No veían lo duro que estaba trabajando para mantener a su familia segura y unida. Lo único que veían era un plazo incumplido y una colega malhumorada.

Y cuando el mundo miraba a Catherine Swift, veía a una mujer rica y exitosa volviendo a casarse con un hombre del que se había

divorciado dos décadas atrás. No tenían idea de los acontecimientos que la habían llevado a ese punto.

Catherine tomó un sorbo de su bebida y dejó que su mente viajara al día en que conoció a Andrew Swift.

Tenía dieciocho años y trabajaba en una cafetería. A diferencia de sus compañeras de escuela, no tenía ningún deseo de ir a la universidad. Lo único que quería hacer era contar historias. Quería escribir. Su primer libro había sido aceptado por una editorial (¡y solo tenía dieciocho años! Con el optimismo de la juventud, realmente creía que lo tenía todo resuelto). Había asumido que era el comienzo de un futuro brillante.

Había sido lamentablemente ignorante.

La editorial le había pagado un pequeño adelanto, pero pasarían otros dieciocho meses antes de que publicaran su libro. No tenía ni idea de que llevaría tanto tiempo. La idea de que le pagaran por hacer lo que amaba era emocionante, hasta que se dio cuenta de que su adelanto solo cubriría su alquiler y comida durante dos meses. Después de eso, tendría que encontrar otra manera de ganar dinero porque la escritura no iba a alimentarla.

Necesitaba conseguir un trabajo *de verdad*. Pero no estaba cualificada para nada. ¿Y cómo iba a escribir si tenía un trabajo? ¿Dónde encontraría el tiempo?

Le gustaba el café y bebía bastante, así que entró en una elegante cafetería en Covent Garden y los convenció para que la contrataran. Pensó que podría escuchar conversaciones, observar a la gente, desarrollar ideas y escribir en su cuaderno durante los descansos.

Llevaba un mes trabajando allí cuando Andrew entró.

Le llamaron la atención dos cosas: su acento estadounidense y su seguridad. Tenía una sofisticación que no había visto antes, e inmediatamente se replanteó el personaje que estaba escribiendo en ese momento. Sería estadounidense, pensó. Con una cálida sonrisa y un gran contacto visual. Pero detrás de ese exterior pulido y una vida aparentemente perfecta, estaría ocultando un secreto.

Su mente creativa brillaba con ideas mientras llevaba el pedido de Andrew a su mesa junto a la ventana. Él le dio las gracias (sus modales eran impecables) y le pidió que se uniera a él. Ella lo había

deseado intensamente, pero no se atrevió. El trabajo apenas cubría su alquiler y no podía arriesgarse a perderlo, así que rechazó la oferta con pesar, pero le sirvió un café extra por cuenta de la casa para compensarlo y mostrarle que estaba interesada.

Él volvió al día siguiente y al siguiente, y al final de la semana la invitó a salir.

Nunca había tenido un novio real antes (había tenido muchos ficticios) y sintió como si hubiera encontrado oro.

Él era diez años mayor que ella y tenía su trabajo en la ciudad. No sabía exactamente a qué se dedicaba, pero, fuera lo que fuera, le pagaban lo suficiente para tener su propio apartamento y llevarla a cenar a restaurantes con nombres franceses elegantes y menús incomprensibles.

Era glamuroso, sofisticado (¡comía ostras! Catherine nunca había conocido a nadie que comiera ostras) y estaba fascinado por ella. Le contó que lo que siempre había querido era ser artista, pero provenía de una familia adinerada de Boston que había trabajado en finanzas durante tres generaciones y se esperaba que Andrew Swift siguiera el mismo camino. Se había dicho a sí mismo que podría pintar como pasatiempo, pero su trabajo no le dejaba tiempo para sus aficiones, así que en realidad rara vez tomaba un pincel.

Admiraba la creatividad de Catherine y estaba impresionado de que ya hubiera escrito un libro que iba a ser publicado. Solo mucho más tarde se dio cuenta de que en ella había visto la vida que él podría haber estado viviendo.

Se casaron, y él insistió en que dejara su trabajo para que pudiera concentrarse en ser creativa y escribir a tiempo completo. No quería que trabajara en la cafetería. Quería que escribiera. No importaba que no ganara mucho dinero. Él ganaba más que suficiente para ambos.

Su generosidad la había dejado sin palabras. Estaba desesperada por escribir y, allí estaba él, presentándole los medios para permitírselo. No solo eso, sino que creía en ella.

Su primer libro finalmente se publicó (con el nombre de Catherine Swift en la portada) y, viajando hasta el otro extremo de Londres, logró encontrarlo en una tienda. Pero aun así fue emocionante. ¡Su

libro! A la venta. Fue la mayor satisfacción. Se quedó en aquella tienda durante dos horas y finalmente alguien tomó su libro del estante y lo compró. Tuvo que usar todo su autocontrol para no tocar el hombro de la mujer y decirle: «¡Yo lo escribí!».

Y era cierto que ser una autora publicada no venía en ese momento con fama ni fortuna, pero aun así era una sensación inmejorable. Se sintió reivindicada en sus decisiones de vida.

Andrew había seguido animándola, y Catherine había seguido escribiendo. Publicó otro libro, y luego otro. Según los estándares editoriales, le iba bien, pero aun así no ganaba lo suficiente para hacer más que una contribución trivial a sus gastos. La escritura no resultó ser un camino hacia la riqueza, aunque el público rara vez lo entendía. Por cada autor que ganaba dinero en serio, había miles que apenas podían costear su hábito de tomar café.

A Andrew no le importaba y, como a él no le importaba, a ella tampoco. Eran felices. Reían mucho. Él se sumergía en su mundo creativo y, por las noches, se sentaban en su pequeño jardín y ella le hablaba sobre sus tramas y personajes. Él disfrutaba de cualquier conversación que no tuviera nada que ver con el aburrido mundo de la banca, que detestaba cada vez más. Unos años después de su matrimonio, llegó Adeline, y Catherine tuvo que lidiar con el desafío de escribir mientras cuidaba de una niña.

Y entonces sus libros empezaron a venderse. No fue algo repentino, más bien un crecimiento lento mientras los lectores descubrían uno de sus libros y luego leían todo lo demás que había escrito. Se convirtió en una bola de nieve. Finalmente, acabó ganando dinero, lo que supuso una gran alegría después de años de sentirse como una carga para Andrew.

Ese fue el punto donde las cosas empezaron a ir mal.

Para ser más precisos, cuando ella cambió.

Descubrió que el éxito alteraba las cosas de una manera que no siempre era visible de inmediato. No podía mirar atrás e identificar el momento exacto en que todo empezó a ir mal. El declive de un matrimonio no siempre era un evento sísmico. A menudo comenzaba con pequeñas ondas de descontento casi indetectables que sacudían

los cimientos de una relación. Aparecían grietas. El cambio en sus circunstancias los fue erosionando.

Se sintió aliviada de ya no depender de Andrew. La culpa que siempre la había carcomido se desvaneció.

Cuando iban a cenas, la gente le preguntaba sobre su trabajo y la felicitaba. Bromeaban diciendo que Andrew pronto podría dejar de trabajar y ser un mantenido.

Debería haber notado antes que su marido era el único que no reía.

Fue de camino a casa después de una velada con amigos cuando tuvieron su primera pelea seria. Había deseado muchas veces desde esa noche haber manejado las cosas de manera diferente. Tal vez si no hubiera tomado esa copa extra de vino, o si no acabara de recibir la noticia de que sus ventas habían crecido más allá de todas las expectativas, podría haberle prestado más atención. Podría haber escuchado más atentamente lo que él le estaba diciendo.

En cambio, había interpretado su mal humor como envidia. Después de todo, ¿no había anhelado siempre seguir una carrera artística? Pensó que estaba resentido por su éxito y se había sentido dolida de que no pudiera celebrar lo que era, para ella, la culminación de su trabajo duro y sus sueños.

Esa noche, él había intentado decirle que siempre había sentido que su trabajo tenía un propósito, y ese era apoyarla para que pudiera perseguir su sueño. Al dejar de necesitar su apoyo financiero, su trabajo había dejado de tener un propósito. Había confesado que extrañaba los viejos tiempos, cuando la lucha los unía. Lo que él intentaba decir era que ya no se sentía necesario o importante en su vida, pero en ese momento lo que ella había escuchado era que él deseaba que su éxito nunca hubiera sucedido.

El éxito de *Estrella de verano* fue la gota que colmó el vaso.

Con el dinero que ganó del libro y la película, compró la villa en Corfú (Andrew había dicho que era su dinero, así que por supuesto debería hacer lo que quisiera con él). Era imposible para ella describir lo que aquel lugar significaba. No solo la villa y las vistas, ambas espectaculares, sino lo que simbolizaba. Pensó en su padre

(fallecido hacía mucho, debido a una colisión entre su cráneo y una pelota de críquet). Pensó en la señorita Barrett.

¿Cómo podía ser basura lo que escribía cuando tenía esa prueba tangible de su valor?

Pasaba todo el tiempo posible en la villa. Andrew se unía a ella cuando podía, pero siempre estaba muy solicitada. Se esperaba que grabara entrevistas y que hiciera giras. Una noche, al llegar a casa, descubrió que él había volado de vuelta a Londres porque no tenía sentido que estuviera en Grecia cuando ella estaba en otro lugar.

Se había sentido resentida (deseaba poder retroceder en el tiempo y darle a su yo más joven una seria reprimenda). ¿Qué se suponía que debía hacer? Por supuesto, tenía que viajar si se lo pedían. Aquella era su carrera. Después de haberla apoyado durante tanto tiempo, ¿por qué ya no podía entenderlo?

Su relación, en ese momento frágil y quebradiza, había comenzado a resquebrajarse.

En la superficie, había sido su éxito lo que la había roto, pero en el fondo sabía que no era tan simple. Ella lo había roto. Por no escuchar a Andrew adecuadamente. Por no dedicar más tiempo a oír lo que decía. Por no pensar en lo que él necesitaba. Por sacar conclusiones precipitadas.

Deseaba haberle dicho que no era su apoyo económico lo que había marcado la mayor diferencia (aunque no lo subestimaba), sino su fe en ella. Debería haberle dejado claro que era a él a quien necesitaba, no su dinero. Desde su punto de vista, el hecho de que ya no necesitara su dinero era algo bueno, y él no lo veía así.

¿Habría tenido una aventura si las cosas hubieran ido bien en su matrimonio? Definitivamente no. Pero estaba sola, luchando y echando de menos a Andrew cuando conoció al encantador y carismático Robert Dunn. Él había llegado a su vida en su momento más débil y vulnerable. Le había dado exactamente lo que necesitaba y, al hacerlo, había asestado el golpe fatal a su matrimonio.

Con un escalofrío, Catherine se levantó. ¿Cuánto tiempo había estado sentada en la tumbona? Tenía la piel helada y ni siquiera lo

había notado. Se frotó los brazos. Había perdido la noción del tiempo.

No quería pensar en Rob.

No podía.

Su prioridad eran sus hijas.

¿Cómo iba a manejar aquello?

Las chicas no podían comprender cómo dos personas que habían elegido vivir sus vidas separadas, de repente, quisieran estar juntas de nuevo. No entendían que la vida no era estática. Que las personas no eran estáticas. Que se formaban y cambiaban por sus experiencias, y ella y Andrew habían cambiado por las suyas. Tal vez, si hubieran sido mejores comunicándose; tal vez, si su éxito no hubiera llegado tan fuerte y rápido; tal vez, si no hubiera necesitado su carrera para calmar sus profundas inseguridades…

Tal vez, tal vez, tal vez…

Andrew, que había sido víctima de los recortes de personal en el banco, había usado eso como excusa para alejarse de una carrera que odiaba. En lugar de pasar largos días en una oficina acristalada haciendo un trabajo que no le daba satisfacción, había hecho lo que siempre quiso hacer. Tomó la indemnización que le pagaron y alquiló un estudio. Pasaba sus días pintando. Finalmente, había encontrado su propia pasión en lugar de trabajar para apoyar la de ella.

Habían mantenido el contacto a lo largo de los años, al principio por Adeline y más tarde porque así lo eligieron.

Cuando su relación había florecido de nuevo, nadie se había sorprendido más que Catherine. Había sucedido gradualmente. Sus ocasionales almuerzos se habían vuelto más frecuentes. Las conversaciones que apenas rozaban la superficie de sus vidas se habían vuelto más profundas. El almuerzo se había mezclado con la cena hasta que pasaban cada vez más tiempo juntos. Lo casual se había vuelto íntimo. Hablaban, realmente hablaban, de una manera que nunca habían hecho cuando estuvieron juntos la primera vez. Y luego había pasado esa maravillosa semana en su casa de Cape Cod. Y eso había sido todo. Habían estado juntos desde entonces. No pensaba que fuera capaz de confiar de nuevo después de todo lo

que había pasado. Pero resultó que, con el hombre adecuado, sí podía. Y Andrew era el hombre adecuado.

Lo que necesitaba explicarles a las chicas era que aquello no suponía resucitar una vieja relación, sino que era el comienzo de una nueva. Ella era diferente. Andrew era diferente. Su relación era diferente. Como pareja, esa vez eran mejores.

Cansada y estresada, caminó hasta el borde de la terraza. Podía ver las luces que iluminaban el sendero hacia la casa de huéspedes. Estaba a oscuras. ¿Estarían las chicas allí? ¿Se habría disculpado Adeline o se habrían ido a dormir, cada una lamiendo sus heridas por separado? Andrew había insistido en que les dieran espacio, así que eso habían hecho, pero eso no significaba que Catherine se sintiera cómoda con ello.

Debería haber previsto que reavivar su relación con Andrew desencadenaría todo tipo de preguntas incómodas.

Deseaba haberle hablado antes a Cassie sobre Andrew. Pero tal vez eso no habría ayudado tampoco. ¿Y qué le habría dicho?

—¿Catherine?

Se volvió, sintiéndose culpable, al oír la voz de Maria.

—Lo siento, Maria. ¿Te he despertado?

Maria se había quedado a dormir en la casa, algo que hacía a veces cuando cocinaba y la de huéspedes estaba ocupada.

—No estaba dormida. Imaginé que tú tampoco lo estarías. —Maria la rodeó con un brazo y Catherine se volvió y apoyó la cabeza en su hombro, respirando su aroma a jabón de limón.

Sintió una oleada de amor y gratitud. Maria era la mejor amiga que había tenido jamás.

—Lo siento… —Su voz se quebró—. Tu maravillosa cena. Todo ese trabajo…

—La cena puede esperar. Eres tú quien me preocupa. Esta noche ha sido difícil.

—Sí. —Nunca le había mentido a Maria y no pensaba hacerlo jamás.

Ella lo sabía todo. Todo, incluso las partes oscuras que Catherine había ocultado a los demás. Había estado con ella en las buenas y en las malas, en sus tres matrimonios, en la muerte y el divorcio. La

había visto en sus peores y mejores momentos. Había vivido los altibajos y en todo momento había sido sólida como una roca. Incluso en aquella terrible noche, fue inquebrantable. Un faro en la tormenta.

«Nunca volveremos a hablar de esto, Catherine. Nunca. Con nadie. Es nuestro secreto».

Y así había permanecido. Su secreto. Y nunca habían vuelto a hablar de ello. Ni una sola vez.

Y sabía que no iban a hablar de ello tampoco en ese momento. Harían lo que siempre hacían, y fingirían que nunca había sucedido.

—¿Y si no lo aceptan?

—Lo harán. Dales tiempo.

—Pero… ¿y si el tiempo no es suficiente? —Era algo que no se había permitido considerar hasta ahora.

—Lo será.

Tendría que encontrar una manera de ayudarlas a entender.

La gente pensaba que te enamorabas, te casabas y eso era todo. No sabían que la verdadera historia comenzaba justo a partir de eso.

No se daban cuenta de que lo realmente jugoso era lo que sucedía después.

Capítulo 13

ADELINE

Le estaban martilleando la cabeza con un objeto afilado. Alguien le estaba extrayendo el cerebro y se había olvidado de darle anestesia. Los iba a demandar.

Adeline abrió los ojos, olvidando que cuando se había metido en la cama estaba demasiado cansada para cerrar las contraventanas. La luz del sol la deslumbró, golpeando las paredes blancas y rebotando en la alegre pintura azul. Era como estar preparada para un interrogatorio.

Cerró los ojos de nuevo. El agotamiento y la ansiedad se aferraban a su cerebro. A través de la ventana abierta, podía oír pájaros y los suaves sonidos del océano. Debería haberla calmado. Eso era lo que hacía la gente cuando estaba estresada, ¿no? Escuchaban el sonido constante de la lluvia o el murmullo de las olas del mar. Y allí estaba ella, escuchando olas reales, y nunca se había sentido menos relajada en su vida.

Tenía el pecho oprimido, los músculos tensos, la cabeza abarrotada de algo cercano al pánico. Ninguno de esos sentimientos tenía que ver con el champán que había bebido, y todo que ver con los acontecimientos de la noche anterior, que habían destruido todas las posibilidades de un descanso reparador. Había pensado que podría sobrevivir a otra de las bodas de su madre. Había pensado que podría apretar los dientes, forzar una sonrisa e incluso decir «felicidades» como había hecho en otras ocasiones. En realidad, no

le había importado con quién se casara su madre porque no le afectaba.

Pero esta vez sí le afectaba. Y le importaba.

Su padre. Su madre se iba a casar con su padre.

Gimió y hundió la cara en la almohada. Aquello se sentía tan extraño como sonaba.

La ansiedad la atravesó.

Durante las últimas semanas, se había imaginado a su padre paseando por su casa de playa en Cape Cod, manteniéndose ocupado, pintando solo o con sus amigos artistas, caminando descalzo por la arena, llenando su día y su mente para no tener que pensar en que la mujer que una vez fue su esposa se casaba de nuevo. Se lo había imaginado despierto por la noche, solitario y triste.

En ese momento se lo imaginaba riendo con su madre. Besando a su madre. En la cama con su madre.

Inundada por una oleada de calor y luego frío, se sentó erguida.

No quería imaginar eso.

No quería pensar en eso.

Se frotó la frente con los dedos, tratando de ahuyentar ese pensamiento de su cerebro. ¿Por qué decidiría hacerlo? No lo entendía. No era correcto ni razonable. Necesitaba hablar con él, sin su madre presente. Tenía que hacerle entrar en razón. Tenía que darle la oportunidad de explorar sus sentimientos. ¿Estaba intentando volver al pasado?

Renunciando al descanso, se levantó y caminó hacia el baño.

A través de la gran ventana, podía ver el mar, de un resplandeciente turquesa y plateado bajo la luz de la mañana.

Tenía siete años cuando su madre compró la villa. Esa había sido la primera pista de lo exitosa que se había vuelto su madre. Antes de eso, Adeline no había pensado en la carrera de Catherine. Su familia le había parecido igual a cualquier otra. Su padre trabajaba en un banco, haciendo algo que requería que usara traje y saliera de su pequeña casa en el oeste de Londres antes de que Adeline se despertara. Su madre pasaba el tiempo escribiendo, lo que significaba que estaba en casa con ella. Estar en casa no siempre

significaba estar presente, pero Adeline entendía que el trabajo de su madre era diferente al de otras personas. Aprendió que cuando la puerta de la habitación de invitados estaba cerrada, no debía entrar. Finalmente, su madre emergía (sonriente o estresada, dependiendo del tipo de día de escritura que hubiera tenido) y pasaban tiempo juntas. Habían caminado por parques, a lo largo del río Támesis, por las calles históricas de Londres, y Adeline había atesorado esos momentos en los que tenía a su madre para ella sola. Sobre todo, había atesorado los momentos en los que leían juntas, una al lado de la otra en el sofá, escuchando la lluvia golpear contra la ventana. A veces su madre inventaba historias solo para ella y esas eran algunas de sus favoritas. Se había sentido feliz, protegida, amada.

Y entonces llegó *Estrella de verano*, el libro que cambió todas sus vidas.

Adeline a menudo se había preguntado cómo habría sido su vida si su madre no hubiera escrito ese libro, o si el público no hubiera estado hambriento de un libro exactamente como ese. El momento había sido perfecto. La industria editorial, como había descubierto, era voluble, pero ese libro había tocado la fibra sensible. Era una época anterior a las redes sociales, y aun así ese libro se había vendido y vendido, su crecimiento alimentado por recomendaciones de boca en boca entre amigos, familia y libreros. *Estrella de verano* había pasado semana tras semana en lo más alto de las listas de superventas en múltiples países. El dinero había llegado después.

Los recuerdos de aquella época surgían a destellos. Aleatorios. Desconectados. Ella era joven, centrada en sí misma, el colegio, los amigos, su nuevo cachorro, pero había cosas que recordaba. Su madre, saliendo de la habitación de invitados después de una llamada con su agente, con lágrimas rodando por su cara y una mirada de emoción en sus ojos. Había murmurado algo que a Adeline le había llevado un buen rato lograr entender.

«No tienes talento».

Había repetido esas palabras una y otra vez, y Adeline no tenía ni idea de qué estaba hablando su madre o por qué sonreía y lloraba al mismo tiempo.

Para ella era evidente que su madre sí tenía talento, así que sus palabras no tenían sentido.

La había sujetado por los hombros, con un agarre firme y los ojos febriles.

—Nunca creas a nadie que te diga que no puedes hacer algo. Prométemelo.

Adeline lo había prometido, sin tener idea de qué estaba prometiendo, pero dispuesta a decir cualquier cosa porque aquella versión un tanto salvaje de su madre era inquietante.

—Es un nuevo comienzo —había dicho su madre—. ¡Un nuevo comienzo!

A Adeline le había llevado un tiempo darse cuenta de que los comienzos venían después de algún final. En ese caso, lo que estaba terminando era el matrimonio de sus padres. Era demasiado joven para entender los detalles, pero no tanto como para no sentir la tensión. La atmósfera en la casa cambió. La rutina de su madre cambió. Ya no pasaba todo el día encerrada en su despacho escribiendo su último libro. A partir de ese momento comenzaron las giras y firmas de libros en múltiples países.

Las noches que ella estaba fuera, Adeline a menudo encontraba a su padre sentado solo en el estudio, mirando fijamente las estanterías llenas de los libros de su madre. En una ocasión, se había subido a su regazo y él la había abrazado con fuerza y murmurado:

—No fui suficiente.

No tenía idea de qué quería decir con eso, pero sabía que no era bueno.

Y entonces su madre había comprado la villa en Corfú.

La primera vez que Adeline la vio, sintió como si hubiera entrado en otra vida.

La villa se aferraba a una empinada ladera que descendía hasta el mar. Estaba construida con piedra local y una breve mirada podría haber sugerido que era rústica, pero esa idea se desvanecía en el momento en que cruzabas el umbral. Desde la hermosa sala de estar curva que se abría a la terraza y la piscina infinita, hasta las tranquilas y grandes *suites*, cada una con su propia terraza, la villa

era puro lujo. Estaba amueblada en tonos crema y pastel, con toques de azul y violeta, que recogían los colores del océano y el cielo. Los suelos de mármol blanco reflejaban la luz. Grandes y atrevidos lienzos colgaban de las paredes, pero la mayoría de los visitantes no se centraban en el arte, sino en las vistas.

Adeline se había quedado tan impresionada como intimidada. Echaba de menos Londres y su alta casa adosada con su acogedor dormitorio del ático lleno de sus juguetes y libros. Su padre parecía igualmente inseguro, aunque ella empezaba a sentir que había algo más complicado sucediendo entre los dos adultos en su vida. Su madre iba por la casa pavoneándose con caftanes, mirando melancólicamente el océano como si fuera la protagonista de una de sus novelas. Su padre miraba a su madre, como intentando reconocer y entender a aquella persona con la que estaba casado. Las risas dieron paso a palabras cortantes y voces alzadas.

Fue la primera señal que tuvo de que las relaciones no siempre permanecían igual. Que el amor no era algo constante. Que podía retirarse tan fácilmente como se había entregado.

Con un suspiro, Adeline se apartó de la ventana y se metió bajo la ducha de efecto lluvia. No debería estar pensando en eso. Había suficientes cosas que afrontar en el presente sin regresar al pasado.

En la calma de su apartamento de Londres, había sido fácil decirse que podría manejarlo, que estaba superado. Se sentía preparada.

La realidad no era tan simple.

Resultaba desconcertante que un lugar tan hermoso, tan perfecto, pudiera agitar su interior como una coctelera.

Cerró los ojos y dejó que el agua fluyera sobre ella, sintiendo el ardor del calor contra su piel. Poco a poco, notó que sus músculos se relajaban y, cuando salió de la ducha, se sintió más en control.

Se envolvió en una de las grandes toallas suaves que habían dejado para su uso. Su ropa seguía en la maleta, y esta permanecía junto a la puerta donde la había abandonado nada más entrar en la casa. Deshacer el equipaje le había parecido un estresante reconocimiento de que aquella versión del infierno familiar no iba a terminar pronto, así que la había dejado allí, diciéndose que podría tomar esa maleta e irse cuando quisiera. Podría estar de vuelta en

Londres en cuestión de horas, dejando todo aquello atrás. Nada la retenía allí. No tenía que quedarse para esa boda.

Pero eso fue antes de descubrir que el novio era su padre.

¿Cómo iba a marcharse?

Se puso un bañador, con la intención de intentar liberar algo de su estrés en la piscina.

—¿Adeline? —La voz de Cassie sonó a través de la puerta de su dormitorio y Adeline sintió que algo se apretaba en su interior.

No era solo en su padre en quien tenía que pensar. Si se iba, Cassie se quedaría sola.

Mark diría que no era su problema. Que ella y Cassie no tenían una relación. Que no le debía nada.

Pero Adeline no lo sentía así. No podía olvidar la imagen de su hermana sentada en la playa.

Cassie se había sentido rechazada. Sola. Adeline sabía lo duro que era sentir eso.

Ignorando el dolor en su pecho, se puso unos *shorts* y una blusa de lino sobre el bañador.

Recogiendo su cabello aún mojado en una coleta, abrió la puerta del dormitorio.

—Buenos días.

Cassie estaba merodeando junto a la puerta, sosteniendo dos tazas grandes rebosantes de café. Llevaba una camiseta holgada de un brillante tono coral sobre unos *shorts* cortados. Sus mejillas estaban rosadas por el sol y salpicadas de pecas. Sus ojos estaban cansados y su cabello recogido en una goma. Parecía joven y vulnerable.

—¿Ya estás haciendo el equipaje? —preguntó Cassie, mirando hacia la maleta abierta—. No tienes que irte. Si alguien debe irse, debería ser yo, para que puedas pasar tiempo de verdad con tus padres. —Lo dijo con naturalidad, pero Adeline sabía que no había nada casual en ello.

Su media hermana estaba tan herida y confundida como ella, posiblemente más. Cassie parecía estar imaginando a Catherine, Andrew y Adeline dejando el pasado atrás y volviendo a ser una acogedora pequeña unidad familiar con ella apartada.

Adeline no podía imaginar eso en absoluto, principalmente porque sabía que no sucedería. Ya habían tenido su oportunidad de ser una familia funcional y habían fracasado. Entonces, ¿en qué se iban a convertir después de la boda? No tenía ni idea.

—No he hecho la maleta. Ni siquiera me molesté en deshacerla.

—No sé si eso lo hace peor o mejor. —Cassie esbozó media sonrisa—. Quería darte las gracias por lo de anoche. Por venir a buscarme. Por escucharme. Me sentía fatal y lo hiciste más fácil. Perdón por ser tan patética.

—No fuiste patética. Tu reacción fue muy comprensible. —Sus miradas se cruzaron y una emoción olvidada hacía mucho tiempo resurgió en su interior. Un vínculo que había rechazado—. ¿Has dormido algo? —Probablemente no debería haber preguntado. Ya le costaba manejar sus propios sentimientos como para cargar con los de otros.

—No mucho. ¿Y tú?

Adeline negó con la cabeza.

—No. —Miró su maleta abierta. La caja que Maya le había dado seguía sin abrir. Pensando que aquel era tan buen momento como cualquier otro para ver qué había elegido su amiga, deslizó el dedo bajo el sello y la abrió.

Parpadeó, deslumbrada por el arcoíris de colores que la saludaba.

—Maldita sea, Maya —murmuró entre dientes—. Mark tenía razón. Debería haberla revisado.

Tomó un vestido veraniego en un tono amarillo pálido y luego otro de color coral brillante que colgaba de tirantes tan finos que parecía que se romperían con la más mínima presión.

—Vaya. Me encanta ese. —Cassie seguía en la puerta, mirando fijamente el vestido que Adeline sostenía—. Te quedará espectacular. Perdón, no quería molestarte, pero ¿tienes analgésicos? No creo que sobreviva las próximas horas sin apoyo medicinal.

Adeline buscó en su maleta y le tendió una pequeña caja.

—Quédatelos. Tengo más.

—Gracias. —Cassie dejó las tazas de café sobre la mesa y se guardó los analgésicos en el bolsillo de sus *shorts*. Seguía mirando el vestido—. ¿Por qué lo miras con tanta duda?

—Porque no uso vestidos así.

—Entonces, ¿por qué lo compraste?

—No lo compré. Tengo una amiga que trabaja para una revista de moda y me dio una caja de ropa como regalo. Debería haber revisado qué había en la caja antes de meterla en la maleta.

—Es un regalo increíble. —Cassie se acercó para ver el contenido de la caja—. Hay algunas prendas fabulosas. Necesito replantearme mis amistades. Ninguna de las mías me regalaría cosas así. —Levantó un pareo vaporoso casi transparente en un tono turquesa—. No entiendo el problema.

—El problema es que ella eligió ropa que se ajusta a su vida, no a la mía.

Cassie dejó el pareo y sonrió.

—Como tu hermana, debo decirte que, si tu vida no se ajusta a esta ropa, entonces, necesitas cambiar tu vida.

Adeline colgó los vestidos.

—Maya estaría de acuerdo contigo. —No sabía por qué se molestaba en colgarlos, pero no quería que Cassie pensara que se iría en cuanto le diera la espalda. Esperaba que el hecho de colgarlos indicara que se quedaría hasta el final.

—No sé si tomas café. —Cassie tomó una taza y se la entregó—. Está fuerte.

—Sí tomo café, y que esté fuerte me viene bien. Gracias. —Adeline guardó la maleta vacía bajo la cama y tomó la taza—. Me está matando el dolor de cabeza. A ti también, obviamente.

Cassie esbozó una breve sonrisa de reconocimiento.

—¿Por qué crees que estaba suplicando por analgésicos? Puedo dejarte sola si lo prefieres.

Lo prefería. Tenía tanto en qué pensar, y siempre pensaba mejor a solas. Además, no estaba segura de poder manejar las emociones de Cassie además de las suyas en ese momento.

Pero entonces miró a su hermana y vio la expresión en sus ojos. Incertidumbre. Y labios de Adeline se movieron, formando las palabras que no tenía intención de decir:

—Vamos a tomar el café a la terraza.

—¿En serio? —El rostro de Cassie se iluminó—. ¿Estás segura?

Adeline sintió que crecía un dolor en su interior. Conocía esa emoción. Inseguridad. La voz de alguien que no estaba segura de ser querida.

—Sí. Estamos juntas en esto, Cassie. —Enfatizó la palabra «juntas» y vio que los ojos de su hermana brillaban durante unos segundos antes de parpadear.

—Bien. De acuerdo —Cassie le entregó su taza a Adeline para que la sostuviera mientras abría las puertas que conducían de la habitación a la terraza.

Se acomodaron en las tumbonas con sus cafés. Justo debajo de ellas, el mar resplandecía, turquesa y tentador.

—Es extraño, ¿verdad?, estar en este lugar impresionante y sentirnos tan estresadas. —Cassie se acomodó en una tumbona y estiró las piernas. Diminutas gotas de café salpicaron su camiseta mientras se movía, y maldijo antes de dejar la taza en el suelo de la terraza—. Me está martilleando la cabeza. Probablemente no debería haber bebido ese champán, pero, para nuestra defensa, fue un momento muy bajo en nuestras vidas.

—Lo sé. Aunque no suelo excederme cuando estoy en un momento bajo. No creo en usar sustancias como regulador del estado de ánimo. —Aunque la noche anterior lo había hecho. Había hecho y dicho todo tipo de cosas que normalmente no habría hecho ni dicho. Incluso le había hablado a Cassie sobre Mark. ¿Por qué?

—¿Nunca te excedes? —preguntó Cassie, mirándola de reojo.

—No. Creo que es importante reconocer tus emociones y lidiar con ellas, no adormecerlas.

—Yo lo veo más como adormecerlas hasta que estés lista para lidiar con ellas. —Cassie dio un sorbo a su café—. Y creo que es bueno que te hayas excedido.

—Yo no. —La cabeza le palpitaba. Se deslizó las gafas de sol sobre la nariz—. Lo peor que puedes hacer en un momento bajo es recurrir al alcohol, al azúcar o a las drogas.

Cassie se encogió de hombros con fatalismo.

—Bueno, no tomamos drogas, así que supongo que eso es una victoria.

—No debería haber venido. Mark tenía razón.

—¿Mark es el hombre que piensa que necesitas replantearte tus prioridades? No me gusta cómo suena.

¿Qué decía de su relación que Adeline ni siquiera sintiera el impulso de defenderlo?

Empezaba a preguntarse por qué había permanecido tanto tiempo con él.

—¿Por qué crees que es bueno que me haya excedido?

—Fue bueno para mí. Te hizo parecer menos intimidante. Más humana.

Adeline no podría haberse sorprendido más con su comentario.

—¿Te intimido?

—Un poco. Eres muy serena y controlada. Pero anoche estabas un poco desestabilizada por todo, y además muy sincera. Eso fue refrescante. Y me hizo sentir mucho mejor en un momento de mi vida en el que me estaba desmoronando. ¿Has tomado algo para el dolor de cabeza?

—No, pero me estoy hidratando. —Adeline estaba conmocionada por descubrir que resultaba intimidante.

—Si no bebes ni te atiborras de azúcar, ¿cómo manejas el estrés?

—Con meditación. Respiración controlada. Yoga. Ejercicio, si es conveniente y seguro hacerlo.

—¿Y eso funciona? —Cassie la miraba fijamente—. Como alguien que tiende a zambullirse de cabeza en el chocolate, me parece impresionante. Y un poco intimidante, si soy sincera.

—Funciona, dependiendo del nivel de estrés. —Adeline dejó su café. Tal vez la cafeína no había sido tan buena idea—. ¿Soy yo o esas plantas se ven muy brillantes?

—¿La buganvilia? Se ve brillante, pero aún más después de haber bebido una botella de champán. Es una lástima que no haya forma de atenuar la luz hasta que nos recuperemos. —Con su pelo revuelto y sus ojos soñolientos, Cassie parecía un gatito indefenso.

—Te encanta estar aquí, ¿verdad? —dijo Adeline.

—Sí. Especialmente esta casa. Mi habitación es tan tranquila. Me encanta el pequeño escritorio bajo la ventana. He pasado tantas horas escribiendo en ese lugar. Aunque también es una distracción, con el océano justo ahí y el jardín y los pájaros.

—¿Escribiendo?

—Ensayos. Deberes. Ese tipo de cosas… —Las mejillas de Cassie se tiñeron de rosa. Parecía a punto de decir algo, pero se contuvo—. Cosas aburridas.

«No son aburridas», pensó Adeline. «Solo algo que no quiere compartir».

Se dio cuenta de lo poco que sabía sobre su hermana.

—¿No te tienta quedarte en el mundo académico?

—No —respondió Cassie con rapidez—. Estoy esperando a ver si sale algo. —Su teléfono sonó y lo agarró para comprobar quién llamaba.

—¿Oliver? —preguntó Adeline.

Cassie negó con la cabeza.

—Número oculto. Lo que probablemente significa que es una estafa o una llamada comercial. Alguien intentando pillarme desprevenida y convencerme de que transfiera todo mi dinero a su cuenta bancaria. —Dejó el teléfono—. ¿Y tú? ¿Cuándo decidiste que querías ser psicóloga?

—A los diez años.

—¿Qué pasó cuando tenías diez años? ¿Fue el divorcio? No, tendrías ocho cuando eso pasó. —Cassie se sonrojó—. Probablemente no quieras hablar de ello. Es solo que siempre he sentido como si hubiera una gran parte que falta en mi vida donde deberías haber estado tú. Nuestra madre no habla mucho de esa época.

Adeline tampoco hablaba de ello.

No estaba segura de querer hacerlo cuando sus sentimientos estaban revueltos y no se sentía del todo en control.

Pero Cassie la miraba con esperanza y expectación, y los recuerdos inundaron su mente. Cassie, con dieciocho meses, sus bracitos regordetes extendidos para que Adeline la tomara en brazos. Cassie acurrucada en su regazo mientras Adeline le leía. Cassie a su lado dondequiera que fuera.

Tragó saliva.

—A los diez años, me enviaron a vivir con mi padre.

—Oh. —Cassie frunció el ceño—. Lo dices como si no hubieras tenido elección.

No había habido elección.

La gente decía que los recuerdos se desvanecían, pero ese no lo había hecho. Todavía recordaba la sensación agonizante y desgarradora de pérdida cuando su mundo cambió de nuevo. Ese fue el momento en que se dio cuenta de que las emociones eran mucho más que solo sentimientos intensos que entraban y salían como el mar en la arena. Eran mucho más que amor, alegría, emoción y miedo. Las emociones tenían poder. Las emociones podían cambiarte. Desde dentro hacia fuera, podían remodelarte como persona.

—¿Adeline? —El suave apremio de Cassie la trajo de vuelta al presente.

Y ahora le tocaba a ella fruncir el ceño, porque ¿de verdad Cassie pensaba que había elegido marcharse?

—¿Eso es lo que ella te dijo? ¿Que elegí irme? No es cierto.

Era obvio que esa información era nueva para Cassie.

—¿Me lo contarías todo? ¿Desde tu punto de vista? Si prefieres no hacerlo, lo entiendo. Dejaremos el tema y no volveremos a hablar de ello.

Su hermana era tan dulce y amable como lo había sido de pequeña, y Adeline se sintió aliviada de que la vida no hubiera cambiado eso en ella. Que las experiencias y las emociones aún no hubieran afilado esa suavidad.

Pero ¿qué conseguiría contándole su historia?

—Es el pasado —dijo Adeline finalmente—. Deberíamos dejarlo así.

—Si quieres dejarlo, lo dejamos. Pero si te preocupa mi reacción, no lo hagas. Me gustaría saber tu versión. Hasta anoche, tenía una imagen muy clara de mi pasado, y se está volviendo más turbia por momentos. Hay tanto que no entiendo… Solo quiero la verdad.

Adeline sintió una punzada de compasión porque sentía lo mismo. Había tanto que ninguna de las dos entendía sobre lo que estaba pasando. Lo mínimo que podía hacer era aclarar las partes de las que estaba segura.

—Es cierto que yo tenía ocho años cuando se divorciaron. Como la mayoría de los niños, no se me había ocurrido que mi vida pudiera cambiar sin previo aviso. A esa edad, uno está muy centrado en sí mismo. Si hubiera sido mayor, tal vez habría visto las señales, pero no fue así.

Cassie escuchó con atención.

—Debió de ser un golpe terrible.

—Lo fue. No te aburriré con los detalles porque no son relevantes, pero al principio seguí viviendo aquí y me quedaba con mi padre durante las vacaciones. Durante casi dos años, ese fue el acuerdo. Luego, de la noche a la mañana, todo cambió y me envió a vivir con mi padre de forma permanente. —Era más fácil hablar de ello de lo que había pensado. Quizá porque su arrebato emocional de la noche anterior había agrietado algo en su interior. O tal vez era solo porque con su hermana le resultaba sorprendentemente fácil hablar—. Dijo que era lo mejor para mí. Aunque en realidad era lo mejor para ella. Tenía un nuevo marido y un nuevo bebé, y yo estorbaba. —Era imposible describir cómo la había hecho sentir eso, pero quizá no era necesario porque Cassie emitió un sonido angustiado.

—No lo entiendo. Siempre me dijo que tú querías vivir con tu padre. Me dijo que tú lo habías elegido. Recuerdo que después de una de tus visitas, cuando eras mayor, lloró después de que te fueras. Quiero decir, lloró de verdad. Sollozó de una manera que nunca había visto antes. Y cuando le pregunté qué le pasaba, me dijo que la vida a veces podía ser muy complicada. Dijo que te echaba de menos.

Adeline digirió esa información.

—Eso no puede ser cierto.

—Lo es. Lo recuerdo bien porque fue muy perturbador. Me dio pena, porque pensé que tú habías elegido irte. Y me sentí culpable, porque asumí que yo era la razón por la que habías elegido marcharte. —Cassie se encogió de hombros con incomodidad—. Pensé que no querías estar cerca de mí.

—No podrías estar más equivocada. —Adeline tenía intención de cerrar la conversación después de contarle solo algunos hechos,

pero no podía dejar de hablar—. Tú eras la mejor parte de mi nueva vida. Me enamoré de ti en el momento en que te vi.

Cassie se sentó un poco más erguida.

—¿De verdad?

—Sí. Y nadie se sorprendió más que yo. Antes de que nacieras, te guardaba rencor. —Era extraño expresar pensamientos que había guardado para sí misma durante tanto tiempo—. Creía que tú y tu padre erais la razón por la que mi familia se había hecho pedazos. Que si ella no te hubiera tenido mis padres seguirían juntos. No era cierto, por supuesto, pero los niños de ocho años no comprenden las relaciones adultas. Estaba lista para odiarte, pero entonces te vi, en tu cuna, con tu pelo alborotado y tus ojos grandes. —Sonrió al recordarlo—. Eras una cosita tan adorable…

—¿Te parecía adorable?

—Lo eras. —Adeline la miró de reojo—. Juro que naciste sonriendo. En lugar de querer ahogarte, descubrí que quería sostenerte y abrazarte. Lo hice mucho. Fuiste la razón por la que empecé a aceptar aquella nueva vida y el divorcio de mis padres. Hiciste mucho para calmar mis niveles de estrés.

Cassie soltó un largo suspiro.

—Siempre pensé que me culpabas.

—¿Cómo podría culparte? Eras un bebé. Incluso yo con ocho años sabía que no era tu culpa. Antes de que nacieras, es cierto que no tenía muy buenos pensamientos hacia ti. Pero ¿después? El mundo parecía un lugar mejor después de que llegaras. —Rara vez se permitía pensar en aquella época, pero lo hizo en ese momento y, al hacerlo, sintió que la emoción formaba un nudo en su pecho—. En cuanto empezaste a gatear, apenas me separaba de tu lado. Me aseguraba de que no te metieras en algo que no debieras. Estaba allí cuando diste tus primeros pasos. Lograste dar tres y luego te caíste en mi regazo. Tu primera palabra fue «Adda». Intentabas decir Adeline, pero no te salía.

—«Adda» —repitió Cassie, sonriendo—. Me gusta.

—A nuestra madre no. Intentaba que dijeras «papá» en su lugar. Supongo que pensaba que a tu padre le gustaría. Te encantaban los libros, aunque en aquella época lo que más hacías era morderlos. Mi

libro favorito era *Matilda*. Todavía lo conservo. Tiene marcas de dientes en una esquina.

Cassie rio.

—Lo siento.

—No lo sientas. Es un buen recuerdo. —Pero también doloroso. Adeline se volvió para mirarla—. Me imaginaba que creceríamos juntas. Me querías incondicionalmente, y yo sentía lo mismo por ti. Iba a enseñártelo todo. Iba a cuidarte cuando el mundo fuera horrible. —Fue la última vez que se permitió sentir de esa manera. La última vez que entregó a alguien su amor sin reservas.

—No lo sabía. —Los ojos de Cassie brillaban—. No sabía nada de eso.

—Eras demasiado pequeña para recordarlo. Y entonces una mañana estábamos desayunando juntas, tú y yo… —Tomó aire mientras se permitía recordar aquella mañana—. Maria te había preparado huevos. Te estaba enseñando a mojar el pan en ellos. Y nuestra madre apareció de repente, toda alterada, y me dijo que Kostas me llevaría al aeropuerto y que me quedaría con mi padre. Yo no paraba de preguntar: «¿Por cuánto tiempo? ¿Cuándo voy a volver?». Estaba disgustada porque eran las vacaciones de verano y tenía ganas de pasar todo el tiempo contigo. Discutí con ella. Le supliqué. Pero me dijo que tenía que confiar en ella, que estaba haciendo lo que era mejor para mí. —Había algo muy extraño en su madre aquel día. Un recuerdo destelló en su mente. Algo en lo que no había pensado en mucho tiempo—. Yo lloraba, pero a ella no le importó.

—Oh, Adeline…

—Me llevó un tiempo darme cuenta de que era permanente. Que no iba a vivir más con ella. Y eso significaba que tampoco iba a vivir contigo. Esa fue la parte que más me afectó.

Y había deseado ser adulta para poder tomar sus propias decisiones y no ver su vida trastocada por razones que no tenían sentido para ella.

—No lo recuerdo, obviamente. —Cassie se sonó la nariz—. Solo recuerdo aquellos años posteriores cuando venías a casa y estabas

distante y fría. Quería que jugaras conmigo, pero nunca te interesaba.

—No era eso. Después de irme a vivir con mi padre, te eché de menos. —Esas simples palabras, «te eché de menos», ni siquiera podían describir una mínima parte del trauma que había sentido—. Estaba destrozada. No podía creer que me hubiera enviado lejos. Estaba tan enfadada con ella. No tenía ni idea de qué había hecho para merecerlo. No tenía sentido para mí. Después de eso, me retraje emocionalmente, aunque en ese momento no me di cuenta de que eso era lo que estaba haciendo. Era miedo, por supuesto. —La más poderosa de todas las emociones—. Tenía miedo de volver a acercarme a ti. Supongo que pensé que podría hacerme la vida más fácil si no tenía esos vínculos tan fuertes. Me llevó años entender que tenía problemas de abandono y todo lo que eso conllevaba. Ira, ansiedad, incapacidad para mantener relaciones. —Adeline hizo una pausa y se aclaró la garganta. Entendía sus problemas mejor que la mayoría, pero eso no los hacía más fáciles de manejar. Si acaso, resultaba más frustrante que todo le resultara tan difícil—. Fue una época horrible. No ayudó que mi padre no tuviera ni idea de cómo tratarme, y él también lo estaba pasando mal. Estaba devastado cuando ella se divorció de él. Destrozado. Apenas podía manejar sus propias emociones, mucho menos las mías. Así que hizo lo que siempre hace cuando no sabe qué hacer. Llamó a una experta. Afortunadamente para mí, esa experta era Tanya.

—¿Tanya?

—Era una psicóloga infantil. La esposa de alguien con quien trabajaba mi padre. Supongo que debió de hablarle sobre lo difícil que era manejarme. En esa época estaba asustada. Me negaba a asentarme porque sabía que todo podía cambiar en cualquier momento. Estaba preparada para ello. Si mi padre salía de casa, asumía que no volvería. Si rompía un plato o lavaba un calcetín rojo con sus camisas blancas, asumía que él me enviaría lejos. No quería ir al colegio por si aprovechaba mi ausencia para hacer las maletas e irse. —Hacía años que no se permitía pensar en aquella época, y no era fácil. Además de lidiar con su propio dolor, se sentía bastante culpable por lo que le había hecho pasar a su padre—. Decir que era

dependiente sería quedarse corto. Tenía tanto miedo de que me abandonara…

—¿Por qué pensabas que haría eso? Él te quiere.

—Mi madre me quería y sin embargo me envió lejos. —Adeline miró al frente—. A los diez años, ese parecía un pensamiento lógico. Fue Tanya quien me ayudó a ver que no era mi culpa. Que yo no había hecho nada. También habló con mi padre, y nos ayudó a comunicarnos. Los dos habíamos estado evitando conversaciones difíciles, pero resultó que tener esas conversaciones hizo las cosas más fáciles. Era brillante y marcó una gran diferencia en mi vida. De alguna manera, me salvó. Decidí que quería hacer el mismo trabajo que Tanya. Quería marcar la diferencia en la vida de alguien.

—Y por eso estudiaste Psicología. —Cassie se levantó y arrastró su tumbona más hacia la sombra—. No sabía nada de eso. He estado rellenando los huecos con mi propia imaginación y me he equivocado. ¿Qué hay de mi padre? ¿Lo recuerdas?

Era obvio que su hermana anhelaba algún detalle significativo, una gota de información que pudiera añadir a las otras cosas que sabía sobre su padre.

Adeline se sintió mal por no poder darle lo que necesitaba.

—Apenas. Tengo algunos recuerdos borrosos. Tonterías. Recuerdo que rompió el jarrón favorito de nuestra madre y me sentí aliviada de que fuera él y no yo. Se sintió fatal por ello. Recuerdo que pidió perdón como mil veces. También recuerdo que nuestra madre se cayó y él fue muy cariñoso. Muy atento. No nos dejaba entrar en la habitación para verla porque quería que descansara.

—¿Cómo se cayó?

—No lo recuerdo. Solo que tenía un feo corte en la cabeza y un moratón. Tú querías abrazarla, pero él no te dejaba trepar sobre ella para no hacerle daño. Me pidió que te llevara a jugar.

—La quería tanto. Estaba siendo protector.

—Sí. —Adeline no había pensado en aquel incidente durante años.

—¿Recuerdas algo más? Tengo como un millón de preguntas. ¿Preparo más café? ¿Tostadas?

Adeline estaba a punto de confesar que recordaba poco más sobre su primer padrastro cuando oyó pasos y apareció su propio padre.

Las dos dejaron de hablar. La atmósfera cambió del pasado al presente.

—Papá. —Adeline se levantó, recuperando todas sus ansiedades al verle.

—Hola, chicas. —Andrew parecía más inseguro de lo que ella lo había visto nunca. También se veía diferente. Más joven. Se dio cuenta de que se había cortado el pelo. Había mejorado su ropa. No había señal de la camisa manchada de pintura y los viejos vaqueros que solía llevar cuando ella se quedaba en su casa de Cape Cod. Probablemente, debido a la influencia de su madre.

Adeline sintió otra oleada de dolor porque no se lo había contado, pero la reprimió. Sus propios sentimientos podían esperar. En ese momento, su prioridad era él. Entenderlo. Ayudarlo a ver que aquello era una mala idea.

—Voy a darme una ducha —dijo Cassie y desapareció antes de que Adeline pudiera detenerla.

Aunque quizás no la habría detenido.

Había cosas que necesitaba decirle a su padre que no se sentiría cómoda diciendo delante de su hermana.

—Siéntate, papá.

La noche anterior no había podido controlar sus emociones. Había sido transportada directamente a su infancia, pero ese día pretendía hacerlo mejor. Quería entender. Lo necesitaba. Pasara lo que pasara, iba a mantener la calma.

En lugar de sentarse, él le tendió la mano.

—Hace una mañana preciosa. ¿Por qué no damos un paseo?

Había un sendero que seguía la curva de la playa hasta un pueblo. Fuera de los caminos más transitados, era popular entre los locales y los turistas deseosos de evitar los puntos más concurridos de Corfú.

Tal vez caminar hiciera que la conversación fuera más fácil y natural. Era algo que solían hacer juntos cuando ella se alojaba en Cape Cod. Paseaban hasta que el sol se hundía en el mar y el cielo se oscurecía, hablando de cualquier cosa.

—De acuerdo. Voy a tomar un sombrero y los zapatos.

Adeline regresó a su habitación, se puso un sombrero de ala ancha y se calzó unas sandalias en los pies.

El corazón le latía con fuerza mientras miraba sus palmas. Estaba nerviosa. La felicidad de su padre estaba en juego. Nunca había sido más importante decir lo correcto. Necesitaba ayudarlo a ver el terrible error que estaba cometiendo. Y necesitaba hacerlo de tal manera que él llegara a esa conclusión por sí mismo.

Tomó su bolso, respiró hondo y se reunió con su padre.

—¿Cómo está mi niña? —Su padre le enlazó el brazo con el suyo y empezaron a caminar—. Me alegro de verte.

«Mi niña».

La emoción se le atascó en la garganta. Lo quería tanto. Adeline se habría lanzado al océano para evitar que sufriera daño.

—Estoy preocupada por ti, como es obvio.

Él acortó el paso para mantener su ritmo.

—Crees que estoy cometiendo un error —afirmó Andrew.

—Sí.

—Suenas muy segura. —Él parecía incluso divertido—. ¿Crees que no soy lo bastante mayor y sabio para conocer mi propia mente?

Ella tragó saliva, incómoda.

—Papá…

—Déjame ahorrarte la molestia de decir lo que quieres decir. —Dejó de caminar—. Estás a punto de enumerar cien razones por las que es una mala idea. Vas a decirme que, si tu madre y yo no pudimos vivir juntos antes, tampoco podremos vivir juntos ahora. Vas a decirme que volverá a romperme el corazón y que me voy a arrepentir. ¿No es así?

Se había preocupado por decir exactamente lo correcto, y él lo había hecho por ella. Fue un alivio.

—Así es.

Aunque todavía era temprano, podía sentir el calor presionando sobre ella y el ardor del sol en sus piernas.

Allí, cerca de la playa, el sabor salado del mar se mezclaba con el aroma de la crema solar.

Él levantó el ala de su sombrero para poder verle la cara.

—Lo único que probablemente no mencionarás es el factor más importante de todos. La razón por la que lo hacemos.

—Papá…

—El amor. —Pronunció la palabra en voz baja pero con énfasis, como si no estuviera seguro de que ella conociera su significado—. Lo hacemos porque estamos enamorados. Me enamoré de tu madre cuando tenía dieciocho años, y la he amado cada día desde entonces. Y todavía la amo.

Quería gritar de frustración.

Adeline pensaba que el amor era la mayor fuente de malas decisiones y sufrimiento para la humanidad. Le resultaba inexplicable que la gente creyera que eso era suficiente. ¿Dónde estaba la lógica?

Tomó aire y recurrió a los hechos para pinchar la burbuja de fantasía.

—Papá, te fue infiel y te abandonó. Habéis estado separados durante dos décadas.

—Eso es cierto. Y nunca dije que amarla fuera fácil, o que nuestra relación haya sido una especie de cuento de hadas, pero muy pocas cosas que valen la pena son fáciles. Sé que piensas que el divorcio fue culpa de ella, pero yo también tuve la culpa.

Adeline suspiró.

—No creo…

—Es verdad. Un hijo nunca llega a ver el interior de la relación de sus padres, y probablemente sea mejor así porque verían que son tan humanos como cualquier otra persona. Somos capaces de cometer errores. Grandes errores. Tu madre y yo cambiamos mucho durante nuestro matrimonio.

—Quieres decir que ella alcanzó el éxito y ya no tuvo espacio para ti en su vida.

—Ella encontró su propio éxito, es cierto. Pero yo no lo gestioné bien. Ya no me sentía necesario, ¿sabes? —Esbozó una media sonrisa, mitad desesperada, mitad divertida por su antiguo yo—. Yo había mantenido a tu madre en aquellos primeros años. Gracias a mí, pudo quedarse en casa escribiendo, y me sentía bien por ello. Éramos un equipo. Entonces, su carrera despegó. Era ella quien trabajaba largas horas. Estaba solicitada, viajando por todo el mundo. Sus libros estaban en todas partes. Los estudios se peleaban por los derechos cinematográficos. El dinero llegaba a raudales.

Debería haber estado agradecido por ello, pero en lugar de eso me sentí innecesario.

—¿Innecesario? —dijo ella, frunciendo el ceño.

—Sucede a veces, creo, cuando las personas tienen roles definidos en un matrimonio y esos roles cambian. —Le dio unas palmaditas suaves en el brazo—. Tú sabrás más de eso que yo, por supuesto. No pretendo ser un experto.

Ella tampoco se sentía una experta.

Adeline guardó silencio, pero no fue necesario decir nada porque su padre siguió hablando:

—Desde mi punto de vista, si ella no me necesitaba por mi dinero, quizás no me necesitaba en absoluto. ¿Cuál era mi papel? Las cosas cambian en una relación, y nosotros no cambiamos juntos. No lo llevé bien, sobre todo porque no disfrutaba mucho de mi trabajo, pero saber que este le daba a tu madre libertad para crear me daba un propósito. —Hizo una pausa—. Tu madre tampoco lo llevó bien. No nos comunicábamos adecuadamente. Si pudiera volver atrás, le habría dicho cómo me sentía, pero en aquella época no estaba acostumbrado a hablar de mis sentimientos. No era algo que hiciera. Asumí que ella simplemente lo sabría. Pensé que era obvio, pero no lo era. De haber existido una comunicación fluida entre nosotros, tal vez cuando conoció a Rob aquella noche, ella habría abandonado el bar sin siquiera cruzar palabra con él.

¿De verdad se estaba culpando a sí mismo?

Adeline se mordió el labio y se obligó a escuchar mientras él hablaba.

—Aquellos años después del divorcio fueron duros, pero mantuvimos el contacto, como ya sabes. Y quizás fue algo bueno porque encontré una nueva dirección para mí mismo. Una que me hizo feliz. Y ahora aquí estamos. De alguna manera, encontramos el camino de vuelta el uno al otro. Hemos hablado mucho sobre lo que pasó entonces. Ambos sabemos dónde cometimos un error, dónde tomamos ese giro equivocado. No puedo creer que hayamos llegado a encontrarnos en el mismo punto de nuevo.

Adeline tampoco podía creerlo.

—Desearía que lo pensaras bien.

—Lo he hecho. La vida no siempre te da una segunda oportunidad, Addy, pero cuando lo hace… —Su rostro brillaba de felicidad y satisfacción—. Bueno, no le das la espalda. La tomas. Y eso es lo que estoy haciendo. Estoy eligiendo la felicidad.

La mirada soñadora en sus ojos la preocupaba casi tanto como sus palabras.

Quería sacudirlo y despertarlo.

—Estás eligiendo la miseria y el dolor, papá. Igual que antes. Parece genial ahora, pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que todo empiece a enredarse de nuevo?

—No hay certezas en la vida.

—Creo que esto sí es una certeza. No ha permanecido casada con nadie, papá. —Aunque el padre de Cassie había fallecido, y ni siquiera su madre podía ser responsable de eso.

—Esas relaciones no eran las correctas. Es complicado.

—Pero una de esas relaciones eras tú. —¿Qué tenía que decir para hacerle entrar en razón? No podía soportar aquello. Ya estaba imaginando el futuro: su padre con el corazón roto de nuevo y ella recogiendo los pedazos, mordiéndose la lengua para no decir: «Te lo advertí»—. Me estás pidiendo que me quede de brazos cruzados viendo cómo te lastiman y no puedo. No entiendo cómo puedes pensar siquiera en pasar por esto otra vez. Todo saldrá mal, igual que antes.

—No creo que vaya a ser así. Espero que no, pero, si ocurre, sobreviviré igual que sobreviví la primera vez.

Sintió una presión en el pecho al recordar aquella primera vez. El pánico surgió y amenazó con engullirla.

Quizás él lo había olvidado. Quizás lo había bloqueado. La gente hacía eso con los traumas, ¿no?

—Hubo días en los que no querías ni levantarte de la cama. Estabas en un estado lamentable. —Adeline se sintió cruel al recordárselo, pero debía tomar medidas desesperadas.

—Sí. —Andrew reanudó la marcha, con paso lento para adaptarse al calor—. Y que tú presenciaras aquello es uno de los mayores remordimientos de mi vida.

—No te preocupes por eso, estoy bien. Y no estamos hablando de mí.

—Tú no estás bien —afirmó su padre—. Y tal vez deberíamos hablar de ti. Sé que te preocupas por mí, pero también me preocupo por ti porque sé que lo que viste, lo que presenciaste, te ha afectado profundamente.

Llegaron al camino que conducía al pueblo. A su derecha se encontraba la playa, ya con alguna gente. Una madre frotaba protector solar en las extremidades de un niño pequeño mientras un hombre luchaba con una sombrilla. Había dos mujeres jóvenes en el agua, chapoteando y gritando mientras se sumergían en las tentadoras aguas azul turquesa.

Adeline sintió una punzada de envidia al verlas disfrutar del momento. Fuera lo que fuese lo que estuviera pasando en sus vidas más allá de aquella playa, en ese instante su mundo era alegre y despreocupado.

—¿Por qué te preocupas por mí? Mi vida es estable y predecible.

—Lo sé. Es por eso por lo que me preocupo. —Su padre la miró—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo a pesar de la incertidumbre del resultado?

Adeline observó cómo una madre levantaba a su bebé.

—Nunca hay certeza en la vida.

—Cierto. Pero tú te esfuerzas por eliminarla. Especialmente la incertidumbre emocional. ¿Sigues viendo a ese chico que se niega a conocerme?

Adeline lo miró.

—Se llama Mark. Y no se negó a conocerte. No le avisé con tiempo de que vendrías y en ese momento no pudo ser. —En realidad, Mark prácticamente se había negado a conocer a su padre, pero ella no iba a admitirlo.

Debería decirle a su padre que Mark y ella habían terminado su relación, pero no le gustaba cómo se había desviado el foco de la conversación.

Desafortunadamente, su padre no estaba listo para dejar el tema.

—¿Mark te hace feliz?

Aquella conversación no era sobre su relación con Mark. Se suponía que era sobre la de su madre y él.

—¿Podemos enfocarnos de nuevo en la boda? Ni siquiera sabía que mamá y tú estabais saliendo. No lo mencionaste. —Y esa era una de las cosas que más le dolían. Sus emociones se sentían heridas—. ¿Cuándo comenzó? ¿Cómo?

—Es difícil de decir. Siempre hemos permanecido como amigos, como bien sabes.

Y a Adeline siempre le había resultado complicado entender esa parte. Encontraba toda la historia de su relación difícil de comprender.

—Hay una gran diferencia entre la amistad y una relación romántica.

—Fue algo gradual. Nos vimos con más frecuencia. Supongo que comenzó a cambiar el invierno pasado. Tu madre estaba en Estados Unidos en una de sus giras de libros y, cuando terminó, pasó una semana conmigo en la casa de Cape Cod.

¿Su madre se había quedado con él? Era la primera vez que oía algo al respecto.

Adeline hizo un esfuerzo por recordar aquellos días.

—Te vi después de la gira de mamá. Nunca lo mencionaste.

—En ese momento no había nada que contar. —Hizo una pausa junto a una bonita taberna que tenía mesas con vistas al mar—. ¿Desayunamos?

—Yo… Sí, está bien. —No tenía mucha hambre, pero quería la excusa para pasar más tiempo con él, así que se sentó y esperó mientras él pedía por los dos.

—Probablemente debería haberlo mencionado, pero sabía que te ibas a molestar y preocupar, y en ese momento no sabía si iba a ir a alguna parte. Después de que ella se fuera, nos dimos cuenta de que nos extrañábamos. Y empezamos a hablar por teléfono todas las noches.

—Odias el teléfono.

—Aprendí el arte de la videollamada. —Se veía un poco avergonzado, y Adeline asimiló el hecho de que, por Catherine Swift, su padre había estado dispuesto a adoptar una nueva tecnología.

—¿Ahora tienes un *smartphone*?

—Sí. Tu madre me convenció de que era una buena idea. —Tomó el teléfono del bolsillo de sus pantalones cortos y lo puso sobre la mesa. Y allí, en la pantalla principal, había una foto de su madre. Estaba de pie en la playa de Cape Cod, con el pelo revuelto por el viento y feliz.

Su padre tenía una foto de su madre en el teléfono.

Intentó pasar por alto ese detalle para poder terminar la conversación.

—Pero una vez que lo supiste, y eso debió de ser hace algunos meses, a menos que mamá enviara una invitación de boda hipotética, ¿por qué no nos lo dijiste?

Su padre se reclinó en la silla.

—Era algo que tu madre consideraba importante. Ella quería decíroslo en persona y yo respeté sus deseos. De hecho, estaba de acuerdo en que sería mejor contároslo cara a cara. Quería que pudiéramos tener esta conversación.

Intentó no darle importancia a que hubiera priorizado a su madre por encima de ella.

Intentó mantener la calma y no dejar que las emociones la empujaran en direcciones de las que más tarde se arrepentiría.

Llegó la comida. Trozos de sandía jugosa, cuencos de yogur espeso y cremoso coronados con una generosa espiral de miel dorada y café solo bien fuerte.

Adeline removió la miel en su yogur hasta que quedó veteado de oro.

—¿No hay nada que pueda hacer o decir para que cambies de opinión?

—No quiero cambiar de opinión —afirmó su padre.

Adeline sintió una oleada de profunda desesperación. Iba a hacerlo. Sin importar lo que dijera, iba a casarse con su madre otra vez. Y no podía soportarlo. No podía soportar verlo herido de nuevo. Solo pensar en él destrozado y sufriendo la devolvía a aquella época. El corazón empezó a latirle con fuerza. Tenía los dedos sudorosos sobre la cuchara que sostenía.

Lo conocía mejor que a nadie, pero en ese momento sentía como si no lo conociera en absoluto.

—¿No tienes miedo? —preguntó ella, dejando la cuchara.

—Un poco. Pero no me centro en esa parte.

Adeline deseaba que lo hiciera.

—¿Cómo puedes arriesgarte de nuevo después de lo que pasó la última vez?

—Esperanza y valor. Esas dos cualidades humanas que nos ayudan a vivir una vida plena. Las dos cualidades necesarias para amar de verdad, porque el amor siempre es un riesgo, pero en mi opinión es un riesgo que vale la pena correr. Una vida sin amor es como una ensalada sin aliño. —Se sonrojó y pinchó un trozo de sandía con el tenedor—. Perdón. Tu madre es la que tiene don de palabra, no yo. Y ella es el mejor ejemplo de esperanza y valor que he conocido. A pesar de todo lo que ha pasado, nunca ha tenido miedo de amar y vivir la vida al máximo.

No podía creer lo que estaba oyendo. Su admiración por su madre. Su creencia de que la amaba. No parecía capaz de ver que todo iba a terminar en desastre.

—Desearía que te protegieras.

—¿Protegerme del amor? ¿De la vida? —Andrew dejó el tenedor —. ¿Y qué hago? ¿Me encierro en una habitación y no salgo nunca por si me hago daño? El techo podría caerse. Podría tropezar y caer por las escaleras.

Se movió incómoda porque, por supuesto, eso era exactamente lo que le había pasado al padre de Cassie. Se había levantado para ir al baño por la noche y había tropezado con uno de los zapatos de Catherine. Un desafortunado accidente, un giro del destino y su vida había terminado, dejando a su madre sin marido y a Cassie sin padre.

—¿Y qué hay de Cassie? ¿Has pensado en cómo se sentirá con todo esto?

—Sabía que también sería un *shock* para ella. Requiere adaptación, pero confío en que podamos forjar una relación sólida. Tu madre está hablando con ella ahora, o ese era el plan. Y una vez

que hayamos aclarado las cosas, encontraremos la manera de avanzar como familia. Estamos juntos en este viaje.

Pero no por elección. De ninguna manera habría elegido comprar un billete para aquel viaje en particular.

—Papá…

Él agarró su taza de café.

—Si siempre intentas protegerte, si siempre eliges el camino seguro, imagina todas las experiencias que te perderás.

—E imagina toda la miseria que evitarás.

Andrew bebió un sorbo de café y dejó la taza lentamente.

—¿Ayudaría si te dijera que volvería a pasar por todo ese dolor para disfrutar un día más con tu madre?

Pero no se trataba solo de él, ¿verdad?

Ella también tendría que pasar por ese dolor. Tendría que sufrir y verlo a él sufrir. Y Adeline creía firmemente que no valía la pena.

Estaba claro que algo andaba mal en su padre. O quizás era ella, que simplemente no lo entendía. Todo era desconcertante.

Hablaba de esperanza y valor, pero ¿cuándo la esperanza se convertía en ingenuidad? ¿Cuándo el valor se convertía en estupidez?

—Entonces, ¿ya has tomado una decisión?

Él extendió una mano por encima de la mesa y tomó la suya.

—A veces solo hay que arriesgarse, Adeline. —Le sostuvo la mirada a su hija y ella se movió incómoda.

¿Por qué la miraba de esa manera?

¿Qué estaba insinuando exactamente? ¿Que se estaba perdiendo de la vida por ser cuidadosa y sensata?

Era exasperante que pareciera pensar que ella era quien tenía el problema.

Adeline sintió una oleada de frustración. Normalmente, cuando se sentía así de inquieta, hacía algo práctico. Ir a nadar. Tomar una clase de boxeo. Abrir una aplicación de meditación.

Probablemente necesitaba hacer las tres cosas, porque le quedaba claro que su padre estaba decidido a seguir adelante con la boda y nada de lo que dijera o hiciera iba a detenerlo.

Capítulo 14

CASSIE

El mensaje de su madre apareció en el teléfono unos cinco minutos después de que Adeline hubiera desaparecido hacia el pueblo con su padre:

Acompáñame a hacer yoga en la terraza. ¡Por favor!

Cassie se quedó mirando el teléfono.

Incluso ese día, con sus hijas sumidas en el caos emocional, su madre no se saltaba el yoga. No debería haberle sorprendido. Catherine Swift mantenía una disciplina y una rutina implacables. Hablaba de ese aspecto de su vida en las entrevistas. «¿Cómo crees que he escrito tantos libros?».

Cassie siempre había admirado eso de ella. Era la clave del éxito de su madre. Había aprendido de ella que la inspiración, el talento y la ambición no eran nada sin trabajo duro y compromiso.

Cuando se alojaba en la isla, solía acompañarla a hacer yoga, pero en ese momento no estaba de humor. No estaba segura de su estado de ánimo. Se sentía inquieta. Cansada y herida. También confusa. Su mente era un torbellino, sus pensamientos estaban revueltos y enmarañados después de los acontecimientos de la noche anterior y la conversación con su hermana. Había tenido una imagen muy clara de su pasado, y ahora esa imagen se había vuelto borrosa.

Tenía más preguntas que respuestas. Nada tenía sentido y, dado que la única persona que podía ayudarla a entenderlo era su madre,

sabía que debería terminar con aquella conversación. Una parte de ella deseaba que Adeline estuviera allí y que lo hicieran juntas. Había estado descubriendo cosas sobre su pasado que eran nuevas para ella. Descubriendo cosas sobre Adeline.

Sintió una punzada de culpabilidad porque sabía que su vida había sido más fácil que la de su hermana. Había perdido a su padre, por supuesto, pero no tenía ningún recuerdo de él, así que para ella la pérdida siempre había sido abstracta. No lo echaba de menos como persona, porque nunca lo había conocido como tal. Era más bien que echaba de menos la idea de él. Cuando conocía a los padres de sus amigos, a veces sentía una punzada de envidia y se preguntaba cómo se sentiría poder decir: «Te presento a mi padre». En su graduación, había mirado hacia arriba y había visto el rostro orgulloso de su madre. En ese momento se había preguntado cómo habría sido ver también a su padre allí.

Pero, en general, no se echa de menos lo que nunca se ha tenido. Quizás habría sido diferente si ella y su madre no hubieran estado tan unidas, pero lo estaban. Eran una familia feliz, y se había sentido amada y segura. Las familias venían en todas las formas y tamaños, y el hecho de que la suya fuera más pequeña que otras no significaba que no funcionara bien. Eran una unidad. Un equipo. Un par.

Había tenido suerte. Comparada con su hermana, había tenido una vida tranquila y fácil. Nunca había tenido que soportar el rechazo. Incluso el matrimonio fallido de su madre con Gordon Pelling no había perjudicado su unión.

Nunca había sentido el profundo dolor desgarrador que Adeline había experimentado cuando su familia se había desmoronado. No hacía falta estudiar Psicología para entender el impacto que eso podía tener en alguien.

Se le formó un nudo en la garganta. Si Adeline no se hubiera ido a vivir con su padre, ¿cómo habría sido su vida? Habría crecido con una hermana. Por supuesto, la diferencia de edad siempre habría estado presente y Adeline se habría ido de casa mucho antes que Cassie, pero habrían mantenido el contacto. Tal vez se habrían

vuelto más cercanas a medida que Cassie creciera y la diferencia de edad importara menos.

Su mente voló, imaginando un mundo donde hubiera llamado a Adeline cada vez que le ocurría algo malo. «Suspendí un examen, conocí a un chico…». Y Adeline se habría mostrado tranquila, sabia y reconfortante. Había habido tantas situaciones en las que habría sido reconfortante tener a alguien mayor y más sabio a su lado. Siempre había estado unida a su madre (o eso creía), pero había muchas cosas que jamás se le habría ocurrido contarle. Y tal vez ella también podría haber apoyado a Adeline. Quizás se hubiera ganado su confianza.

Si antes estaba confundida, en ese momento lo estaba aún más, e incluso sentía algo de ira.

¿Por qué su madre no le había contado nada?

Tenía tantas preguntas que hacerle, y sabiendo que Adeline y su padre estaban teniendo su propia conversación íntima, aquel era el momento ideal para hacérselas.

Le dio tiempo a su madre para que terminara su sesión de yoga y luego subió por el camino soleado hacia la villa principal.

Su madre estaba en la terraza, enrollando la esterilla. Llevaba unos pantalones de yoga azul cielo y el pelo recogido en una coleta. Desde esa distancia, podría haber pasado por una mujer mucho más joven.

Cuando se enderezó, vio a Cassie y sonrió.

—Aquí estás. Deberías haberte unido a mí para hacer yoga. Es maravilloso hacerlo a la sombra y con la brisa que viene del mar. Es la forma perfecta de empezar el día.

Cassie sintió una chispa de frustración. Su madre se comportaba como si nada fuera de lo común hubiera sucedido.

—No me apetecía.

—Yo no me pregunto si me apetece. Simplemente lo hago. ¿Se disculpó Adeline? Sé que te disgustó. —Dejó la esterilla de yoga y extendió los brazos—. Dame un abrazo.

Cassie, que en una ocasión normal habría corrido directamente a esos brazos, no se movió.

¿De verdad su madre pensaba que estaba disgustada por su hermana?

—Adeline solo estaba recordando hechos. Tuviste una aventura y te quedaste embarazada. Yo soy ese bebé. —Tragó saliva. Tenía tantas preguntas y no sabía cuál hacer primero. Se sentía mal interrogando a su madre, pero necesitaba respuestas.

—Pensé que quizás podríamos desayunar antes de que… —dijo su madre, haciendo un gesto hacia la mesa.

—No. Quiero hablar de esto ahora. Me dijiste que Andrew y tú no erais el uno para el otro. Siempre me dijiste que papá era el elegido. Que estabas enamorada de él. Eso es lo que siempre he creído.

—Oh, cariño… —Su madre se movió hacia ella, pero Cassie dio un paso atrás.

—Gordon fue diferente. Estabas sola. Vulnerable. Fue un error, me lo dijiste. Pero siempre me dijiste que Andrew también era un error. Entonces, ¿por qué te vas a casar con él otra vez?

—Estás disgustada, y no te culpo. Debería haberte hablado de Andrew antes. Todo esto ha sido un *shock* terrible y lo siento. Me equivoqué en todo, ahora lo veo.

Cassie sintió una oleada de frustración.

—¿Por qué no nos lo dijiste? No es como si te fueras a casar con un extraño. Esto es complicado.

—Por eso pensé que era mejor tener una conversación cara a cara. Y para ser honesta, pensé que Adeline estaría encantada. Adora a su padre y se horrorizó cuando rompimos. Pero veo que fui demasiado optimista.

Cassie pensó en lo que había dicho Adeline: «Ella da vueltas a las cosas para que parezcan como quiere que se vean».

—Está preocupada. —Decir eso era quedarse corta, pero no quería echar más leña al fuego siendo su yo emocional habitual. Aspiraba a ser más como su hermana. Tranquila. Mesurada. Bajo control.

—No tiene motivos para preocuparse, y espero que su padre consiga tranquilizarla. Han salido a dar un paseo. Les vendrá bien tener tiempo a solas para hablar.

Catherine se sentó a la mesa y Cassie dudó un momento antes de unirse a ella, porque permanecer de pie bajo el sol ardiente después

de una noche sin dormir no parecía una buena idea.

—¿Es tan sorprendente que esté preocupada? Tú y Andrew lleváis décadas divorciados. —Miró a su madre. De cerca, vio lo que no había notado desde lejos: ojeras y estrés. Cansancio. Así que quizás no lo estaba llevando tan bien como aparentaba.

—Es cierto —dijo su madre—. La gente tiende a ver las relaciones de forma simplista. Como nuestra relación no funcionó la primera vez, Adeline no puede entender por qué querríamos intentarlo de nuevo.

—Yo tampoco lo entiendo. —No solo sentía la necesidad de defender a su hermana, ella también sentía lo mismo—. Siempre me dijiste que tu matrimonio con Andrew ya estaba acabado cuando conociste a papá. Me dijiste que conocerlo no rompió nada que no estuviera ya roto.

—Eso es cierto.

—Me dijiste que papá fue tu gran amor. Me contaste que él solía narrar la historia de cómo os conocisteis: «Entré en aquel bar a tomar una copa y salí con el amor de mi vida». Dijiste que solo cuando lo conociste te diste cuenta de lo que era realmente el amor. Que compartíais algo tan poderoso que no se parecía a nada que hubieras experimentado antes. —Las historias que su madre le había contado permanecían con ella. Solo con las palabras de su madre, había podido sentir el amor que compartían. Su meta había sido tener algún día una relación exactamente como la de ellos. Todo lo que creía sobre el amor era por sus padres.

—Es cierto. Nunca había experimentado nada parecido. Fue… abrumador. —Su madre sirvió fruta en un cuenco y se lo pasó a Cassie—. Come. Sé cómo sois los estudiantes. Vuestra dieta es básicamente carbohidratos y azúcar.

En realidad, no le importaba lo que estuviera comiendo. La forma de su mundo había cambiado y necesitaba darle sentido.

—Dijiste que te diste cuenta de que Andrew y tú no estabais hechos el uno para el otro. Que os habíais distanciado. Que ya no estabais enamorados.

—Eso también es cierto. Así me sentía.

—Y aun así, ¿estás dispuesta a casarte con él otra vez? —¿Es que su madre no veía la falta de lógica?—. ¿Qué ha cambiado?

No tenía sentido. Tenía la sensación de que se estaba perdiendo algo importante. Era como leer un libro y darte cuenta de que te has saltado una parte enorme de la trama.

—Hemos cambiado —afirmó su madre—. Era muy joven cuando me casé con Andrew. Nuestras vidas eran diferentes entonces. Supongo que se podría decir que crecimos juntos y, mientras crecíamos, también nos distanciamos. Queríamos cosas distintas. De repente, ambos íbamos en direcciones diferentes y nuestra relación ya no funcionaba. Pasa todo el tiempo. Pero que una relación termine no significa que fuera un error. No me arrepiento de haberme casado con Andrew. Y él y yo ya vivíamos separados cuando conocí a tu padre.

Aquiles apareció, moviendo la cola mientras se acercaba a ella y luego saltó a su regazo.

Cassie lo acarició, sintiendo el reconfortante calor de su cuerpo a través de los pantalones cortos.

—Entonces, ¿sí lo amabas?

—Los gatos no pueden estar en la mesa cuando comemos. Ya lo sabes.

—No cambies de tema. —Cassie siguió acariciando al gato, con los dedos hundidos en la suavidad del consuelo felino.

—¿Qué? Preguntabas por tu padre. —Su madre removió el café lentamente—. Ese hombre podía hacer que los pájaros bajaran de los árboles. Tenía la sonrisa más cautivadora e irresistible. Estar con él era la sensación más intensa, vertiginosa y absorbente… Ni siquiera puedo describirla. —Dejó la cuchara—. Me hacía sentir adorada.

Había escuchado esa parte tantas veces. Había escrito sobre ello.

«Me hacía sentir adorada».

Había usado esa frase exacta en su libro.

Pero aun así…

—Si no hubiera muerto, ¿crees que seguiríais juntos?

El aire vibraba con calor y tensión.

O quizás Cassie era la única que sentía la tensión. Tenía tanto miedo a escuchar la respuesta a esa pregunta.

Catherine señaló el cuenco de su hija.

—Come algo. El zumo está recién exprimido de las naranjas de nuestros propios árboles y la miel es de nuestras colmenas. Maria dice que es la mejor que hemos tenido nunca.

O su madre no había oído la pregunta o había decidido ignorarla.

—¿Papá y tú seguiríais juntos?

—Vaya, hoy estás haciendo muchas preguntas difíciles. Estoy segura de que sí. Aunque, por supuesto, es imposible asegurarlo. —Su madre sirvió zumo de naranja en los vasos y el líquido se arremolinó alrededor de los cubitos de hielo, brillante como el sol—. Está delicioso. Tienes que probarlo.

—¿Alguna vez te arrepentiste de dejar a Andrew?

Su madre dio un sorbo al zumo.

—¿Por qué iba a arrepentirme? Estaba con tu padre. Te tenía a ti.

—¿Te habrías casado con mi padre si no hubieras estado embarazada, o la aventura se habría acabado apagando?

—Cassie…

—¿Se alegró papá cuando le dijiste que estabas embarazada?

Su madre dejó el vaso, ya sin sonrisa.

—Esto empieza a parecer un interrogatorio.

Pocas veces habían intercambiado una palabra más alta que otra. Sus conversaciones solían ser animadas, pero casi siempre alineadas. Ahora, sin embargo, había un tira y afloja de antagonismo. Su madre intentaba proteger sus secretos y Cassie intentaba descubrirlos.

—Creo que tengo derecho a algunas respuestas.

—Por supuesto que sí. ¿Cuál era la pregunta? ¿Si tu padre se alegró de que estuviera embarazada? —Su madre vertió miel sobre un cuenco de yogur cremoso y tomó una cuchara—. Sí. Puedo decir honestamente que estaba encantado.

Cassie se sintió aliviada.

—Así que le gustaban los niños.

—Te quería muchísimo, Cassie. Eras su orgullo y su alegría.

—Entonces, si le gustaban los niños, ¿por qué enviaste a Adeline lejos?

La cuchara se deslizó de los dedos de su madre y repiqueteó contra el suelo. Asustado por el ruido, Aquiles saltó del regazo de Cassie, dejando marcas de las garras en sus muslos mientras se lanzaba a buscar refugio.

—Vaya, qué torpe soy. —Catherine se agachó para recoger la cuchara. Cuando se incorporó, tenía las mejillas sonrojadas—. No la envié lejos. Como todo, fue complicado. Adeline echaba de menos a su padre. En aquella época yo pasaba la mayor parte del tiempo en Corfú, y pensamos que ella estaría mejor en Londres, en la casa que conocía, con sus amigos. Había que pensar en su educación. Creímos que sería lo mejor.

Adeline no había pensado lo mismo, pero al parecer no se lo habían consultado.

Su madre tomó una cuchara limpia.

—No sé por qué nos centramos en el pasado. Lo que importa es el presente. Hablemos de eso.

Cassie estaba dividida. Era evidente que a su madre le resultaba doloroso hablar de su padre, lo que sin duda significaba que su amor había sido profundo y real.

Aun así, había algo en aquella situación que no tenía sentido.

Su madre la miró.

—Andrew es un hombre maravilloso. Creo que acabarás adorándolo, si te tomas el tiempo de hablar con él para conocerlo.

Ese no era el punto, ¿verdad?

—¿Y qué siente él por mí? —¿Acaso su madre no veía lo incómoda que era esa situación para ella?

—Está deseando pasar tiempo contigo. Es un hombre entrañable, divertido y generoso, Cassie. No encontrarás a nadie mejor.

«Entonces, ¿por qué lo dejaste?».

—Si papá no hubiera muerto, ¿te habrías divorciado de él y te habrías vuelto a casar con Andrew?

—Estás haciendo todo esto más complicado de lo necesario. —Su madre era obstinada, pero Cassie descubrió que cuando había algo importante en juego, ella también podía serlo.

—Intento entender.

—Es imposible saber qué habría pasado en esa situación. Ninguno de nosotros puede ver el camino que no recorremos. —Su madre dejó la cuchara y abandonó la comida—. Las relaciones son complicadas, por eso he conseguido hacer carrera escribiendo sobre ellas. Si fueran simples, predecibles y siempre siguieran igual, solo habría una historia que contar y no habría tenido la carrera que he tenido. La razón por la que puedo escribir libro tras libro es porque no hay dos personas iguales. —Su madre se inclinó hacia delante—. Y tampoco hay dos relaciones iguales, incluso cuando se trata de las mismas dos personas. Nadie permanece igual durante toda su vida. Todos somos moldeados por las experiencias que vivimos. No soy la misma persona que era cuando estuve casada con Andrew la primera vez. Él tampoco es la misma persona.

Cassie pensó en Adeline y en su forma de vivir. Segura. Protegida. Sus experiencias infantiles la habían moldeado hasta convertirla en la persona que era.

Sintió una punzada al pensar en su hermana.

—Entonces, ¿casarte con mi padre no fue un error? —Necesitaba saberlo. Necesitaba creerlo. Porque, de lo contrario, ¿qué decía eso de ella? Que también era un error.

—¿Cómo podría haber sido un error? Te tuve a ti. Y tu hermana y tú sois las dos cosas más importantes de mi vida. Venga, vamos a desayunar o acabaremos ofendiendo a Maria dos veces en veinticuatro horas, y no queremos hacer eso.

Cassie se sirvió un vaso de zumo. Había hecho sus preguntas y su madre las había respondido. O al menos a la mayoría. Sus respuestas tenían sentido. Por supuesto, la gente cambiaba. Por supuesto, era teóricamente posible dejar de amar a una pareja y volver a enamorarse. Complicado pero posible.

Debería sentirse mejor con todo. Debería sentirse tranquila.

Entonces, ¿por qué no podía quitarse la sensación de que su madre le ocultaba algo?

Capítulo 15

ADELINE

Adeline caminó hasta el final del embarcadero, pasando junto al barco de su madre, que se mecía silenciosamente sobre el agua cristalina, con su pintura azul verdosa brillando bajo el sol ardiente.

Respiró hondo y despacio. «Calma, calma, calma».

El sol abrasaba y sus pantalones cortos de lino, que en la villa le habían parecido frescos, se le pegaban a los muslos. Su camiseta holgada se sentía como un abrigo de piel.

Se quitó el sombrero y se apartó la melena de la nuca. Allí, justo al borde del océano, una suave brisa aliviaba el calor casi opresivo.

Su padre había regresado a la villa, aparentemente incapaz de estar separado de Catherine más de una hora. La había instado a unirse a ellos, pero Adeline le había dicho que necesitaba revisar sus correos y enviar su columna de la doctora Swift. Lo cual era cierto.

También necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos.

La conversación no había ido como esperaba. Nada de lo que había dicho hizo que su padre cuestionara lo que estaba haciendo. Creía que la vida le estaba dando una segunda oportunidad y estaba decidido a aprovecharla. La boda seguiría adelante.

Estaba cometiendo un error, eso era obvio, y sin embargo parecía pensar que ella era quien tenía el problema.

Adeline relajó los músculos y cerró los ojos.

—No voy a gritar.

—Grita si lo necesitas. No te preocupes por mí. —Un hombre emergió del barco. Su pelo oscuro estaba alborotado por la brisa y se limpiaba los dedos con un trapo. Tenía una mancha de aceite en la mejilla y también en el hombro de su camiseta. Él se quedó parado en la cubierta, con sus pantalones cortos y las piernas separadas para mantener el equilibrio ante el suave balanceo del barco. Parecía alguien que se sentía muy cómodo en el agua.

Adeline estaba mortificada porque hubiera presenciado lo que ella pensaba que era un momento privado.

—No me había dado cuenta de que había alguien en el barco.

—Estabas pensando en tus cosas. ¿Un mal día?

Las defensas de Adeline volvieron a estar en guardia. No iba a compartir sus emociones más profundas con un extraño.

—Todo está bien. Es un buen día.

—¿Sueles gritar cuando tienes un buen día?

Él bajó del barco de un salto y ella retrocedió por instinto.

No quería compañía. Deseaba que se quedara en el barco y continuara con lo que estuviera haciendo, que la dejara continuar con…

¿Con qué?

—No estaba gritando.

—Pero querías gritar. No te contengas por mí. No es la primera vez que te veo alterada. —Se metió el trapo que sostenía en el bolsillo de sus pantalones cortos y ella lo miró fijamente.

—No tengo ni idea de qué… —Adeline estudió su rostro, observando el pelo negro como el de un cuervo, aquellos pómulos angulosos y la sonrisa que curvaba su boca y arrugaba las comisuras de sus ojos. Había algo familiar en el ángulo de esa sonrisa. Un recuerdo se agitó en su interior—. ¿Stefanos?

La sonrisa de él se ensanchó.

—No sé si ofenderme porque no me hayas reconocido o sentirme halagado. Me quedaré con lo segundo, porque nadie quiere verse como cuando tenía doce años. Tú también has cambiado, por cierto.

—No esperaba… Oh, me alegro de verte. —Ella dio un paso adelante y se detuvo justo a tiempo. ¿En qué estaba pensando?

¡Casi lo abraza! Debía de sentirse peor de lo que creía—. Mi madre mencionó que estabas aquí, pero no…

—Estabas centrada en otras cosas. —Hizo una pausa—. Has venido por la boda. Debe de ser un poco extraño dadas las circunstancias. ¿Cómo te sientes al respecto?

«Enferma. Estresada. En pánico».

Se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Es emocionante —respondió Adeline—. Me alegro mucho por ellos.

—¿Sí? —La mirada de Stefanos se encontró con la de ella y vio la compasión en sus ojos—. ¿Por eso paseabas por el embarcadero buscando un lugar para gritar?

Quizá no era del todo sorprendente que no la creyera, dado que había presenciado su reacción al divorcio de sus padres. Fue la primera vez que descubrió el verdadero poder de la amistad. El incomparable consuelo de tener a alguien de tu lado. Alguien que se preocupaba y te comprendía.

—Fue un *shock* —admitió ella—. Aún lo estoy asimilando.

—¿Un *shock*? —Él frunció el ceño—. ¿No lo sabías? ¿No te lo dijeron?

—No hasta anoche. Al parecer, mis padres pensaron que el mejor plan era esperar y decírnoslo en persona.

Él murmuró algo en griego y ella sonrió porque, aunque su conocimiento del idioma era limitado, entendió lo que había dicho.

—Exacto. Nos reunimos en la terraza para cenar y entonces mi madre hizo aparecer a mi padre como si fuera un truco de magia. La gran revelación. Se suponía que debíamos aplaudir, pero las cosas no salieron exactamente así.

Él le dirigió una mirada comprensiva.

—Empiezo a entender por qué sientes la necesidad de gritar.

—No sé por qué te estoy contando esto —dijo avergonzada.

—Tal vez porque una vez fuimos buenos amigos y nos lo contábamos todo. No somos extraños, Addy. —El afecto en su mirada y el uso de su apodo de la infancia removió algo en su interior.

El mundo se inclinó.

Adeline se sintió como si hubiera perdido el equilibrio.

—¿Y tú qué tal? Mi madre mencionó que te habías mudado aquí de manera permanente.

—Me mudé el verano pasado, después de que muriera mi padre. —Se percibía una sombra de dolor detrás de su sonrisa.

—Siento lo de tu padre. —Y ahora tenía otro motivo para sentirse avergonzada—. Debería haberme puesto en contacto contigo.

—¿Cómo? Perdimos el contacto, aunque no estoy seguro de por qué sucedió. —La mirada de él se detuvo en la de Adeline y ella casi se quedó sin aliento.

—Éramos solo niños. Yo tenía ocho años cuando nos conocimos. Tú tenías diez.

—Pero durante dos años fuimos los mejores amigos.

«Los mejores amigos».

A los ocho años, ella había estado lidiando con el caos y él había estado a su lado. Habían trepado juntos por las rocas. Nadado en las aguas poco profundas de la playa bajo la casa de su madre. Él le había enseñado algunas palabras en griego y le había tomado la mano mientras exploraban algunos de los senderos a lo largo de la hermosa costa. Había sido lo único predecible en su mundo que cambiaba rápidamente.

Apartó el recuerdo. No tenía sentido ponerse sentimental por algo que había sucedido hacía tanto tiempo.

—¿Cómo está tu madre? Aún no la he visto. —Adeline sintió una punzada de culpabilidad al pensar en lo duro que probablemente había trabajado Maria para preparar la cena que no habían comido, aunque al final ella y Cassie habían tomado algo, por supuesto. No en una mesa con cubiertos y manteles recién planchados, sino tranquilamente sobre sus regazos, en la playa, como dos niñas escapándose para tener un festín de medianoche.

—Sobrevive. Ha sido duro para ella. Mis padres habían estado juntos durante más de treinta años, lado a lado en todo. Perderlo ha sacudido toda su vida. Es un gran cambio. —Hizo una pausa—. Catherine ha sido un apoyo maravilloso. Están muy unidas. Ha estado al lado de mi madre durante todo este tiempo. Fue ella quien me llamó cuando llevaron a mi padre al hospital. Me mantuvo

informado durante todo mi viaje desde Canadá y se quedó con mi madre todo el tiempo hasta que llegué.

—No lo sabía.

Recordó el mensaje que le había enviado su madre.

Kostas ha muerto de manera repentina este fin de semana.

Había sentido una punzada de tristeza porque guardaba buenos recuerdos de Kostas, y entonces había pensado en Stefanos y se había preguntado cómo estaría su viejo amigo. Pero no se había puesto en contacto. Habían pasado veinte años. Se había dicho a sí misma que sus palabras probablemente no traerían consuelo, pero se había mentido. La verdad era que pensar en Stefanos la llevaba de vuelta a aquella época.

Adeline se arrepentía de no haberlo contactado personalmente en lugar de enviar un mensaje de condolencia a través de su madre.

Stefanos la observaba.

—¿Por qué no nos sentamos un rato? —propuso él, señalando el banco al final del embarcadero donde a veces Catherine se sentaba con un cuaderno y escribía sus libros sin que nadie la molestara.

Había pensado que quería estar sola, pero se dio cuenta de que no era así y caminó hasta el final del embarcadero para sentarse.

Stefanos tomó una botella de agua del barco y se unió a ella.

—¿Sabías que Catherine canceló una gira de promoción para poder estar cerca de mi madre? Se negó a separarse de ella.

Aquello no sonaba propio de su madre. Catherine Swift nunca permitía que nada se interpusiera en su trabajo. Cuando se trataba de algo relacionado con su escritura, era una máquina.

Los recuerdos la atravesaron, agudos e incómodos.

¿Cuántas veces le había suplicado de niña? «No te vayas. Por favor, quédate». Y su madre había respondido: «Este es mi trabajo, cariño, y tengo responsabilidades. No querríamos decepcionar a la gente, ¿verdad?».

Cuando Adeline había estado enferma de varicela la semana antes de una gira por Estados Unidos, su madre se había mantenido alejada para no contagiarse antes del viaje. Había sido su padre quien la había consolado en su picazón y miseria. Y entonces había llegado Cassie y su madre no se había separado de ella. Había dicho

que era imposible hacer una gira con un bebé y Adeline se había preguntado por qué había sido tan fácil para su madre dejarla a ella y tan imposible dejar a su hermana pequeña.

¿Qué le faltaba a ella?

Solo después de que el padre de Cassie muriera, había vuelto a hacer giras, aparentemente feliz de dejar a Cassie al cuidado de Maria. Aquello le había parecido un poco extraño a Adeline, pero para entonces hacía tiempo que había renunciado a intentar entender a los adultos.

Y ahora Stefanos le decía que su madre había cancelado una gira por Maria. Tenía que estar equivocado.

—Te refieres a que canceló una firma de libros.

—No. Toda la gira —aclaró él—. Solo permitió que la reprogramaran cuando le aseguré que había vuelto definitivamente y que no me iría. Su lealtad hacia mi madre es extraordinaria. Su amistad es inspiradora.

Su calidez y gratitud chocaban con sus sentimientos actuales hacia su madre.

Al parecer, Catherine estaba siempre para todos los demás. Recogía a Cassie del aeropuerto, apoyaba a Maria…

No debería sentirse herida ni celosa. Ya había superado la etapa de necesitar apoyo y atención de su madre. Si acaso, era bueno saber que ella era capaz de ofrecer consuelo.

—Me alegro de que la ayudara. Y realmente siento que perdieras a tu padre. Era un hombre encantador. —Había envidiado la vida familiar estable de Stefanos y la relación cercana y cariñosa entre sus padres—. Así que volviste a casa y te quedaste, en lugar de regresar a Canadá.

El aire era un poco más fresco allí, junto al mar, y al mirar hacia abajo vio un banco de pequeños peces deslizarse por el agua cristalina.

Se sentía más tranquila, aunque no estaba segura de si se debía al efecto tranquilizador del cielo sin nubes y el océano resplandeciente o a estar con Stefanos.

Siempre le había resultado una compañía agradable.

—Había tanto que resolver —dijo él, estirando las piernas—. Cuando no estaba ocupado con el papeleo y cuidando de mi madre, estaba arreglando los barcos. Los reparé con la intención de venderlos, pero entonces salí a navegar en uno de ellos y eso fue todo.

—¿El qué fue todo? —Adeline sintió el sol quemándole una mejilla y ajustó el ángulo de su sombrero.

—El momento en que decidí que no iba a vender nada. Quería dirigir el negocio. Nadie se sorprendió más que yo. —Miró hacia el agua—. Mientras crecía, no podía esperar para irme de este lugar. No dejaba de pensar en todas las cosas que me estaba perdiendo ahí fuera. Tenía hambre de cualquier cosa que no fuera lo que ya tenía.

—Es natural querer explorar.

—Puede ser. Y no me arrepiento de haberme marchado, porque solo probando cosas diferentes descubres lo que es importante y lo que realmente quieres. Pero la gente cambia, ¿no crees? La vida pasa y tienes experiencias, buenas y malas, y descubres que las cosas que más te importaban ya no importan nada, o que el lugar donde pasas el tiempo no es donde quieres estar. Empiezas a apreciar cosas que antes no apreciabas. —Le dirigió una sonrisa de disculpa—. Y esa ha sido demasiada información para soltarle a alguien que no he visto en dos décadas. No sé por qué te he contado todo esto.

—Porque una vez fuimos mejores amigos —respondió ella—, y porque lo entiendo. Me alegro de que me lo hayas contado.

—Sí, bueno… —Desenroscó el tapón de la botella de agua—. Siempre fue fácil hablar contigo. Eso no ha cambiado. —Le ofreció agua, pero ella negó con la cabeza.

—Estoy bien, gracias. Siempre te encantó el mar. Eso tampoco ha cambiado. No es tan sorprendente que hayas vuelto. —Recordó verlo descalzo y bronceado, zambulléndose en el mar sin dudarlo. Trabajando en la cubierta del barco de su padre o lanzando una pesada ancla por la borda—. Casi todos mis recuerdos contigo tienen el mar de fondo.

—No me di cuenta de cuánto lo echaba de menos hasta que volví. Si me hubieras preguntado si era feliz con mi vida en Canadá, habría dicho que sí. Tenía un gran apartamento, un trabajo bien pagado en el que era bueno. Iba a la oficina, trabajaba, salía con amigos. Era predecible.

—¿No te gusta lo predecible?

Pensó en su propia vida y en lo mucho que había trabajado para que fuera exactamente así. Lo predecible era su estilo de vida preferido.

—No creo que me hiciera esa pregunta hasta que perdí a mi padre —confesó Stefanos—. Entonces, me di cuenta de que a veces la forma en que vives tu vida se debe más a la costumbre que a la elección. Pocas veces te detienes a preguntarte si es así realmente como quieres pasar tu tiempo, o si lo haces, lo descartas porque estás metido en tu carrera y los humanos estamos programados para preferir la certeza. ¿Y por qué renunciar a eso por algo incierto?

Exacto. ¿Por qué? Adeline sintió que su corazón latía un poco más rápido.

—Pero tú lo hiciste.

—Sí, pero solo porque me vi forzado. Si mi padre no hubiera muerto, sin duda, seguiría en Canadá sentado en mi escritorio o yendo a otra reunión. Y eso da miedo, porque por fin siento que estoy exactamente donde quiero estar. No me gusta la idea de haber llegado aquí por accidente.

Ella sintió una punzada de algo que podría haber sido envidia.

—¿No tienes planes de volver?

—Ninguno. Ahora soy el propietario oficial del negocio de mi padre.

—¿En qué consiste? ¿Llevas a turistas? ¿Eres el patrón?

—A veces, si es lo que quieren. —Volvió a enroscar el tapón de la botella—. La mayoría quiere tomar el barco por su cuenta y, siempre que estén dispuestos a seguir mis normas de seguridad y no parezca que van a festejar sin control y ahogarse, se lo permito. Tengo un yate y cinco lanchas rápidas de alquiler. Y mi propio barco, que uso como bote de rescate. —Su mirada se encontró con la de ella—. ¿Recuerdas cuando tomamos el barco de mi padre juntos?

Adeline se sintió culpable.

—¡Se enfadó tanto! —Era algo en lo que ella no había pensado en años—. Te castigaron una semana, mi padre te gritó y me sentí terrible porque lo habías hecho por mí.

—Los asustamos —dijo él—. Solo tenías ocho años. Si hubiera sido tu padre, también me habría gritado. Pero en ese momento parecía lo correcto. Todo lo que sabía era que la vida se sentía mejor cuando estaba en el agua. Estabas disgustada y pensé que también te haría sentir mejor.

—Me hizo sentir mejor.

Adeline pensó en aquella tarde. Sus padres le habían dicho que ya no iban a vivir juntos. Que su madre se iba a casar con otro. Que iba a tener un hermano.

Había huido, tratando de escapar de ese cambio en su vida. Había ido directamente a buscar a Stefanos, que se ganaba algo de dinero fregando la cubierta del barco de su padre.

Había sido idea suya salir al agua para poder tener tiempo de pensar y asimilar sin que un adulto intentara razonar con ella. Él había accedido sin dudarlo.

Había permanecido temblando en el bote mientras Stefanos lo llevaba por la costa. Recordaba su expresión de concentración y sus delgados brazos y piernas tensándose por el esfuerzo necesario para mantener la embarcación estable. Había dirigido el bote hacia una de las calas resguardadas que salpicaban la costa y apagado el motor.

Le escocían los ojos de tanto llorar y notaba la brisa fresca contra su piel dolorida. Recordaba cómo la había escuchado y le había apretado la mano en un consuelo silencioso. Podría haberse preguntado cómo era capaz de recordar algo que había sucedido hacía tanto tiempo, pero sabía que la bondad solía permanecer en una persona, y Stefanos le había mostrado tener un gran corazón.

Él le lanzó una mirada pensativa.

—¿Qué vas a hacer el resto de la mañana?

—¿Perdón?

—Soy mejor marinero que cuando tenía diez años, pero algunas cosas no han cambiado. La vida sigue pareciendo mejor en el agua.

Cuando siento la necesidad de gritar, suelo sacar el bote. Unas horas lejos de todo, sintiendo el sol en la cara y el viento en el pelo, calman la mente, en mi opinión.

«¿Navegar? ¿Ahora mismo?».

No podía hacer eso. Sería como huir, y ya no tenía ocho años.

—No puedo, pero gracias.

—¿Por qué no?

—Necesito hablar con mi madre. —Y después de cómo había ido la conversación con su padre, la idea de repetirla con su madre le revolvía el estómago.

—Siempre he pensado que, cuando estás alterado, es mejor tomarse un tiempo antes de tener conversaciones difíciles.

—Es cierto. Pero también tengo trabajo que hacer. Seguro que tú también.

—Mi trabajo es sacar el bote, comprobar que todo está bien. —Miró la embarcación y luego a ella—. Me vendría bien algo de compañía.

La tentación tiraba de ella, pero intentó ignorarla. Sus emociones estaban demasiado inestables. Ya le había contado demasiado. Como un bolso que se había quedado abierto, derramando su contenido, no estaba segura de qué más podría salir. Necesitaba tiempo para calmarse.

—Tengo una fecha límite.

—¿Seguro que la gente no puede manejar sus propios problemas durante un par de horas, doctora Swift?

La curiosidad de Adeline se despertó.

—¿Sabes a qué me dedico?

—Tu madre me lo contó. Está orgullosa de ti y de todo lo que has logrado.

—¿Habla de mí?

—Todo el tiempo. Tiene varios archivos llenos de todo lo que has escrito. Imprime las páginas para poder leerlas cuando le apetece. Y las comparte con mi madre, que luego las comparte conmigo. —Stefanos parecía sorprendido por la reacción de ella—. ¿No lo sabías?

—No. —Era toda una revelación saber que su madre guardaba un archivo de su trabajo. Que hablaba de ella. Que estaba orgullosa.

—Siempre es embarazoso cuando un padre presume de ti. Mi madre lo hace. Su presentación estándar en este momento es: «Este es mi hijo, tiene casa propia y está soltero».

—Vaya —dijo Adeline, entre carcajadas. Era la primera vez que se reía de verdad desde que había llegado a la isla.

—Exacto… —Él extendió las manos—. Según mi madre, cualquier cosa que logres en la vida no vale nada si no tienes familia. Estás mirando a un fracasado. —Parecía relajado, satisfecho y muy lejos de ser un fracasado.

El sol abrasaba y ella se quitó el sombrero para dejar que la brisa le refrescara la cabeza. Pensó en la conversación con su padre y sus comentarios sobre Mark.

—Es curioso que, sin importar lo que hagamos, nuestros padres nos midan por el éxito de nuestras relaciones románticas.

—¿A ti también? —Stefanos le dedicó una sonrisa comprensiva—. Sean cuales sean las limitaciones de mi vida romántica, se me dan bien los barcos. Sal conmigo unas horas. El trabajo puede esperar. ¿Cuándo es tu fecha límite?

—Las cuatro de esta tarde. —Lo miró y después echó un vistazo por encima del hombro al barco, que se mecía en la superficie del agua con la pintura reluciente, de un brillante color aguamarina bajo la intensa luz.

El mar centelleaba y, más allá del embarcadero, la costa se extendía tentadora en la distancia. Pensó en las playas, las calas escondidas, la brisa y la espuma del agua salada contra su piel.

Él consultó su reloj.

—Prometo traerte de vuelta a las dos. Estoy seguro de que, sean cuales sean los problemas que debas resolver para ellos, podrás hacerlo en dos horas. Si quieres, podemos redactar las respuestas juntos en el barco.

Ella sonrió.

—¿Quieres dar consejos sobre los problemas de otros?

—¿Por qué no? Nadie tiene por qué seguirlos. Probablemente solo diré que vengan a Grecia y todos sus problemas se desvanecerán.

«Si todo fuera tan sencillo».

En ese momento, su teléfono emitió un pitido y apareció un mensaje de su madre:

Reúnete conmigo en la terraza.

El momento de alegría se esfumó. Era como si el mundo la estuviera poniendo a prueba, presentándole dos opciones: lo que quería hacer y lo que sabía que debía hacer.

Se quedó mirando el teléfono, deseando que el mensaje desapareciera para no tener que hacer nada al respecto.

—Mi madre quiere hablar conmigo.

—Pero no estás preparada para hablar con ella.

—No estoy segura de que llegue a estarlo en algún momento. —Guardó el teléfono en el bolsillo y se puso de pie, con el ánimo por los suelos—. Me alegro de haberte visto, Stefanos.

—Espera… —Él también se levantó—. ¿Crees que podrás mantener una conversación tranquila y productiva con tu madre sintiéndote así? Quizá necesites tener esa conversación, pero puedes elegir cuándo tenerla.

Su elección.

Aquello le hizo pensar en Mark y sintió que la tensión la invadía.

—Probablemente pienses que soy una tonta por haber vuelto a casa.

—¿Por qué iba a pensar eso? —dijo él, frunciendo el ceño—. Es tu familia. Por supuesto que tienes que estar aquí. La familia puede ser exasperante, irritante y confusa, pero eso no significa que debas abandonarla. No es que mi opinión deba importarte, pero creo que haces bien en estar aquí. Son las personas que amas. El hecho de que la situación sea difícil de manejar no cambia nada. Pero eso no significa que no puedas cuidar también de ti misma.

No pensaba que fuera tonta por estar allí. No pensaba que estuviera tomando malas decisiones.

Miró su rostro y después hacia la villa.

Imaginó a su madre sentada a su mesa favorita de la terraza, esperando.

Stefanos tenía razón. La conversación sería mejor si antes tenía la oportunidad de calmarse.

Sacó el teléfono del bolsillo y respondió al mensaje:

Me reuniré contigo para el té a las cuatro.

Presionó enviar, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo y tomó aire para calmarse.

—Hagámoslo ahora mismo, antes de que cambie de opinión.

Regresó al barco, subió a bordo y observó cómo él desataba la cuerda.

—Supongo que no sueles ser espontánea últimamente —dijo él, subiendo al barco y provocando que se balanceara.

—Nunca —respondió ella, manteniendo el equilibrio—. Soy una planificadora.

Él arqueó una ceja.

—¿Qué pasó con aquella chica que me incitaba a robar el barco de mi padre?

—Tomar prestado —corrigió ella—, no robar. Íbamos a devolverlo. —Pero era una pregunta interesante. ¿Qué había pasado con aquella chica?—. Creo que tuvo demasiado de lo impredecible.

Él asintió.

—Así que ahora intentas controlarlo todo.

—En la medida en que la vida puede controlarse, sí. Según mi padre, es un rasgo que está arruinando mi vida. Al parecer, no son ellos los que están siendo imprudentes y actuando de forma ilógica, a pesar del hecho innegable de que decidieron que no podían vivir juntos la última vez. Soy yo. —Adeline se acomodó en el asiento y se aseguró el sombrero. El barco se mecía en el agua y el cielo era una vasta franja de azul brillante—. Esta mañana, mi padre se empeñó en que mis prioridades son las equivocadas y que necesito replantearme mi forma de vida.

En lugar de arrancar el motor, él se sentó frente a ella, prestándole toda su atención.

—Empiezo a entender por qué sentías la necesidad de gritar.

—Exacto. Pero ya he dicho más que suficiente. No debería estar hablando de esto.

—¿Por qué no? Hubo un tiempo en que nos lo contábamos todo.

El viento agitó su sombrero y ella lo sujetó con la mano para evitar que volara por el agua.

—Éramos niños. No es lo mismo.

—No creas. Sé cosas sobre ti, doctora Swift. —Arrancó el motor y alejó el barco del muelle—. Cosas grandes. Cosas pequeñas. Podría hundirte.

—¿Ah, sí? —Eso la hizo sonreír—. ¿Qué información privilegiada crees que tendría el efecto más devastador en mi carrera?

Stefanos aumentó la velocidad y se dirigió hacia la bahía.

—Es difícil. —Él mantuvo las manos en el timón y la mirada al frente—. Aquella vez que rompiste el reloj de tu padre y lo enterraste en la arena para que no se enterara.

—Lo desenterré después.

—¿Y qué me dices de cuando dejaste que aquel gato callejero durmiera en tu habitación porque te dio pena?

—Destrozó la habitación. —Gimió al recordarlo—. Fue horrible. Le dije a mi madre que debió de haberse colado por la ventana mientras dormía. —Había tenido la necesidad de consuelo. Se sentía tan sola y abandonada como aquel gatito—. ¿Crees que debería añadir eso a mi currículum en el apartado de experiencia vital?

—Creo que podría darte ventaja. Aunque creo que no deberías mencionar que cuando estás estresada gritas.

—No grité.

—Estabas a punto de gritar. El aire ya estaba en tus pulmones, listo para salir. No se oyen muchos gritos por aquí, aunque yo a veces chillo si el agua está muy fría. Es probable que te haya salvado de un interrogatorio intrusivo por parte de la Policía griega. De nada.

Sus bromas eran un bálsamo, y sintió que parte de la tensión la abandonaba.

—Lo único que quería de esa conversación con mi padre esta mañana era entender. —No era del todo cierto, claro. Lo que realmente quería era que su padre cambiara de opinión. Que la mirara desde el otro lado de la mesa y dijera: «Lo siento, Addy, fue un momento de locura, pero ya se acabó. Tienes razón. Esto nunca podrá funcionar»—. Esperaba una explicación racional de cómo algo que no funcionó hace años podría funcionar ahora.

Stefanos la miró.

—¿Y te la dio?

—No. —Adeline frunció el ceño—. Bueno, dijo que se trataba de amor. Como si eso lo explicara todo. Como si eso fuera suficiente, aunque presumiblemente ya habían sentido amor antes, pero no había sido suficiente para que averiguaran cómo estar juntos. Parece pensar que soy yo la que se comporta de forma extraña por no creer en el poder curativo y omnipotente del amor.

Stefanos dirigió el barco por la costa, dejando tras ellos una estela plateada y brillante.

Después de unos minutos, redujo la velocidad y condujo el bote hacia una pequeña cala accesible solo desde el agua.

Los acantilados se hundían abruptamente en el mar a ambos lados, formando una herradura. Una franja de arena blanca y dorada se acurrucaba en la punta. El mar resplandecía, deslumbrante bajo la luz del sol.

Stefanos apagó el motor y en ese momento los únicos sonidos que se oían eran los del agua golpeando los costados del bote y el suave rumor de las olas al romper en la playa.

—Había olvidado lo hermoso que es esto. —Adeline se inclinó para rozar con los dedos las aguas cristalinas. Muy abajo, diminutos peces se movían entre las rocas. El aire era salado, y sintió la brisa fresca acariciar su piel acalorada.

—Es uno de mis lugares favoritos. Y siempre está tranquilo. No hay acceso desde los acantilados ni desde la carretera, y la aproximación es complicada, así que solo vienen los lugareños. —Tomó el ancla de la proa y la arrojó por la borda—. Entonces, ¿no crees que tus padres se amen?

Adeline retiró la mano del agua.

—No lo sé, pero creo que confiar en el instinto y la emoción es una forma poco fiable de tomar una de las decisiones más importantes de tu vida. Si más personas aplicaran la lógica a la elección de pareja, habría menos divorcios.

—¿Lógica?

—La gente se centra demasiado en el romance y no lo suficiente en aspectos prácticos. Es importante identificar tus valores fundamentales. Si valoras la honestidad, no elijas a alguien que tenga una relación flexible con la verdad. Si la familia es importante

para ti, no elijas a alguien que no tenga interés en fomentar los lazos familiares. —Como Mark. ¿Cómo pudo pensar que su relación con él funcionaría?—. Mi padre valora la lealtad, y sin embargo está eligiendo estar con mi madre otra vez, aunque este vaya a ser su cuarto matrimonio. —Adeline percibió el cambio de expresión en él —. ¿Crees que me equivoco?

—Creo que la teoría es buena, pero no creo que los seres humanos puedan encasillarse tan fácilmente como sugieres. Por ejemplo, tu madre puede no haber mostrado lealtad hacia tu padre, pero ha mostrado una lealtad extrema hacia mi madre.

—Eso es cierto.

—Y aunque estoy de acuerdo en mucho de lo que dices sobre los peligros de tomar una decisión basada en emociones, conozco a muchas personas que comparten mis valores, pero por nada del mundo elegiría pasar el resto de mi vida con ellas.

—Estoy de acuerdo en que no todo es compatibilidad. Hay un factor extra que no es tan fácil de definir. —Ella lo miró—. Vas a decirme que es amor.

—No te estoy diciendo nada. —Él tomó la nevera portátil a sus pies y sacó dos botellas de agua—. Pero creo que hay bastantes pruebas de que las emociones pueden unir fuertemente a las personas. Mira a mis padres. Casados durante más de treinta años. Durante un período tan largo, habrá momentos en que una relación enfrente desafíos. Enfermedad. Pérdidas. Tantas cosas pueden salir mal. Momentos en que la lógica por sí sola te diría que te alejes. Y sin embargo la gente no lo hace. —Stefanos se inclinó y le entregó el agua—. Digo que el amor puede ser lo que mantiene unida a la gente. Y supongo que, para una planificadora como tú, el amor es un concepto aterrador porque es difícil de definir e imposible de controlar.

Ella agarró la botella de agua y se quitó el sombrero. El sol quemaba y tenía el pelo húmedo por el calor. Sintió un repentino impulso de saltar por el costado del bote y sumergirse en el agua.

—¿Se supone que debo olvidar la lógica y la razón y aceptar que el amor es una explicación suficiente para la muy cuestionable decisión que está tomando mi padre? —Ella desenroscó el tapón y

bebió. El agua le alivió la garganta seca—. No es que él quiera mi opinión. Se supone que debo aceptar la noticia con alegría, y confieso que me está costando. Le quiero y no deseo verle sufrir.

Él bajó la botella.

—¿Estás segura de que solo se trata de él?

Ella guardó el resto del agua en la nevera para más tarde.

—¿Qué quieres decir?

—El divorcio de tus padres te afectó profundamente. Fui testigo. Tu mundo dejó de ser seguro y predecible a una edad en la que todos necesitamos eso. Por lo que has dicho, supongo que desde entonces has hecho lo posible por compensarlo. Por hacer tu mundo lo más seguro posible.

—¿Te pones del lado de mi padre y me dices que debo replantearme la vida? Podría tirarte por la borda.

—No te estoy diciendo eso. Digo que es normal que te sientas así. Es natural evitar el dolor, y temes que lo que ocurrió la última vez vuelva a suceder —afirmó él—. E incluso si su matrimonio funciona esta vez, sigue siendo un gran cambio para ti. Habéis sido tu padre y tú durante mucho tiempo, pero ahora las cosas serán diferentes.

Ella lo miró fijamente, desconcertada por sus palabras.

Se suponía que era ella la psicóloga. Se enorgullecía de su capacidad de introspección y de no esconderse de las verdades difíciles.

Pero no había advertido que, además de estar preocupada por su padre, lo estaba por sí misma. Que no solo le inquietaba la vida de él, sino la suya propia. Su futuro.

Asociaba a su padre con la seguridad. La constancia. Su relación había sido lo único seguro y estable en su vida, y la idea de que eso cambiara la perturbaba más de lo debido.

Miró hacia la playa. La extensión de arena brillaba con un tono dorado pálido. Entre el barco y la playa se extendía el mar, profundo y tentador, con cintas de luz solar resplandeciendo en la superficie.

—Tienes razón —dijo ella al fin—. Todo lo que acabas de decir es cierto, y no lo había visto.

«¿Por qué no lo había visto?».

Él se encogió de hombros.

—Entender el origen de tus sentimientos no necesariamente los cambia.

—Pero debería. Quizás estoy siendo egoísta. —Le preocupaba la idea de haber estado pensando en sus propias necesidades y no en las de su padre—. Sinceramente, creía que lo estaba protegiendo y velando por sus intereses.

—Lo hacías. Lo haces. Es posible sentir más de una cosa. Preocuparse por más de una cosa. Y también tienes derecho a preocuparte por ti misma. No es sorprendente que lo que está pasando te afecte tanto. La situación es un asco. Y tienes derecho a decir que lo es.

Él intentaba hacerla sentir mejor, pero no lo conseguía. Se sentía fatal.

El barco se movió ligeramente, tirando del ancla.

Ella le dedicó una sonrisa temblorosa.

—¿Alguna vez has pensado en ser psicólogo?

—Sería un pésimo psicólogo. Y empiezo a preguntarme lo mismo de ti, porque estoy bastante seguro de que ningún psicólogo decente se castigaría por tener sentimientos humanos normales. ¿Sabes lo que necesitas? —Stefanos se puso de pie y ella lo miró, sintiéndose expuesta y vulnerable.

—¿Una copa grande? ¿Empezar de nuevo?

—No, un baño. Lo cura todo. —Él se quitó la camiseta y Adeline pudo ver sus músculos flexionándose antes de que ella girara la cabeza, frustrada consigo misma. No tenía dieciocho años. Ya debería haber superado la fase de quedarse mirando los abdominales de un hombre.

—¿Vas a nadar ahora? ¿Aquí?

—Sí. Y tú también. Tal vez quieras quitarte algo de ropa, a menos que prefieras nadar completamente vestida.

Ella se enderezó un poco.

—No estoy de humor.

—Confía en mí, en el momento en que tus dedos toquen el agua, estarás de humor. Este es un lugar excelente para nadar. Si no me falla la memoria, eres buena nadadora. El agua está perfecta y

tenemos la bahía para nosotros solos. Sería un desperdicio no aprovecharla. Podría lanzarte al agua si eso te ayuda a decidirte.

De niña, estar con él siempre había resultado cómodo. Fácil. Se dejaban llevar en su amistad como piezas del mismo puzle, encajando a la perfección. Aún se sentía cómoda, pero en ese momento esa sensación se mezclaba con muchas otras. Al verlo desvestirse, listo para nadar, sintió un lento desmoronamiento interior y un latido de calor en la parte baja del vientre.

—Hace años que no nado en el mar. Ve tú primero. —Se sentía mareada y un poco extraña, y él le lanzó una larga mirada.

—¿Piensas quedarte sentada en el barco mirando?

—Sí.

No intentó persuadirla. En su lugar, subió al borde del barco, se quedó un momento en equilibrio y luego se zambulló de cabeza en el mar. Demasiado tarde, recordó que a él siempre le había encantado salpicarla, hundirla, ducharla con agua. Había sido uno de sus juegos.

Jadeó cuando el agua salada empapó su camiseta y humedeció su pelo. Se apartó la camiseta de la piel y se limpió los ojos con la palma de la mano.

Stefanos emergió, con esa sonrisa traviesa que le recordaba al niño que fue.

—Gracias —murmuró ella, y él sonrió.

—De nada. —Su pelo estaba pegado a la cabeza y las gotas de agua se aferraban a sus mejillas y sus anchos hombros—. Tienes razón. Es terrible estar en el agua. Buena decisión quedarte a salvo en el barco. No te vayas sin mí.

Desapareció bajo el agua de nuevo y luego se dirigió hacia la playa, cubriendo la distancia con un crol fuerte y constante.

Ella se inclinó y sumergió los dedos en el agua otra vez. La superficie estaba cálida, calentada por el sol, pero al hundir la mano de manera más profunda sintió el agua más fría. Le recordó que las cosas raramente son como parecen en la superficie.

¿Tenía razón Stefanos? ¿Se estaba interponiendo en la felicidad de su padre porque intentaba protegerse a sí misma? Quizás eso no la convertía en una persona horrible (siempre trataba de desafiar esas

visiones extremas), pero ciertamente no la convertía en la persona que quería ser.

Miró hacia Stefanos y vio que casi había llegado a la orilla.

¿Se estaba protegiendo también al no seguirlo?

Él llegó a la playa y lo vio ponerse de pie y quitarse el agua de la cara con la mano. Luego la levantó para saludarla, y ella sintió que el arrepentimiento la empujaba.

¿Por qué no lo había seguido al mar? ¿Qué arriesgaba exactamente al darse un refrescante baño en aquellas aguas cristalinas con un viejo amigo?

Sin detenerse a cuestionarse más, se puso de pie y se quitó los *shorts* de lino y la camiseta, agradecida de haberse puesto el traje de baño debajo.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, dejó caer su sombrero sobre la cubierta del barco, contuvo la respiración y se zambulló.

Capítulo 16

CASSIE

Cassie cerró el portátil (¡había escrito cuatro mil palabras! Una mañana muy productiva, teniendo en cuenta el torbellino emocional que hacía todo lo posible por distraerla) y alzó la vista al oír una lancha motora que se dirigía a la bahía bajo la villa.

Probablemente se trataba de Stefanos. Su madre había mencionado que había estado trabajando en su barco.

Lo observó mientras apagaba el motor y luego maniobraba la embarcación con destreza junto al muelle.

Lo había visto algunas veces a lo largo de los años durante sus visitas y siempre había pensado que sería el héroe romántico perfecto. ¿O quizás era demasiado perfecto físicamente? No era bueno hacer que los personajes fueran demasiado perfectos y Stefanos encajaba demasiado bien en la descripción de «alto, moreno y guapo».

Si no tenía cuidado, los lectores podrían rechazarlo por cliché.

Además, por experiencia, los hombres excepcionalmente guapos solían saber que lo eran y eso tendía a hacerlos muy irritantes.

Por otra parte, el verdadero atractivo para ella, el rasgo que encontraba más sexi en un hombre, no era el aspecto, sino la competencia. Prefería a un hombre que diera un paso adelante en una crisis a uno preocupado por su apariencia. Oliver, por ejemplo. Aquella vez que ella se había caído al río mientras intentaba fotografiar unos patitos (no fue su culpa, estaba lloviendo y la orilla

estaba blanda). El agua era más profunda de lo que pensaba, y Oliver había saltado y la había sacado sin pensar ni un momento en lo que le pasaría a sus vaqueros. Y había mostrado un humor admirable mientras se quitaba las algas del pelo, tanto del suyo como del de ella, y la había tranquilizado asegurándole que no iban a morir por alguna terrible enfermedad transmitida por el agua. Y luego estaba aquella vez que se había quedado encerrada fuera de su habitación de la universidad y él se había deslizado por una pared para colarse por su ventana abierta, rasgando su camiseta favorita en el proceso. El caso es que siempre se podía contar con Oliver en una crisis, incluso en una desastrosa. En su opinión, esa era la verdadera definición de héroe y superaba a los pómulos afilados y los hombros anchos. Aunque los hombros anchos siempre eran útiles. Lo había descubierto cuando se sentó sobre los de Oliver durante un festival de verano cuando su banda favorita estaba tocando y no podía ver nada.

Oliver tenía los hombros anchos, pero no era por sus hombros por lo que le gustaba.

Observó cómo Stefanos amarraba la embarcación y fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba solo. Había una segunda persona en el barco. Una mujer.

Interesante.

Diciéndose a sí misma que era trabajo de una novelista observar a la gente, se inclinó hacia delante, estirando el cuello para tener una mejor visión.

Stefanos retrocedió hacia la embarcación y tendió su mano a la mujer, quien la tomó y subió al muelle con gracia cautelosa.

Era alta, aunque no tanto como Stefanos. Un bañador rojo se ajustaba a su cuerpo largo y esbelto y su pelo caía en húmedas ondas oscuras más allá de sus hombros y hasta la mitad de su espalda. Su sombrero para el sol le cubría medio rostro. En su mano libre, parecía sostener un montón de ropa.

Era hermosa, meditó Cassie. De hecho, esa escena exacta podría encajar perfectamente en su libro actual. Stefanos se inclinó para decir algo y la mujer rio por lo que fuera que él le había susurrado al oído.

Cassie sintió una punzada de envidia. Aquello era intimidad. Podía sentir la delicia de esa conexión profunda. La forma en que se entendían y se comunicaban con el roce de los dedos o una mirada. Esas eran las cosas que intentaba transmitir en su novela actual, pero era difícil expresar con palabras escritas lo que estaba presenciando en ese instante.

Se preguntaba por qué su madre no había mencionado que Stefanos estaba saliendo con alguien y quién podría ser cuando la mujer giró la cabeza.

Cassie sintió una sacudida de sorpresa. ¿Adeline?

¿Adeline había estado en el barco con Stefanos? Más sorprendente aún, ¿Adeline llevaba un impresionante bañador rojo? Y a juzgar por su pelo húmedo y enredado, había estado nadando.

Cassie se preguntó cuántas sorpresas más le depararía aquel viaje.

Probablemente debería darles algo de privacidad, pero no podía apartar la mirada y se consoló pensando que observar a la gente era parte de su trabajo. También comprender el comportamiento humano, aunque tenía que confesar que a menudo fallaba en esa parte.

Cuando ella y su hermana se habían separado esa mañana, ambas se sentían ansiosas y, dadas las circunstancias, Cassie no había anticipado que las cosas volverían a la normalidad pronto. Pero allí estaba Adeline, sonriendo y hablando con Stefanos como si fueran una pareja de vacaciones.

Observó, hipnotizada por la escena que se desarrollaba frente a ella, hasta que vio a Adeline girarse y empezar a subir el camino hacia la casa de huéspedes, momento en el que Cassie tomó su portátil y fingió estar absorta en algo importante.

—Hola —saludó cerrando el portátil con naturalidad cuando Adeline llegó—. ¿Has estado nadando?

—Sí. —Adeline se sentó en la tumbona más cercana—. Fue algo improvisado. Me encontré con Stefanos. Me invitó a salir en el barco. Teniendo en cuenta cómo había ido mi mañana, pensé que algo de espacio para respirar sería bueno antes de la siguiente conversación difícil.

A Cassie no le interesaban las conversaciones difíciles, pero sí lo que había pasado entre Adeline y Stefanos. Era la primera vez que veía a su hermana menos que inmaculada. Y le sentaba bien. Se veía mucho más guapa despeinada e informal.

—No sabía que os conocíais tan bien.

—No nos habíamos visto en décadas. Pero estaba en el muelle esta mañana… —hizo una pausa y luego esbozó una breve sonrisa —, disfrutando de las vistas, y él estaba en el barco. No sabía que estaba allí y nos pusimos a hablar.

Cassie la estudió.

—En realidad no estabas disfrutando de las vistas, ¿verdad?

—No —confesó Adeline—. Estaba intentando decidir entre gritar o nadar mar adentro.

Cassie asintió. Aquello se ponía cada vez más interesante.

—¿Y él salvó tus cuerdas vocales?

—Algo así.

—Así que fuiste de paseo en barco y él se quitó la camiseta. Tú te quitaste la tuya y, de repente, la vida pareció mucho mejor —sugirió Cassie—. Y ahora vivís felices para siempre. Fin.

Adeline le lanzó una mirada.

—Nadamos.

—Eso debe de haber sido un regalo. Al menos visualmente. Tiene un cuerpo increíble.

—¿Ah, sí? No me di cuenta.

Cassie sonrió y dejó su portátil.

—¿Estuviste nadando con los ojos cerrados? Es un gran nadador, ¿verdad?

—¿Has nadado con él?

—Fue quien me enseñó. Tenía diecisiete o quizás dieciocho años, no recuerdo. Justo antes de que dejara la isla para ir a la universidad. Yo tenía ocho años en ese momento, así que no te pongas celosa.

—¿Por qué iba a estar celosa?

—Estaba bromeando. Pero parecíais pasarlo bien. —Vio la mirada cautelosa de Adeline y sintió una punzada de pánico—. Lo siento. Dejaré de bromear. Por favor, no hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Cerrarte. Odio cuando te escondes detrás de esa barrera que has construido.

—¿Tengo una barrera?

—Sí. Está justo ahí, entre el mundo y tú, y nunca he podido ver por encima de ella, pero estos últimos días me has dejado entrar.

Un destello de diversión brilló en los ojos de su hermana.

—¿Has encontrado una puerta en mi barrera?

—No lo sé. —Cassie pensó en cómo Adeline le había sonreído a Stefanos—. Quizás tu barrera no es tan fuerte como pensabas. Pero, por favor, no la refuerces. He tenido una mañana horrible y necesito diluirla con cosas felices y edificantes.

Adeline dejó su bolso junto a ella y se puso la camiseta sobre el bañador.

—Supongo que eso significa que has hablado con nuestra madre y no ha ido bien. ¿No has podido hacerla entrar en razón?

—No. No dejaba de decir que ella y tu padre habían cambiado en las últimas dos décadas y que esto era casi como una relación completamente nueva.

—Bueno, esperemos que así sea, dado que la anterior no resultó ser un éxito. —Adeline se liberó el pelo del cuello de la camiseta—. ¿Le preguntaste todo lo que querías? ¿Habló de tu padre?

—Sí. —Cassie dudó—. Dijo todas las cosas que esperaba que dijera.

Su hermana la miró.

—¿Pero?

¿Qué iba a decir? ¿Que había algo que no acababa de encajar en la conversación con su madre? Probablemente no era nada. Solo estaba siendo demasiado sensible y buscando cosas que no existían. Pensando demasiado. Lo hacía a menudo.

—Pero nada. —Cassie se sentó sobre sus piernas—. ¿Qué tal fue tu charla con tu padre?

—Por lo que parece, más o menos como la tuya con nuestra madre. Tuvimos una conversación franca, pero ni la lógica ni la razón le hicieron cambiar de opinión. Al parecer, la culpa es mía por no

entenderlo, no suya por comportarse con una alarmante falta de lógica.

Cassie sintió una punzada de ansiedad.

—Entonces, supongo que la boda sigue adelante.

—Eso parece.

¿Qué significaría eso para Cassie? Se acabarían las semanas largas y perezosas en la villa, solo ella y su madre, charlando de todo. También los mensajes a altas horas de la noche. Su vida iba a cambiar y no estaba segura de dónde encajaba. ¿Y qué sentía Andrew por ella realmente? Su madre esperaba que todos vivieran felices para siempre, pero ¿era eso posible dado quién era ella?

Adeline se puso de pie.

—Voy a darme una ducha, escribiré mi columna de la doctora Swift y luego hablaré con nuestra madre.

Su tono sugería que no lo esperaba con ilusión.

—¿Quieres que te acompañe? ¿Como apoyo moral? —se ofreció Cassie.

La expresión de Adeline se suavizó.

—No, pero gracias por ofrecerte. Me envió un mensaje diciendo que volveríamos a cenar todos juntos esta noche. Un segundo intento de celebración.

—De acuerdo. Y no voy a salir corriendo, ni pisaré a Aquiles, ni tendré un solo momento dramático. Vamos a tener una velada tranquila y civilizada y, sin importar lo que digan, no me voy a alterar. —Cassie espantó un insecto que revoloteaba—. Beberé agua para no decir algo de lo que luego me arrepienta.

—Solo agua —dijo Adeline—. Es un buen plan.

Cassie decidió que, por muy difícil que fuera aquello, tenía su lado positivo. Su hermana y ella habían conectado de una manera que nunca antes lo habían hecho.

—Me alegro de que tú también vayas a estar. —De inmediato, se sintió avergonzada por ser tan efusiva—. Ve a escribir tu columna. Alguien, en alguna parte, está desesperado esperando que elijas responder a su pregunta. Y esta noche vístete con una de las opciones que te regaló tu amiga porque es una crueldad tener

vestidos de esa calidad encerrados en un armario. Deberían estar viviendo una vida emocionante.

—Suenas inquietantemente como Mia. —Con un gesto de cabeza, Adeline se dirigió a la villa.

Cassie tomó su teléfono y envió un mensaje a Oliver:

Espero que estés teniendo mucho buen sexo con alguien que te merezca. Un beso.

La respuesta de él llegó momentos después:

Estoy trabajando duro. Demasiado cansado para el sexo.

Ella sonrió y respondió:

Cobarde.

Estaba esperando su respuesta cuando sonó su teléfono.

La pantalla ponía: *Nueva York*.

¿Nueva York? No conocía a nadie en Nueva York.

El teléfono iba por el tercer tono cuando se dio cuenta de que sí conocía a alguien en Nueva York. A su agente.

Obviamente, llamaba para decirle que no había podido vender su libro. Todos pensaban que era una basura. Había decidido que ya no quería ser su agente e iba a aconsejarle que buscara un trabajo diferente.

Pero, si ese fuera el caso, ¿no le habría enviado simplemente un correo electrónico? Quizás había decidido que las malas noticias era mejor darlas por teléfono que por correo.

Con las manos temblorosas, contestó:

—¿Hola?

—¿Cassie? —Madeleine («llámame Maddy») sonaba enérgica y profesional—. Espero que estés sentada.

—Estoy sentada. En Corfú, en casa de mi madre, y contemplando unas vistas impresionantes.

—Perfecto, porque vas a recordar este momento para siempre.

El corazón de Cassie empezó a latir con fuerza.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y el hecho de que estés con tu madre también es bueno, porque podréis celebrarlo juntas.

—¿Celebrar? —Además de las manos, ahora también le temblaban las piernas—. ¿Tengo algo que celebrar? ¿Estás diciendo que hay

una editorial interesada en mi libro?

—Más que interesada.

Cassie escuchó el resto de la conversación como en una nebulosa.

No había recibido solo una oferta, sino varias. Las editoriales se estaban peleando por su historia. Eso no solía ocurrir.

Se sentía mareada. Quería enviarle un mensaje a Oliver, pero temía que con sus dedos temblorosos pudiera cortar la llamada.

Su agente seguía hablando, pero Cassie solo oía palabras sueltas. «Una nueva voz emocionante»… «El mercado del romance está en auge ahora mismo»… «Creen que vas a ser el próximo gran fenómeno»… «Título principal para el año que viene»… «Contrato para dos libros»…

Y entonces nombró una suma de dinero que por poco hizo que Cassie se cayera de la tumbona.

—¿Cuánto?

Su agente repitió la cifra y ella se quedó estupefacta.

—El mejor postor está entusiasmado, quieren tu libro y están dispuestos a pagar mucho. Si estás de acuerdo, necesitamos tener una reunión para concretar los detalles. Quiero saber algo más sobre sus planes para el libro antes de aceptar formalmente su oferta, pero quería que supieras en qué punto estamos ahora. Es emocionante, y mereces ser parte de esa emoción.

—No sé qué decir. —A Cassie se le llenaron los ojos de lágrimas. La gente decía que los sueños no se hacían realidad, pero el suyo acababa de cumplirse. Era escritora. Una escritora de verdad. Su libro estaría en las librerías.

¿Y qué mejor manera de honrar la historia de amor de sus padres que inmortalizarla en una historia?

No podía esperar a contárselo a su madre. Se iba a emocionar.

—Ya están planeando una gran campaña para promocionar el libro —dijo Maddy—. Querrán que te involucres, como es obvio. Probablemente querrán que hagas una gira.

—¿Una gira?

—Sí. Conectar con lectores, libreros y bibliotecarios. A todos les encanta el hecho de que este libro se inspirara en la historia de

amor de tus padres. Añade autenticidad y ese toque personal que siempre llega a los lectores. Querrán que hables de eso.

Cassie sintió una chispa de duda. Su madre estaba a punto de casarse. Quizás no fuera muy discreto que ella anduviera hablando con extraños sobre otro de sus matrimonios.

Aunque ella no era Swift, así que, ¿quién lo iba a saber?

—Una cosa más, antes de que abras esa botella de champán —continuó Maddy—, no les gusta tu nombre.

—¿Perdón? —Cassie parpadeó—. Pero es mi nombre.

—Sí, pero Cassie Dunn no funciona. No tiene el sonido adecuado. Es difícil ser específica. Es una de esas cosas instintivas. Se preguntan qué te parecería usar Cassie Swift.

Se quedó helada.

—¿Saben quién es mi madre?

—Catherine Swift es famosa. Todo el mundo sabe que tiene dos hijas. Nunca ibas a poder ocultar eso, Cassie. ¿Y por qué querrías hacerlo?

Había muchas razones.

Un pequeño agujero, del tamaño de un alfiler, apareció en su burbuja de felicidad.

—Pero yo no soy Cassie Swift.

—Eso no importa. Estamos hablando de un nombre…, llámalo seudónimo si lo prefieres. Nadie está sugiriendo un cambio legal de nombre.

Tal vez no, pero aun así…

—¿Estás diciendo que solo me dan este contrato por mi madre?

—No. Te ofrecen el contrato porque tu libro es brillante, pero tenemos que ser honestos, y cuando se trata de comercializar el libro, no va a perjudicar que tu madre sea Catherine Swift. Es algo que van a querer utilizar.

Era como nadar en aguas cristalinas y descubrir contaminación.

—Pero ¿y si no quiero utilizarlo? Quiero hacer esto por mí misma, en mis términos. Quiero saber que cualquier éxito que tenga es por mí.

—Por supuesto, pero, Cassie, este es el mundo real y vender libros es difícil. No te dejes engañar por el momento de cuento de hadas.

Esto es un negocio, y es un negocio brutal. Si tienes una ventaja, y seamos sinceros, ser la hija de Catherine Swift te da una ventaja, entonces tienes que usarla.

Cassie Swift.

Tragó saliva. No le gustaba. Estaba bastante segura de que a Andrew no le gustaría (y después de todo, el apellido le pertenecía a él). No tenía ni idea de cómo se sentiría su madre.

¿Y si pensaba que todo aquello era idea de Cassie? ¿Que se había aprovechado del éxito de su madre sin tener siquiera la cortesía de mencionárselo?

Era mortificante.

—No me parece correcto.

—Reflexiona sobre ello. —Su agente tenía un tono enérgico y práctico que sugería que no solo Cassie debía reflexionar sobre ello, sino que después debería tomar la decisión que la editorial quería que tomara.

—¿Estás diciendo que si quiero este contrato tengo que llamarme Cassie Swift?

Hubo una pausa.

—No necesariamente. Digo que te daría un impulso. Este es el contrato de tu vida —afirmó su agente—. Piénsalo.

La llamada terminó y Cassie se quedó mirando su teléfono, con sus pensamientos y emociones enredados.

Iba a ser una autora publicada.

Pasara lo que pasara, independientemente de cómo acabara llamándose, nada iba a cambiar eso. Y su agente no había dicho que tuviera que llamarse Cassie Swift, solo que sería de ayuda. Así que podía negarse. Si Cassie Dunn no funcionaba, entonces pensaría otro nombre ella misma.

En realidad, no era para tanto. No iba a arruinar ese momento especial reaccionando de forma exagerada.

Estaba encantada. Y estaba segura de que, a pesar de que necesitaban resolver el asunto del nombre, su madre también estaría encantada.

Cassie sintió una oleada de orgullo.

La mejor parte de todo aquello era que el mundo entero iba a conocer la historia de amor de sus padres.

¿No era maravilloso?

Capítulo 17

CATHERINE

—Espero que la segunda vez haya más suerte. Quiero que esta noche sea perfecta.

Catherine examinó la mesa. Los cubiertos brillaban sobre el mantel blanco como la nieve y las copas altas captaban los últimos rayos del sol ambarino. Un sencillo ramo de margaritas blancas formaba un centro de mesa. Habría sido una foto perfecta para compartir en sus redes sociales —#*cenafamiliar*—, pero no tenía intención de compartir aquel momento con nadie. Compartía retazos de su vida (era un requisito en los tiempos que corrían, y en ocasiones añoraba los primeros años de su carrera cuando su única responsabilidad era escribir), pero seleccionaba los fragmentos cuidadosamente. Había una gran brecha entre la realidad y la verdad, pero todo el mundo sabía que las imágenes en redes sociales estaban cuidadosamente seleccionadas. Y aunque su editorial siempre le decía que sus lectores querían conocer su vida real, Catherine estaba bastante segura de que no era así. Trataba las partes más oscuras de su vida como trataba su ropa sucia. Las escondía en un cesto y no las mostraba al público.

Satisfecha, miró a Andrew.

—Espero que no se repita lo de anoche.

Compartieron una sonrisa de complicidad.

Habían sido veinticuatro horas agotadoras. Se sentía emocionalmente exhausta. Hurgar en el pasado la dejaba agotada,

por eso intentaba no hacerlo. Había seleccionado las partes que podía compartir con las chicas y enterrado el resto. Algo que, pensándolo bien, era muy parecido a lo que hacía con sus redes sociales.

—No habrá repeticiones. —Andrew la atrajo hacia sí y le besó la coronilla—. Los dos hemos hablado con Adeline, y tú has hablado con Cassie. No hay nada más que decir. Nada que pueda salir mal.

—Espero que tengas razón.

—¿Por qué dudas? Pensé que tu conversación con Adeline había ido bien.

—Fue cordial. —Era difícil explicar exactamente lo que sentía, tal vez porque ni ella misma lo entendía—. Aunque esperaba algo más. —Quería reconstruir su relación con su hija mayor. No quería que fueran como dos extrañas educadas haciendo comentarios triviales. La había perdido años atrás, pero la quería de vuelta.

Andrew tomó el rostro de ella entre sus manos.

—Tal vez deberías decirles la verdad a las chicas, Catherine. Toda la verdad. Si entendieran…

—No. —Ella se apartó de él—. No le haré eso a Cassie. —No arriesgaría su relación con una hija para intentar arreglar su relación con la otra.

—Es tu decisión, por supuesto —dijo él—, pero no vas a arreglar esto en unos días, Catherine. Adeline era muy joven. Se quedó lastimada. Tienes que darle tiempo. Reconstruir la confianza de nuevo. Y eso sucederá, estoy seguro.

Su confianza la tranquilizó.

—Sí, tienes razón.

Por fin el pasado quedaba atrás. Podía seguir adelante.

No hubo tiempo de discutir más porque en ese momento aparecieron Adeline y Cassie.

La hija menor llevaba un vestido ajustado en un tono rosa intenso que hacía juego con las buganvillas que se desparramaban y trepaban por los senderos de la villa. Los tirantes eran finos y terminaba a mitad del muslo.

También lucía una enorme sonrisa. Que ayudó a Catherine a relajarse. Después de su conversación esa mañana, se había

quedado preocupada. Había tenido la inquietante sensación de que Cassie sabía que ocultaba algo. Y así era. Pero ¿acaso los padres no siempre ocultaban cosas a sus hijos? ¿Cuántas veces al día decía una madre: «Estoy bien, cariño», cuando la verdad habría sido: «Mi vida se está desmoronando, pero soy la adulta y mi trabajo es protegerte y hacer que parezca que lo tengo todo bajo control»?

Y eso era lo que Catherine estaba haciendo. Protegía a Cassie, igual que había protegido a Adeline. Y lo había hecho lo mejor que había podido, incluso si su mejor esfuerzo no había estado a la altura de lo que hubiera deseado.

Los hijos no necesitaban saber que sus padres no tenían todas las respuestas.

La gente no siempre entendía que se podía amar a los hijos hasta la médula y aun así cometer errores. Que no siempre sabías que una elección era mala hasta después de haberla tomado. Que, aunque intentaras controlarlo todo, al final controlabas muy poco.

Después de que Cassie la dejara esa mañana, se había quedado preocupada por si sus respuestas no habían sido lo suficientemente buenas. Tenía miedo de que las preguntas volvieran a surgir durante la cena. Pero, a juzgar por la sonrisa en su rostro, Cassie parecía haber aceptado todo lo que su madre le había dicho, y todo volvía a estar bien en el mundo. Había tenido cuidado de dar exactamente los mismos datos a Adeline.

Sintió que la tensión en sus hombros se aliviaba un poco.

Tal vez Andrew tenía razón. Tal vez todo iba a salir bien. La parte difícil había quedado atrás. Lo único que necesitaban era tiempo y paciencia.

Abrazó a Cassie y sonrió a Adeline.

—Estáis preciosas.

Adeline llevaba un vestido en un tono suave de amarillo limón que le quedaba perfecto con su tono de piel. Su rostro y hombros mostraban un ligero toque de sol. Esa noche había decidido llevar el pelo suelto, que caía sobre sus hombros en suaves ondas. Parecía más joven, más relajada, y Catherine finalmente se relajó también.

Con suerte, aquella velada sería divertida.

Los primeros momentos fueron un poco incómodos. Todos recordaban lo que había sucedido en aquel mismo lugar apenas veinticuatro horas antes.

Fue Andrew quien suavizó la situación. Quien saludó a Cassie de manera calurosa, demostrando que, sin importar las reticencias que ella tuviera sobre convertirse en una familia, él no albergaba ninguna.

Hablaron de nada en particular mientras Andrew llenaba las copas y admiraban los jardines y las vistas al mar.

El aroma del tomillo silvestre y el ajo llegaba desde la cocina, mezclándose con la dulzura de las flores. La piscina infinita se fundía con el mar, azul sobre azul, extendiendo las vistas hasta el horizonte lejano.

«Mi lugar», pensó Catherine. «Mi lugar especial».

El calor iba disminuyendo con el atardecer y todos se sentaron a comer. En aquella ocasión, pescado fresco al horno con limón y hierbas que crecían silvestres en las colinas que los rodeaban. Había pequeñas patatas fritas y crujientes con sal, y verduras recién recogidas de los jardines.

Las chicas saludaron a Maria con abrazos y genuino cariño, y ella se quedó un rato hablando, poniéndose al día con sus noticias. Maria sabía cuánto significaba su presencia para Catherine y se mostraba sonriente, dejando de lado su propia tristeza mientras celebraba el momento con todos ellos.

Luego regresó a la cocina para ocuparse del elaborado postre que había estado planeando todo el día.

—¿Qué tal habéis pasado la tarde, chicas? —Catherine le pasó a Adeline una cesta de pan recién horneado—. Parece que habéis estado al sol.

Adeline hizo una pausa mientras su padre le llenaba la copa.

—Salí en el barco con Stefanos.

Catherine sintió una chispa de interés, pero sabía que era mejor no mostrarlo. También sabía que, si ella le hubiera sugerido tal actividad, su hija la habría rechazado.

—Ha hecho un día precioso para eso. Caluroso, pero no demasiado. ¿Te bañaste? Siempre te encantó nadar.

—Sí, me bañé. —Adeline levantó la vista de su comida—. Fuimos a esa bonita bahía de la costa. No recuerdo el nombre.

—Sé cuál dices, es una de mis favoritas. Tiene un nombre griego, pero suelo llamarla la playa de la herradura. ¿Y el barco se portó bien? Se le averió a Andrew la semana pasada y Stefanos tuvo que rescatarlo.

—Es útil tenerle cerca —dijo Andrew, sirviéndose más patatas—. Me envió un mensaje antes para decirme que había arreglado el motor, Catherine. Se me olvidó contártelo.

—Excelente. ¿Tú también fuiste, Cassie?

—No. Estaba… —Cassie hizo una pausa—. Estaba haciendo otra cosa.

«¿Qué otra cosa?».

Era raro que Cassie no diera detalles. Solía contarle todo a su madre, lo que hacía la vida más sencilla.

—Algo relajante, espero —tanteó Catherine con suavidad—. No buscando trabajo.

—No he estado buscando trabajo. Al menos, no exactamente. —Cassie dudó y dejó el tenedor. Aquiles saltó a su regazo, siempre esperanzado de que le dieran comida—. En realidad, tengo una noticia que daros. Algo que me emociona mucho.

El corazón de Catherine se alegró. De repente, la velada parecía casi normal. Intercambiar noticias. Compartir.

—¡Maravilloso! Podemos celebrarlo juntas. Es la noche perfecta para ello. Cuéntanos.

Las mejillas de Cassie se tiñeron de rosa.

—No lo he mencionado antes, por todo tipo de razones, pero he estado escribiendo. Ficción.

Catherine sintió sorpresa, seguida de cerca por deleite y orgullo.

—¡Cassie! ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque eres brillante en lo que haces, la mejor, y me daba miedo que odiaras lo que había escrito y mataras mi confianza.

Catherine se sintió ofendida. No era tan mala madre, ¿verdad?

—Estoy segura de que me encantará cualquier cosa que hayas escrito. Lo último que haría sería matar tu confianza.

«Pero otros lo harían».

Sintió una punzada de preocupación. Una buena madre probablemente la animaría a ser cualquier cosa menos escritora. Cassie era dulce, de corazón tierno y optimista. La industria editorial era brutal. No soportaba la idea de que todo ese entusiasmo y chispa se fueran desvaneciendo gradualmente de su hija.

La gente pensaba que era glamuroso. Todo el mundo quería ser escritor —si le hubieran dado un dólar cada vez que alguien le había dicho «algún día escribiré un libro», podría haber comprado toda Grecia, no solo ese rincón idílico de Corfú—, pero la mayoría de la gente lo decía porque no tenía ni idea de lo que realmente implicaba ser escritor. Imaginaban un escenario romántico donde pasaban días interminables atrapados en su creatividad, abrazando la alegría de ser su propio jefe mientras les pagaban una pequeña fortuna. La realidad era que la mayoría de los escritores apenas podían ganarse la vida. Si alguna vez llegaba a publicar, Cassie sería apuñalada por las críticas, aplastada por el rechazo, desmoralizada por las ventas y la competencia cada vez mayor (¡Miranda! ¡Todo volvía a Miranda!). Y descubriría que, una vez que el libro salía de sus manos, no tenía casi ningún control sobre su destino.

La gente asumía que se volvía más fácil cuanto más éxito tenías, pero nunca era fácil.

Una carrera de escritor era como los doce trabajos de Hércules.

Cassie se inclinó hacia delante, su entusiasmo intacto porque, afortunadamente, no podía leer la mente de su madre.

—¡Exacto! Eres mi madre. Habrías dicho que te encantaba, aunque lo hubieras odiado. Necesitaba una opinión sincera.

¿Debería decir que las opiniones eran solo eso? ¿Opiniones? ¿Que eran subjetivas? El rechazo de un editor podía ser el título principal de otro. El mejor libro de la historia para un crítico podía ser lo peor que había leído jamás para otro. Había autores famosos que habían sido rechazados múltiples veces antes de conseguir un contrato para un libro que se convertiría en un éxito mundial. La publicación era a menudo una apuesta. Un lanzamiento de dados. Cara o cruz. ¿Quién podía predecir qué querría el público después?

A menudo pensaba que una carrera de escritor era como el boxeo. No se trataba solo del golpe, sino de cuántas veces podías levantarte

cuando te derribaban.

Pero no destruiría el sueño de su hija. Si no podías emocionarte al principio, entonces, ¿cuándo?

Catherine imaginó un futuro en el que estaría al lado de su hija en todos los momentos bajos (Andrew también había estado a su lado, pero no era escritor, así que no entendía del todo esa indefinible veta de terror siempre presente cuando intentabas extraer creatividad de la nada). Podría darle el beneficio de su sabiduría y quizás intentar impulsar su carrera. ¿Por qué no? Tal vez fuera injusto, pero la vida era injusta. Si te lanzaban una cuerda, debías agarrarla.

—Puedes enviárselo a Daphne. Estará encantada de leerlo, estoy segura. —Envió una disculpa mental a Daphne, quien, por supuesto, lo leería para complacer a su escritora más exitosa y rentable, y luego tendría que encontrar una forma diplomática de decirle que no creía que el trabajo de Cassie alcanzara los estándares publicables. Quizás debería al menos inyectar una pequeña nota de realidad—. Y en el caso de que recibas un rechazo, algo muy común incluso entre los escritores más exitosos, y para lo que deberás estar preparada, al menos te dará su visión, que será muy útil. Daphne tiene muy buen ojo.

—No necesito enviárselo a Daphne. —Cassie jugueteaba con su vaso. Había un brillo especial en sus ojos. Estaba radiante de emoción—. Ya tengo una agente.

—¿Tienes una agente? ¿Desde cuándo? ¿Quién?

—Madeleine Ellwood. —No explicó quién era Madeleine Ellwood. No necesitaba hacerlo. Todos los escritores la conocían o sabían de ella. En los círculos literarios, era tan famosa como los escritores que representaba. Su apodo era la Poderosa Madeleine.

Catherine sintió una punzada de emoción que no identificó de inmediato.

Madeleine Ellwood era la agente de Miranda Patterson. Madeleine era conocida en toda la industria como una agente astuta y sagaz, y estaba tan en boga como la propia Miranda. Todos querían ser representados por Madeleine. Si Catherine no hubiera estado con Daphne, habría querido estar con Madeleine.

Y Cassie, su propia hija, estaba con Madeleine.

Y entonces se dio cuenta de lo que estaba sintiendo. Era envidia. Envidia de que su hija estuviera a punto de iniciar algo que parecía tan emocionante y lleno de posibilidades. Veía el futuro lleno de cielos azules con el sol radiante, sin nubes oscuras a la vista. Todo eran sueños, esperanza y anticipación.

Oh, cómo le habría encantado a Catherine volver a estar en un momento así, al comienzo del viaje ascendente, sin inseguridades.

¿Cuándo había perdido esa alegría? ¿El simple placer de crear una historia y vivir cada día con esos personajes de ficción? ¿Cuándo se había convertido todo en números, en posiciones en las listas —«alcanzar el *ranking*»—, en competición, en éxito y fracaso?

«La número tres».

Se humedeció los labios resecos. Deseaba recuperar todas aquellas sensaciones iniciales.

Se aseguró de que ninguno de sus pensamientos se reflejara en su rostro. Aquel era el momento de Cassie. No lo diluiría ni empañaría su brillo.

—¿Cuándo ha ocurrido? —¿Por qué Cassie no había mencionado que tenía agente? Quizá no entendía lo importante que era. Tal vez pensaba que encontrar un agente que la representara era fácil. Quizá no era consciente de la cantidad de manuscritos y rechazos que la mayoría de los escritores soportaban en su búsqueda por ver sus palabras impresas.

—Se lo envié hace meses, pero no supe nada. Ya había perdido la esperanza. Hasta que me llamó la semana pasada para decirme que había leído mi libro de una sentada y le había encantado. Se ofreció a representarme y, por supuesto, dije que sí.

Por supuesto, pensó Catherine. Porque ¿quién rechazaría la oportunidad de ser representada por la Poderosa Madeleine?

¿La habría aceptado porque sabía que Cassie era la hija de Catherine Swift? ¿Era cínico por su parte permitir que ese pensamiento se colara en su cabeza?

Fuera cierto o no, no tenía intención de expresarlo.

—¿Te ha dicho a qué editoriales piensa presentarlo?

—Lo envió a algunas personas la semana pasada.

—¿La semana pasada? —Catherine le dirigió una mirada comprensiva—. Entonces, debes prepararte para otra larga espera.

—Eso me dije, pero me llamó hace una hora. —Cassie se irguió un poco más—. Ha recibido tres ofertas.

—¿Tres?

¿Qué pasaba con el número tres?

—Sí. Y me han ofrecido un contrato para dos libros. —Sin aliento por la incredulidad y la emoción, Cassie compartió lo que su agente le había dicho, nombrando a una de las editoriales más importantes del sector—. Piensan que soy una voz nueva y emocionante. ¡Me han dicho que creen que seré importante! ¡No me lo puedo creer!

Catherine tampoco podía creerlo. El orgullo creció en su interior hasta que casi estalló. ¡Su pequeña! Un contrato importante. Una futura autora publicada. ¿Quién lo hubiera pensado?

Se levantó de un salto de la silla y abrazó a su hija.

—Felicidades. Es una noticia increíble.

—¡Lo sé! No me lo puedo creer. —Cassie le devolvió el abrazo—. Gracias.

Durante un momento, Catherine permaneció así, respirando el dulce aroma del cabello de su hija y bañándose en la felicidad de su pequeña. La envolvió como una ola, elevando su ánimo. Le había sorprendido descubrir que, como madre, estaba intrínsecamente conectada al estado de ánimo de su hija. Quizá no era así para todo el mundo, pero desde luego lo era para ella.

La felicidad de Cassie era su felicidad.

El dolor de Adeline era su dolor.

Le dio un último abrazo a su hija y volvió a su silla. La velada iba mejor de lo que podría haber esperado. Y ni siquiera estaban hablando de la boda. Eran solo una familia normal, celebrando el éxito de uno de sus miembros.

—¿Te das cuenta de lo que significa este logro? Andrew, debemos abrir más champán.

Él ya estaba de pie y sonriendo.

—Debemos hacerlo. Lo arreglaré ahora mismo. ¡Felicidades, Cassie! —la felicitó Andrew. Luego se dirigió a la cocina por senderos iluminados por pequeñas luces y bordeados de flores.

Adeline se inclinó sobre la mesa y chocó su copa medio vacía contra la de su hermana.

—¡Bravo por ti! ¿Por qué no lo mencionaste antes?

—Porque no pensaba que fuera a suceder —confesó Cassie—. Creía que podría gafarse. Y cuando es algo que has creado tú, el rechazo es muy personal. Si resultaba que todo lo que había escrito era una porquería, no quería anunciarlo. Ya es bastante difícil creer en una misma sin que nadie más siembre dudas.

«Bienvenida a mi mundo», pensó Catherine.

—Esto explica por qué te mostrabas evasiva cada vez que te preguntaba si habías pensado en qué querías hacer —dijo Adeline—. Supongo que esto es a lo que te dedicarás.

—Sí. —Cassie parecía algo aturdida, como si aún no terminara de creérselo—. Parece que voy a ser escritora a tiempo completo.

—Puedes dejar el trabajo en la cafetería —propuso Catherine—, y quizá pueda ayudarte a instalarte en un apartamento propio para que no tengas que compartir más con Oliver.

Cassie frunció levemente el ceño.

—No había pensado… —Se detuvo—. Es muy generoso por tu parte, pero no hay prisa para pensar en eso. Me gusta mi trabajo en la cafetería. Y me gusta donde vivo.

Las condiciones de vida de su hija habían sido una fuente constante de preocupación. Catherine había conocido a Oliver en uno de sus viajes a Oxford, y le caía muy bien. Era guapo, inteligente y amable. Un hombre así no iba a permanecer soltero mucho tiempo.

¿Qué pasaría cuando Oliver tuviera por fin una relación seria? Seguramente no querría tener a Cassie en su habitación de invitados si eso pasara.

—Háblanos de tu libro —pidió Adeline—. Quiero oírlo todo.

—Yo también quiero oírlo todo —dijo Andrew, reapareciendo con una nueva botella en la mano.

Catherine sonrió agradecida mientras él llenaba las copas. Sintió una oleada de amor y gratitud. Cassie no era su hija, y sin embargo la trataba como si lo fuera. Era un hombre amable y generoso.

—Pero primero un brindis. Por tener otra autora en la familia. —Catherine levantó su copa y Andrew y Adeline levantaron las suyas.

A Catherine le resultó curioso que aquel logro de su hija los hubiera unido de una manera que la boda no había conseguido. Era algo inesperado.

Incluso Adeline sonreía relajada.

Cassie dio un sorbo de champán y dejó su copa.

—Necesitaré todos los consejos que puedas darme.

—¿Mi mejor consejo? —«Ponte diez capas de piel y que una de ellas sea de acero»—. ¡Disfruta cada momento! Ahora háblanos sobre el libro —pidió su madre sin dejar de sonreír.

—Es una historia de amor.

—Eso no me sorprende —dijo Catherine—. Siempre te gustaron las historias románticas.

Adeline se relajó en su silla.

—Quería seguir la tradición familiar. Besos y nada de asesinatos.

Catherine pensó en su nuevo manuscrito, lleno de detalles macabros, y no dijo nada. El único beso que había era cuando la protagonista se despedía del hombre que la había estado atormentando, y eso había sido aproximadamente dos segundos antes de que usara la hoja que tenía en la mano para abrirle una arteria. Había pasado dos días investigando sobre salpicaduras de sangre, que resultó ser un tema complejo y sorprendentemente fascinante. ¿Quién iba a decir que se podía aprender tanto del patrón que hacía la sangre al golpear una pared?

Pero no era el momento de revelar su propio cambio de dirección.

—No estoy siguiendo exactamente la tradición familiar —aclaró Cassie—. No es un romance como tal. Se supone que siempre tiene un final feliz. El mío no. Pero sigue siendo una historia de amor.

Catherine se mostró intrigada.

—¿Tus protagonistas no terminan juntos?

—Oh, sí, están muy unidos. Pero luego él muere. Fue su gran amor, pero ella se recupera y sobrevive. Es romántico, aunque no es un romance. Y tiene un final esperanzador.

—Vaya. —Catherine sintió un cosquilleo de advertencia en la nuca. Una reacción instintiva ante una amenaza aún por identificar—. El

mercado de las historias de amor está en auge ahora mismo. ¿Tienes el manuscrito contigo? Me encantaría leerlo. Y ahora que ya ha sido aceptado y vas por el buen camino, espero que no seas demasiado tímida para compartirlo con tu madre.

—Puedo enviártelo por correo electrónico ahora mismo. —Cassie sacó su teléfono y abrió su correo.

—Envíamelo a mí también —pidió Adeline—. Me encantaría leerlo.

Cassie la miró.

—No estoy segura de si te gustará. ¿Qué sueles leer normalmente?

—Leo una variedad de cosas. Por favor… —Adeline se inclinó hacia adelante—, me encantaría leerlo, si me lo permites.

—De acuerdo. Aunque me pone nerviosa. —Los dedos de Cassie volaron sobre las teclas y luego presionó Enviar—. Mi libro, titulado provisionalmente como *Sin fin*, debería estar ahora en tu bandeja de entrada.

—Imprimiré una copia y lo leeré a la antigua usanza —anunció Catherine—. Paso demasiado tiempo mirando pantallas. ¿Dónde está ambientado?

—Aquí mismo, en Corfú. —Cassie dejó su teléfono y se acercó a su madre—. He decidido dedicártelo. Tengo la esperanza de que te guste.

—Estoy segura de que será así. —Y si no le gustaba, nunca lo diría —. Y me conmueve que me lo dediques.

—He escrito: «A mi madre, por enseñarme todo lo que hay que saber sobre el amor».

Catherine mantuvo la sonrisa, aunque la idea de que la consideraran experta en el amor le resultaba ridículo.

«A mi madre, que arruinó el amor en cada oportunidad».

El libro era ficción, así que, ¿por qué la dedicatoria no podía serlo también?

—Es perfecto. —Catherine apretó la mano de Cassie—. Gracias.

—Me pareció apropiado. Si no hubiera crecido viéndote escribir, tal vez no habría pensado que esto pudiera ser una profesión viable.

Le resultó reconfortante saber que había inspirado a su hija.

—Así que es una historia de amor sustentada por la tragedia.

—Pero no cualquier historia de amor. Es *tu historia* de amor.

La sonrisa de Catherine se congeló en su rostro. El mundo a su alrededor pareció ralentizarse. La sensación detrás de su cuello pasó de ser un cosquilleo de advertencia a una ducha helada.

—¿La mía?

—Bueno, la tuya y la de mi padre. Esto es un poco incómodo, dadas las circunstancias. —Cassie dirigió una mirada de disculpa hacia Andrew—. No tenía ni idea de que estabais juntos de nuevo cuando lo escribí. No pretendía ser insensible. Espero que lo entiendas, Andrew.

Él mantuvo la sonrisa, pero se percibía cierta cautela en ella, como si estuviera procesando todas las implicaciones de lo que Cassie les estaba contando.

—Estoy orgulloso de ti. Sé que tu madre también lo está. No tengo ningún problema con eso.

Cassie se volvió hacia su madre.

—¿Mamá?

Catherine sí tenía un problema con ello. Tenía un problema enorme.

¿Cassie había escrito una historia de amor inspirada en su relación con Rob Dunn?

Una historia de *amor*.

Se cubrió la boca con la mano para contener una risa histérica. Si alguna vez hubo una relación que no debería haberse inmortalizado en una novela romántica, era la suya.

Los ojos de Cassie brillaban.

—Pareces muy conmovida. Me alegro.

«¿Conmovida?».

El pánico creció en su interior. Los bordes de su visión se oscurecieron y el aire parecía atrapado en sus pulmones. Estaba luchando por respirar cuando sintió que la mano de Andrew se cerraba sobre la suya. Sus dedos se apretaron y ella se aferró a él.

Él lo sabía. Lo entendía. Y le estaba diciendo que todo iba a ir bien. Ya podía oír su voz en su cabeza. «Es solo un libro. Ficción. Nadie adivinará que la historia está basada en tu relación con Rob».

Y tenía razón. Debería relajarse.

—No sé qué decir.

Cassie sonrió.

—No tienes que decir nada. Veo que estás un poco abrumada. No se me ocurre mejor homenaje a mis padres. Lo que compartisteis quedará impreso para siempre. Con suerte, lo leerán millones de personas.

«Millones».

«Impreso para siempre».

La náusea creció en su interior. En su mente, volvía a aquella terrible noche, con el cuerpo de Rob retorcido y roto al pie de las escaleras.

Se había quedado allí, sollozando sobre su cuerpo y pensando: «Este es el final. Se acabó».

Pero Cassie, en su inocencia, lo había desenterrado todo.

Justo cuando pensaba que había dejado a Rob Dunn atrás para siempre, él se las arreglaba para volver a colarse en su vida.

¿Qué iba a hacer?

No tenía ni idea. Pero lo primero era leer el libro y ver cuánto daño iba a causar.

Capítulo 18

ADELINE

—¿Podrías dejar de dar vueltas? —Adeline llenó una bolsa de playa con protector solar, una toalla, una botella de agua helada y su libro electrónico—. Tanto movimiento me está mareando.

Cassie se detuvo, quedándose de puntillas como una bailarina.

—¿Crees que ya lo ha leído?

—¿Desde que me lo preguntaste hace cinco minutos? Lo dudo. Se lo diste ayer y ya era más de medianoche cuando terminamos de cenar. Seguramente se quedó dormida y ni siquiera ha leído la primera página. Relájate.

—No puedo relajarme. —Cassie se abrazó a sí misma—. ¿Sabes lo estresante que es esperar la opinión de tu propia madre sobre tu libro? Especialmente cuando tu madre es una autora de éxito.

—No, pero me lo imagino.

—Es terrible. Pensé que era malo esperar la respuesta de un agente y horrible esperar la de una editorial, pero esto es el doble de malo. ¿Y si lo odia?

Adeline sospechaba que, si Catherine lo odiaba, nunca lo diría.

—Aunque no sé nada sobre publicaciones, si una agente y una editorial importante lo quieren, poco importa lo que piense tu familia.

—Sí que importa. Importa más que nada. —Cassie volvió a recorrer el dormitorio, vibrando de nervios—. Quizás es porque la historia es personal. Espero haber acertado con los detalles.

—¿Por qué importan los detalles? Creía que era ficción.

—Lo es, pero está muy inspirada en todas las historias que mamá me contó. Quiero hacer justicia a lo que compartieron. Inmortalizar su historia. —Cassie dejó de caminar—. Es mi homenaje a mi padre. Mi manera de mantener viva una pequeña parte de él.

—Sí, lo entiendo. —Adeline pensó en lo duro que debió de ser para Cassie crecer sin padre. Y pensó en su propio padre, en cuánto lo quería y admiraba (incluso cuando tomaba decisiones cuestionables).

—¿Viste lo emocionada que se puso?

—Sí.

No había duda de que el anuncio inesperado de Cassie había cambiado el tono de la velada. En cierto modo, había ayudado porque desvió la atención de la boda. La tensión subyacente había sido reemplazada por un aire de celebración.

Y era cierto que su madre se había emocionado, pero también había notado algo más. ¿Un gesto de pánico? ¿Su hermana lo había notado?

Quizás su madre estaba preocupada porque se pusiera el foco en aquella época de su vida, justo cuando estaba a punto de volver a casarse con su primer marido. Su padre parecía notablemente relajado con todo el asunto (lo cual era típico de Andrew), pero la situación no podía ser del todo cómoda para él, ¿verdad? Ni para su madre. Si iban a casarse de nuevo, lo más probable era que estuvieran intentando dejar atrás esa parte de la vida de su madre.

O quizás su madre temía que alguien reconociera la historia y supiera que era sobre ella. Aparte de alguna espléndida foto de Corfú compartida en sus redes sociales, era muy protectora con su vida privada. Y Adeline lo agradecía. Era un alivio que la mayoría de la gente no supiera que la doctora Adeline Swift estaba emparentada con Catherine Swift, la novelista. Prefería vivir su vida fuera del foco mediático.

Cassie la miró.

—¿Lo has leído?

—Cassie, ¡nos lo enviaste hace solo ocho horas! Necesitas relajarte. —No añadió que se había quedado despierta mirando su

portátil, intentando armarse de valor para abrir el documento. Era cierto que había estado deseando leerlo, hasta el momento en que Cassie dijo que estaba inspirado en la relación de su madre con Rob Dunn.

Aquella relación había hecho añicos la vida de Adeline. ¿De verdad quería leer sobre ello? Al final, decidió que sus emociones ya habían sufrido bastante por un día, así que cerró el portátil y se prometió que lo leería por la mañana, cuando, con suerte, se sintiera más fuerte después de una buena noche de sueño. En cambio, reflexionó sobre la conversación que había tenido con su madre. Después del paseo en barca y el baño con Stefanos, se había sentido lo suficientemente tranquila para reunirse con ella. Esa vez se limitó a escuchar mientras su madre le decía las mismas cosas que su padre. Aunque seguía sin tener sentido para Adeline, no intentó razonar con ella ni hacerla cambiar de opinión.

Sonrió a su hermana.

—He cargado tu archivo en mi libro electrónico y voy a leerlo en la playa. ¿Cuánto hay de real en la historia? —Adeline formuló la pregunta con naturalidad, pero Cassie se encogió levemente de hombros.

—Supongo que podríamos decir que es una ficción basada en hechos reales.

—¿Hay alguna escena de sexo?

—Sí. Pero obviamente no estaba pensando en nuestra madre en ese momento. Nadie quiere pensar en sus padres teniendo relaciones, ni siquiera ficticias. —El rostro de Cassie estaba escarlata —. ¿Crees que está preocupada por eso? Ahora me dan ganas de esconderme debajo de la cama.

—El suelo es duro y no hay mucho espacio debajo de la cama, así que, mejor quédate donde estás. —Adeline dejó a un lado su propio malestar y abrazó a su hermana—. Relájate. Este es tu gran momento. Deberías estar disfrutándolo. Todo va a salir bien.

—¿Estás segura? —Cassie se aferró a ella, hecha un ovillo de calidez, nervios y ansiedad palpitante.

—Estoy segura. —La soltó y tomó su bolso.

—¿De verdad vas a leerlo hoy? Espero que no lo odies. No me centré en la parte de la aventura. Me enfoqué en el amor que sentían.

Adeline sintió una punzada.

—Cassie, está bien. —No lo estaba, pero quería apoyar a su hermana. Solo era un libro, nada más. ¿Cuánto daño podía causar un libro?—. ¿Seguro que no quieres venir conmigo a la playa?

—No. Tengo una videoconferencia con mi agente y mi nueva editora, y luego tengo que escribir una biografía sobre mí misma. Será breve. «Cassie Swift nació, fue a la universidad y luego escribió un libro». Necesito adornarlo. Hacerlo sonar más interesante.

—¿Cassie Swift? —Adeline buscó sus gafas de sol—. ¿Vas a usar el apellido de mamá?

—La editorial quiere que lo use. Les dije que no estaba segura. Para empezar, no soy Swift. Pero dijeron que no era diferente a usar un seudónimo. Dicen que Cassie Dunn no tiene la sonoridad adecuada.

O tal vez querían explotar el apellido Swift. Adeline se colgó el bolso al hombro. Tenía que dejar de ser tan cínica. No sabía nada sobre el mundo editorial.

—No te preocupes por eso ahora. Disfruta el momento. —Adeline tomó su sombrero y se miró en el espejo.

Cassie la observó.

—Estás fantástica. Ese pareo es precioso y el bañador que llevas debajo es muy bonito. Te sienta bien el turquesa.

—¿No crees que es demasiado… revelador?

—Para nada. Vas a la playa, Adeline. ¿A qué hora has quedado con él?

Adeline sintió que se le encendían las mejillas.

—¿Con quién?

—Con Stefanos. —Cassie movió las cejas de forma sugestiva—. Vas muy sexi y te has puesto un toque de brillo labial.

¿Tan obvia era?

—Es protector labial con filtro solar.

—Por supuesto que sí. Es muy romántico. No os habíais visto en dos décadas y, de repente, ¡pum!, os veis y ya está.

—Realmente tienes talento para convertir la realidad en ficción.

Cassie se encogió de hombros, alegre.

—Llámalo como quieras, pero el hecho de que vayas a verlo de nuevo hoy, menos de veinticuatro horas después de la última vez, me dice algo.

—Tan solo me mantengo ocupada. Tú vas a estar atareada la mayor parte del día, y nuestra madre tiene una reunión con la organizadora de bodas, aunque no entiendo para qué necesita una cuando solo habrá un puñado de personas en la ceremonia. —Intentaba aceptar las cosas tal como eran, pero la idea de la boda aún no la entusiasmaba. Esperaba poder mantener una expresión lo suficientemente alegre.

—No tienes que poner excusas. Hay numerosas formas de ocupar el tiempo en la isla y has elegido pasarlo con Stefanos. Pero no te preocupes. —Cassie levantó las manos—. ¡Lo entiendo! Probablemente temes darme detalles por si apareces en mi próximo libro, pero te prometo que basar una historia en hechos reales fue algo excepcional. A partir de ahora, solo ficción. El libro que estoy escribiendo ahora tiene como protagonista a una mujer de ochenta años que hace cosas escandalosas, y es completamente producto de mi imaginación. —Dio un respingo cuando su teléfono sonó—. Es Oliver. Le dije que lo llamaría antes de mi reunión.

—Te veré esta noche —dijo Adeline, dirigiéndose hacia la puerta—. Diviértete planeando tu próximo éxito de ventas.

Mientras caminaba por el patio hacia el sendero que conducía al pueblo, pudo escuchar la voz entusiasmada de su hermana.

—¿Olly? ¿Puedes creerlo? ¡Por fin ha sucedido!

Adeline sonrió y siguió caminando. El entusiasmo de Cassie era contagioso y reconfortante. Era un recordatorio de que las cosas buenas sucedían en la vida. Y que, cuando eso ocurría, había que saborear el momento.

Y ya había decidido que, fuera como fuera el libro, diría que le encantaba.

Se sentía mejor respecto a todo esa mañana. Tal vez porque había dormido bien, o quizás porque se había despertado con un mensaje de Stefanos esperándola en su teléfono:

¿Te unes a un paseo en barco con almuerzo?

Su instinto había sido negarse, pero luego pensó: «¿Por qué no?».

Iría, aunque solo fuera para demostrarse a sí misma que su padre se equivocaba sobre ella.

La playa estaba llena, siguió el sendero hasta llegar al final de la bahía, donde Kostas tenía su negocio de barcos. Sintió una punzada de nostalgia al recordarlo durante su infancia.

Stefanos estaba en la playa, ayudando a una familia a subir a uno de los barcos.

La vio, la saludó y luego le indicó con gestos que tardaría cinco minutos.

Ella esperó mientras él subía al barco con la familia y les daba instrucciones, luego saltó del barco y avanzó por el agua de vuelta a la playa.

—No estaba seguro de que vendrías. —Se inclinó y la besó, primero en una mejilla y luego en la otra. Ella sintió el roce de la barba incipiente en su cara y respiró el fresco aroma a cítricos y sal marina. Apoyó los dedos sobre sus hombros, un toque ligero contra sus músculos firmes.

Sintió algo removerse en su interior y dio un paso atrás, inquieta.

—Yo tampoco estaba segura.

—¿Qué te convenció? ¿Mi aspecto, mi deslumbrante conversación o mis legendarias habilidades culinarias heredadas de mi madre?

—Nada de eso. Estoy aquí por tu barco.

—Me parece bien —dijo él entre risas—. Y no voy a cocinar. Te llevo a comer con un amigo. Cuando pruebes el pescado de su restaurante, no querrás comer en ningún otro sitio.

Ella echó un vistazo a su pareo informal.

—No voy vestida para un restaurante elegante. Pensé que haríamos un simple pícnic. Que nadaríamos, quizá.

—Mis pícnics nunca son simples, pero ya tendrás tiempo de descubrirlo. Y estás estupenda. —La recorrió brevemente con la mirada—. ¿Qué tal anoche? ¿Sobreviviste?

—Fue interesante. Mejor de lo esperado. —Gracias a las noticias de Cassie, que habían cambiado el tono y el foco de atención.

—Me muero por oírlo todo. —Stefanos señaló el barco que se mecía cerca de la orilla—. Ese es mío. ¿Te importa mojarte? ¿Tienes que volver a alguna hora?

—No a ambas preguntas.

Había demasiado drama en su vida para su gusto y estaba más que feliz de poder escapar de nuevo. «¿Ves, papá? Soy perfectamente capaz de ser espontánea cuando quiero». Pero se preguntó si era por Stefanos. Con él, recordaba a la persona que había sido, antes de que la vida le enseñara a ser cautelosa. Era como mirar al otro lado de la calle y ver una cara familiar sin poder ubicarla. Se subió el bolso al hombro, se levantó el pareo hasta los muslos y vadeó por el agua fresca.

—Dame, yo lo llevo. —Él le quitó el bolso del hombro para que pudiera usar ambas manos en la escalerilla.

Adeline subió al barco y después tomó su bolso de nuevo. Él subió tras ella, levó el ancla y se dirigieron a la bahía.

El barco rebotaba sobre la superficie del agua y ella echó la cabeza hacia atrás, disfrutando del sol en la cara y del rocío del mar refrescando su piel.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Voy a enseñarte mi casa.

Adeline se incorporó con interés.

—¿Está lejos?

—A unos diez minutos por carretera. Lo mismo por mar.

Ella vio su sonrisa y tuvo la sensación de que se perdía algo, pero no sabía qué. Todavía le sorprendía que hubiera comprado una casa allí, que hubiera echado raíces en un lugar que había estado tan decidido a abandonar. Tenía ganas de verla, no porque le interesara la casa en sí, sino porque le interesaba él.

Tal como le había prometido, unos diez minutos después guio el barco alrededor de un promontorio y se metió en una cala escondida.

La tierra descendía abruptamente hasta el agua. Una playa de guijarros blancos estaba bordeada por un telón de fondo de altos cipreses y pinos, y un embarcadero de madera se extendía hacia las

aguas cristalinas. Algunas casas se acurrucaban entre los árboles, y ella se quedó un momento contemplando la escena.

Ese era el auténtico Corfú, lejos de los ostentosos complejos turísticos adorados por los visitantes.

—¿Vives aquí? —Adeline sintió envidia. Despertar con aquellas vistas cada día parecía más un sueño que un estilo de vida.

—Mi dulce hogar.

Stefanos guio el barco hacia el embarcadero y ella sintió una punzada de familiaridad.

—Conozco este lugar.

Él sonrió y bajó del barco al embarcadero.

—Te ha costado un poco.

—Vinimos aquí el día que robaste el barco de tu padre.

—Creí que habíamos acordado usar la palabra «prestado», pero sí. Este es el lugar.

Stefanos aseguró el barco y le tendió la mano, pero ella negó con la cabeza.

—Quiero nadar.

—¿Ahora? Había pensado hacerte un recorrido, prepararte una taza de mi excepcional café griego y después nadar antes del almuerzo.

Era tentador, pero no tanto como el agua. Adeline tomó la decisión al instante.

—Ahora mismo. —Se protegió los ojos con la mano y contempló la bahía. El mar resplandecía.

Notó que él la observaba.

—¿No decías que no eras espontánea?

—Por lo general no lo soy. —Ella se alisó el pelo hacia atrás y se lo sujetó con una goma.

—¿Esta repentina transformación es culpa mía?

—Tal vez. —Adeline sonrió—. Eres una mala influencia.

—Eso mismo dijo tu padre aquel día que te llevé en el barco. Me gritó porque podías haberte ahogado.

—Lo asustamos, pero no sé por qué. Siempre he sido buena nadadora.

—Las aguas son profundas aquí —afirmó él—. Tenía razón al enfadarse conmigo, aunque no sé cómo esperaba que te controlara. Siempre hacías lo que querías.

—Todavía recuerdo cómo estaba el agua ese día. —Ella giró la cabeza para mirarlo—. Me salvaste. Este lugar me salvó. No puedo creer que hayas comprado una casa aquí.

—Siempre pensé que era especial. En inverno no tanto, claro, cuando el viento aúlla y las tormentas azotan. No lo estoy idealizando.

—Siempre me han gustado las tormentas.

—Vuelve en diciembre. Serás bienvenida.

Sus miradas se encontraron y Adeline lo imaginó por un momento. Que regresaba allí en invierno. Lo imaginó a él, satisfecho en aquel lugar que había convertido en su hogar.

—No puedo creer que esta sea tu vida.

—¿Por qué? ¿Porque parece una elección extraña?

—No. Es una buena elección. Una elección valiente. —Ella recordó lo que él había dicho sobre vivir la vida sin cuestionarse si podría haber algo mejor. Había tomado un riesgo, sin garantías de que funcionara—. Supongo que tengo un poco envidiosa.

Eso la hizo pensar en su propia vida y sus propias decisiones.

¿Tendría ella el valor de hacer un cambio así?

El agua era cristalina e invitadora. Sintió un deseo casi desesperado de sumergirse en sus claras profundidades azules.

Se desató los lazos que sujetaban su pareo y lo guardó en el bolso.

—Bonito bañador. —La voz de Stefanos sonó ronca y ella se rio.

—Es el mismo que llevaba ayer, pero de otro color.

—También me pareció bonito entonces. —Él extendió la mano—. Me llevaré tu bolso mientras nadas hasta la orilla. Si estás segura de querer hacerlo.

—Estoy segura.

Le entregó el bolso y se zambulló directamente desde el costado del barco. El agua fresca cubrió su cuerpo acalorado, el sonido se amortiguó y, durante unos segundos de felicidad, permaneció sumergida. Luego salió a la superficie, se apartó el agua de la cara

con la mano y vio a Stefanos caminando hacia la playa con su bolso al hombro.

Cerró los ojos y flotó de espaldas un momento, sintiendo el sol en la cara y el agua jugando con su pelo. Era lo más relajada que había estado desde que bajó del barco el día anterior. Podría haberse quedado en el agua, flotando, pero entonces recordó que él había reservado un restaurante para almorzar, así que se giró y nadó lentamente hacia la orilla.

Él la esperaba mientras salía del agua.

—¿Bien?

—Oh, sí. —Exprimió el agua de su pelo y se limpió la cara con la mano—. He estropeado tu plan. Lo siento.

—No tenía mucho planeado. Solo traerte aquí. Comer algo. —Stefanos se encogió de hombros mientras le entregaba la bolsa—. Puedes nadar más tiempo si quieres.

—No. Podemos hacer eso más tarde. —Tomó una toalla de su bolsa y se secó la cara—. Quiero ver tu casa.

Había una pareja tomando el sol en el extremo más alejado de la playa, pero, aparte de eso, tenían el lugar para ellos solos.

Miró alrededor, absorbiendo la soledad y el azul infinito.

—¿Por qué hay tan poca gente?

—La profundidad del agua aumenta bruscamente, así que no es bueno para los niños. Además, aquí no hay tabernas ni tiendas. No hay donde comprar una bebida o un aperitivo. Los turistas suelen preferir estar más cerca de la civilización. —Señaló un sendero que subía empinado—. Mi casa está por ahí. No está lejos. ¿Tienes prisa por volver?

—No hay prisa. Mi hermana tiene una reunión de trabajo y mis padres están con la organizadora de la boda.

Adeline se puso las chanclas, pero decidió dejar que el bañador se secara antes de ponerse el pareo.

Él la esperó.

—¿Cassie tiene trabajo?

—Resulta que mi hermana ha escrito una novela. Te lo contaré todo, pero puede que necesite cafeína para eso. —Se protegió los ojos y miró hacia el sendero—. Recuerdo haberme preguntado

adónde llevaba esto. No puedo creer que vivas aquí. ¿Tuviste que hacer muchas reformas en la casa?

—Algunas. Trabajar en este lugar me mantuvo ocupado durante el invierno. Me quedé con mi madre mientras lo hacía, así pude apoyarla mientras se adaptaba a la vida sin mi padre. La renovación fue una buena distracción. Hay algo en el trabajo físico duro que te ayuda a no pensar en las cosas.

—Perder a un padre es duro. —Había estado en el agua hacía solo un momento, pero su piel ya estaba seca y sentía la intensidad del sol—. Lo siento, eso ha sonado superficial viniendo de alguien que todavía tiene a los suyos.

—No ha sonado superficial. Es verdad. Y la pérdida viene de diferentes formas. Tú también perdiste a tu madre, en cierto modo. Sin duda perdiste tu sensación de seguridad.

Le sorprendió que pudiera verlo tan claramente.

—Eso suena a algo que diría la doctora Swift.

Él sonrió.

—Es bastante inteligente esa doctora Swift.

Él le tendió la mano y ella la tomó, sintiendo la fuerza de sus dedos mientras la ayudaba a subir por el empinado sendero.

—Solo es inteligente con los problemas de los demás —dijo Adeline—. Los suyos no le resultan tan fáciles de manejar. Solo desearía que mis padres me hubieran contado lo que estaba pasando en lugar de soltármelo así. No entiendo por qué lo mantuvieron en secreto.

—Entiendo tu frustración. —Stefanos acortó el paso para igualarlo al de ella—. Mis padres también me ocultaron cosas.

—¿Lo hicieron?

—Sí. Resultó que mi padre había estado enfermo durante un tiempo, pero no me lo dijeron. Tampoco me dijeron que el negocio estaba al borde de la quiebra.

Ella se detuvo, sin aliento por el calor.

—¿Te ocultaron todo eso? ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Orgullo? ¿La obstinada determinación de mi padre de arreglarlo todo él mismo? ¿El instinto paternal de no preocupar a los hijos? —Su encogimiento de hombros reveló su frustración—. Tu

suposición es tan buena como la mía. Cada semana llamaba a casa, y cada semana me decía que todo estaba bien y le pasaba el teléfono a mi madre porque las charlas triviales no eran lo suyo. Como si los problemas cardíacos y los problemas del negocio fueran insignificantes. Cuando descubrí la verdad me sentí el peor hijo del planeta.

Podía sentir el dolor y la culpa emanando de él en oleadas y a Adeline se le encogieron las entrañas por la compasión.

—¿Te culpas por no ser un lector de mentes?

—Por no hacer las preguntas correctas. Por no volver a casa antes. Si hubiera estado aquí, tal vez habría percibido que algo iba mal. Podría haber visto lo que no me estaban contando. Pero estaba viviendo la ajetreada vida que había creado para mí y no vi nada más que lo que me mostraban.

Era algo que encontraba constantemente en su trabajo. El arrepentimiento.

—No había forma de que lo supieras. Y tomaron una decisión, Stefanos. Eso era lo que querían. Probablemente pensaron que te estaban protegiendo.

Siguieron caminando, a paso lento pero constante.

—Quizás, pero si hubiera sabido que mi padre estaba en apuros, habría vuelto a casa para ayudar y tal vez las cosas habrían sido diferentes. Estaba enfadado, frustrado, porque no habían compartido conmigo lo que estaba pasando. Fue una época difícil.

Habían llegado a lo alto del sendero y él la guio por unos escalones de piedra que serpenteaban a través de los jardines hasta la casa.

—Las relaciones entre padres e hijos pueden ser complicadas. —Ella lo sabía mejor que la mayoría.

—Soy un adulto.

¿Cuántas veces al día se decía ella lo mismo?

Adeline pensó en sus propios padres.

—Pero sigues siendo su hijo y eso altera la forma en que te ven y se comportan contigo.

—Ojalá hubiera tenido una conversación franca con ellos —deseó él—. Solo después de que mi padre muriera me di cuenta de que él

tenía razón en muchas cosas. Perseguía el dinero y me abría paso por una ladera que asumí que quería escalar. Cada vez que me decía que mi vida no incluía lo que más había amado siempre, el mar, lo desestimaba. Creía que sabía más. Pero resulta que no. Ojalá hubiera prestado más atención a su punto de vista. Ojalá le hubiera escuchado más.

Sintió una punzada de culpa. Ella tampoco se había esforzado mucho en ver el punto de vista de sus padres, ¿verdad? Simplemente había asumido que estaban cometiendo un error e intentado encontrar la manera de que ambos lo vieran.

Decidida a esforzarse más, lo siguió por los jardines. Eran más salvajes que los del chalé de su madre, menos estructurados, pero no por ello menos atractivos. Dos grandes limoneros se apretaban junto al sendero, cargados de fruto.

Adeline estaba pensando en que quizás no estaba tan en forma como creía justo cuando el sendero se abrió a una bonita terraza. Y allí estaba la casa.

Se detuvo, encantada. Las paredes eran de piedra clara y las contraventanas de madera estaban pintadas de un intenso tono azul. Los geranios caían alegremente de las macetas de terracota y una parra trepaba por una pérgola de madera, dando sombra a una zona de asientos con vistas a la piscina y la playa más allá.

Se imaginó sentada allí en una tarde de verano, viendo la puesta de sol sobre el océano.

—Es perfecta.

—Yo también lo creo. Ven a ver el interior. —Seguía tomándola de la mano y ella no se apartó mientras la guiaba dentro de la casa.

Estaba amueblada con sencillez, decorada principalmente en blanco con toques de azul cobalto, que reflejaban el color del mar y el cielo que se extendían más allá de las ventanas. Podía imaginarla fresca en verano y acogedora en invierno.

El dormitorio principal tenía ventanales que daban a la terraza y la playa allá abajo, y había un pequeño segundo dormitorio que él usaba como estudio.

Adeline parpadeó.

—¿Usas tres pantallas de ordenador?

—Antes trabajaba en tecnología. Hay cosas a las que no puedo renunciar. Todavía hago algunos trabajos independientes para complementar los ingresos del negocio de barcos. Me gusta la variedad. —La guio de vuelta a la cocina y abrió las puertas que daban directamente a la terraza—. ¿Un café?

—Por favor.

Sirvió dos tazas, puso dos trozos de *baklava* empapados en miel con forma de diamante en un plato y lo llevó todo a la terraza en una bandeja.

Adeline se puso el pareo y se estiró en uno de los cómodos sofás de exterior.

—Esto es una delicia. La ubicación es increíble.

—Sí. Ha sido interesante verla cambiar en cada una de las estaciones. Deberías verla en primavera. Se llena de orquídeas silvestres.

Ella supuso que era un comentario casual y no una invitación, aunque una parte de ella casi deseaba que lo hubiera sido.

«¿Qué me está pasando?».

Adeline tomó un trozo de *baklava* y saboreó su dulzura crujiente.

—Está delicioso. ¿Lo hizo tu madre?

—Por supuesto. —Stefanos agarró su taza de café para beber un sorbo—. Podría fingir que elegí la casa por sus vistas, pero la verdad es que la compré porque hay vientos constantes de tierra por la tarde. Es perfecto para navegar.

—Me alegro de que encontraras un lugar que te guste. —Se quitó las sandalias y se acurrucó con las piernas dobladas, sosteniendo el café en su regazo—. La casa ya debía de estar aquí cuando veníamos a esta playa hace tantos años.

—Sí. Pero la descubrí más tarde. —Él dejó su taza—. ¿Qué pasó después de que te fueras hace tantos años? Cuéntame lo que no sé.

Acomodada en la sombra, le contó cómo se había ido a vivir con su padre a Londres, lo difícil que había sido marcharse sin previo aviso. Cómo le había afectado profundamente ver el sufrimiento de su padre. Cómo su conexión con su madre se había roto y nunca se había recuperado.

Y él la escuchó atento, prestándole toda su atención.

—No podía creer que te fueras tan repentinamente. Le pregunté a mi madre en aquel momento porque estaba disgustado por haber perdido a mi amiga.

Ella sintió una calidez interior.

—¿Y qué te dijo?

—Que tu madre estaba haciendo lo único que podía hacer en esas circunstancias. —Stefanos apoyó el brazo en el respaldo del sofá—. Y luego se negó a hablar más del tema. Pero empezó a traer a Cassie a menudo a nuestra casa. Y cuando le pregunté por qué, me dijo que Catherine tenía que trabajar. Nunca pude entender por qué su padre no la cuidaba. No es que no adorara a la pequeña Cass, pero me parecía extraño. Rob Dunn no trabajaba. Se pasaba la mayoría de los días en el bar de la playa. Lo veía siempre que iba a ayudar a mi padre.

Adeline recordó aquella época.

—Recuerdo muy poco de él. No recuerdo haber pasado tiempo con él cuando vivía aquí.

Stefanos le dirigió una larga mirada.

—A menudo me preguntaba… —Él se detuvo y ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—Nada. ¿Más café?

—No, gracias. ¿Qué ibas a decir?

—No es importante.

—Stefanos… —Adeline se inclinó hacia delante—, antes nos lo contábamos todo.

Él hizo una mueca.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Parece que fue ayer.

—Sí —admitió él—. Así es.

Su mirada se encontró con la de ella. Adeline sintió que el ritmo de su corazón se alteraba y, con cierto esfuerzo, recondujo la conversación.

—Creía tener un recuerdo claro del día en que mi madre me dijo que me iría a vivir con mi padre. Dejar la isla, a Cassie y… —Casi dice «a ti», pero se detuvo a tiempo. Revelar que lo había echado de

menos era demasiado incluso para su nueva versión más abierta—. Pero cuando hablé con mi hermana, me hizo dudar.

—Tu hermana tendría… ¿dos años?

—Sí. Pero mi madre habló de lo que pasó con ella. Y lo que le dijo no tiene sentido. —Hizo una pausa, avergonzada—. Lo siento, esto debe de ser muy aburrido para ti. Ya has soportado bastante de mi drama familiar.

—Y yo he compartido mi drama familiar contigo, así que, no te detengas ahora. ¿Qué es lo que no tiene sentido?

Adeline dejó su taza y se movió en su asiento.

—Cassie me contó que después de una de mis visitas, cuando yo ya era mayor, mi madre lloró después de que me fuera. Que sollozó. Y cuando Cassie le preguntó qué le pasaba, ella le dijo que la vida a veces podía ser muy complicada. Dijo que me echaba de menos. —Y Adeline no había podido dejar de pensar en ello—. Si me echaba de menos, ¿por qué me alejó de ella? No sé qué significa eso.

—¿Se lo has preguntado?

—No. —Había preguntas que era mejor no hacer—. Todo eso es pasado, ¿no? Pensé que era mejor seguir adelante. No es como si ahora se pudieran cambiar las cosas.

—Quizás no, pero a veces entender algo puede ayudar.

—Tal vez. —Adeline descruzó las piernas y se levantó, consciente de que había estado acaparando la conversación—. Me prometiste un almuerzo y natación.

—Es cierto.

La tarde pasó demasiado rápido. Almorzaron en una pequeña taberna en la costa, en una cala a la que solo se podía llegar por mar. La comida era tan buena como había prometido, charlaron durante horas y luego regresaron a la playa bajo su casa.

Nadaron un rato y luego Adeline regresó a la arena. Tomó su bolso para agarrar la botella de agua y vio allí su libro electrónico. El libro de Cassie la estaba esperando.

Se le encogió el corazón. Tenía que leerlo. Debería empezarlo mientras estaba con Stefanos y su estado de ánimo era bueno.

Abrió el libro, comenzó a leer y perdió la noción del tiempo.

—Sea lo que sea lo que estás leyendo, debe de ser bueno. Llevo cinco minutos intentando llamar tu atención. —Stefanos se colocó una toalla alrededor del cuello y se sentó junto a ella. Las gotas de agua se aferraban a sus pestañas y a la sombra de barba de su mandíbula.

—Es el libro de Cassie. Es una historia de amor inspirada en la relación de mi madre con Rob.

La sonrisa de Stefanos se desvaneció y la miró inquisitivamente.

—¿Y estás bien leyendo eso?

—No pensé que lo estaría, por eso decidí empezarlo ahora, estando aquí contigo. Pero es bueno. —Miró su teléfono, sorprendida por el tiempo que había pasado.

Stefanos frunció el ceño.

—¿La historia está basada en la aventura de tu madre?

—Sí, aunque es ficción y esa parte no es la más importante. En realidad, trata sobre su historia de amor. —Y algo en la escritura la había conmovido. Había sentido el amor, la urgencia y la desesperación por estar juntos—. Puede sonar raro, pero, por primera vez, me ha ayudado a entender por qué dos personas querrían estar juntas a pesar de los obstáculos.

—¿Me estás diciendo que no crees en el amor? —preguntó él, con tono divertido.

—Sí creo, pero no tengo una visión tradicionalmente romántica. Pienso que cuando sientes una conexión instantánea con alguien entre la multitud, eso es atracción física, no amor. Y no creo que exista la media naranja. ¿Cómo podría existir? Hay ocho mil millones de personas en el planeta. Si solo hubiera una persona para cada uno, estaríamos todos solteros.

Él rio.

—Eso es cierto.

—Pero, a pesar de todo, me está encantando esta historia. No sé qué dice eso de mí.

Stefanos se inclinó para quitarle arena de la pierna a Adeline.

—Dice que te estás volviendo una romántica empedernida, doctora Swift.

—Vale, eso da miedo. —Riendo, guardó el libro electrónico en el bolso—. Para ser sincera, me siento aliviada. Temía leerlo, pero es una historia conmovedora, aunque obviamente no he llegado a la parte donde él muere.

—La muerte tiene tendencia a interrumpir las cosas. —Stefanos se secó el pelo con una toalla—. ¿Tu madre sabe de este libro?

—Sí, pero aún no lo ha leído. Cassie nos lo dio anoche. Probablemente lo esté leyendo ahora.

Él se colgó la toalla al cuello.

—¿No crees que la alterará, teniendo en cuenta que se va a casar de nuevo con tu padre?

—Me lo he preguntado. Creo que Cassie también. Aunque, para ser justos, nuestra madre no compartió lo que estaba pasando con nosotras, así que Cassie no tiene la culpa. Yo tenía miedo de leerlo, pero no hay nada en él que me afecte. —No había nada controvertido. Nada que pareciera demasiado personal. Solo una simple historia de amor que acababa en tragedia. Por lo que había leído hasta ahora, se sentía tranquila. Y también aliviada, porque parte de ella había temido que aquello pudiera crear una brecha entre su hermana y ella.

—Entonces, ¿crees que tu madre se lo tomará bien?

Adeline lo miró con una sonrisa.

—Lo único que sé con certeza sobre mi madre es que es una romántica incorregible. Puedo decir con total seguridad que le va a encantar el libro.

Capítulo 19

CATHERINE

Catherine se inclinó sobre el inodoro y vació el contenido de su estómago.

—¡Catherine! —llamó Andrew, golpeando la puerta del baño.

Se dejó caer al suelo y apoyó la cabeza contra los frescos azulejos, intentando calmar su interior.

Su vida y sus mentiras la habían alcanzado.

Se arrastró de nuevo hacia el inodoro y volvió a tener arcadas.

—¿Catherine? ¿Estás bien? —Él sacudió la puerta una vez más.

No, no estaba bien.

Las páginas de la novela de Cassie estaban esparcidas por el suelo donde las había dejado caer. La página 96 se había deslizado al otro lado del baño y la 208 había ido a parar dentro de la ducha, la tinta se difuminaba gradualmente mientras las gotas de agua empapaban el papel. Las otras páginas eran un revoltijo desordenado, mezcladas, sin orden. No importaba. Sabía que nunca volvería a leer esas palabras.

La gente decía que podías dejar el pasado atrás y seguir adelante, pero no era cierto. Podías fingir que seguías adelante, podías decirte a ti misma que lo estabas haciendo genial, pero aquello que intentabas olvidar siempre estaba presente, en un rincón de la habitación, esperando para atacar.

—Maldita sea, Cathy. —Andrew dio otro golpe a la puerta.

Ella se levantó tambaleándose y se agarró al lavabo.

Se miró en el espejo. «Esto es culpa tuya. Tú has hecho esto».

Eso era lo que pasaba cuando te dedicabas a escribir novelas románticas. Se volvía más difícil separar la realidad de la ficción. Pasabas tanto tiempo en el mundo de los finales felices que olvidabas que era un trabajo y pensabas que era la vida. Empezabas a creer que todo era posible y que quizás el Príncipe Azul realmente buscaría por todo su reino a la mujer lo bastante tonta como para llevar un zapato de cristal (¿de cristal? ¿En serio?).

Llegó al inodoro justo a tiempo y después el sonido de la puerta al abrirse.

—Cathy, cariño. —Andrew se arrodilló junto a ella, sujetándole el pelo, acariciándole los hombros y diciéndole que todo iba a salir bien. Algo que ella sabía que no era cierto, porque nada estaba bien y no veía cómo podría estarlo otra vez.

Oyó el sonido del agua corriendo y después sintió la bendición de una toalla fresca contra su frente ardiente.

—¿Has comido algo que te ha sentado mal? No puede haber sido el almuerzo. Los dos tomamos cordero y yo estoy bien. —Se fijó en las páginas esparcidas por el suelo—. ¿Es el libro de Cassie? ¿Es por el libro?

No era exactamente por el libro. Era por su vida. Sus decisiones. Sus errores.

—Andrew…

—¿Es el libro lo que te ha alterado? —Él se agachó y recogió con cuidado un par de páginas—. Había decidido no leerlo.

—No lo hagas. Todo es ficción. ¿Qué estás haciendo…? —se quejó Catherine cuando él la tomó en brazos.

—Me niego a tener una conversación tan importante en el suelo de un baño, aunque sea de mármol italiano. —La llevó a su dormitorio y la dejó sobre la cama con cuidado—. Ahora dime exactamente qué te ha alterado. ¿Ha descubierto la verdad?

—No, no es eso. Ha contado la historia casi exactamente como yo se la conté. Y la escritura es maravillosa. —Si no se sintiera tan enferma y traumatizada, se habría sentido impresionada. ¡Su pequeña había escrito un libro!—. Los personajes cobran vida. Tiene verdadero talento.

—¿Pero?

—Pero desearía que no hubiera usado su talento en esta historia en particular. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ella cree que es una forma de inmortalizar a su padre.

—Y si hay alguien que no merece ser inmortalizado, ese es Rob Dunn —dijo Andrew, esbozando una sonrisa torcida.

—Exactamente. —La voz de Catherine era apenas un susurro—. ¡Este libro lo ensalza, Andrew! Es un héroe en esta historia. Y yo no quiero ensalzarlo. Quiero olvidarlo, pero ahora nunca podré hacerlo porque está impreso. Es como si se estuviera burlando de mí desde la tumba.

—Estás temblando. —Andrew se quitó los zapatos y se tumbó en la cama junto a ella. La atrajo hacia sus brazos—. Cariño, no lo estamos homenajeando. Estamos celebrando el libro de Cassie. Que es ficción. La historia no puede acercarse a la verdad porque tú no le has contado la verdad.

Sí, era ficción. Sabía que era ficción porque, básicamente, era ella quien la había escrito. Resultaba irónico, en realidad. Cassie había usado como inspiración las historias que le había contado, lo que significaba que Catherine había contribuido sin querer al libro de su hija. Si hubiera tenido mejor sentido del humor, quizás hasta se habría reído.

—No lo entiendes.

—Entonces, ayúdame a entenderlo —le pidió él, acariciándole el pelo con suavidad—. Dime qué estás pensando.

—He intentado dejarlo atrás. Eso es lo que se hace con un error, ¿no? Perdonarte a ti mismo y seguir adelante. Eso es lo que dice la gente. No me he perdonado, pero he intentado seguir adelante.

La abrazó con fuerza.

—Y lo has hecho.

—No. Y ahora nunca podré. Este libro se ha asegurado de ello. Si tiene éxito, y con la Poderosa Madeleine impulsándolo y un contrato editorial tan importante, lo apoyarán con una campaña masiva para que sea un éxito, todo el mundo hablará de él. La gente me preguntará sobre ello.

—Solo si saben que estás relacionada, y no tienen por qué saberlo.

—Se lo ha dedicado a sus padres. —No pudo pronunciar la palabra «nosotros». «Nosotros» implicaba ser un equipo, y ella y Rob nunca lo habían sido—. Por supuesto que lo sabrán.

A veces, el optimismo de Andrew la exasperaba, pero al mismo tiempo le estaba agradecida por ello. Lo necesitaba. Había perdido la capacidad de confiar. No solo en la gente, sino en su propio juicio. Envidiaba a las personas que de verdad creían que todo saldría bien. Hacía tiempo, ella también había sido así. Había creído que las cosas buenas les sucedían a quienes las merecían. Que la mayoría de la gente era buena en el fondo. Había pensado que vivía un romance, exactamente como en sus libros. Le había llevado tiempo darse cuenta de que estaba dentro de una historia de terror y que la confianza era como la virginidad: una vez que la perdías, no había vuelta atrás. Andrew no la había perdido. Él todavía creía en la bondad de las personas y en que todo iría bien en la vida, así que ella había atado su frágil y cínica alma a él, esperando que su optimismo fuera lo suficientemente robusto como para cargar con el peso de ambos. No había nada malo en eso, ¿verdad? Era como entablillar una pierna rota. Hacías lo que tenías que hacer.

Él dudó.

—Está bien. Digamos que tienes razón en eso, y tal vez la tengas, porque nadie sabe más de publicaciones que tú, pero la historia de Cassie no es tu historia, ¿verdad? Si está inspirada en todo lo que le contaste, entonces ni siquiera roza la verdad. Ella tiene la versión oficial. La versión que creaste para ella. Nadie va a saber lo que realmente sucedió.

—Yo sé lo que pasó. —Le castañeteaban los dientes. Había vuelto allí, reviviendo cada largo día oscuro, pero especialmente aquel último día, que había sido el más largo y oscuro. Sentía como si estuviera cayendo de nuevo en el profundo agujero negro que la había atrapado durante años.

Andrew todavía intentaba entender. Casi podía ver las partes de su cerebro moviéndose, tratando de hacer conexiones.

—Entonces, ¿no te preocupa que tus lectores lo descubran? ¿No es por la idea de que la gente vea a la verdadera Catherine Swift?

La verdadera Catherine Swift. ¿Quién era? Se había alejado tanto de la persona que una vez fue. Era como una de esas actualizaciones que tu teléfono te obliga a instalar y que luego cambia todo hasta hacerlo irreconocible.

Se consolaba sabiendo que todo el mundo cambia con el tiempo. La vida te erosiona hasta que adquieres una forma diferente.

Había días en los que ni siquiera se conocía a sí misma. Y luego estaban las partes que sí conocía, pero que ocultaba al mundo. Pero no se sentía culpable por ello. No compartir todo no la hacía falsa, la hacía igual que todos los demás. ¿Todas esas fotos felices y dichosas en las redes sociales? Todos esos *hashtags*: *#bendecida*, *#agradecida*, *#amomivida*… representaban ingenuidad (las cosas malas aún no habían sucedido) o un gran encubrimiento (las cosas malas habían sucedido, pero no las compartían). Todo el mundo mostraba una parte selectiva de sí mismo. Así funcionaba el mundo.

—No quiero que los lectores hagan preguntas sobre mi vida privada. No quiero que Cassie hable de mi vida privada. No quiero ser el centro de atención. —La atención nunca era buena cuando intentabas ocultar algo. Pero lo que realmente importaba no era lo que ocultaba a los lectores, o lo que intentaba ignorar ella misma. Lo que realmente importaba era lo que les ocultaba a sus hijas—. ¿No lo ves? Inventé esa historia no solo para protegerme porque quería dejarlo atrás, sino para proteger a mis hijas. Pensé que una mentira era mejor que la verdad.

—Lo sé. —Él la atrajo hacia sí y la besó en la coronilla—. Eres una madre maravillosa, Catherine.

Ella soltó una risa ahogada.

—Los dos sabemos que eso no es cierto. No puedo imaginar a nadie que pudiera haber sido más desastre como madre que yo, y eso es frustrante y angustioso porque lo intenté con todas mis fuerzas. Y hoy, por un momento, cuando hablaba con Adeline, realmente pensé que tal vez podría arreglar las cosas. Que esta era mi oportunidad de reparar mi relación con ella. Ahora, en lugar de tener una relación rota con una hija, voy a tenerla con las dos.

Andrew suspiró.

—Estás dando por hecho que esto dañará tu relación con Cassie.

—¿Cómo no va a hacerlo? Este es su sueño, Andrew. Y voy a arrebatárselo. Voy a ser yo quien lo aplaste. No un agente, no una editorial, ni siquiera el público lector. Yo. Su propia madre.

Él se tumbó boca arriba y miró al techo.

—Tal vez haya una forma de arreglarlo.

—La única manera de hacerlo es pedirle a Cassie que retire este libro. No ha firmado el contrato aún. —La idea la hizo sentir mal—. ¿Cómo puedo hacerle esto a mi hija? Este es su sueño, y recuerdo lo que se siente. ¿Cómo puedo matar ese sueño? Pero voy a tener que hacerlo. Por el bien de todos, no puedo permitir que ese libro salga a la luz.

—Tiene que haber otra solución —dijo Andrew, incorporándose para mirarla—. No quieres alabar a Rob, pero si eliminas la dedicatoria, entonces no hay ninguna referencia a él. ¿Y quién es Cassie Dunn para los lectores? Tienes que decidir qué quieres.

Lo que quería era que Cassie nunca hubiera escrito el libro.

Catherine miró el reloj en su mesita de noche y gimió.

—Tenemos diez minutos antes de que lleguen a cenar. Y no sé qué hacer. —Se obligó a levantarse de la cama y entró al baño, donde se echó agua fría en la cara.

Andrew recogió todas las páginas dispersas del libro de Cassie y las metió con brusquedad en la papelera, como si le molestara el dolor que esas páginas habían causado. Ese era Andrew, todavía bueno a pesar de todo. Debería haberle devuelto la fe en la gente, pero no lo había hecho. Solo le había devuelto la fe en él.

Hizo lo que pudo con el maquillaje, aunque sin mucho entusiasmo. Se puso un vestido que normalmente la hacía sentir bien, pero ese día no lo había logrado. Iba a necesitar más que un vestido para salvar la situación.

Salió a la terraza y, por primera vez en su vida, no encontró consuelo en las coloridas flores que bordeaban el sendero. El calor del día se había asentado en la noche, húmedo y opresivo. No había brisa. Todo en aquel día parecía diseñado para hacerla sudar.

Adeline y Cassie llegaron juntas, riendo por algo. No parecían afectadas por el calor.

Catherine se sintió mal porque sabía que pronto dejarían de reír. Aun así, había querido que sus hijas se unieran. Al menos eso era algo bueno. Se tenían la una a la otra. Y con suerte, pasara lo que pasara, eso duraría. No estarían solas.

Era la noche libre de Maria y la mesa estaba llena de ensaladas y deliciosos platos fríos que había preparado antes de irse a visitar a una amiga en el pueblo vecino.

Adeline sacó una silla y se abanicó con la mano.

—Hace calor esta noche. —Se sentó, con el pelo suelto sobre los hombros.

Catherine podría haberse preguntado por el cambio en ella, pero tenía otras cosas en qué pensar.

Adeline la observaba desde el otro lado de la mesa.

—¿Estás bien?

Catherine había hecho lo posible por ocultar cómo se sentía, pero estaba claro que no lo había logrado. Adeline había visto algo en su rostro. Algo que Cassie no había notado. Quizá era porque Adeline estaba más sintonizada con los signos del trauma emocional. Veía trauma todo el tiempo en su trabajo, especialmente al principio, cuando atendía a pacientes cara a cara. Incluso le había dicho una vez que prefería tratar los problemas de la gente a distancia, y Catherine lo había entendido.

Habría sido feliz de no tener que mirar el trauma a la cara nunca más. Desafortunadamente, no le estaban dando esa opción.

Pero así era como funcionaba la vida, ¿no? Lo malo invadía lo bueno. Era como la enredadera en el jardín, envolviéndose alrededor de las plantas sanas y felices, ahogándolas. Y no importaba cuánto intentaras deshacerte de ella, arrancarla de raíz y desterrarla, siempre conseguía volver a crecer.

Tragó saliva.

—Espero que os hayáis divertido hoy.

—Así ha sido. Pareces cansada. —Adeline no parecía dispuesta a dejar el tema—. ¿Has estado trabajando?

—Sí. Estoy terminando un libro. Casi tengo el borrador final. —Podría haber dicho que ni siquiera había abierto el portátil, pero entonces habrían buscado otra razón para explicar por qué parecía pálida y agotada. Aunque solo fuera un breve respiro, Catherine lo agarró con avidez.

—He estado leyendo el libro de Cassie y es fantástico. —Adeline roció aceite de oliva sobre su ensalada y sonrió a su hermana desde el otro lado de la mesa—. Todavía no puedo creer lo bueno que es.

Cassie también resplandecía, el deleite y el orgullo se aferraban a ella como un bronceado.

—Me he estado comiendo las uñas todo el día. Tenía tanto miedo de que lo odiaras…

—Me está encantando —afirmó Adeline. Había pan caliente recién hecho en el centro de la mesa y ella se inclinó para servirse.

Catherine se maravilló de que las cosas pudieran parecer tan normales en la superficie cuando en realidad todo iba mal. Podía sentir la tensión de Andrew. Su pie se movía bajo la mesa, tap, tap, tap, algo que solo hacía cuando estaba muy estresado. Esperaba que ella dijera algo. Ella también esperaba, aunque no estaba segura exactamente qué. ¿El momento adecuado? ¿Y cómo iba a ser ese momento?

—He hablado con mi agente esta mañana. Hemos aceptado el trato —anunció Cassie, mirando a su madre—. Y tengo un favor que pedirte.

Catherine había estado esperando el momento adecuado y tenía la sensación de que era ese.

Debería hablar, antes de que Cassie tuviera la oportunidad de decir algo más. Pero quería permanecer un poco más en ese momento donde todavía todo estaba bien. Quería atesorar esos últimos minutos preciosos antes de destruir las ilusiones de su hija. ¿Quién sabía qué vería entonces en sus ojos? Dolor. Culpa. Sufrimiento.

—Me siento un poco incómoda pidiéndote esto —Cassie obviamente había renunciado a esperar que su madre la animara—. Mi agente, y la editorial, se preguntaban si podría usar tu apellido.

Sería Cassie Swift. Piensan que suena bien. Aunque, por supuesto, puedes negarte, pero…

—No. —La palabra salió disparada de los labios de Catherine, cortando la cálida atmósfera.

—Al menos piénsalo —pidió Adeline, enderezándose sobresaltada.

—No necesito pensarlo. No puedes usar mi nombre.

Parte de la alegría abandonó el rostro de Cassie.

—Por supuesto. No hay problema. —Su sonrisa era rígida y forzada—. Podemos publicarlo bajo mi nombre real. O usar un seudónimo o algo así.

—Espera… —Adeline se inclinó hacia adelante—. ¿Por qué no puede usar Swift? Quizás sea aprovecharse de tu éxito, pero es Cassie quien será la beneficiaria final, así que, ¿qué importa?

—A mí me importa. —Cassie frunció el ceño—. Prefiero hacerlo por mí misma.

—No me refería solo al nombre —dijo Catherine—. No puedes publicar este libro, Cassie. —Ver cambiar la expresión de su hija le causó un dolor físico. Nunca se había odiado más a sí misma—. Lo siento. Sé cuánto significa para ti. Sé lo emocionante que es todo. Pero no puedes hacerlo.

—Basta. —Adeline se puso de pie, el chirrido de su silla reflejaba su visible indignación—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Esto no es sobre ti!

—No sirve de nada que te enfades conmigo, Adeline, y me temo que sí es sobre mí. Ese es el tema. —Había estado tan cerca de arreglar las cosas con su hija mayor, pero iba a tener que aplastar esos pequeños brotes que habían nacido—. Te aseguro que, por muy enfadada que estés conmigo, yo estoy aún más enfadada conmigo misma.

—Lo has leído y lo has odiado. —Cassie parecía mortificada—. Has odiado mi libro.

—No. Me ha encantado. Es una historia maravillosa y emotiva que de alguna manera consiguió romperme el corazón y ser edificante al mismo tiempo. Eso requiere verdadera habilidad, Cassie. Puedo entender por qué las editoriales se han estado peleando por el derecho a publicarlo.

Cassie intercambió miradas desconcertadas con su hermana.

—Pero, si te ha gustado, ¿por qué me dices que no puedo publicarlo?

—Porque tanto el libro como la publicidad, que sin duda lo rodeará, corren el riesgo de poner el foco en mi relación con tu padre, y no puedo soportarlo. No puedo pasar por eso otra vez. No puedo volver a ese momento. —El corazón le latía tan fuerte que pensó que sus costillas podrían romperse.

Andrew acercó su silla a la de Catherine y la rodeó con el brazo.

—¿Te he disgustado? —Cassie estaba horrorizada—. Ahora me siento fatal. No me di cuenta de que todavía era algo tan doloroso. Sé cuánto lo amabas, y pensé que esta sería una forma de celebrar ese amor.

—No lo entiendes. Y eso es culpa mía. —La emoción se acumuló en su garganta como una tormenta a punto de estallar—. No quiero que la gente hable de mi relación con tu padre. No quiero ningún tipo de… homenaje. Preferiría que se olvidara.

—¿Es por Andrew? —Cassie lanzó una mirada de disculpa hacia su futuro padrastro—. No sabía lo de Andrew cuando lo escribí.

Y eso también era culpa suya. No compartir el hecho de que Andrew y ella habían reavivado su relación era otro error en una larga lista de errores.

—No es por Andrew, aunque no tengo duda de que él preferiría no remover ese capítulo particular de mi vida. Esa no es la razón.

—Entonces, ¿por qué? Si he cometido algún error, puedo arreglarlo —dijo Cassie—. Es una versión ficticia de la realidad, obviamente. Basé la historia en todo lo que me contaste, así que, ¿por qué no puedo hablar de eso?

Hubo una pausa tensa. Era como estar al borde del acantilado, esperando para saltar.

—Porque no es verdad. Nada de eso es verdad. —A Catherine se le había quedado tan seca la boca que casi le era imposible hablar—. El hombre que te describí era el que yo quería que fuera. El hombre que pensé que era cuando me casé con él. El hombre que merecías tener como padre. Pero ese no era él en realidad. Rob Dunn era

controlador, manipulador y violento. Un maltratador. Tu padre distaba mucho de ser un caballero de una novela romántica.

Capítulo 20

CASSIE

Cassie se sintió mareada. ¿Un maltratador? ¿Su padre?

Tardó un momento en poder hablar.

—Me dijiste que era el hombre más perfecto que habías conocido. Dijiste que supiste de inmediato que era la persona adecuada. Que lo que compartíais era especial.

—Y al principio era así como lo sentía. Pero hay gente capaz de engañar, y Rob era uno de esos. Yo era confiada. Ingenua, supongo —dijo su madre—. Lo he pensado a menudo, y me he preguntado por qué no lo vi. Créeme, me he culpado durante mucho tiempo.

Andrew frunció el ceño.

—Cathy…

—Lo sé. —Ella levantó una mano para impedir que terminara la frase—. Vas a decir que no fue mi culpa, e intento convencerme de ello. No vi quién era realmente porque no me permitió verlo. Era astuto e inteligente. Pero, aun así, es difícil no culparme.

Cassie sintió cada latido de su corazón golpeando con fuerza contra sus costillas.

—¿Estás diciendo que todo lo que me contaste sobre mi padre era mentira?

Su madre se estremeció.

—Tienes que entender que intentaba protegerte. No creí que necesitaras saber la verdad. Estaba muerto. ¿Qué importaba cómo

era realmente? Era el pasado y se suponía que debía quedarse en el pasado.

Hasta entonces, solo había visto a su madre segura y confiada. Ella era una triunfadora. Una superestrella. No había problema en la vida que no pudiera manejar. O eso había pensado, porque estaba viendo otro lado de su madre. Veía incertidumbre y vulnerabilidad. Veía arrepentimiento y miedo.

Miedo.

Cassie observó cómo Andrew la estrechaba con más fuerza. Calmándola y apoyando a su madre.

Su padre. *Su papá*.

No tenía sentido.

Era como leer una novela, esperando que fuera romántica, y descubrir que era de crimen.

—No lo entiendo. —Cassie empezó a temblar. Primero las manos y luego las piernas—. Me contaste tantas historias positivas sobre mi padre.

—Y eso es lo que eran. Historias.

El horror se adhería a ella, cubriendo su piel como una película de sudor.

—Pero yo las creí. —Quizás ella era la ingenua—. Creí lo que me contaste.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? Es lo que hago, ¿no? Es mi talento. Probablemente mi único talento —dijo su madre—. Escribo ficción. Y casi todo lo que te conté sobre Rob Dunn era ficción. Y sé que debería sentirme culpable por no decirte la verdad. Pero ¿cómo podía? ¿Cómo le cuentas a una niña pequeña la verdad sobre su papá, cuando la verdad la mantendría despierta por las noches? —La voz de su madre se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Cómo?

Cassie también sintió lágrimas en las mejillas. Se las secó.

Su padre.

Nunca lo había conocido, pero siempre se había sentido como si lo conociera. Lo había formado en su imaginación con ayuda de las historias de su madre. Había creado a alguien que había sido parte de su vida. Había sido una persona real para ella, y ahora podía

sentir cómo se desvanecía. Quería alcanzar y agarrar esa imagen antes de que desapareciera para siempre.

—Así que me has contado la ficción. —Cassie tenía la boca seca. Los labios agrietados—. ¿Podrías contarme los hechos? Todos ellos. Sin editar… —Quizás se arrepentiría de esa petición, pero sabía que necesitaba la verdad.

Cassie ni siquiera se dio cuenta de que Adeline se había movido hasta que oyó el roce de una silla y sintió el brazo de su hermana rodeándola.

Más tarde, pensaría en el hecho de que Adeline se había movido para consolarla, aunque debía estar sintiendo muchas emociones propias, pero por el momento solo estaba agradecida por su apoyo.

Su madre se secó los ojos y tomó un sorbo de agua.

—Conocí a Rob en un bar, tal y como te conté. Era encantador. Andrew y yo ya nos habíamos separado. —Dejó el vaso, su mano temblorosa derramó algo de agua por el borde—. Estaba en un momento muy bajo de mi vida. Era vulnerable, y Rob era cariñoso, atento y buena compañía. Era exactamente lo que necesitaba, o eso creía. Me dijo que dirigía su propia empresa tecnológica y que podía vivir y trabajar donde quisiera, así que había elegido Corfú. No era verdad, pero cuando alguien te dice algo, no asumes automáticamente que está mintiendo, ¿verdad? No compruebas todo lo que oyes. O quizás ahora sí. Quizás es diferente ahora, con las redes sociales, las aplicaciones de citas y todo el mundo presentando una fachada falsa al mundo. ¿Quién puede decir qué es real y qué no? Quizás ahora siempre se cuestiona lo que la gente dice, pero yo no lo hice. Creí que era lo que decía ser. Quien decía ser.

—No tienes que revivir esto —dijo Andrew, tomándole la mano—. Yo podría contarles el resto.

—No. Necesito hacerlo. —Pero la forma en que se aferraba a su mano sugería la magnitud de su esfuerzo—. Creí todo lo que me dijo porque no se me ocurrió no hacerlo. Pensaba que era experimentada y sabia, pero no era ninguna de las dos cosas. Rob Dunn era un estafador hábil. Un manipulador y un maestro de la invención, mejor interpretando un personaje de lo que yo nunca fui

escribiéndolo. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, podría haber admirado su creatividad. Sabía exactamente lo que necesitaba, y me lo dio. Había leído mis libros. Los había estudiado. Sabía cómo se comportaban los caballeros románticos, y se modeló según lo que leyó. Me atrajo como a un pez con el anzuelo. Nada era un problema. Escuchaba. Me compraba regalos. Me hacía reír. Me trataba como si fuera la persona más importante del mundo.

Cassie permaneció inmóvil. Podía sentir la oscuridad que se acercaba. Se cernía bajo las palabras que su madre pronunciaba, una amenaza invisible. Era como presenciar una tormenta que se aproxima y esperar a que estalle.

Se sentía ligeramente alejada de la realidad, como si estuviera viendo todo desarrollarse desde la distancia.

La comida yacía olvidada frente a ellos.

—Me quedé embarazada —continuó su madre—. Solo llevábamos juntos dos meses. Esperaba que se horrorizara, pero estaba encantado. En ese momento, pensé que era otra demostración de su amor. Del maravilloso romance que estábamos viviendo.

—De control —interrumpió Adeline en tono suave—. Lo vio como otra forma de controlarte.

—Sí, aunque por desgracia no tuve tu perspicacia. Me llevó tiempo verlo. Supongo que estaba embelesada. —La mirada que le dirigió a Andrew fue de mortificación y disculpa—. Era encantador y atento. Y entonces nació Cassie y todo cambió.

—Porque tuvo que compartirte —añadió Adeline, y Catherine esbozó una sonrisa cansada.

—Si hubiera sabido lo que tú sabes, quizás nunca me habría encontrado en esa situación. Aunque al final lo vi, en las semanas después del nacimiento de Cassie.

—Pero eso no tiene sentido. —A Cassie le daba vueltas la cabeza —. Ya tenías a Adeline. Nunca estuvisteis vosotros dos solos. Siempre tuvo que compartirte.

—Adeline era mayor. Y siempre fuiste una niña muy callada, reflexiva, independiente —dijo Catherine, mirando con una sonrisa cansada a la aludida—. Te encantaba leer y dibujar, y a veces te sentabas solo a pensar. Creo que Rob apenas te notaba en aquellos

primeros días. Pero entonces nació Cassie y todo cambió. Los bebés demandan mucha atención. —Miró a Cassie—. Tuviste unos cólicos terribles en esos primeros meses y llorabas mucho. Fue entonces cuando lo vi cambiar. O más bien, cuando vi quién era realmente.

—Ojalá me lo hubieras contado. —Andrew negó con la cabeza, aunque no debía ser la primera vez que escuchaba la historia—. Al principio, cuando te diste cuenta.

—¿Cómo? —La voz de Catherine apenas era un susurro—. La tinta de nuestros papeles de divorcio no se había secado. Estabas enfadado conmigo porque esperabas que pudiéramos arreglar las cosas, y quizás lo habríamos hecho. ¿Quién sabe? —Le dirigió una mirada angustiada—. No podía decírtelo. Tenía demasiado orgullo. Había cometido un error enorme, pero creía que tenía que aguantarlo. No veía cómo desenredarlo. Y no sabía, en ese momento, lo mal que se pondría todo.

—Ojalá lo hubiera sabido yo también. —Adeline parecía pálida y cansada—. Te habría ayudado.

—Tú sí ayudaste. Fuiste la razón por la que sobrevivimos esos primeros años. Adorabas a tu hermana pequeña y pasabas casi todo tu tiempo libre con ella, lo que significaba que yo podía trabajar y satisfacer la necesidad de Rob de ser el centro de atención. Pero a veces las cosas salían mal.

Adeline retiró el brazo de alrededor de Cassie. Se sentó más erguida, con los ojos muy abiertos.

—Aquella vez que te rompiste el brazo…

—Él me lo rompió —confesó Catherine—. Mi editora me había pedido hacer una gira promocional por mi vigésimo libro, *Deseos olvidados*. Rob no quería que fuera. «Pon una excusa», me dijo. «Dile que no». Intenté explicarle que era parte de mi trabajo. Y luego él dijo que no podría firmar libros con una muñeca rota.

—¿Cómo no me di cuenta? —se preguntó Adeline, horrorizada.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Eras una niña. Y aunque el divorcio había sacudido tu sentido de la seguridad, no tenías ninguna razón para dudar de lo que él te contaba. No habías conocido la violencia. —Hizo una pausa para respirar—. Y no quería que la conocieras.

—No nos dejaba entrar en la habitación. —Adeline fruncía el ceño mientras recordaba—. Nos dijo que necesitabas descansar. Pensé que estaba siendo considerado.

—¿Nos? —Cassie se volvió para mirar a su hermana.

—Sí. Tú también estabas allí —dijo Adeline—. Eras pequeña. Querías ver a mamá. Te retorcías, lo recuerdo. Querías ir con ella, y yo no paraba de preguntarle si podíamos ver a nuestra madre, aunque fuera un minuto. Me dijo que pensara en alguien más que en mí misma. Que necesitabas descansar. —Tragó saliva—. Nos mantenía alejadas.

—No quería que me vierais en mi peor momento. Quizás temía que pudiera deciros algo. Me sentí aliviada de que estuvierais alejadas. Me daba miedo.

Cassie sintió aquellas palabras en lo más profundo del estómago. ¿Miedo? Estaban hablando de su padre. No de un extraño. No de una de esas historias que se leen en los medios. *Su padre*.

Y no era un caballero. No era el amor de la vida de su madre. No era su media naranja.

Oyó que Adeline contenía la respiración.

—El jarrón…

—¿Te acuerdas de eso? —Catherine se aferró al borde de la mesa hasta que sus nudillos se pusieron blancos—. Sí, me lo lanzó cuando le dije que tenía que volar a Nueva York para reunirme con mi agente. Dijo que, si lo hacía, se llevaría a Cassie y a ti y no volverías a verme. ¿Lo habría hecho? No lo sé. Y yo intentaba protegeros a ambas de lo que estaba pasando.

Cassie sentía un zumbido en los oídos. No podía relacionar lo que estaba oyendo con la vida real. No podía relacionarlo con su padre.

—En ese momento, no sabía qué hacer —continuó su madre—. Sabía que era cuestión de tiempo antes de que me hiciera daño de verdad. Temía por vosotras, por lo que pudiera haceros. Por lo que podría pasaros si yo sufría un accidente. Me tragué el orgullo. Llamé a Andrew y le pedí que se llevara a Adeline. Era una niña menos de la que preocuparme. —Tomó la mano de Andrew y él murmuró palabras que Cassie no pudo oír.

Quizás porque su cabeza aún zumbaba con otras palabras.

«Si yo sufría un accidente».

¿Su madre había temido por su vida?

—¿Me enviaste lejos para protegerme? —La voz de Adeline era apenas audible—. ¿No para castigarme? ¿No porque estuvieras cansada de mí o porque no me quisieras lo suficiente, sino para protegerme?

—Sí. Fue lo más difícil que he tenido que hacer jamás, y sabía que me odiarías por ello. Adorabas a tu hermana y ella te adoraba a ti. Pero no veía otra alternativa. Y no podía decirte la verdad, así que, simplemente te dije que tu padre y yo habíamos decidido que vivirías con él.

—Pensé que estorbaba. —Adeline respiraba con dificultad—. Pensé que interrumpía tu nueva vida. Pensé que no me querías como parte de tu familia.

—No. —Catherine negó con la cabeza, la emoción espesando su voz—. Enviarte lejos casi me mata. Pero no veía otra opción. A veces, el amor requiere sacrificios aparentemente imposibles. Parecía lo correcto, aunque lo he cuestionado un millón de veces desde entonces. Teníamos una relación muy estrecha, tú y yo, y sacudí tu fe en el amor. Y en mí. Y nunca he podido reparar esa brecha que causé entre nosotras. Aparte de involucrarme con Rob Dunn, ese ha sido el mayor arrepentimiento de mi vida.

Adeline parecía tensa.

—No lo sabía.

—Y no podía decírtelo sin revelar la verdad a Cassie, y no podía hacer eso. Tú tenías una buena relación con tu padre, pero ella no tenía padre. Solo un recuerdo que yo creé. —Catherine miró a Cassie —. Mientras crecías, en alguna ocasión pensé en decirte la verdad, pero no pude hacerlo. Eras feliz y optimista. Tenías tanta fe en la gente, y no quería quitarte eso. Además, Rob ya se había ido.

Cassie permaneció inmóvil.

Siempre se había sentido afortunada por tener una relación tan cercana con su madre. Sus amigas la envidiaban. «Tu madre es genial». Y cuando se quejaban y protestaban sobre cómo sus madres las regañaban por todo, desde su pelo hasta el estado de sus habitaciones, y cómo nunca las escuchaban, ella no decía nada

porque su madre siempre lo hacía. Cuando estuvo valorando a qué universidades solicitar plaza, su madre la había ayudado a reflexionar. Y cuando admitió que no sabía qué carrera profesional seguir (porque no quería mencionar sus ambiciones como escritora), su madre no intentó empujarla en una dirección particular, simplemente le dijo: «Tómate tu tiempo».

Quizás solo tenía un progenitor, pero tenía el mejor. O eso había pensado.

Era difícil asimilar el hecho de que su madre le había estado mintiendo durante toda su vida. Que su pasado era tanto una obra de ficción como una de las historias de su madre.

En su mente, veía su vida como un libro con páginas arrancadas. Parte de ella estaba mal. Era como si un editor dijera que necesitabas eliminar un capítulo.

Era cierto que no había perdido su capacidad de confiar. Nunca había tenido un novio que la engañara, y sus amigas eran un grupo unido que, aunque a veces podían ser molestas, nunca eran tóxicas. Por supuesto, algunas personas eran más complicadas que otras, pero eso era lo que las hacía interesantes. Había tenido una vida fácil hasta ese momento. Lo sabía y estaba agradecida por ello. Pero eso no significaba que fuera ingenua. Sabía que la vida podía ser dura. Había asumido que algún día sería dura para ella. Que llegaría su turno. Había altibajos. Así era como funcionaba. Si tenías suerte, tenías más altos que bajos.

Pero nunca antes había pensado que su vida había sido fácil porque la habían protegido de las cosas malas. Y era cierto que, al no saberlo, no había perdido su fe en la gente como le había sucedido a Adeline, pero ¿no era peor haber perdido la fe en tu propia madre? ¿Sobre qué más había mentido?

—Podrías habérmelo dicho —se quejó Cassie—. Podrías haber sido honesta. Podrías haberme dicho la verdad y lo habría soportado.

¿Era eso cierto? No lo sabía, pero esperaba que lo fuera. Por lo general, la gente se las arreglaba con lo que la vida les deparaba. Tal vez, si se les preguntaba de antemano, habrían dicho que no serían capaces de lidiar con eso, pero ¿qué era lidiar, sino levantarse cada mañana y seguir adelante?

¿Acaso su madre no pensaba que ella habría seguido adelante?

—Tal vez podrías haberlo soportado, o tal vez me habría arrepentido para siempre de decirte algo que no tenías que saber. Una vez que dices algo así, no puedes desdecirlo. —Su madre sonaba cansada—. Tal vez parte de mí pensó que con Rob fuera de escena podía borrar el pasado. Tal vez lo estaba haciendo también por mí, para que no hicieras preguntas que no quería verme obligada a responder. Quería dejarlo atrás. Supongo que pensé que, si te mentía, y me mentía a mí misma, podría fingir que nunca había sucedido.

Al escribir su libro, al usar lo que ella había creído que era la relación idílica de sus padres como inspiración para su novela, había forzado a su madre a volver a aquella época.

—Si no hubiera sido por mi libro, ¿me lo habrías contado alguna vez?

Hubo un largo silencio antes de que su madre respondiera:

—Probablemente no.

Y habría pasado por la vida sin conocer la verdad. Y tal vez eso habría sido mejor porque, ciertamente, la verdad era difícil de manejar.

—Dijiste que yo no era como él. ¿Eso también fue una mentira?

—No fue una mentira. No te pareces en nada a él, ni en apariencia ni en personalidad.

Las preguntas se agolpaban en su cerebro, haciendo cola para ser formuladas.

—¿Qué pasó después de que Adeline se marchara?

—Las cosas empeoraron. La echabas de menos. —Su madre seguía mirándola—. Te volviste muy dependiente, y Rob se fue impacientando cada vez más. No podía dejarte a solas con él, así que cancelé todos mis compromisos. Cuando tenía que salir de la villa por algo, Maria te cuidaba.

—Esto no es… —Adeline se presionó la frente con los dedos—. Esta no es la historia que tenía en mi cabeza. Es como si hubieras cambiado mi historia.

La de Cassie también había cambiado. ¿Cuántas veces había hablado de la historia de amor de sus padres? Ellos encarnaban todo

lo que creía sobre el amor y las relaciones. Había deseado un amor como el suyo. Lo había envidiado. Y ahora su madre le decía que nada de eso era real.

Se sentía entumecida.

—¿Con qué frecuencia te pegaba? —Los labios de Cassie estaban tan rígidos que apenas podía formar palabras.

—A veces pasábamos meses sin incidentes, y pensaba que quizás realmente lo decía en serio cuando prometía que nunca volvería a hacerlo. Pero entonces algo lo desencadenaba de nuevo. Era mi culpa, decía él. Siempre era mi culpa, y lo explicaba de forma tan hábil que le creía. Y cada vez era un poco peor. Sentía que iba en aumento.

—¿Por qué no lo dejaste?

Hubo una larga pausa tensa.

—Por ti. —La voz de su madre era apenas audible—. Amenazó con llevarte, y temía que pudiera hacerte daño.

Cassie sintió una presión creciente en el pecho. La angustia de su madre era evidente.

—Su muerte… —Cassie temía preguntar—. ¿Ocurrió como me contaste?

—Se cayó por las escaleras. Habíamos salido por la noche y había bebido demasiado. Me había dejado los zapatos en lo alto de las escaleras y él tropezó. —Su madre la miró directamente—. Esos son los hechos. Están en el informe policial.

¿Qué esperaba? ¿Otra confesión? «Tu padre no murió como te conté». Tantas revelaciones la habían puesto nerviosa. Estaba cuestionando cosas que no debería cuestionar.

—Imagino que sentiste un gran alivio.

Catherine dudó.

—Fue una época terrible, pero sí, una parte de mí sintió alivio. ¿Me convierte eso en mala persona? Tal vez. No lo sé. No dejaba de pensar que me habían dado una segunda oportunidad, y que ya no podría hacernos daño. —Su madre esbozó una sonrisa llorosa—. Pero nos está haciendo daño ahora, ¿verdad? Lleva muerto casi dos décadas, pero aún tiene el poder de herir. Quizás debería habértelo contado, pero no veía por qué necesitabas saberlo. Tu primera

infancia había quedado marcada, pero no lo recordabas. Tenía la oportunidad de borrar lo malo para ti, y deseaba desesperadamente hacerlo. Tenía la capacidad de contar una buena historia, así que, ¿por qué no usarla de esta manera? ¿Por qué deberías sufrir por mi mala decisión? No había previsto verme obligada a contártelo. —Se hundió en su silla, agotada—. Quizás fue un error. Quizás debería haberte contado la verdad. Descubrí que a veces ser padre significa tomar decisiones imposibles. Haces lo que crees que es mejor, pero lo mejor para una persona es una mala decisión para otra. Seguro que estás disgustada. Seguro que estás enfadada conmigo. Y no te culpo.

Disgustada, sí. ¿Enfadada? Quizás, un poco. Herida, sin duda.

Cassie se frotó la frente con los dedos.

No podía pensar. No podía procesarlo. Toda su vida había estado esperando una relación como la que tenían sus padres. Pero esa nunca había existido.

—Necesito algo de tiempo a solas. —Cassie se levantó tambaleándose, tirando la silla en el proceso.

—Cariño… —dijo su madre, incorporándose a medias.

—Estoy bien, de verdad. —Al tomar el teléfono de la mesa, tiró su copa. La recogió y colocó una servilleta sobre el charco de champán —. Tengo mucho que procesar, pero estoy bien. No me sigas. Seguro que Adeline también tiene preguntas, así que quizás podáis seguir hablando un rato. —Esbozó una sonrisa, que esperaba que les impidiera seguirla, y salió corriendo de la terraza.

Le palpitaba la cabeza. Se sentía extrañamente distante. Todos esos años había estado diciéndole a todo el mundo que sus padres tenían la relación perfecta. Y al principio su madre había creído que era la relación perfecta. Entonces, ¿cómo podía saberse alguna vez? ¿Cómo podía saberlo alguien?

Había estado llorando la pérdida de su padre, pero el hombre que había imaginado nunca existió. Era un personaje de ficción, y nada más.

Ahora tenía una imagen diferente en su cabeza. Una imagen donde el rostro apuesto de su padre estaba contorsionado por la

rabia mientras le arrojaba un jarrón a su madre. Y le rompía la muñeca.

Se presionó la frente con los dedos, intentando borrar esa horrible imagen.

Al llegar a la casita se quitó los zapatos. Las baldosas del patio todavía estaban cálidas bajo sus pies y la paz de la tarde solo era interrumpida por el suave sonido del océano y el canto rítmico de las cigarras. Se dejó caer en una de las tumbonas, sintiendo el calor que la rodeaba. Sus notas de la reunión con su agente y editor todavía estaban allí y las empujó al suelo, incapaz de mirarlas. Si no hubiera escrito ese estúpido libro, no estaría sentada allí, sintiendo que toda su vida era una mentira, y su madre no estaría llorando en la terraza.

¿Cómo podían suceder tales altibajos en el espacio de un solo día?

Se sentía confundida, desorientada y llena de tristeza. Así que hizo lo que siempre hacía cuando se sentía mal y quería hablar con alguien.

Llamó a Oliver.

Él respondió inmediatamente.

—Hola, Cass. Recibí tu mensaje sobre el contrato del libro. Felicidades. Espero que me estés llamando con una copa de champán en la mano.

Oír su voz cortó los últimos hilos que manejaban su autocontrol.

Grandes y gruesas lágrimas le abrasaron las mejillas quemadas por el sol.

—La verdad es que no. ¿Estás ocupado? No estarás en una cita, ¿verdad? —La idea le hizo dar un vuelco al estómago. Se imaginó que algún día lo llamaría y atendería el teléfono una chica riendo mientras le decía: «Hola, Cassie, Oliver te devolverá la llamada cuando tenga un momento». Oiría risitas de fondo y sabría que ese no iba a ser el momento, y tal vez él acabaría devolviendo la llamada, pero eso sería días después, porque ella ya no sería la persona más importante en su vida.

¿Por qué su mejor amigo no podía haber sido una mujer? Todo habría sido mucho más fácil.

—Estoy en casa —dijo él—. ¿Qué ocurre? ¿Es tu hermana?

—No. Con ella va todo genial. —¿Por dónde debería empezar?—. Está siendo todo un poco intenso aquí. Y me siento realmente… — Sus emociones se mostraron en su voz y empezó a llorar de nuevo.

—¿Cassie? ¿Cass? —La voz de Oliver sonó urgente y preocupada —. Dime qué ha pasado.

—Es todo por… por culpa de mi estúpido… li… libro… — tartamudeó sin poder terminar la frase.

—¿Tu libro? Dijiste que les encantó. ¿Han cambiado de opinión? ¿Pueden hacer eso?

—No han cambiado de opinión.

—Entonces, ¿qué pasa?

Cassie se frotó la cara con una mano e intentó recomponerse.

—Le conté a mi madre todo sobre él.

—Bien. Llevo tiempo insistiéndote en que se lo cuentes. Seguro que está orgullosa. ¿Le gustó la dedicatoria?

Pensar en la dedicatoria la hizo llorar aún más fuerte.

—No.

—Cassie —la voz de Oliver era profunda y firme—, respira. Sea lo que sea lo que haya pasado, vamos a resolverlo juntos. Cuéntamelo despacio. Y cuéntamelo todo.

Fue una conversación entrecortada, llena de sollozos, y varias veces él tuvo que interrumpirla y pedirle que repitiera las cosas, pero ella fue tropezando a través de la historia, relatando lo que su madre le había contado.

Cuando terminó, Oliver guardó silencio un momento.

—No sé qué decir. Ha debido de ser muy duro escuchar eso. ¿Cómo te sientes? ¿Qué estás sintiendo?

—No lo sé —respondió Cassie entre hipidos llorosos—. Estoy enfadada porque no me lo contó, pero una parte de mí desearía que no me lo hubiera dicho porque tenía una idea bonita en la cabeza… y ahora sé que solo eran ilusiones. Era feliz y pensaba que mi vida era genial. Y ahora…

—Tu vida sigue siendo la misma, Cass —dijo Oliver con tono calmado—. Eso no ha cambiado. Quienquiera que fuera tu padre, lo que hiciera, no cambia quién eres tú. Sigues teniendo a la misma gente buena en tu vida que te quiere. Tu madre sigue queriéndote.

Ha debido de ser muy duro para ella también. Supongo que intentaba protegerte.

—Sí.

—No la envidio. Contártelo o no contártelo… No es una decisión que me hubiera gustado tomar.

—Lo sé. —Y Cassie se dio cuenta de que no había pensado lo suficiente en lo difícil que tuvo que ser para su madre—. Creo que al principio estaba centrada en sobrevivir. —A menudo había imaginado a sus padres juntos, y esas imágenes siempre habían sido dulces. Amorosas. Abrazos, caricias. Palabras amables. Pero esas imágenes habían sido reemplazadas por algo más. Un golpe que dejaba moretones. Palabras que herían. Y miedo.

¿Cómo habría manejado ella eso en su lugar?

Se dio cuenta de la vida segura y protegida que había llevado hasta ese momento.

—Siento como si hubiera estado viviendo una mentira, como si toda mi historia de vida acabara de ser reescrita. —Suspiró—. Y prefería la versión anterior.

—Me lo imagino. ¿Y tu hermana? Supongo que su historia también ha cambiado. Ha debido de afectarle todo esto también. ¿Has hablado con ella?

—Todavía no. No a solas. Es que… —Tragó saliva—. Quería hablar contigo. Necesitaba…

¿Qué había necesitado exactamente? Lo había necesitado a él, esa era la verdad.

—Querías analizarlo con alguien que no estuviera directamente involucrado. —Su tono de voz era distinto y ella se dio cuenta de que Oliver estaba cambiando de posición, poniéndose cómodo. Se lo imaginó tumbado en el sofá grande de la sala. Probablemente llevaba su sudadera favorita y sus viejos vaqueros que se ajustaban en todos los lugares correctos. Le encantaba cómo le quedaban esos vaqueros. Se veía sexi, pero sin esforzarse demasiado.

Cassie frunció el ceño. «¿Sexi?». Vale, era raro pensar así de él. O quizá no. Sabía cuándo sus amigas se veían guapas, ¿por qué no Oliver también?

—¿Quieres saber lo que pienso? —preguntó él.

—Sí. Por eso te llamo. Eres el tranquilo y sensato en esta amistad. Yo soy la reina del drama.

Por una vez, él no rio.

—No eres una reina del drama, Cass. Lo que pasa es que no ocultas tus emociones, y eso me gusta.

—¿De verdad? —dijo ella, tras sorberse los mocos.

—Sí. Te hace fácil de entender. Y lo que pienso es que deberías dar tiempo a que esto se asiente y no tratar de arreglarlo de inmediato. Has tenido un *shock*. Tienes que dejar que se asiente. Todos tienen que adaptarse. Debe de haber sido angustioso para tu madre tener que contarte todo esto y removerlo. Habla con ella. Y habla con tu hermana.

Era un buen consejo.

—Voy a tener que abandonar mi libro. —Y se sintió culpable incluso por preocuparse por eso dados los problemas más grandes, pero le importaba. Había estado tan orgullosa de la historia y emocionada por la promesa de lo que vendría.

Había pensado que a su madre le encantaría. Nunca en un millón de años había pensado que la lastimaría.

—No creo que debas hacer nada ahora mismo —opinó Oliver—. Creo que deberías hacer una pausa durante unos días. Deja que todo se asiente, Cass.

—Sí. Tienes razón. Y gracias. Eres el mejor. Te quiero.

Cassie se tapó la boca con la mano. «¿Te quiero?». ¿De dónde había salido eso? ¿De verdad lo había dicho? ¿Y lo decía en serio?

Dejó caer la mano, atónita.

Sí, así era. *Amaba* a Oliver.

No solo como amigo. Como algo más.

La respiración de Cassie se volvió superficial e inestable. Durante años había estado esperando un amor como el de sus padres y todo el tiempo el amor había estado justo delante de sus narices sin que pudiera reconocerlo. Había estado esperando algo diferente. Buscándolo. Y se había perdido lo real.

Oliver.

Pensó en cómo la hacía reír, y cómo se quedaba despierto hasta tarde escuchándola si estaba disgustada, aunque tuviera que

levantarse temprano a la mañana siguiente.

Y luego pensó en cómo sería su vida si encontrara un pequeño apartamento propio como había sugerido su madre. Se acabarían las tardes que pasaban tumbados en el jardín compartiendo una botella de vino, rodeados por el dulce aroma de la hierba y el zumbido de las abejas. También los despertares por la mañana para encontrar una taza de té junto a su cama donde él la había dejado antes de irse a trabajar. No habría discusiones sobre quién cocinaba la cena y quién elegía lo que verían en la televisión.

Una vida sin Oliver sería como una *pizza* sin queso. Una piscina sin agua. Siempre se sentiría como si le faltara algo importante.

Sintió un pequeño zumbido en su cerebro y una opresión en el pecho, y luego una explosión de algo que podría haber sido pánico.

Siempre había pensado que era amistad. Pero acababa de descubrir que era mucho más que eso. Era amor.

Estaba tan concentrada en su impactante descubrimiento que tardó un minuto en darse cuenta de que él estaba en silencio.

—Me refería a que te quiero como amigo, obviamente —soltó Cassie, en un intento de arreglarlo, esperando no haberlo arruinado todo.

Se sintió aliviada cuando él respondió:

—Claro. —Su voz sonaba extraña—. Sé lo que querías decir.

Lo había asustado. Y no era sorprendente. Ella también estaba asustada.

Oliver. Todo el tiempo.

Él se aclaró la garganta.

—¿Quieres que vaya, Cass? Puedo tomar un vuelo si me necesitas.

Cassie notó calor recorriendo su interior. Lo necesitaba desesperadamente, y él se estaba ofreciendo a ir, así que, ¿por qué no?

Abrió la boca para decir: «Sí, te necesito», pero entonces oyó un ruido de fondo.

—¿Hay alguien ahí? ¿Tienes compañía?

Hubo una pausa.

—Suzy —dijo él—. Suzy ha venido.

Suzy. La del pelo sedoso y los dientes perfectos.

Si ya sentía su corazón magullado, después de oír eso se había quedado destrozado.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a pasar cuando volviera a casa? Oliver y ella compartían casa. Comían y salían a pasear juntos. Él estaría con Suzy y Cassie tendría que sonreír cuando se encontrara con ella en el baño por las mañanas, saludarla con voz alegre y no molestarse cuando tendiera su diminuta ropa interior en el tendedero del jardín.

—Eh, ¿Cass? —dijo Oliver, sacándola de sus pensamientos—. ¿Sigues ahí?

—Sí… —La voz de Cassie era un graznido—. Sigo aquí.

—Suenas rara. ¿Te has tragado una abeja?

—No.

—¿Te has puesto a fumar cincuenta cigarrillos al día?

—Tampoco.

—Entonces, ¿por qué suenas como si acabaras de quedarte afónica cantando en un concierto en un estadio?

Todas aquellas cosas que creía saber sobre el amor… Nunca pensó que podía doler así. Estuvo a punto de decir algo porque sus sentimientos eran más fuertes que su sentido de la dignidad o el autocontrol. Pero no quería ponerlo en una situación difícil. No quería que se sintiera incómodo y tuviera que encontrar una forma amable de decirle que era, y siempre sería, su amiga más querida, pero que no pensaba en ella de esa manera.

—Es por llorar tanto —se excusó ella—. Lo siento. Me alegro de que Suzy esté ahí contigo.

Hubo una pausa.

—¿De verdad?

—Sí, claro. —La idea la estaba matando, pero amaba a Oliver. Quería que fuera feliz, y si eso significaba ser amable con Suzy, entonces sería amable con Suzy—. No necesito que vengas. Es genial charlar contigo, aunque no pretendía interrumpir tu velada.

—No interrumpías nada. ¿Me mantendrás informado de cómo estás? Quiero actualizaciones. Llámame.

—Claro. Te llamaré. —Se imaginó a Suzy tomando su teléfono y viendo la pantalla. «Es Cass», diría, y ambos pondrían los ojos en

blanco e intentarían averiguar cómo apartarla gradualmente de la vida de Oliver.

No iba a llamarlo.

—¿Cass? —El tono de Oliver era más cortante y ella se preguntó si le habría leído la mente—. Estoy aquí para lo que necesites, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Ya me siento mejor solo por haber hablado contigo. Y voy a hacer lo que dijiste. Dejaré que todo se asiente. Adiós.

Terminó la llamada tan rápido como si fuera un extraño intentando venderle ventanas que no necesitaba u ofreciéndole un nuevo plan telefónico.

Cassie dejó caer su teléfono en la tumbona.

Siempre había pensado que el amor tendría cierta apariencia. Siempre pensó que lo reconocería en el momento en que lo viera. Pero se daba cuenta de que el amor era tan específico para cada persona como todas las otras cosas que hacían a un ser humano individual y único. El desastre romántico de una persona podría ser el final feliz de otra. ¿Por qué no lo había visto antes?

Estaba enamorada de Oliver, y la única razón por la que no lo había visto era porque tenía esa imagen clara de cómo debería ser el amor. Pero esa imagen había sido un espejismo y se había desvanecido.

El amor, al menos para ella, era lo que sentía por Oliver.

Se dejó caer en la tumbona, sintiéndose como si hubiera envejecido una década. Normalmente no se sentía como una adulta, pero esa noche sentía todo el peso de serlo.

Oyó el sonido de pasos y luego que alguien la llamaba.

—¿Cass? —La urgencia en el tono de Adeline la alarmó.

—¿Qué? —Ya se estaba incorporando y buscando sus zapatos cuando Adeline apareció ante ella, sin aliento.

—Es mamá. Se ha desmayado. Tiene un fuerte dolor en el pecho y dificultad para respirar. La están llevando al hospital ahora. Mi padre va en la ambulancia con ella.

—¿Ambulancia? —Cassie miró fijamente a Adeline, con el cerebro entumecido y funcionando a cámara lenta—. Pero eso no es posible. Ella es una mujer muy sana. Come ensalada y pescado. Nada y hace

yoga. —Estaba ignorando el hecho de que una persona podía hacer todas esas cosas y aun así enfermar.

—Papá cree que quizás fue el estrés de contárnoslo y pensar en Rob.

Cassie metió los pies en los zapatos a toda prisa, lastimándose un dedo en el proceso.

Aquello era culpa suya. Ella era quien había obligado a su madre a enfrentarse a su pasado. Ella era quien había insistido en que su madre se lo contara todo, aunque era evidente que había sido una época traumática en su vida.

Por su culpa tenía que ir al hospital. ¿Y si moría?

Cassie ni siquiera había tenido la oportunidad de decirle que la quería. Que lo entendía y que probablemente habría hecho lo mismo en su situación. En cambio, había sido fría y algo más que crítica. ¿Y si era demasiado tarde y nunca tenía la oportunidad de decir esas cosas?

Justo cuando creías que la vida no podía empeorar más, empeoraba.

Capítulo 21

ADELINE

Adeline se aferró al asiento del coche, deseando que su hermana redujera la velocidad. A ese paso, llegarían al hospital como pacientes, no como visitantes.

Pero Cassie estaba entrando en pánico y, por primera vez en mucho tiempo, Adeline también.

No podía dejar de pensar en lo que su madre les había contado. Algo revoloteó en su interior y por un momento volvió a ser una niña, antes de que su corazón hubiera sido magullado y su confianza sacudida, antes de que hubiera aprendido a mantener una distancia entre ella y sus emociones.

Un bache en la carretera casi las hizo volar y Adeline se mordió la lengua y se golpeó la cabeza.

—¡Cassie! —Adeline se pasó la lengua por los labios, comprobando que aún estaba unida al resto de su cuerpo—. Sé que estás preocupada, pero reduce la velocidad.

Los dedos de su hermana estaban blancos sobre el volante, su mirada fija en la carretera que serpenteaba en zigzag.

—Lo siento. Sé que no es una carretera genial, pero es la ruta más corta al hospital. He ido por aquí toda mi vida, podría hacer el camino con los ojos cerrados.

—Mejor abiertos. —Adeline decidió no decirle que eso de «toda mi vida» no era mucho tiempo cuando solo tenías veintidós años.

—Probablemente los de la ambulancia ni siquiera conocen este camino.

«O quizás quieren entregar a su paciente con vida», pensó Adeline.

Capear otra crisis con una hermana con la que apenas había tenido contacto desde la infancia le producía una sensación muy extraña. Era como si el universo estuviera decidido a ponerlas en las situaciones más intensas posibles. En muchos aspectos, la personalidad de su hermana era la misma que cuando era una niña pequeña. Cercana, impetuosa y positiva. Aunque en ese momento no había mucho rastro de su lado positivo.

Era curioso cómo las personas manejaban el estrés de manera diferente. Cassie cabalgaba cada emoción sobre la superficie. Era de las que gritan en las montañas rusas y sollozan con las películas tristes. Adeline nunca había sollozado por una película ni había gritado en una montaña rusa.

Y nunca se había enamorado.

—No le dije que la quería —dijo Cassie—. ¿Y si llegamos demasiado tarde? ¿Y si nunca vuelvo a decírselo? ¿Y si lo último que piensa es que me fui de la mesa para estar sola? Debería haberla abrazado y haberle dicho lo mucho que sentía que hubiera pasado por eso. Lo mucho que sentía que se hubiera encontrado en la posición de tener que tomar esa decisión sobre qué contar a sus hijas. —Cassie pisó a fondo y la cabeza de Adeline golpeó contra el reposacabezas. Si tuvieran que hacer una parada de emergencia, sufriría un latigazo cervical.

—Para, Cass, y cálmate. No estás en condiciones de conducir.

—Estoy bien. Solo quiero llegar. —Cassie se pasó el dorso de la mano por las mejillas—. Y no soy una persona tranquila como tú.

Adeline no se sentía nada tranquila. Se sentía perdida y conmocionada. Abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Todo iría bien. Había aprendido a arreglárselas sola, lo cual era bueno, porque su hermana no estaba en condiciones de absorber su estrés junto con el suyo propio. Cuando llegaran al hospital, encontraría un lugar tranquilo para recomponerse y recuperar el control. Mientras tanto, su prioridad era su hermana.

—Vas a poder decirle todas esas cosas, Cass. Y ella sabe cuánto la quieres. Vosotras dos siempre habéis estado unidas. —Intentó poner algo de distancia entre el problema y ella. Imaginó que aquella situación era algo que alguien le había escrito pidiendo consejo.

«Querida Ansiosa, siempre es preocupante cuando sentimos que podríamos no tener la oportunidad de decir las cosas que desearíamos haber dicho».

—¿Cómo sabes que ella lo sabe? ¿Te dijo algo? ¿Qué pasó después de que me fuera?

—No mucho. No paraba de preguntarse si se había equivocado en todas sus decisiones, si había sido una mala madre.

—Yo la hice sentir así. Nunca debí forzarla a hablar de ello. A revivirlo. Me siento fatal.

—Cassie, esto no es por tu culpa. Lo que escuchaste fue impactante. Por supuesto que querías oír la verdad. ¡Mira por dónde vas! —Adeline agitó la mano hacia la carretera—. Concéntrate. Si nos metes en una zanja, eso sí será por tu culpa.

—Me estoy concentrando. Y a ti también te afectó, pero no la presionaste como yo. Y ni siquiera te he preguntado cómo te sientes. Y no digas que bien porque sabré que es mentira, y me hará sentir aún peor por no poder manejar mis propios sentimientos tan fácilmente como tú.

—No estoy bien. Y nunca dije que fuera fácil.

Cassie redujo la velocidad y puso su mano sobre la rodilla de su hermana durante un segundo.

Adeline sintió el calor y el amor de su gesto. Le hizo cuestionarse su impulso de manejar siempre los problemas sola.

—En realidad, me siento conmocionada, como tú. —La confesión se escapó más allá de las barreras que había construido—. Tenía una visión clara del pasado, y eso ha cambiado.

—Sí. Esa parte es difícil.

—Es más difícil para ti. —Adeline miró en la oscuridad, observando cómo los faros iluminaban los bordes de la carretera. Estaban cerca del pueblo y las luces brillaban en la distancia. Civilización. El hospital. Su madre—. ¿Cómo lo llevas?

—Si lo que preguntas es si me he acostumbrado a la idea de que mi padre nunca fuera a ganar el premio al padre del año, no estoy segura. Creo que me llevará tiempo acostumbrarme. Aun así, desearía haber sido más comprensiva. Desearía haber pensado en ella en lugar de hacer que todo fuera sobre mí. Desearía haberle dicho que la entendía. Que la quería. Que lamentaba todo lo que había pasado. ¿Cómo puede haberse desmayado así? Nunca ha estado enferma en su vida. —La voz de Cassie se quebró y Adeline se estiró para apretar brevemente la mano de su hermana.

—No nos alarmemos hasta que tengamos algo por lo que preocuparnos. Yo también me siento mal, por no haberme preguntado ni una sola vez si había algo más en su historia.

«Arrepentimiento», pensó Adeline. Uno de los temas más comunes en las cartas que recibía. Todas empezaban con las mismas palabras. «Desearía…».

Las cosas que una persona había dicho o no había dicho. Las cosas que había hecho o dejado de hacer. Era triste cuánta gente se aferraba a emociones y sentimientos y solo los liberaba cuando era demasiado tarde.

¿Era demasiado tarde para ella? Porque sufría su propia versión del «ojalá». El arrepentimiento le sabía amargo en la boca.

Nunca se le había ocurrido que pudiera haber una razón oculta detrás de todas las acciones de su madre. Lo había visto superficialmente a través de los ojos de una niña, y quizás eso era excusable, pero ¿y después, cuando ya era mayor? Se había permitido permanecer como esa niña herida y nunca había salido de ese lugar para cuestionarlo.

En ese momento, con la información expuesta frente a ella, todo estaba claro.

Las señales de abuso habían estado ahí, pero para ver algo hay que mirar, y ella no había mirado.

—Incluso si hubieras preguntado —dijo Cassie—, probablemente no te lo habría contado. No quería hablar de ello. Si no hubiera sido por mi estúpido libro, nunca habría tenido que hacerlo.

—Tu libro no es estúpido. Tu libro es brillante. Eres una escritora muy talentosa.

Cassie dejó escapar un pequeño suspiro.

—Gracias. Aunque eso ya es historia y ni siquiera me importa. Lo único que quiero es que nuestra madre se recupere. Mientras ella esté bien, nunca volveré a quejarme de nada. Me alegro tanto de que estés aquí.

Adeline se inclinó y apretó la pierna de su hermana. Cassie la miró.

—Hay algo que necesito decirte. Te escribí. A la doctora Swift.

Adeline sonrió.

—Lo sé.

—¿Lo sabías? ¿Cómo?

—No lo supe de inmediato, pero algo de esa carta me quedó grabado. —Adeline sintió un tirón de emoción—. Supuse que te habías olvidado de mí. Tenías una vida entera en la que yo no estaba. Supuse que no me echabas de menos.

Cassie tragó saliva.

—Eso demuestra que no eres tan lista como pareces.

Llegaron al hospital, aparcaron el coche y entraron corriendo. Adeline era consciente del eco de sus tacones contra el suelo y del suave roce de su vestido en sus piernas desnudas mientras se movía. Dudaba que alguien hubiera estado alguna vez más inapropiadamente vestido para una visita al hospital, pero no le importaba, porque allí estaba su padre, con el pelo de punta donde se había pasado los dedos repetidamente, los ojos cansados, agitando los brazos mientras hablaba con una mujer vestida de uniforme.

El alivio cruzó su rostro cuando vio a Adeline y Cassie.

—La están examinando ahora. No me dejaron quedarme con ella. Necesitan su historial médico, pero mi griego no da para tanto.

Cassie tomó el control. Habló en griego con fluidez y proporcionó al personal la información necesaria. Después vinieron más esperas y más reproches internos.

—No debería haber dejado que se lo contara —se lamentó Andrew —. Debería haberlo hecho yo mismo, para protegerla.

—Papá… —Adeline puso una mano sobre el brazo de su padre.

—Sé que no lo entiendes. Ves todas las razones por las que no debería estar con ella, pero no ves las razones por las que la amo. Piensas que los dos estamos cometiendo un error, y ha habido errores, es cierto. Para empezar, dejar que se fuera hace años. Que tu madre se casara con Rob y luego con ese inútil que solo quería su dinero. Pero ¿nosotros dos? Lo nuestro no es un error. Solo nos hemos vuelto a encontrar, Addy. —Se desplomó en una de las sillas de la sala de espera, como un niño indefenso—. ¿Y si la pierdo?

Adeline se sentó en la silla contigua y le rodeó con el brazo. Sentía las entrañas en carne viva. La garganta le escocía por las lágrimas contenidas.

—Esperemos a oír lo que dice el médico. —Intentó sonar tranquila y racional, aunque no se sentía así en absoluto.

—Nuestra boda es dentro de unos días —comentó su padre, sin dejar de mirarse las manos.

—Lo sé, papá.

El peso de su preocupación casi la aplastaba. El dolor de su padre era algo vivo, angustioso de presenciar, y supo entonces que, aunque nunca lo entendería, el amor que sentía por su madre era real. No tenía derecho a cuestionarlo.

Comprendía que cada relación era un mundo privado, una historia completa de la que un extraño solo podría vislumbrar una parte.

Él enterró la cabeza entre las manos y ella sintió una oleada de compasión y también de culpa. Para bien o para mal, él adoraba a su madre.

Un gran reloj en la pared mostraba que habían pasado quince minutos. Parecían quince horas.

¿Había algo más devastador que esperar noticias de un ser querido en un pasillo de hospital? La gente pasaba apresuradamente, todos con diferentes expresiones. Preocupación, determinación, decisión. Cada vez que aparecía alguien nuevo, su padre levantaba la vista, esperanzado, y volvía a hundirse cuando el individuo ni siquiera miraba en su dirección.

Resultaba incongruente estar sentada en un pasillo sin alma con el vestido veraniego y vaporoso que Maya había elegido para ella. La gente los miraba al pasar y Adeline deseó haberse tomado un

momento para agarrar un suéter o ponerse unos vaqueros y una camiseta. Algo menos festivo. Porque ¿qué había que celebrar?

El estrés le apretaba las costillas. Le resultaba difícil respirar. Ella era una persona que sabía lidiar con las situaciones, sin embargo, en ese momento no lo estaba consiguiendo.

Se movió en su asiento y sintió el peso de su teléfono en el bolsillo.

Por impulso, lo sacó y abrió el mensaje que Stefanos le había enviado después de su viaje a su casa el día anterior. Le había prometido cocinarle la cena la noche siguiente. Miró el reloj y se dio cuenta de que ya era ese día.

Dudó, pero el anhelo de hablar con él era más fuerte que el impulso de manejar aquello sola.

Sin poder evitarlo, sus dedos se movieron sobre las teclas.

Mi madre se ha desmayado. Estoy en el hospital.

Presionó Enviar e inmediatamente se arrepintió. ¿Por qué le había enviado un mensaje? ¿Qué esperaba que hiciera? Debería estar lidiando con aquello sola, como hacía con todo lo demás.

Estaba a punto de enviar otro mensaje para decirle que ignorara su mensaje anterior cuando la respuesta de él sonó en su teléfono.

Voy para allá.

Solo tres palabras, pero nunca tres palabras habían tenido un efecto tan tranquilizador.

Estaba en camino. Iba hacia allí, al hospital.

La terrible opresión en su pecho se alivió. Por fin podía respirar de nuevo.

Podría haberle dicho que no fuera, que estaba bien. Pero no lo estaba, y le vendría bien su apoyo. Así que le respondió con otro mensaje:

Gracias.

Parecía que habían pasado horas cuando finalmente apareció un médico y se dirigió hacia ellos.

Andrew se levantó tan rápido que se tambaleó y Adeline tuvo que agarrarlo.

—Tranquilo, papá.

—Dígame. ¿Está…? —preguntó Andrew.

—Está bien. Ha sido un ataque de pánico. —El médico hablaba un excelente inglés y Andrew lo miraba fijamente mientras asimilaba las palabras.

—¿No ha sido el corazón?

—No, aunque los síntomas pueden ser sorprendentemente similares. En un ataque al corazón, el dolor suele experimentarse en otras zonas además del pecho: mandíbula, brazo, cuello. Durante un ataque de pánico, el dolor suele concentrarse en el pecho.

—Pero su corazón latía muy rápido.

—Eso puede ocurrir como respuesta al estrés emocional. —El médico hizo una pausa—. Tengo entendido que estaba alterada por algo justo antes de experimentar los síntomas. No ha querido hablar exactamente de lo que pasó, pero quizás abordar ese tema podría ayudarla. Quiero mantenerla en observación mientras espero algunos resultados de las pruebas, solo por precaución, pero después podrán llevarla a casa.

—¿A casa? —Su padre dejó escapar un suspiro tembloroso y se volvió hacia ella—. ¿No se va a morir, Addy?

—No, papá, no se va a morir.

Su alivio era tan grande como el de su padre.

Se abrazaron, y luego su padre levantó la cabeza y extendió un brazo hacia Cassie, que estaba de pie, sola y un poco apartada.

Ella dudó, pero luego se unió al abrazo.

—Va a estar bien. —Andrew le dio una palmada torpe—. Va a estar bien, cariño.

—Sí.

El médico sonrió.

—Pueden verla. Aunque solo de uno en uno. Si me acompañan, los llevaré con ella.

—¿Te importa si…? —preguntó Andrew, apartándose de Adeline.

—Por supuesto que debes ir primero. —Su hija le dio un pequeño empujón—. Dale nuestro cariño. Cassie y yo esperaremos aquí.

Mientras veía a su padre apresurarse por el pasillo, Adeline vio lo que debería haber visto desde el principio.

—La ama —murmuró, y Cassie asintió.

—Sí.

—No lo entiendo. Pero quizás el amor no es algo que siempre podamos entender.

—Yo definitivamente no lo entiendo. —La voz de Cassie era débil y se abrazó a sí misma—. Creo que podría estar enamorada de Oliver. De hecho, sé que estoy enamorada de Oliver.

Adeline se volvió para mirar a su hermana.

—¿Tu amigo? ¿El chico con el que compartes casa?

Cassie se sonrojó y negó con la cabeza en señal de disculpa.

—Ni siquiera debería mencionarlo. No es importante. Lo siento.

—¿Bromeas? Agradezco la distracción. Y cualquier historia feliz es bienvenida ahora mismo.

—No es una historia feliz. —Cassie miró al frente, observando cómo Andrew desaparecía en la habitación donde estaba su madre.

—¿No lo es?

—Está enamorado de Suzy.

Adeline suspiró.

«El amor era tan complicado».

Se quedó pensando en todo lo que Cassie le había contado sobre él.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. Y lo más molesto es que yo la elegí para él. Estábamos revisando su aplicación de citas después de una copa de vino. Suzy tiene los dientes perfectos y un pelo precioso. Es imposible competir con eso.

Adeline se preguntó si su hermana se había mirado al espejo últimamente.

—Pero Oliver y tú sois buenos amigos.

—Los mejores amigos. Puedo hablar con él sobre cualquier cosa. Y él también me lo cuenta todo.

—Quizás deberías decirle lo que sientes, para que no haya malentendidos. No me gustaría verte con noventa años lamentándote por no haberle dicho nunca lo que sentías. No quiero que te sientas triste por los setenta años que podríais haber estado juntos.

Cassie rio.

—¿Te das cuenta de que, si yo llego a los noventa años y sigues viva, tú tendrás cien años?

Adeline se frotó los brazos desnudos, deseando haber llevado un suéter.

—Pretendo envejecer bien, y parte de envejecer bien es mirar atrás en una vida plena bien vivida. Solemos lamentar tanto las cosas que no decimos como las que decimos. Si lo amas, díselo.

—Suenas como la hija de una novelista romántica, en lugar de una psicóloga sensata.

Adeline pensó en su mensaje a Stefanos.

—No sueno como yo misma, eso es seguro. He decidido que el amor no es una de mis áreas de experiencia. De ahora en adelante, derivaré esas preguntas a alguien más. Pareces saber mucho sobre el amor. Quizás puedas encargarte tú.

—Yo tampoco sé nada sobre el amor. No tengo ni idea —dijo Cassie—. Pero si se supone que debo tirar la precaución por la borda y decirle a Oliver que lo amo, entonces, tú deberías acostarte con Stefanos.

Adeline jadeó y miró alrededor.

—¿Tienes que compartir ese pensamiento con todo el hospital?

—Solo digo que…

—Si pudieras decirlo en voz más baja, sería mejor. O quizás no decirlo en absoluto. —Adeline hizo una pausa cuando su padre salió de la habitación y les indicó que una de ellas podía entrar—. Ve tú ahora.

—¿Estás segura? Gracias. —Cassie la besó en la mejilla y prácticamente corrió por el pasillo.

Adeline se sentó de nuevo en la silla dura y su padre se unió a ella. Su paso era más ligero, sus líneas de preocupación menos pronunciadas.

—¿Cómo está ella, papá?

—Mejor —afirmó él—. Me siento mucho más tranquilo.

—Stefanos está de camino. —Lo dijo con naturalidad—. Por si necesitamos algo.

—Estoy seguro de que no soy la razón por la que viene, aunque sin duda es un excelente joven. —Su padre se acomodó en el

asiento—. ¿Cómo van las cosas entre vosotros?

—No sé a qué te refieres.

—Si eso es cierto, entonces, me acabas de entristecer. —Puso una mano sobre la de su hija y se la apretó—. Gracias por estar aquí, Addy.

—No hay nada que agradecer. Me alivia que ella vaya a recuperarse. —Hizo una pausa. Había tanto que necesitaba decir—. Siento si te he complicado las cosas, papá. Te quiero muchísimo y me siento tan protectora contigo como tú conmigo. Pero ahora veo que lo gestioné mal. Solo quiero que seas feliz, espero que lo sepas. ¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar. No lo entendías y, francamente, no te culpo. Algunas cosas no son fáciles de explicar o comprender. Simplemente son así.

—Quizá.

Se sentaron uno junto al otro en el pasillo del hospital. Había olvidado lo bien que podía sentirse aquello. Cómo la presencia de alguien a quien quieres a menudo era suficiente para ofrecer consuelo.

—Te queda bien ese vestido, Addy.

—Estoy ridícula con él, fuera de lugar —dijo Adeline tirando del dobladillo para cubrirse más, pero se negaba a quedar en otro sitio que no fuera por encima de las rodillas—. No es lo más apropiado para visitar un hospital.

—No estoy de acuerdo. Creo que deberías vestir así más a menudo. Te sienta bien. Pareces relajada, no como cuando vas abotonada hasta el cuello.

Ella suspiró.

—Presiento que viene un sermón.

—No es un sermón. Es un consejo.

—Solías decirme que no me darías consejos porque tú eras el primero que no sabía qué hacer nunca.

Él se rio.

—Eso era porque ser padre me aterrorizaba. Quería que tomaras tus propias decisiones para no ser responsable.

Ella sonrió.

—Fuiste un padre brillante. Todavía lo eres.

—No sé si tanto, pero lo intento. Y por eso te estoy dando consejos, porque intento ser un buen padre. Después de todo, tú me diste consejos a mí.

Ella se volvió para mirarlo.

—Ignoraste mis consejos.

—Y tú eres libre de ignorar los míos, pero espero que no lo hagas —le apretó la mano de nuevo—. Déjalo entrar en tu vida, Addy. Sé que tienes miedo. Sé que te estás protegiendo, pero cuando cierras la puerta al riesgo, también la cierras a la felicidad. Si te alejas de esta relación, nunca me lo perdonaré.

Debería haber sido inquietante que la conociera tan bien, y en cierto modo lo era, pero también resultaba reconfortante. Eso era el amor. Permitir que alguien conociera tu verdadero yo.

—Primero, no es una relación. Y segundo, ¿desde cuándo eres responsable de mi vida amorosa?

—Me siento responsable —afirmó su padre—. Quizá no de tu vida amorosa, pero sí de las emociones que impulsan todas tus elecciones seguras.

Adeline volvió a tirar del dobladillo de su vestido.

—Las elecciones seguras están subestimadas.

—No. Están impulsadas por el miedo. Y en tu caso, tu madre y yo somos responsables de ese miedo. Yo soy responsable. Me viste con el corazón roto y decidiste que nunca querías permitirte estar en esa posición. Debería haber hecho un mejor trabajo ocultando mis sentimientos cuando estabas cerca. Eras solo una niña, pero siempre fuiste tan madura y sabia que te traté como a una adulta. No estoy poniendo excusas. Estoy diciendo que ahora veo que fui un padre terrible contigo.

—Para… —le pidió ella, poniendo una mano en el brazo de Andrew —. Eres un padre maravilloso. Siempre estuviste a mi lado. Y nunca esperé que edulcoraras la vida para mí. Así es como es. Desordenada. Imperfecta. Complicada.

—Pero viste la miseria y el dolor, no el amor. Nunca entendiste esa parte.

—Me gustaba que me trataran como una adulta. Y no habrías podido ocultarme tus sentimientos. Habría sabido que estabas fingiendo, y lo habría odiado. Me gusta el hecho de que siempre hayamos podido hablar de todo. Me gusta que estemos hablando ahora.

—A mí también me gusta. Aun así, estás saliendo con gente como Mark por mi culpa.

Ella dirigió la mirada a sus piernas. Tenían algo de color. No estaban bronceadas, pero tampoco estaban blancas.

—En realidad, ya no estoy saliendo con Mark. Tuvimos una discusión antes de que viniera a Corfú. Rompimos.

—¿En serio? —Andrew se animó—. Esa es la mejor noticia que he tenido en mucho tiempo.

—¿Mi ruptura es una buena noticia?

—Creo que podría serlo. ¿Estás triste?

Adeline miró fijamente el pasillo vacío del hospital.

—Yo… no. No estoy triste.

—¿Y eso no te dice algo?

—Papá…

—Por supuesto que sí. —Le dio una palmadita en la mano—. Eres una chica lista. No era el adecuado para ti. Pero Stefanos…

—Papá…

Él ignoró su tono de advertencia y continuó hablando:

—Stefanos es el tipo de hombre que necesitas. No tiene miedo a los sentimientos. No tiene miedo a la vida. Es perfecto para ti. Ten un romance apasionado. Disfruta.

Adeline sintió una oleada de exasperación, pero también de humor. Aquella conversación era casi un alivio, teniendo en cuenta la que podrían haber tenido si le hubiera pasado algo a su madre.

—¿Se supone que debes decirle eso a tu hija?

—Si quieres que te trate como una adulta, sí.

—Se trata de límites, papá. Si no se me permite entrometerme en tu vida, a ti no se te permite entrometerte en la mía.

—Es el deber de un padre entrometerse. Y también corregir un error. Cometí un error contigo.

—¿Te refieres a aquella vez que me dejaste en el colegio cuando estaba cerrado?

—¿Hice eso? —dijo él, con los ojos muy abiertos.

—Lo hiciste. Habían asignado el día para formación del profesorado. Las clases empezaban un día después.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Creo que te enviaron una carta.

—¿Parecía oficial? Nunca se me ha dado bien leer nada que parezca oficial… No estoy seguro de que eso cuente como un error.

—¿Y aquella vez que intentaste hacerme trenzas y tuvimos que ir a la peluquería para que me las desenredaran?

—Eso probablemente sí fue un error —admitió Andrew—. Pero no tan grande como algunos otros. Es un milagro que no estés traumatizada, Addy. Y tal vez lo estés. Si no te veo feliz y arriesgando tu corazón, asumiré que lo estás. Y me culparé siempre. Es justo advertirte que podría morir de culpa.

—Vaya, eso es un poco fuerte. —Ella sonrió, que era justo lo que él buscaba—. ¿Así que se supone que debo tomar riesgos románticos sin fin solo para que tú te sientas bien contigo mismo? No parece justo.

—La vida no es justa. Pero puede ser buena, si tú lo permites. Va a haber momentos bajos, hagas lo que hagas, así que, ¿por qué no poner algunos altos también? Te quiero, Addy. Espero que lo sepas.

Ella sintió un nudo en la garganta.

—Lo sé.

—Bien. Y no hay amor que se compare al que un padre siente por su niña.

No había amor comparable al que una niña sentía por su papá, siempre que tuviera un papá como el suyo. Pensó en Cassie y se dio cuenta de lo afortunada que era.

—Ahora te estás poniendo sentimental.

—Lo sé, pero a veces estas cosas hay que decirlas. —Él le apretó la mano—. No vuelvas a Londres, cariño. Ya está. Eso es otra cosa que había que decir.

Su corazón latió un poco más rápido.

—Mi apartamento está en Londres. Mi trabajo está en Londres. Mi vida está en Londres. —Pero ya estaba pensando en cómo se sentiría al volver a su rutina cuidadosamente estructurada y su vida predecible. Incluso Mark había sido predecible. Por eso había estado con él.

—Estoy oyendo excusas, no buenas razones —dijo su padre—. En la vida, a menudo nos encontramos anclados por cosas que no son importantes. Tu apartamento se puede alquilar y tu trabajo lo puedes hacer donde quieras. Tu vida está donde tú elijas que esté. ¿Por qué no pasar el resto del verano en Corfú y ver adónde te lleva?

Pensó en cómo se sentía al nadar en el océano. Pensó en Stefanos, y en cómo la escuchaba y nunca criticaba sus decisiones. En cómo había vuelto a casa para apoyar a su familia.

Pensó en su casa sobre la bahía y en la vida que había elegido.

—Pasar el verano aquí sería imprudente e irresponsable.

—Por eso creo que es exactamente lo que necesitas.

—Solo quieres que tenga sexo con Stefanos, y un padre no debería estar animando a su hija a tener sexo.

—Creo que ya habíamos dejado claro que como padre no doy la talla.

—Tal vez Stefanos no me parece atractivo. ¿Se te ocurrió esa posibilidad?

Entonces, Adeline levantó la mirada y, allí estaba él, caminando por el pasillo hacia ellos. Sintió una oleada de alivio y gratitud porque él estuviera allí, pero también algo más. Algo más poderoso que le dejó el corazón acelerado y el aliento atrapado en la garganta.

Se puso de pie sin darse cuenta de que lo había hecho hasta que oyó la suave risa de su padre.

—Nada atractivo —dijo Andrew, todavía riéndose—. Déjalo entrar en tu vida, Addy. Lánzate.

Deseó que Stefanos no hubiera oído ese último comentario, pero no tuvo mucha oportunidad de preocuparse por ello porque él la envolvió en un abrazo. Y se sintió tan bien que se permitió apoyarse

contra él por un momento, anclándose contra sus músculos duros y sus brazos fuertes.

—No tenías que venir —dijo ella, curvando los dedos sobre el frente de su camisa.

—Quería hacerlo. —La atrajo más cerca—. ¿Cómo está ella? ¿Hay alguna noticia?

Cassie apareció en ese momento, con los ojos enrojecidos y llorosos.

—Quiere hablar contigo, Adeline.

Se apartó despacio de Stefanos. Casi deseaba que entrara con ella, y ese pensamiento la sacudió. Estaba acostumbrada a hacer las cosas por sí misma. No estaba acostumbrada a apoyarse en nadie. Y esa conversación en particular tenía que mantenerla a solas.

—¿Me esperarás? —preguntó Adeline, levantando la mirada hacia Stefanos.

—Aquí estaré —respondió él sin dudar.

Capítulo 22

CATHERINE

Catherine yacía en la dura cama del hospital, sintiéndose tonta y aliviada al mismo tiempo.

Cuando el dolor había estallado en su pecho, su único pensamiento había sido lo cruel que era morir antes de hacer las paces con sus hijas, y antes de haberse casado con Andrew por segunda vez.

Para ella, siempre había sido Andrew, aunque se hubiera perdido por el camino.

Mientras el personal se afanaba a su alrededor, extrayéndole sangre y monitorizando su corazón, había estado haciendo promesas. Se prometió que, si superaba aquello, sería mejor persona. Dedicaría tiempo a reconstruir su relación con Adeline. Respondería a todas las preguntas de Cassie. Antepondría a las personas reales a las ficticias.

Dejaría de preocuparse por cosas sin importancia, como, por ejemplo, si había vendido más libros esa vez que la anterior. ¿A quién le importaba si estaba en el número tres? El tercer puesto era bueno. Tres era mejor que cuatro.

Si se recuperaba, iba a enviar una botella de champán y una nota de felicitación a Miranda.

Cuando el equipo médico le dijo que su corazón estaba perfectamente y que había sido un ataque de pánico, casi no lo creyó.

¿Cómo era posible?

Pero al parecer lo era, y el alivio fue enorme. Le parecía un milagro.

Había deseado una segunda oportunidad, y ahora la tenía.

Y entonces apareció Andrew, con el rostro marcado por la preocupación. Había comprendido la tensión que había supuesto para él aquella velada con sus hijas. Mientras ella se preocupaba por Cassie y Adeline, él se había preocupado por ella.

La gente pensaba que el amor era una línea recta, pero a menudo era más como algo que dibujaría un niño pequeño con un crayón, lleno de subidas y bajadas y garabatos.

Era afortunada de tener a alguien que se preocupara tanto como él.

Luego Cassie había entrado en la habitación y la había abrazado, y le había dicho cuánto la quería, y que entendía lo difícil que debía de haber sido y por qué había elegido no compartir la verdad hasta ese momento.

Y finalmente, había aparecido Adeline. En cierto modo, aquella iba a ser la conversación más difícil de todas.

Se preparó mientras su hija abría la puerta.

—Hola, cariño. —Su voz no era firme y entonces se dio cuenta de que Adeline parecía tan nerviosa como ella.

Se acomodó en la silla junto a la cama de Catherine.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco tonta, para ser sincera. Y enfadada conmigo misma por dejar que algo que sucedió hace tantos años me afectara tanto. Y por no haber intentado arreglar las cosas contigo antes. Perdóname, Addy. —Extendió una mano y se sintió aliviada cuando su hija la tomó.

—Ojalá me lo hubieras contado —dijo Adeline—, porque habría ayudado a que todo tuviera sentido, pero entiendo por qué no lo hiciste.

—¿De verdad?

—Sí. Ahora que me lo has explicado. Ahora que hemos hablado de ello. Ojalá lo hubiéramos hecho antes. —Adeline sostuvo con fuerza

la mano de su madre—. Me sorprende que papá no dijera nada. Hablábamos de todo.

—Le hice prometer que no lo haría. Eras una niña tan cariñosa. Hubieras insistido en volver a casa para estar conmigo. Te habrías pasado las noches en vela preocupada.

—Así que, en su lugar, elegiste que me enfadara contigo.

—No. Eso fue un efecto secundario de la decisión que tomé. —El recuerdo casi la ahogó—. Cuando estás viviendo una crisis, especialmente una situación donde te ves amenazada, tanto física como emocionalmente, no siempre piensas con claridad. No piensas: ¿cómo va a afectar esto a mi hija en el futuro? Piensas: ¿cómo puedo sobrevivir hoy?

—No puedo imaginar qué habría hecho yo en tu situación. Espero no tener que averiguarlo nunca. Pero me alegro de que protegieras a Cassie.

—Y me alegro de que te sientas así —afirmó Catherine—. Siempre estuvisteis tan unidas cuando erais pequeñas.

—Creo que volveremos a estarlo. Me alegro por ello.

—Yo también. —Catherine acarició el pelo de Adeline como solía hacer cuando era pequeña. Tenía un pelo tan bonito, de un castaño oscuro intenso. Se parecía tanto a Andrew. Sin embargo, Cassie se parecía a ella. No a Rob, gracias a Dios. No había ningún recordatorio de él en su hija—. Ojalá pudiera cambiar lo que pasó.

—Mejor no pensar así. Si cambias algo en el pasado, entonces, todo lo que vino después también cambia. Quizás no habrías tenido a Cassie. Quizás yo no habría estado tan unida a papá.

—Esa es una forma muy positiva de verlo.

—Siento que te encontraras en esa situación —dijo Adeline—, pero me alegro de que seas feliz ahora. Y me alegro de que papá y tú vayáis a estar juntos otra vez.

El alivio fue enorme.

—¿De verdad?

—Sí. No es que espere que recreemos el pasado. Será diferente. Para empezar, está Cassie.

—Esto ha sido un golpe terrible para ella. He arruinado todas sus ilusiones sobre el romance.

—Tal vez. —Adeline se quedó pensativa—. Pero quizás no sea malo ver las cosas con más claridad. Puede que le hayas hecho un favor. Ya veremos.

Catherine tuvo la sensación de que Adeline sabía algo que ella no, pero no insistió.

—Pase lo que pase, te tendrá a ti para hablar, y eso es bueno.

Adeline retiró su mano y sonrió.

—No creo que sea una experta en romance. Eso os lo dejo a ti y a Cassie. —Se puso de pie—. Debes de estar agotada y sé que papá querrá verte otra vez, así que le dejaré entrar ahora. Podemos hablar más tarde. —Dudó, pero luego se inclinó y besó a su madre en la mejilla.

Era el primer gesto espontáneo de afecto que le mostraba en mucho tiempo y Catherine sintió que algo florecía en su pecho. Esperanza.

Era un buen comienzo y, con suerte, crecería con el tiempo.

Se incorporó y abrazó fuerte a su hija.

—Estoy orgullosa de ti. Espero que lo sepas. Y sé que ya no necesitas una madre. Eres demasiado mayor para eso. Pero espero que tengas espacio en tu vida para una amiga.

—Siempre necesitaré una madre. —La voz de Adeline sonaba ronca, y por un momento se quedaron así, cada una adaptándose al cambio en las emociones. Hasta que ambas oyeron la puerta abriéndose y aparecieron Andrew y Cassie.

—Dicen que podrás irte a casa en un par de horas —informó Andrew—, así que Cassie y yo hemos pensado en ir a tomar un café, pasar un rato juntos, y luego volver a recogerte cuando estés lista.

Catherine sintió una oleada de amor y gratitud. No tenía que preocuparse de que Andrew construyera una relación con Cassie porque sabía que él mismo se ocuparía de hacerlo. Y tenía el presentimiento de que se llevarían bien una vez que pasara esa incomodidad inicial. Cassie podría encontrar finalmente esa figura paterna que siempre había faltado en su vida.

Andrew le dirigió una mirada significativa a Adeline.

—Stefanos está esperando para llevarte a casa, Addy.

Catherine vio que las mejillas de su hija se sonrojaban. Interesante.

—Pensaba quedarme contigo —dijo Adeline, girándose hacia su madre.

—No tiene sentido que todos esperemos aquí ahora que sabemos que tu madre estará bien. —Su padre hizo un gesto despreocupado con la mano—. Cassie nos llevará.

—Está bien… —Adeline caminó hacia la puerta—. Tendré el teléfono encendido.

—No vamos a llamarte. Relájate. Diviértete.

Adeline se marchó y Catherine vio que Cassie y Andrew intercambiaban una sonrisa, como si ambos compartieran un secreto que nadie más conocía.

Catherine se movió, intentando ponerse cómoda.

—¿Vosotros dos habéis estado haciendo de casamenteros?

—Tal vez —respondió Cassie—. Solo un poco. Me temo que fuimos horriblemente obvios.

—Tú fuiste obvia —dijo Andrew—. Yo fui sutil.

—¿Sutil? Le preguntaste si podía llevar a Adeline a casa, y luego sugeriste que su casa podría ser un buen cambio de ambiente para ella.

Catherine rio, disfrutando del intercambio.

—¿De verdad dijiste eso?

—De verdad lo dijo. —Cassie cruzó la habitación y se sentó en el borde de la cama—. Pero Stefanos no pareció nada nervioso, así que esperemos que no lo hayamos estropeado todo.

«Esperemos que no».

Stefanos y Adeline. Maria estaría contenta si pasara algo entre ellos.

Pero Catherine no iba a comentar nada al respecto. No iba a interferir.

No estaba en posición de dar consejos a nadie sobre vida amorosa.

Le había llevado mucho tiempo, y muchos tropiezos en el camino, darse cuenta de lo que quería. Y ahora lo tenía.

A Andrew y a sus chicas.

Capítulo 23

ADELINE

El viaje de vuelta en coche a través de la isla fue más tranquilo que cuando condujo Cassie. Su estado de tensión era el mismo, aunque esa vez por diferentes motivos.

Permaneció quieta, apenas respirando, muy consciente de la presencia de Stefanos justo a su lado.

Podía sentir el latido constante de su propio corazón, el lento despliegue de calor en la parte baja de su cuerpo.

No estaba acostumbrada a sentirse así. Todas sus interacciones con Mark habían sido controladas. Racionales. Con Mark todo era seguro. Sus emociones y compostura nunca se habían visto ni remotamente amenazadas, sus sentimientos eran un zumbido constante y predecible, sin alcanzar extremos altos o bajos.

Con Stefanos era diferente. No era solo su confianza o amor por la vida lo que la atraía, ni siquiera el hecho de que fuera tan atractivo y sexi. Era más profundo que eso. Era la forma en que sacaba a la luz ese lado de ella que había ocultado, la forma en que la conocía.

Con Stefanos no tenía sentido esconderse, porque él podía ver quién era ella.

Desde que se habían reencontrado, era como si todas sus defensas se hubieran derretido en un charco inútil.

«Querida doctora Swift, he conocido a un chico y me está haciendo cuestionar todo sobre mi forma de vivir. Siempre he sido cautelosa y me he protegido, pero tengo la sensación de que, si

continúo con esta relación, podría poner en riesgo todo lo que he construido. Atentamente, Inquieta».

Adeline se preguntó cómo respondería a una carta así.

—Estás callada. ¿Estás bien? —Stefanos la miró brevemente antes de volver su atención a la carretera.

—No estoy segura. Han sido unos días muy extraños. —Los acontecimientos con su madre la habían hecho sentir inquieta y vulnerable. Se volvió para mirarlo, centrándose en lo práctico—. Gracias por venir al hospital. No tenías que hacerlo, pero me alegro de que lo hicieras.

—Yo también. Y me alegro de que ella se esté recuperando. ¿Qué pasó? —Su voz era profunda y aterciopeladamente suave, y Adeline pensó que podría escucharlo todo el día sin cansarse.

Y porque era agradable hablar con él. Ella le contó lo de Rob y todos los detalles que su madre había compartido con ellos, y Stefanos escuchó en silencio hasta que terminó.

—Supongo que eso explica muchas cosas.

—Sí. —Ella hizo una pausa, recordando aquella época—. Por eso nunca dejaba sola a Cassie. Por eso la dejaba a menudo con Maria. Tú lo adivinaste, ¿verdad?

—No hasta que fui mayor. E incluso entonces, no estaba seguro. Mi madre nunca habló de ello. Solo me preguntaba algunas veces si Rob podría no ser todo lo que aparentaba.

Adeline apoyó la cabeza en el asiento.

—Me alegro de saber la verdad por fin. Ha cambiado las cosas.

—¿Tuvisteis una buena conversación?

—Sí. Fue diferente de alguna manera. Ella estaba diferente. Es como si por fin hubiera recuperado a mi madre.

—Me alegro —dijo él, extendiendo la mano para tomar la de ella.

Adeline miró sus manos entrelazadas. Sintió el calor de sus dedos presionando contra los suyos.

—Puedes dejarme al final de la calle junto a la villa si quieres. No hace falta que me lleves hasta allí.

Hubo un largo silencio palpitante.

—¿Es eso lo que quieres?

No sabía lo que quería.

O tal vez sí.

Stefanos esperó.

—Has tenido una noche estresante. Necesitas relajarte antes de intentar dormir. ¿Por qué no vienes a mi casa? Podríamos darnos un baño nocturno y tomar algo en la terraza. Puedo llevarte de vuelta más tarde.

La invitación flotó en el aire entre ellos.

La alternativa era volver a la villa de su madre, darse una ducha e irse a la cama con un libro. Sin duda, esa sería la elección segura, y la que habría tomado sin pensar días atrás. Pero ¿en su nueva situación?

Adeline tomó aire antes de responder.

—Suena maravilloso. —No solo por la parte del baño, que sonaba bien, ni por la bebida, que sería bienvenida después de las horas que había pasado en el hospital, sino por pasar tiempo con él.

Siguieron el resto del camino en silencio y ella se preguntó si él sería tan consciente de su presencia como ella lo era de la suya. Una oleada de calor la invadió. Su corazón latía contra sus costillas. La anticipación flotaba en el aire, densa y dulce.

Finalmente, la carretera se estrechó y se adentraron por el camino irregular que llevaba a su casa. Pequeñas luces iluminaban la entrada y los jardines, y la luna reflejaba un destello plateado sobre el océano.

Adeline salió del coche y respiró los aromas del tomillo silvestre y el orégano.

—Podría enamorarme de este lugar. —Quizás ya lo había hecho.

—Así me sentí la primera vez que lo vi. —Stefanos cerró la puerta del coche—. Ve a sentarte en la terraza. Mete los pies en la piscina. Traeré algo de beber. —Se dirigió hacia la casa y ella siguió el camino hasta la terraza.

El aire vibraba por el calor y la piscina resplandecía de manera seductora en la oscuridad, un destello iluminado de turquesa intenso, con una superficie tan apacible que podría haberse confundido con cristal.

Sintió un repentino anhelo de saltar directamente y deseó haber llevado consigo un bañador, pero ¿quién lleva un bañador para una

visita al hospital?

Se quitó los zapatos y sintió el calor en las plantas de sus pies.

Su mente daba vueltas.

«Querida Indecisa, por cada ganancia hay una pérdida. Lo que has ganado controlando tu vida, lo has perdido en oportunidades de descubrimiento y aventura. De vez en cuando, es bueno ser espontánea y seguir tus instintos. Deja que la vida suceda. A veces, las mejores cosas que pasan en la vida son las que no planeamos».

¿Seguir sus instintos? ¿Dejar que la vida suceda?

¿Era ese realmente el consejo que se estaba dando a sí misma? Era el tipo de persona que nunca recibía una multa de aparcamiento, que comía los alimentos antes de su fecha de caducidad, que nunca salía de casa sin llevar un paraguas y usar protector solar de alto factor.

Contempló la piscina durante un largo momento y luego miró hacia el mar, aterciopelado y oscuro bajo la luz de la luna. Las luces de un yate brillaban en la bahía y el cielo estaba salpicado de estrellas. Imaginó vivir en un lugar como aquel y en ese breve momento tuvo una visión de cómo podría ser su vida. Más lenta. Menos presionada. Las cosas que cobraban tanta importancia en Londres no parecían importar allí. Las prioridades cambiaban.

Oyó pasos y Stefanos apareció a su lado.

—Nunca me canso de estas vistas. —Le entregó una copa de vino y ella la tomó, rozando sus dedos con los de él—. Por cierto, apruebo tu forma de vestir para ir al hospital.

Ella rio y se miró.

—Nunca me he sentido más cohibida. No estaba segura del vestido desde el principio. No es mi estilo habitual. Lo eligió una amiga. Creo que intenta animarme a encontrar mi lado salvaje.

—¿Y está funcionando? —Él dejó su copa en la mesa sin beber, con la mirada fija en el rostro de ella. Algo en sus ojos hacía imposible apartar la mirada y Adeline perdió la capacidad de concentrarse lo suficiente para encontrar la respuesta a su pregunta.

—No lo sé. No estoy segura de tener un lado salvaje. O quizás todos tenemos más de una versión de nosotros mismos. —Sintió una

oleada de calor y tomó un sorbo de vino, intentando desesperadamente recuperar algo de su calma habitual.

—¿Y qué versión eres esta noche? Supongo que hay una manera fácil de averiguarlo. —Le quitó la copa de vino—. ¿Te apetece un baño?

El corazón de ella latía con fuerza.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Te animo a ser espontánea.

¿No era ese exactamente el consejo que le acababa de dar la doctora Swift?

—No he traído bañador —respondió ella. No acababa de encontrar la manera de desprenderse de la persona en la que se había convertido. Cómo hacer el cambio de cautelosa a espontánea.

—Si te hace sentir mejor, yo iré primero. —Se quitó la camisa y los pantalones cortos y ella vislumbró su piel bronceada y sus músculos firmes antes de que se zambullera en el agua.

Dio un paso atrás, pero no lo suficientemente rápido, y quedó salpicada de gotas. Miró la piscina, y a Stefanos, que cortaba el agua con brazadas fuertes y rítmicas. Al final de la piscina, se agarró al borde y la miró, haciéndole señas para que se uniera a él.

Vio las gotas de agua aferradas a sus anchos hombros y la sonrisa que rozaba sus labios. Y finalmente, Adeline comprendió por qué seguía conteniéndose.

No era porque tuviera miedo de ser espontánea. Era porque el instinto le decía que ese hombre podría partirle el corazón en dos. Tenía el poder de hacerle daño de una manera que Mark nunca había tenido.

Pero también sabía que, si no se unía a él en ese momento, se arrepentiría siempre. ¿Y qué había peor que vivir toda la vida arrepentido?

Antes de que pudiera cambiar de opinión, se quitó el vestido y se adentró en la piscina tras él. El agua refrescó su piel y se dejó deslizar bajo la superficie hasta quedar sumergida. Nadó hasta el fondo de la piscina. Por un momento, se sintió ingrávida, con el sonido amortiguado y el tiempo en suspenso. El último resto de estrés que había sentido en el hospital se desvaneció.

Cuando finalmente salió a la superficie, Stefanos estaba a su lado. Las gotas de agua se aferraban a sus pestañas y a su labio superior.

La invadió una intensa consciencia, y entonces él deslizó su brazo alrededor de su cintura y la atrajo suavemente hacia sí.

Permanecieron así durante interminables segundos, en una atmósfera eléctrica de anticipación, y entonces ella elevó su boca hacia la de él y al mismo tiempo sintió que sus manos la estrechaban más cerca. Sintió la dureza de su cuerpo presionando contra la suavidad del suyo, y entonces él la estaba besando y Adeline le correspondía. Stefanos acunó el rostro de ella entre sus manos y su boca se movió, buscando los secretos de la suya. Adeline se acercó más y más, consumida por un calor casi vertiginoso.

El agua fresca calmaba el ardor de su piel. Las manos de él bajaron a sus caderas y la sacó del agua en un movimiento suave pero rápido. Ella se sentó en el borde, débil y desorientada, preguntándose cómo había podido hacerlo sin apenas esfuerzo. Entonces, Stefanos salió de la piscina, la levantó en brazos y, en pocos segundos, ya estaba tumbada de espaldas en el sofá exterior.

Adeline le rodeó con sus brazos, atrayéndolo más cerca, sintiendo su peso presionándola contra los suaves cojines. Él la besó descendiendo por su cuerpo, su boca cálida contra su cuello, su hombro, la suave curva de su pecho. La caricia sedosa de su lengua le envió una oleada de calor, y el roce experto de sus dedos aceleró su pulso. Las sensaciones se entrelazaban, mezclándose y construyéndose hasta un nivel que nunca había experimentado antes. La intimidad, deliciosa y desconocida, eliminó sus últimas reservas. Quería cosas de él que nunca había querido de nadie más. Nunca se había atrevido a desear. La excitación se intensificó, alimentada por el roce de bocas y el enredo de extremidades hasta que sus cuerpos entrelazados se encontraron y ella se perdió en el ritmo erótico, disolviéndose sus últimas barreras mientras el placer los envolvía a ambos.

Después, permaneció en silencio, mirando las estrellas dispersas sobre ella, aturdida.

Pensaba que se conocía a sí misma, pero quizás no. O tal vez había hecho un trabajo tan exhaustivo cerrando una parte de sí misma, que ya no sabía realmente quién era. El sexo había sido increíble, por supuesto, pero había algo más que físico, lo sabía. Había intimidad. Confianza. A un nivel que nunca se había permitido experimentar antes.

La hacía sentirse vulnerable, pero no asustada. No sentía ni un atisbo de arrepentimiento.

Consciente de que seguía desnuda, intentó moverse, pero el brazo de él la estrechó.

—No te vayas.

—Debería volver a la villa.

—No me refería a esta noche, aunque tampoco quiero que te vayas esta noche. Me refería en general. —Le apartó un mechón de pelo del rostro y la besó suavemente en la boca—. Pasa el resto del verano en Grecia conmigo. Puedo convertir la habitación libre en una oficina para ti, o puedes traer tu portátil aquí al patio y sentarte a la sombra. Podemos nadar juntos por la mañana temprano y cenar en la terraza, viendo la puesta de sol.

La tentación se extendía ante ella como un festín, pero aún no podía lanzarse de lleno.

—Tengo una vida en Londres.

—Podrías tener una vida mejor aquí, conmigo. —Su voz sonaba ronca mientras se inclinaba para besarla de nuevo.

Ella le devolvió el beso, sintiendo una lenta oleada de excitación.

—¿No crees que todo esto es un poco precipitado? Quizá deberíamos tomarnos tiempo para pensarlo.

Él se giró hacia un lado para poder mirarla.

—¿Por qué necesitaríamos tiempo para pensarlo? Somos adultos. Además, nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Pero no así.

—Eso son solo las circunstancias.

¿Tenía razón? Si se hubieran cruzado de nuevo hacía unos años, ¿habrían llegado también al mismo punto?

—Si nos hubiéramos reencontrado hace unos años, no estoy segura de si estaría aquí tumbada ahora. No sé si habría estado

preparada.

—Estás hablando de la otra versión de ti. Esta versión sí habría estado preparada.

Stefanos bajó la boca hasta la de ella y la besó, y Adeline pensó que, si existía más de una versión de sí misma, la de ese momento era la que más le gustaba.

Y quizá eso le daba la respuesta que necesitaba.

Capítulo 24

CATHERINE

Desayunar en la playa en Grecia era todo luz deslumbrante y aguas cristalinas azules. El chapoteo de los nadadores, el tintineo de un mástil de un velero meciéndose en la bahía.

Andrew había bajado antes al pueblo y reservado una mesa junto a la arena, y en ese momento toda la familia estaba reunida.

«A la tercera va la vencida», pensó Catherine mientras observaba a Adeline y Cassie revisar las fotografías que habían tomado desde su llegada. Todas sus celebraciones planeadas parecían verse interrumpidas, así que habían optado por un desayuno espontáneo en su taberna favorita. Esa vez, Catherine no había tenido la sensación de ser una invitada indeseada como en sus reuniones anteriores.

Había elegido ponerse su vestido blanco vaporoso favorito y un sombrero de ala ancha que le daba sombra al rostro y evitaba que la reconocieran los turistas que pudieran ser fans. No le importaba firmar libros cuando se lo pedían, pero ese día no se trataba de su trabajo. Era para su familia.

Andrew estaba a su lado, con la silla un poco más cerca de lo habitual, de modo que sentía su pierna y su brazo rozándola de vez en cuando.

—¿Cómo te sientes? —Estaba atento y cariñoso, y pensó de nuevo en lo afortunada que era por haber tenido una segunda oportunidad.

Al otro lado de la mesa, Adeline estaba enfrascada en una conversación con su hermana. Catherine sonrió, decidiendo que no era el momento de mencionar que había visto el coche de Stefanos dejando a Adeline en las puertas de la villa poco después del amanecer.

Todo el mundo tenía derecho a tener secretos. Catherine también tenía los suyos. Por el momento, tenía otras cosas que demandaban su atención.

Esperó una pausa en la conversación de sus hijas para intervenir.

—Cassie, te debo una disculpa.

Su hija dejó la cuchara.

—¿Por qué?

—Por decirte que no podías publicar tu libro. Fue imperdonablemente egoísta de mi parte. Tu libro es especial, eres una escritora talentosa y por supuesto debes compartir ese talento con el mundo.

—En realidad tengo algo que decir sobre eso. —Cassie se enderezó un poco—. Cuando regresamos del hospital anoche, trabajé en el manuscrito. He hecho algunos cambios. Solo pequeños, pero suficientes para asegurarme de que nadie pueda conectar la historia contigo o con Corfú. Ahora está ambientada en Sicilia. Oliver y yo pasamos una semana allí el verano pasado y tomé muchas notas, así que fue fácil hacer ese cambio. Y la dedicatoria es diferente.

Recordando la última dedicatoria, Catherine sintió un destello de inquietud.

—¿Cuál es la dedicatoria?

Cassie esbozó una suave sonrisa.

—Dice: «Para mi madre, la persona más fuerte y valiente que conozco».

—Cassie… —La emoción se le atascó a Catherine en la garganta.

—Es verdad. No sé cómo sobreviviste a eso. Cómo saliste de aquellos años aún con ganas de amar y confiar.

—Bueno, cometí otro error con Gordon Pelling, así que creo que quizás no soy buena juzgando el carácter de las personas. Pero

entonces miro a Andrew —deslizó su mano sobre la de él— y sé que a veces acierto.

Y eso era lo que importaba, ¿no? No el camino que habías tomado, sino dónde acababas.

Y ya no iba a castigarse más. Podía desear que el pasado fuera diferente o podía aceptar lo que había sucedido y avanzar hacia ese nuevo capítulo y disfrutarlo plenamente, sin el peso de la culpa o el arrepentimiento.

Si hubiera escrito esa historia, eso es lo que su personaje principal habría hecho.

Habría mostrado resiliencia.

Era hora de que se modelara a sí misma según una de sus propias heroínas.

Adeline dejó su taza de café.

—No sé cómo pudiste seguir escribiendo novela romántica. ¿Cómo mantuviste la fe en el amor durante esos años tan oscuros después de Rob?

Era típico de su hija hacer una pregunta tan perspicaz.

—Soy novelista. Escribo historias. Es ficción, no significa que tenga que compartir los puntos de vista de mis personajes. La experiencia vital de cada uno es diferente, y no es distinto para la gente sobre la que escribo. —Hizo una pausa, preguntándose si era un buen momento para contárselo—. Pero ya que preguntas, te diré con honestidad que he estado luchando durante los últimos años. Quizás es porque mi corazón no pertenece al romance. Quizás he hecho lo mismo durante demasiado tiempo. Pero tengo noticias sobre eso. He escrito algo diferente. Se lo envié a Daphne hace unos días. Le encanta.

—¡Eso es fantástico! —Cassie juntó las manos—. Pero ¿por qué no iba a gustarle? Has trabajado con ella durante décadas y ya sabes que le encanta tu trabajo.

—Porque no es mi estilo habitual. Ni mi género. Es un *thriller*. O quizás una novela negra. No estoy segura de cómo categorizarlo.

—¿Novela negra? —Adeline estaba intrigada—. Pero siempre has dicho que te gusta que los libros tengan un final optimista.

—Este tiene un final optimista. A menos que seas una de las víctimas, claro, en cuyo caso no es tan optimista. —En sus años como escritora, había resistido todos los altibajos. Sabía que escribir podía ser difícil y fácil, emocionante y frustrante, pero nunca antes había sido catártico. Era como volver al principio de su carrera, cuando la emoción de crear la llevaba como la marea. Cuando escribir en sí mismo era suficiente—. No sientas pena por ellos. Cada uno de esos hombres merecía lo que les esperaba.

Cassie esbozó una sonrisa curiosa.

—¿Hombres?

—Estoy cansada de los libros donde las mujeres son las víctimas. ¿Lo habéis notado? ¿La cantidad de libros que muestran a una mujer huyendo en la portada? Los hombres a menudo tienen el poder, pero esta vez no. No en el libro que he escrito. El poder les es arrebatado, capa por capa. Fue bastante emocionante, si soy sincera. —Miró a sus hijas, preguntándose si necesitaba explicarlo más, pero Adeline mantuvo su mirada y asintió. Entendía, como Catherine había esperado que lo hiciera, que, aunque en la vida real no siempre era fácil o posible obtener justicia, entre las páginas de un libro había logrado impartir justicia y también encontrar cierto nivel de paz.

Adeline sonrió.

—Estoy deseando leerlo.

—Yo también —afirmó Cassie.

Andrew gruñó mientras untaba abundante miel en el pan aún caliente del horno.

—¿Mi consejo? —dijo él—. Leedlo con las luces encendidas. O mejor aún, leedlo durante el día a plena luz del sol. —Dio un bocado y la miel le goteó en los dedos.

Cassie sonrió y luego se dirigió a su madre:

—¿Y qué dijo Daphne?

—Está hablando con mi editor ahora mismo, porque, aunque adora el libro, no es un Catherine Swift. Los lectores fieles tienen ciertas expectativas, como sabes, y creo que he aplastado bastante esas expectativas. O quizás las he apuñalado… —Se inclinó hacia adelante—. De cualquier manera, creo que puede haber una vacante en el género romántico para una nueva Swift.

Cassie se sonrojó.

—He decidido que no quiero ser Swift. Me parece mal. Siempre me lo pareció. Voy a elegir un nombre diferente. Adeline me está ayudando.

—Hasta ahora hemos llenado dos páginas de mi cuaderno —murmuró Adeline—, así que no esperes que sea un proceso rápido.

La maternidad a menudo era un desafío, pensó Catherine, pero a veces las cosas se unían y producían un momento perfecto. Como ese, con su familia reunida alrededor de la mesa y Adeline y Cassie con las cabezas juntas. Una morena y una rubia. Riendo.

Terminaron el desayuno y dieron un paseo por la playa antes de regresar a la villa.

Mientras Adeline caminaba delante con su padre, Cassie se puso al paso de su madre.

—¿Puedo preguntarte algo?

Catherine sintió una oleada de tensión.

—Por supuesto. Lo que sea.

—La noche que murió mi padre… —Cassie dejó de caminar—. Dijiste que se cayó por las escaleras. ¿Eso es lo que realmente pasó?

—Sí. Como te dije, había bebido y tropezó con un zapato.

Cassie la miró fijamente.

—¿Te hizo daño esa noche? ¿Antes de caer?

Debería haber estado preparada para esa pregunta. Debería haber sabido que llegaría y haber planeado la respuesta perfecta.

—No, pero lo intentó. —No vio razón para no ser honesta sobre eso—. Lo habría hecho.

Cassie deslizó su mano en la suya.

—Lo suponía. No tienes que ocultar la verdad. Ya lo he descubierto.

Catherine sintió opresión en el pecho.

—¿Lo has descubierto?

—Sí. Siempre dijiste que te habías quitado los zapatos en lo alto de las escaleras porque te dolían los pies después de una larga noche bailando. Pero he estado pensando en ello y… supongo que perdiste los zapatos huyendo de él.

El corazón de Catherine latía tan fuerte que pensó que podría salírsele del pecho.

Aunque se había jurado total sinceridad, no esperaba esa pregunta.

—Sí. —Pronunció la palabra con voz ronca—. Eso fue lo que pasó. Pero preferiría no hablar de ello, si te parece bien.

—No volveremos a mencionarlo nunca. Jamás. Pero quería saberlo, eso es todo. No más secretos. —Cassie le dio un abrazo y Catherine sintió fluir el calor y el amor.

—¿No estás disgustada?

—¿Porque tropezó con tu zapato? No. Bueno, es perturbador, por supuesto, y desearía que toda la historia fuera completamente diferente, pero me alivia que acabara para ti. No fue un final feliz, supongo, pero sí el mejor final en una mala situación.

—Sí.

—Te quiero, mamá. —Cassie le apretó la mano, pero de repente jadeó de sorpresa—. ¿No es ese…? Espera, no puede ser.

Catherine se giró, protegiéndose los ojos con la mano para mirar y vio a un hombre acercándose.

Llevaba el teléfono en una mano y una bolsa de viaje en la otra. Por la forma en que miraba a su alrededor, parecía no tener ni idea de adónde iba.

—¿Oliver? —Cassie se quedó de pie un momento, perpleja, y luego corrió a saludarlo, con su larga falda vaporosa ondeando alrededor de sus piernas.

Catherine observó cómo se lanzaba hacia él y cómo Oliver levantaba a su hija y la hacía girar.

—Estaba a punto de llamarte para pedirte indicaciones específicas porque ya sabes lo malo que soy para encontrar sitios. —La abrazó con fuerza y Catherine pensó que, si su hija dejara de abrazarlo y lo mirara un momento, vería la expresión en su rostro. O tal vez se lo estaba imaginando. ¿Qué sabía ella del amor de todos modos?

Miró a Adeline y vio que su otra hija sonreía. Así que quizás nada era fruto de su imaginación, después de todo.

Cassie soltó a Oliver y dio un paso atrás.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Sonabas extraña por teléfono.

—¿Has volado hasta aquí porque sonaba extraña por teléfono?

—Sí. No me dijiste qué pasaba y siempre me cuentas cuando algo va mal.

Cassie se rio.

—Pero podrías haber llamado.

—Y habrías vuelto a ser evasiva. Quería verte en persona. Puedo quedarme en un hotel. O tomar un vuelo de vuelta mañana o algo así.

—¿Has traído a Suzy?

«¿Quién es Suzy?», se preguntó Catherine.

—No, claro que no he traído a Suzy. —Oliver frunció el ceño—. ¿Por qué iba a traerla?

—Porque habéis vuelto.

—No hemos vuelto. ¿Por qué piensas eso?

—Estaba allí cuando te llamé anoche.

—Porque me sentía deprimido, y vino a escucharme y darme apoyo moral. No porque hayamos vuelto. —Él se detuvo—. Espera… ¿Por eso estabas tan rara conmigo? ¿Porque pensabas que estábamos juntos?

—¿Por qué te sentías deprimido? ¿Y por qué no me dijiste que te sentías mal en lugar de dejarme seguir y seguir con mis problemas?

«Esto parece una mala comedia romántica», pensó Catherine. «Donde solo quieres sacudir a los dos personajes para que entren en razón».

Se miraban el uno al otro, ajenos al resto de la familia de Cassie, los turistas, el océano brillante y el cielo despejado.

—Si yo hubiera escrito esta escena —dijo Catherine sin dirigirse a nadie en particular—, este sería el momento en que él la besaría.

Y justo cuando pensó eso, Cassie rodeó con sus brazos el cuello de Oliver y atrajo su cabeza hacia la suya, y lo besó apasionadamente. Él la rodeó con sus brazos y le devolvió el beso, con su boca hambrienta sobre la de ella. Había desesperación en la forma en que se aferraban el uno al otro.

Adeline se aclaró la garganta y miró a su madre.

—Bueno, ahí lo tienes. Parece que no has perdido del todo tu toque para el romance. Aunque, técnicamente, ella lo besó primero.

Permanecieron juntas, una al lado de la otra, observando sin vergüenza alguna mientras Oliver y Cassie murmuraban cosas que nadie más podía oír.

—Hablad más alto. —Adeline sonreía mientras alzaba la voz—. Queremos oír el diálogo.

Cassie se volvió, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

—Me ama. —Miró de nuevo a Oliver, repentinamente dubitativa—. ¿Estás seguro de que me amas? ¿Estás del todo seguro? ¿Incluso las cosas realmente molestas de mí?

—Cass, te he amado durante años.

—Pero ¿por qué no dijiste nada?

—Porque no parabas de decir que cuando te enamoraras lo sabrías de inmediato. Lo cual asumí que era tu forma de decir que no estabas enamorada de mí.

—Oh, qué enredo tan complicado —dijo Catherine—. Podría ser Shakespeare.

—¿Tú crees? —Adeline la miró—. Comedia, espero, no tragedia.

—Esperemos que sí. Sabremos más en un minuto, seguro. Tenemos buenos asientos. ¿Trajiste palomitas?

—Intento no comer entre horas.

—No sabía que estaba enamorada de ti —confesó Cassie—, porque no sabía qué estaba buscando. Pensé que el amor sería como un elefante. Pensé que lo sabría si lo viera. Pero resulta que no fue así en absoluto.

—El amor puede ser como un elefante —dijo Catherine—, cuando te aplasta.

—Baja la voz —le pidió Adeline—. Si esto fuera un libro, terminaría justo aquí. Antes de que lleguen las cosas difíciles.

Catherine observó mientras Oliver y Cassie se besaban de nuevo, murmurando palabras contra los labios del otro, poniéndose al día con todas las cosas que no habían dicho y deberían haber dicho.

—Lo superarán —afirmó Catherine—. Sea lo que sea que venga, lo superarán. Míralos.

—Los estoy mirando. —Adeline se movió ligeramente—. También me estoy quemando. El sol está demasiado fuerte para estar aquí paradas. Deberíamos volver a la villa antes de sufrir una insolación.

Al final, fue Andrew quien tomó el control de la situación. Se adelantó, se presentó a Oliver y sugirió que se uniera a ellos en la villa, donde tenían espacio de sobra para otro invitado. Adeline se acercó a ellos, besó a Oliver en la mejilla y abrazó a su hermana.

Catherine caminaba un poco por detrás, observando a su familia reír y disfrutar del momento.

Había esperado que todo saliera bien, pero no había anticipado un desenlace tan bueno.

Y finalmente, después de tantos años, la verdad había salido a la luz. Las partes importantes, al menos.

Incluso si hubiera querido contar toda la verdad, no podría. No habría sido justo porque la historia no solo la involucraba a ella, y quién sabe cómo habría reaccionado Cassie si hubiera conocido los detalles de lo que realmente sucedió.

Catherine no había perdido los zapatos huyendo de Rob. Había sido Maria quien los había puesto allí. Después, obviamente. Ella era el ama de llaves. Y no tenía la costumbre de andar por la casa dejando zapatos tirados. Pensó que no estaba de más darle algo a la Policía en qué entretenerse. Catherine no pensó nada en absoluto. En aquel momento no había sido capaz. Se había quedado sentada, entumecida, en lo alto de las escaleras, aún aferrada a la barandilla que le había impedido caer por las escaleras con él.

Allí fue donde Maria la encontró. ¿Cuánto tiempo había estado sentada? ¿Seguía Rob respirando cuando llegó al final de la escalera? Tampoco lo sabía.

Todo había sido una nebulosa de horror y ni siquiera podía decir con certeza qué había sucedido. Lo había empujado, eso lo sabía, pero no había pretendido que cayera. Desde luego, no había querido hacerle daño, aunque él la lastimara constantemente. Solo se estaba defendiendo, eso era todo. Intentando evitar que la tirara por las escaleras. Estaba pensando en que la pequeña Cassie no se despertara y se encontrara a su madre muerta. Cassie, con Rob como único padre.

La idea le había dado una fuerza y determinación sobrehumanas. De alguna manera, había logrado enganchar su pierna alrededor de la barandilla y al mismo tiempo darle un fuerte empujón. Él debía de estar más borracho de lo que pensaba porque era un hombre grande y con un solo empujón de una mujer de su tamaño, incluso el de una mujer luchando por su vida, en una situación normal no le habría hecho perder el equilibrio, y menos aún caerse. Fuera lo que fuese, ese empujón y la bebida fueron el fin de Robert Elliot Dunn.

Había caído golpeándose contra la pared, quebrándose los huesos en los escalones mientras rebotaba y rodaba hasta el final, donde finalmente se estrelló contra las baldosas italianas.

No sabía cuánto tiempo había estado sentada así cuando Maria la encontró. Afortunadamente, su amiga había tomado la costumbre de revisar cómo estaba Catherine después de las borracheras de Rob.

Fue Maria quien despegó sus dedos fríos y entumecidos de la barandilla. Maria quien se agachó sobre el cuerpo roto de Rob, buscando el pulso. Maria quien habló con la Policía Local. No es que hubiera habido mucha investigación. La gente había visto a Rob bebiendo mucho esa noche. Era bastante obvio lo que había sucedido. Un desafortunado accidente.

Catherine no les había contado nada diferente. Durante dos días, no había podido hablar en absoluto. Estado de *shock*, habían dicho en el hospital. Comprensible. Una pareja tan encantadora. Una pareja tan feliz. Y la pobre niña. Ahora sin padre.

A Catherine se le helaba la sangre al pensar en lo que podría haber pasado. Si no se hubiera agarrado a la barandilla, si él no hubiera estado tan borracho, habría sido ella la que yacería al pie de las escaleras. Y entonces, ¿qué habría sido de Cassie?

No se sentía culpable por no darle todos los detalles a su hija. ¿De qué serviría?

Ese secreto en particular permanecería entre ella y Maria, protegido por su profunda e inquebrantable amistad.

Y Catherine se dio cuenta en ese momento de que querer cambiar el pasado era un desperdicio de energía. No importaba lo que hubiera pasado antes. Lo que importaba era dónde estaban en ese momento.

Allí estaba Cassie, con toda la vida por delante, al borde de algo emocionante. Y Adeline, que con suerte encontraría el valor para arriesgarse con su corazón. Y Andrew, amable y de confianza, siempre ahí para ella como ella lo estaría siempre para él. Podía lamentar los años que habían perdido, o podía celebrar los años que estaban por venir.

Andrew se giró extendiendo su mano, y Catherine caminó hacia él y hacia su familia que la esperaba.

Si estuviera escribiendo, pondría «fin» justo en ese momento. Pero en realidad aquel no era el final, por supuesto.

Era el principio.

Epílogo

Era el día perfecto para una boda. Cielos azules infinitos y una brisa refrescante que suavizaba el calor. Los jardines, brillantes de color, descendían hasta encontrarse con el mar resplandeciente.

Catherine estaba en el borde de la terraza con Maria.

Su familia la esperaba, reunida alrededor del arco floral que había dispuesto la organizadora de bodas. Oliver, sudando por el calor, de la mano con Cassie, quien no podía dejar de sonreírle.

Él se había estado alojando en la casa de huéspedes, lo que le había dado a Adeline una excusa para hacer las maletas discretamente y mudarse con Stefanos. Se había excusado diciendo que quería darle privacidad a su hermana. Pero, teniendo en cuenta que había cuatro habitaciones libres en la villa principal, nadie se dejó engañar.

En ese momento, Adeline estaba junto a Stefanos, y Catherine vio cómo los dedos de él rozaban brevemente los de ella y cómo su hija lo miraba y sonreía.

Y también estaba Daphne, su agente y amiga, que había volado desde Nueva York para compartir aquel momento especial con su autora favorita.

Ya había vendido el nuevo libro de Catherine a una editorial en un torbellino de emoción y múltiples llamadas telefónicas. Todos acordaron que no era un Catherine Swift, y que debería escribir bajo un nuevo nombre para ese nuevo capítulo en su carrera.

Eso le convenía a Catherine. Un nuevo comienzo. Otro paso adelante hacia una nueva vida.

Estaba dispuesta a dejar atrás a la antigua Catherine Swift y abrazar la nueva versión de sí misma.

Ya había decidido la dedicatoria para su nuevo libro.

Para la señorita Bennett, quien lo empezó todo.

¿Habría tenido una carrera tan exitosa si no hubiera estado todo el tiempo tratando de probarse a sí misma? Posiblemente no.

Mirando a los allí reunidos, sabía que tenía todo lo que necesitaba.

Al final, la vida se enriquecía no por las cosas materiales, ni siquiera por los logros personales, sino por las personas. Le había llevado tiempo entenderlo. Demasiado, pero ahora lo entendía, y eso hacía aún más bonito tener a las personas que más le importaban justo allí, a su lado.

Se volvió hacia Maria y la abrazó, y su amiga le devolvió el abrazo.

Ninguna dijo nada. No lo necesitaban. Todo estaba en la fuerza de ese abrazo. Algunas amistades iban y venían, pero otras se profundizaban y duraban toda la vida. Sabía que, mientras ambas respiraran, siempre estarían ahí la una para la otra.

Cuando Maria se apartó, lo hizo con lágrimas en los ojos. Después, puso el ramo que había estado sosteniendo en la mano de Catherine.

—Ve.

La novia dio un paso adelante hacia la terraza, y allí estaba Andrew, elegante con su traje de lino, no muy diferente del hombre que había conocido en aquella cafetería muchos años atrás.

Sintió un destello de emoción y una oleada de anticipación.

La gente decía que no se podía volver atrás, pero ¿quién quería volver atrás cuando podías avanzar? ¿Cuando el futuro prometía ser un lugar mejor que el pasado?

Caminó hacia el altar, pasando entre sonrisas, saludos, cumplidos y una lluvia de pétalos de rosa hasta que se detuvo frente a él.

Andrew extendió su mano.

—¿Lista?

Ella sonrió y tomó su mano.

Agradecimientos

Esta es la parte más difícil de escribir del libro porque lo que estás leyendo es el resultado de un arduo trabajo por parte de varias personas, y todas merecen recibir un agradecimiento.

Estoy enormemente agradecida a Susan Swinwood por su perspicacia, sabiduría y paciencia al editar este libro.

Gracias a mis brillantes equipos editoriales en Estados Unidos, Canadá y el Reino Unido. Estoy agradecida por el talento y el compromiso de todos los involucrados en el proceso de publicación. En particular a Loriana Sacilotto, Margaret Marbury, Susan Swinwood por su continua fe en mí. Lisa Milton, Manpreet Grewal y el brillante equipo editorial de HQ Stories en el Reino Unido por trabajar tan creativamente (¡y duro!) para poner mis libros en manos de los lectores. Su entusiasmo y compromiso es increíble. Son simplemente los mejores y sé lo afortunada que soy.

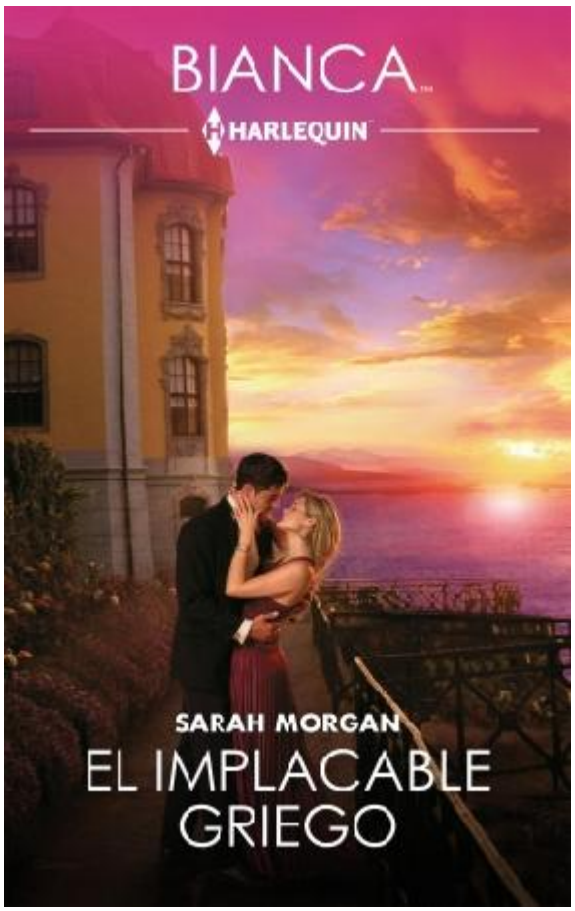
Tengo la suerte de tener lectores en todo el mundo, y por eso estoy agradecida a los dedicados equipos que publican mis libros internacionalmente. ¡Es emocionante ver mis libros en todas partes, desde Islandia hasta Brasil!

Gracias a mi brillante agente Susan Ginsburg por su incansable apoyo y aliento. También a la maravillosa Catherine Bradshaw y al resto del equipo de Writers House que gestionan todo con tanta eficiencia.

Mis amigos son una fuente constante de apoyo, al igual que mi familia, que soporta los extraños hábitos de una escritora con

admirable paciencia.

Gracias a todos los libreros, bibliotecarios, blogueros y reseñadores que hacen tanto por promover la lectura, y a todos mis lectores que siguen comprando mis libros y me animan a escribir más.



El implacable griego

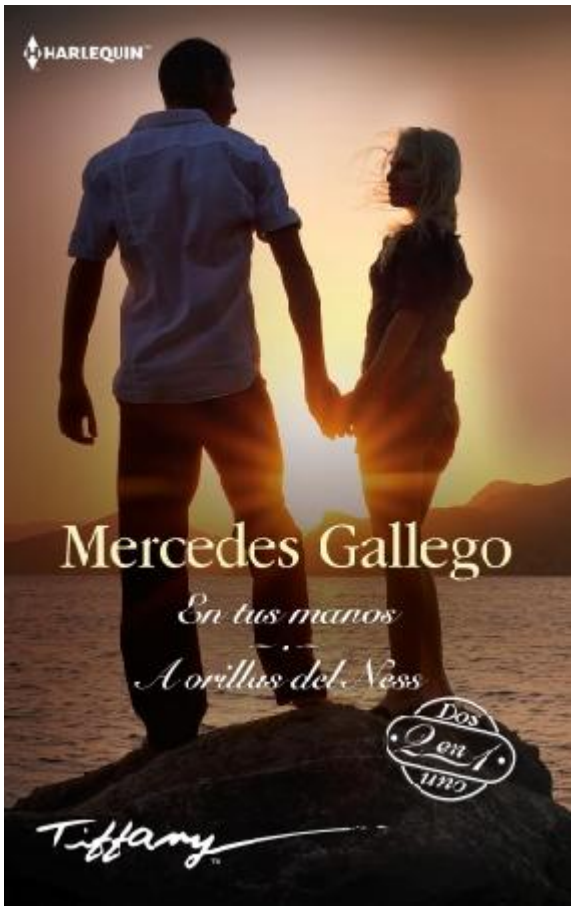
Morgan, Sarah
9788410742239
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El implacable millonario griego quería su recompensa… en la cama

Bajo las órdenes de Angelos Zouvelekis, Chantal no tuvo más remedio que hacerse pasar por su futura esposa. El poderoso magnate la bañaría de joyas y lencería fina… pero ella se lo pagaría en especie. Por mucho que admirara su cuerpo, Angelos creía que Chantal no era más que una ambiciosa cazafortunas. Pero entonces descubrió algo que desmontó todas sus arrogantes teorías: Chantal había llegado virgen a su cama.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



En tus manos - A orillas del Ness

Gallego, Mercedes
9791370005573
512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En tus manos

Me llamo Jana y soy fisioterapeuta. Trabajo en mi propia clínica, en pleno centro de Madrid. Mi nuevo paciente, Jacobo Montalván, es el hombre más macizo que mis ojos han contemplado.

La atracción física es instantánea. ¡Pura química! Pero me asusta la posibilidad de pasar de la atracción al amor.

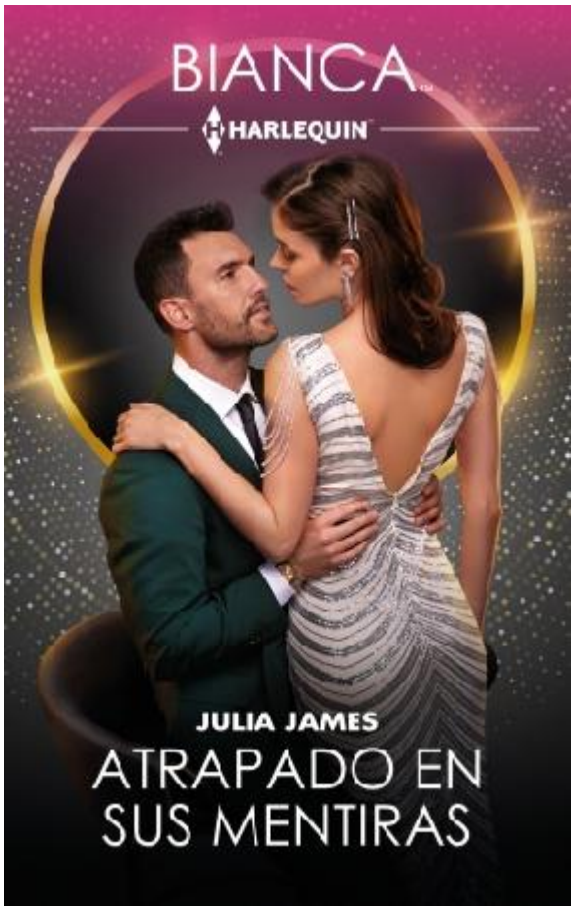
Mi nombre es Jacobo y soy militar. Mi última misión, en Kabul, me dejó maltrecho, por lo que acudo a la clínica de una fisio. ¡Quién iba a decirme que tras esa puerta estaría la mujer más increíble con la que me he cruzado jamás!

A orillas del Ness

Marta Nogales llega a Inverness huyendo de un pasado que la atormenta. No cuenta con que el carácter amable y hospitalario de los escoceses caldeará su corazón. Y lo más insospechado: Thane Gilmore, un músico retirado, padre de una adolescente y soltero recalcitrante, zarandea sus sentimientos hasta convertir la paz que busca en un torbellino de pasión.

Thane vivió el éxito a edad temprana y no busca emociones que sobrepasen cuidar a su hija, tomar whisky con sus amigos y dirigir un pequeño negocio. Creía que su corazón estaba a salvo, pero la llegada de Marta alterará su pacífica existencia.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Atrapado en sus mentiras

James, Julia
9791370005672
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Damos quería ser quien se llevase el gato al agua… ¿pero a qué precio?

La tímida arqueóloga Kassia Andrakis, que llevaba una vida tranquila, no podía acabar de creerse que el multimillonario Damos Kallinikos se sintiera atraído por ella. Adentrarse en su mundo era una experiencia embriagadora para ella, y el deseo que veía en sus ojos le daba una confianza en sí misma que nunca antes había tenido.

Damos había tenido un claro objetivo en mente cuando había decidido seducir a Kassia: arrebatar un codiciado negocio a su padre, un hombre despiadado y su rival. Sin embargo, la atracción que en un principio había fingido por Kassia se convirtió en algo peligrosamente real, y tenía que decidir qué era más importante para él, si apuntarse un tanto haciéndose con aquel negocio detrás del que llevaba tanto tiempo, o entregarse a la pasión…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



París puede esperar

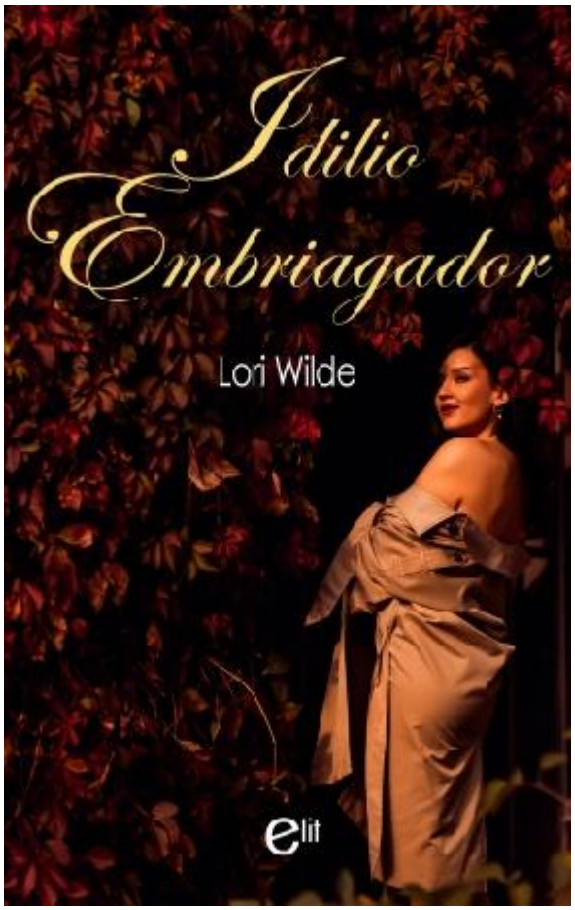
Sicilia, Marisa
9788413487649
61

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Idilio embriagador

Wilde, Lori
9788410745902
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El *playboy* Wyatt DeSalme se dedica a jugar a los espías, infiltrándose en la modesta bodega Bella Notte y usando sus altamente desarrollados sentidos del gusto y del olfato para descubrir los secretos de la empresa. Pero su más embriagador descubrimiento es precisamente la mujer que está al mando de la misma…

La adicta al trabajo Kiara Romano vive para los viñedos de su familia en la isla Idyll, y nunca ha sido romántica… pero se emborracha de verdad con la mirada enternecedora y las electrizantes caricias de Wyatt. Sus tórridas citas por toda la isla son pura magia. Sin embargo, el deseo no puede imponerse a la confianza… y Kiara está a punto de descubrir la sobria verdad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)